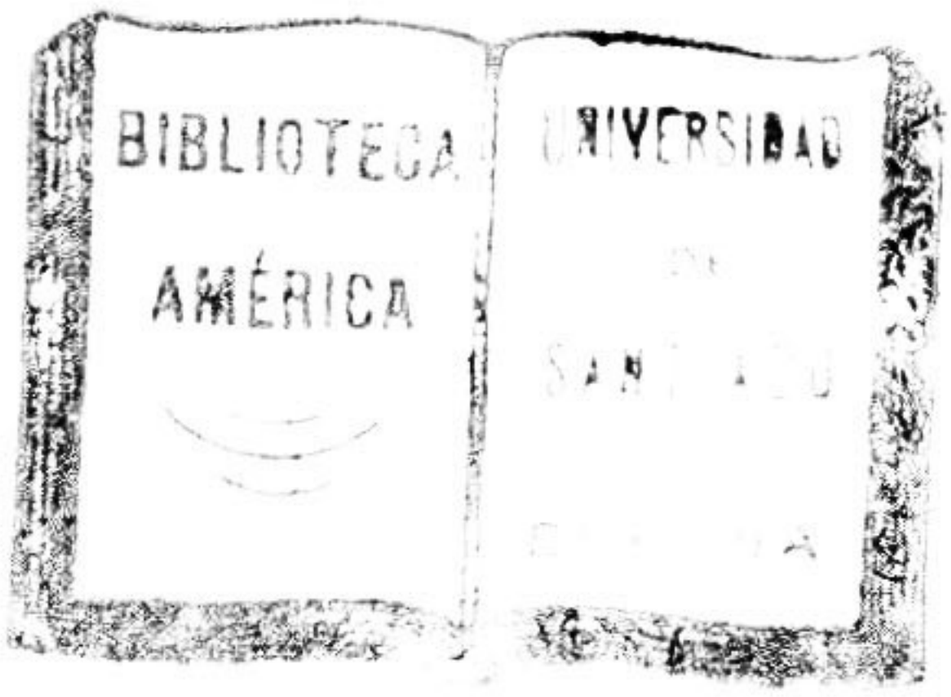
LA GRAN QUEMAZÓN
LIBRERÍA Y PAPELERÍA
PERÚ ESQ.ª VICTORIA

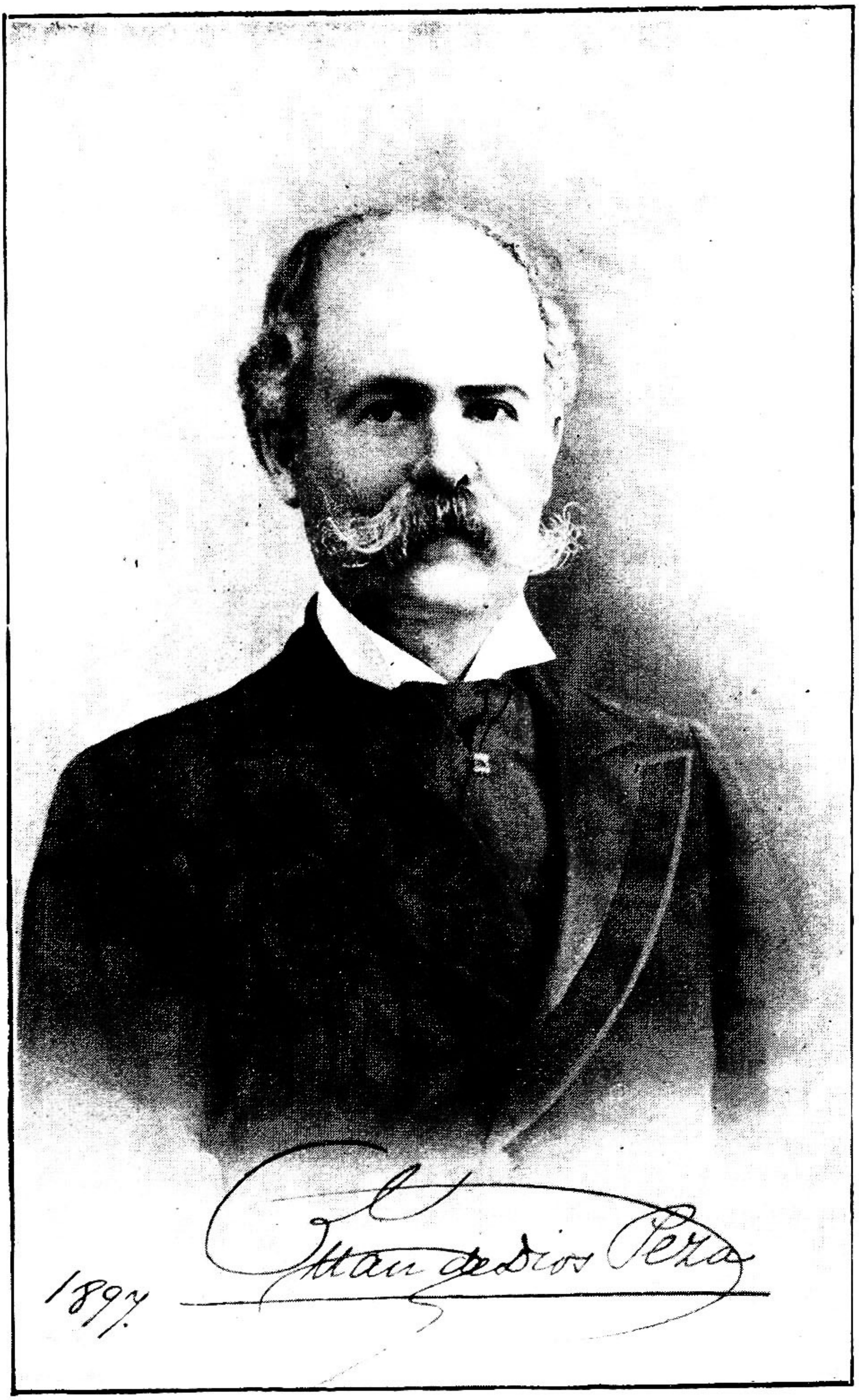
8 812

POESÍAS COMPLETAS

No. .....
BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA
Donante Srª Felisa G. de Rusto
de Buenos Aires
R.A.

ES PROPIEDAD


BIBLIOTECA
AMÉRICA
UNIVERSIDAD



Affectionately Yours
Theodore Roosevelt

1897

f 2314

POESÍAS

COMPLETAS

DE

JUAN DE DIOS PEZA

Única colección autorizada por el Autor

LEYENDAS

HISTÓRICAS, TRADICIONALES Y FANTÁSTICAS

DE LAS CALLES

DE LA CIUDAD DE MÉJICO

Con prólogo de LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN



PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

México 28 de Enero de 1890

Sres

Garnier hermanos

París

Muy Señores míos

Autorizo á ustedes para hacer una edición completa de mis poesías bajo el órden que verbalmente indiqué á su Comisionado

La obra que ustedes publiquen será la única dirijida y arreglada por mí, pues todas las ediciones que hasta la fecha se

han hecho de mis versos en
otros países y en el mío, ni
me fueron consultadas á
su debido tiempo, ni han sido
autorizadas previamente ni
obedecen á un plan que sea
de mi agrado

Soy de ustedes
afmo y seguro servidor

Juan de Dios Peza

PRÓLOGO

La historia moral y física de una ciudad — ha dicho un escritor — está ligada con el nombre de sus calles. « Se deben estudiar estos nombres — agrega — establecidos ó modificados por la rutina, reformados por los acuerdos municipales, cambiados por los acontecimientos, como una lengua muerta que se corrompe, que se pierde día á día, y que pronto no tendrá un solo intérprete. »

La historia de la ciudad de Méjico — aun no escrita — tiene una completa relación con los nombres de sus calles, pues unos recuerdan sucesos históricos, otros poéticas leyendas ó encantadoras tradiciones, basadas en piadosas consejas, en fantásticas narraciones, trasmitidas al través de los tiempos.

En efecto, todavía como restos arqueológicos de la antigua Tenochtitlan, quedan nombres indígenas á muchas de las calles. Los de *Cocolmeca*, *Cuaxomulco*, *Chiconautla*, *Huacalco*, *Mixcalco*, *Nahuaclato*, *Necatitlan*, *Tecpan*, *Tepechichilco*, *Tepotzan*, *Tezontlale*, *Titza-*

pan, *Tlaxcaltongo*, *Tlaxcoaque*, *Tlaxpana*, *Tlaltilco*, *Tetzontlate* y el de la famosa de *Tlacopan* ó *Tacuba*, que fué teatro de la célebre derrota de la « *Noche Triste* » pueden servir como ejemplo de lo que decimos.

Respecto de la época colonial, la mayor parte de los nombres de las calles recuerdan un suceso histórico ó legendario.

La memoria de los religiosos franciscanos, dominicos y agustinos, que vinieron sucesivamente á Nueva España en 1524, en 1526 y en 1533, se halla indeleble en las calles de *San Francisco*, *Santo Domingo* y *San Agustín* ; los hermanos de la Caridad, después hipólitos, que se establecieron en 1567 y los juaninos en 1604, han impuesto sus nombres á las calles de *San Hipólito* y *San Juan de Dios* ; *las treinta* y cuatro religiosas y dos novicias, que fundaron el primer convento de monjas en Méjico, dieron dísde 1541 nombre á las calles de la *Concepción*, y así otras muchas órdenes tanto de hombres como de mujeres.

Los colegios fundados en aquella época, legaron sus nombres á las calles de la *Universidad*, *San Pedro y San Pablo*, *San Juan de Letrán*, *San Ildefonso*, *San Ramón*, *Colegio de Niñas*, de *Inditas* y de las *Vizcaínas* ; los hospitales á las de *Jesús*, *Real de Indios*, *San Andrés* y *San Lázaro* : los edificios públicos á las de la *Aduana*, *Apartado*, *Alhóndiga*, *Acordada*, *Coliseo*, *Correo*, *Estanco*, de la *Moneda* y del *Rastro*.

Y no sólo se puede recordar la historia de las órdenes religiosas, de las casas de beneficencia y de los establecimientos de enseñanza, las calles de *Alfaro*, *Alconedo*, *Chavarría*, *López*, *Tiburcio*, *Vergara* y *Zuleta*,

nos traen á la mente nombres ilustres por sus virtudes, por sus riquezas, por su valor : las calles del *Parque del Conde*, de la *Condesa*, de la *Mariscala* y de los *Medina* los títulos nobiliarios que hubo en Nueva España : y las calles del *Angel*, de la *Joya*, de la *Quemada*, de *Don Juan Manuel* y tantas otras, las leyendas y tradiciones de aquellos tiempos poéticos por lejanos.

Esto relativamente á los nombres de las calles que existen. Muchos que han desaparecido nos recuerdan á *Cuahtemoc* en la de *Guatemuz*, hoy del *Factor ;* otros á conquistadores, como las de *Pedro Conzález*, *Trujillo* y *Martín López*, hoy de las *Rejas de Balvanera ;* no pocos las acequias que limitaban la ciudad española de la indígena, y que tuvieron para ser atravesadas, sendos puentes, que impusieron título á las calles del *Puente de San Francisco*, *Puente Quebrado*, *Puente del Espíritu Santo*, *Puente de Palacio*, *Puente del Fierro*, *Puente de la Leña*, etc., etc.

Aun los gremios de artesanos, los oficios en que muchos de los buenos habitantes se distinguían, nos conmemoran las calles de *Cordobanes*, *Cedaceros*, *Curtidores*, *Chiquihuiteras*, *Plateros*, *Tlapaleros* y *Talabarteros*.

Y hay calles que no sólo interesan por sus nombres, sino por los sucesos que en ellas se verificaron ó por las personas notables que en ellas tuvieron sus moradas. La de los *Donceles*, donde vivió Antón de *Alaminos* el audaz piloto que por vez primera atravesó el canal de Bahama : la de la esquina de *Santa Teresa* y la *Moneda*, donde estuvo la primera imprenta del Nuevo Mundo ; la del *Relox* y *Santa Teresa*, donde tramaron

una conspiración los hermanos Ávilas : la del *Amor de Dios*, donde escribió sus obras Sigüenza y Góngora ; la de *San Agustín*, donde habitó el sabio Humboldt : la de las *Damas*, esquina á la de *Ortega*, donde se hospedó Bolívar ; la cerrada de *Santa Teresa*, donde murió misteriosamente el licenciado Verdad, mártir de la democracia y de la independencia.

Como podrá observarse, un estudio detallado, minucioso, erudito de cada una de estas calles, sería, á la vez que interesante para la historia de la ciudad de Méjico, útil al viajero que al trasmitirlas le parecería leer la crónica animada en tantas calles y callejas.

La vieja Tenochitlán surgiría de sus lagos con sus palacios, sus acueductos, las casas de sus nobles y los templos de sus dioses, Surcarían sus calles de agua, mil canoas hundidas casi bajo el peso de los frutos y las flores de las chinampas ; desfilarían los reyes ó señores aztecas, valientes como Moctezuma I, feroces como Ahuizotl, pusilánimes como el último de los Moctezumas, heroicos hasta el martirio como Cuitlahuatl y Cuatemoc.

Contemplaría el curioso la entrada de Cortés y los suyos, castellanos y tlascaltecas, por las calles de *Jesús*, entonces de Ytztapalapan ; se horrorizaría con la matanza del *teocalli* mayor ordenada por Pedro de Alvarado ; asistiría á la humillante escena de los grillos puestos á Motesuma Xocoyotzin ; á la muerte de éste, asesinado por los invasores ; vería á los conquistadores salir por la calzada de Tacuba, silenciosos primero, después en precipitada fuga ; sería testigo de cómo sucumbe un pueblo defendiendo palmo á palmo la

ciudad, los hogares, los dioses y la vida, luchando contra un enemigo superior por el número de los aliados y á quien parecía proteger el hambre, la sed y la peste.

De entre los escombros de esta ciudad renacería como el ave mitológica, la capital de Nueva España, fundada por Hernán Cortés y sus capitanes.

Á sus sorprendidos ojos se levantarían palacios, templos, monasterios, edificados por los vencidos, por los mismos indígenas ; obligados unas veces por el azote de los encomenderos ; persuadidos otras de hacer una obra buena, cuando escuchaban la palabra elocuente y sencilla de los humildes y santos misioneros ; de esos varones evangélicos, apóstoles de la religión de Cristo, verdaderos introductores y padres de la civilización mejicana, mártires abnegados de sus ideas, amparo y único consuelo de los indios.

La vida colonial absorbería su atención durante las tres centurias de dominación ibérica. Los frailes, las monjas, los oidores, los virreyes, los alcaldes, los alguaciles, le llevarían á los conventos y á los palacios ; los inquisidores, los catedráticos, los doctores, le invitarían á presenciar los *autos de fe*, las clases en los colegios y los *actos* de la Universidad ; los poetas prosaicos y gongorinos, los prosistas indigestos por su erudición y estilo, le harían reír en los certámenes literarios ; y los predicadores gerundianos, hinchados de vana ciencia, faltos de unción, le obligarían á taparse los oídos para no escuchar aquellos sermones blasfemos que disparaban desde los púlpitos.

La entrada de los virreyes, los dias de los sobera-

nos, el nacimiento de los infantes, la muerte de los reyes, las canonizaciones de los santos, le darían pretexto para regocijarse con fiestas profanas, religiosas ó fúnebres, amenizadas, con representaciones en el coliseo, con fuegos artificiales, con corridas de toros, de liebres, de perros y de gatos ; con carros alegóricos y arcos triunfales, llenos de símbolos mitológocos, intrincados jeroglíficos para el vulgo, que se consolaba con la lectura de su interpretación en libros al efecto publicados por pedantes bachilleres y doctores y por poetas chirles.

Recorrería la ciudad falta de limpieza y de ornato hasta el Gobierno del ilustre segundo conde de Revillagigedo ; la plaza principal convertida en mercado ; la horca levantándose sobre señores y esclavos ; la catedral á medio concluir ; el palacio convertido en fonda, *truco* y dormitorio público ; las calles sin empedrado, con aguas pútridas en el arroyo, sin luces que alumbraran ; algunas sirviendo de establos á las vacas y de zahurdas á los cerdos.

Y, sin embargo, la tranquilidad de aquella vida reglamentada por la campana del vecino templo : levantarse con el alba, asistir á la misa de mañana, desayunarse con espumoso chocolate y sabrosos bizcochos : comer á las doce, ó una en punto, el suculento caldo, el arroz con pollo, el puchero indigesto y otros platillos por el estilo, dormir la siesta para merendar después : ir al paseo en coche de sopandas y acostarse á la hora de la *queda* ; le prestarían motivo al curioso observador para formarse idea de una vida monótona si se quiere ; pero que hacía vivir largos años á aquellas buenas

gentes, lectoras asiduas de las *Gacetas* de don Antonio José Valdés, y que asistían con positivo fervor á las procesiones del Corpus y de la Semana Santa.

Un libro especial dedicado al estudio de estas costumbres; una obra que se ocupe del origen de los nombres de nuestras calles, no lo hay completo. Algo hemos ensayado nosotros; pero falta mucho.

En cambio, si la erudición no ha hecho esto, la poesía se ha encargado de preceder á las tareas del futuro cronista de la ciudad de Méjico.

Un poeta inspiradísimo, inmortal por sus nunca bien elogiados *Cantos del Hogar* y de la *Patria*, en los cuales nos ha commovido hasta las lágrimas con los juegos infantiles de sus hijas y nos ha hecho estremecer de entusiasmo narrándonos episodios desconocidos de los jefes y soldados que combatieron contra la intervención y el imperio; un poeta á quien admiran propios y extraños, JUAN DE DIOS PEZA, ha venido ha ser el cantor de la ciudad fundada por Tenoch en el siglo décimocuarto, conquistada por Cortés en el año de 1521, libertada por Iturbide el 27 de septiembre de 1821.

Y se necesitaba un poeta de la virilidad é inspiración de Juan de Dios Peza; un poeta conocidísimo como él, cuyo nombre se repite con cariño en ambos continentes, cuyas producciones se traducen al alemán, al inglés, al francés, al italiano, al portugués, al ruso y al sueco; de cuyas poesías se hacen á porfía numerosas ediciones, que se agotan en breve á pesar de imprimirse repetidas veces, lo mismo en Méjico, que en los Estados Unidos, que en París, que en Curaçao, que en

Colombia y que en Barcelona ; se necesitaba un poeta así para que cantara á la ciudad que enalteció hasta la hipérbole, allá en el siglo XVI, Bernardo de Balbuena.

Estaba reservado á un poeta como Juan de Dios Peza, cuya popularidad es conocida de todos, pues basta que se presente en un lugar público, en la tribuna cívica, en el teatro, en los banquetes, para que todas las manos le aplaudan y todos los labios le aclamen ; estaba reservado á él resucitar con las notas de su lira las leyendas y las tradiciones de la ciudad de los reyes aztecas y de los virreyes españoles.

Ya en otros tiempos, en hermoso libro escrito en colaboración de don Vicente Riva Palacio, había dedicado bellísimas poesías á las calles de Méjico.

Pero ahora, solo, ha querido consagrar una obra á los orígenes de nuestras calles, como un monumento á nuestros más gratos recuerdos y á nuestros más venerables héroes.

Porque Peza no se ha contentado con narrar leyendas y tradiciones, más ó menos históricas, más ó menos fantásticas. Ha hecho objeto de muchos de sus poemas, encerrados en el presente libro, á los hechos gloriosos, á las hazañas épicas, á las acciones sublimes de nuestros grandes hombres.

Cuahtemoc, el ilustre defensor de la vieja patria ; Hidalgo, el padre de nuestra nacionalidad é independencia ; Morelos, el genio por excelencia en la guerra y en la política ; Guerrero, el indomable caudillo, y Juárez, el símbolo de la segunda independencia : todos estos héroes animan á las leyendas y tradiciones de nuestras calles, escritas por Juan de Dios de Peza.

El lector que por primera vez lea esta obra, encontrará en muchas de sus admirables páginas, perfectamente caracterizados, no sólo personajes legendarios de los antiguos tiempos, sino hombres á quienes Méjico debe cruentos sacrificios, como el licenciado don Francisco Primo Verdad y Ramos, protagonista de una de estas leyendas.

No quiere decir esto que todos y cada uno de los poemas que forman el presente libro sean netamente históricos. El poeta faltaría á los más vulgares preceptos si rimara sólo la historia. Juan de Dios Peza lo mismo ha consultado polvorientos manuscritos, picados pergaminos, que tradiciones y consejas conservadas por el pueblo. Ha visitado archivos y bibliotecas y ha conversado con ancianos y testigos presenciales de muchos sucesos. Ha vaciado la verdad en los moldes poéticos para presentarla embellecida ; ha dejado que su Musa, libre de cadenas eruditas, vuele en alas de la imaginación, guiada por la fantasía, á regiones ignoradas donde ha encontrado muchas poéticas leyendas, muchos sucesos ingeniosos, que no constan en ninguna obra impresa.

Por eso ha titulado con mucho acierto á los poemas que hoy colecciona: *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de Méjico.*

Respecto á la forma, nada tenemos que decir. Son bien conocidas las poesías de Juan de Dios Peza para que las elogiemos. Tendríamos que repetir aquí lo que los labios alaban, lo que las plumas ensalzan : hacernos eco de aplausos y aclamaciones, tan entusiastas como merecidas.

Solamente queremos consignar, porque nos consta, en abono de las bellezas y de la versificación sonora y fácil, que todos los poemas sin excepción, contenidos en la presente obra, fueron una serie de improvisaciones concebidas é impresas al mismo tiempo.

Juan de Dios Peza, leía una crónica, hojeaba un manuscrito, oía una conseja, y en breve, con esa inmensa facilidad que tiene para versificar, escribía la leyenda y la enviaba al periódico donde todas se estamparon.

Al reunirlas ahora no ha querido corregirlas. Peza no aspira á sillones académicos, ni á servir de modelo á niños que estudien la lengua en la escuela. Él canta lo que siente : al amor, á su padre y á sus hijos ; á sus íntimos dolores ; á la Patria, á lo que nace del sentimiento y á lo que hace palpitar á los corazones.

Su nombre tal vez no figurará en los archivos de una Academia ; pero su nombre vive y vivirá en los anales de la literatura patria, en los hogares todos, y en la memoria del pueblo, que trasmitirá á las fututas generaciones sus romances, leyendas y tradiciones.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Méjico, septiembre 25 de 1897.

LEYENDAS

DE LAS CALLES DE MÉJICO

EL INDIO TRISTE

Es media noche; la luna
irradia en el firmamento,
y riza al pasar el viento
las ondas de la laguna.

En el bosque secular
y entre el tupido ramaje,
turba el pájaro salvaje
la quietud con su cantar.

Y entre los contornos vagos
del horizonte, á lo lejos,
brillan cual claros espejos
al pie del monte los lagos.

Yace en paz, sola y rendida
de Tenoch la ciudad bella;
parece que impera en ella
la muerte más que la vida.

Y no es ficción, es verdad,
que fué tan triste su suerte
que la orillan á la muerte
el luto y la soledad.

Su esplendor está apagado
de la guerra al terremoto;
el gran *huehueil* está roto
y el *teponaxtle* callado.

No alumbra el *teocal* la luz
del copal de suave aroma,
porque el *teocal* se desploma
bajo el peso de la cruz.

No cubren mantos de pluma
los cuerpos de altivos reyes;
tiene otro Dios y otras leyes
la tierra de Moctezuma.

Y ante este Dios y esta ley
que transforman su recinto
sólo al César Carlos Quinto
reconoce como rey.

¡Cuantos heroicos afanes!
¡Cuántos horribles estragos,
han visto bosques y lagos,
ventisqueros y volcanes!

Está el palacio vacío
sin pompas ni ricas galas;
desiertas se ven sus salas
su exterior mudo y sombrío.

Y zumba en su derredor
del viento la aguda queja,
como un suspiro que deja
honda impresión de dolor.

Es el profundo lamento
de una raza sin fortuna:
¡la sangre que en la laguna
flota y se queja en el viento!

Por eso duerme rendida
de Tenoch la ciudad bella,

como si imperase en ella
la muerte más que la vida.

II

Frente á la anchurosa plaza,
cerca del *teocal* sagrado
y del palacio olvidado
que pronta ruina amenaza,

donde con riqueza suma
viviera en tiempo mejor,
Axayacatl el señor
y padre de Moctezuma,

en corta y estrecha calle
desde la cual, el que pasa
mira fabricar la casa
del alto marqués del Valle,

así en la noche sombría
como en la tarde callada
y al fulgor de la alborada
con que nace el nuevo día

en toscas piedras sentado
y con harapos vestido;
entre las manos hundido
el semblante demacrado;

un hombre de aspecto rudo,
imagen de desventura,
siempre en la misma postura
y como una estatua mudo;

inclinada la cabeza,
allí lo encuentra la gente,
como la expresión viviente
de la más honda tristeza.

¿En qué piensa? ¿qué medita?
¿qué dolor su alma destroza

que ni llora, ni solloza,
ni se queja, ni se agita?

En su conjunto reviste
tanta tristeza ignorada,
que la gente acostumbrada
clama al verlo: ¡el indio triste!

Le conocen por tal nombre
en el pueblo y la nobleza,
y dicen: es la tristeza
que tiene formas de hombre.

Á nadie llegó á contar
su tenaz dolor profundo;
siempre triste lo vió el mundo
en aquel mismo lugar;

tal vez fué algún descendiente
de los nobles mejicanos,
que al ver en extrañas manos
y en poder de extraña gente,

la nación que libre un día
vivió con riqueza y calma,
sintió en el fondo del alma
horrible melancolía.

Y sin ninguna amenaza,
viendo á su nación cautiva,
fué la expresión muda y viva
de la aflicción de su raza.

Muchos años se le vió
en igual sitio sentado,
y allí pobre y resignado
de su tristeza murió.

Su desconocida historia
al vulgo pasma y arredra,
y en tosca estatua de piedra
honrar quiso su memoria.

La estatua al cabo cayó,
que al tiempo nada resiste,
y « Calle del Indio Triste »
esa calle se llamó,

sin poder averiguar
con ciencia ni sutileza
la causa de la tristeza
del indio de aquel lugar;

pero en nuestro hermoso valle
y en nuestra mejor ciudad,
pasan de edad en edad
ese nombre y esa calle.

LA CRUZ VERDE

I

Era Rosa una doncella
de incomparable hermosura,
tan modesta como pura
y tan pura como bella.

Inteligente, graciosa,
de talle esbelto y gentil;
nacida en el mes de abril
le dieron por nombre, Rosa.

Y este nombre sólo era
un detalle de su ser,
que en ella quiso poner.
sus gracias la Primavera.

En su faz encantadora
sonrisa eterna irradiaba,
y á su mirar envidiaba
sus limpios rayos la aurora.

El blanco y fulgente brillo
de su tersa y fina tez,
copian en su palidez
las vírgenes de Murillo.

Y nunca pintó el Ticiano
en sus Venus más perfectas,

las limpias curvas correctas
de su dorso y de su mano.

Era música su acento,
sol de bondad su ternura,
un ensueño su hermosura
y un cielo su pensamiento.

Del hogar joya y decoro,
á quien todos admiraban,
de sus padres que la amaban
era el único tesoro.

Quiso del altar en pos,
tomar del claustro los velos,
y sus padres, en sus celos,
se la negaron á Dios.

Quedó con amor profundo
á sus padres consagrada;
como una flor desterrada
en los desiertos del mundo.

Ilusiones peregrinas,
ensueños de amor ardiente,
eran al tocar su frente
una corona de espinas.

Que en su angelical bondad
siempre llegó á suponer,
como una afrenta el placer,
y el amor como maldad.

Por esto, siendo un fanal
de virtud, firme y radiosa,
rosa fué siempre una rosa
de algún jardín celestial.

Y sin penas ni temores,
tranquila y feliz vivía,
como al despuntar el día
viven felices las flores.

II

Cruzando los hondos mares,
después de famosa hazaña,
arribó á la Nueva España
don Nuño de Valladares.

Hombre ilustrado y de mundo,
de noble y altivo porte,
entró muy niño en la corte
del rey Felipe segundo.

Su valor cautivó tanto
al rey que amó con afán,
que lo mandó con Don Juan
á combatir en Lepanto.

Conseguida la victoria,
tornó al servicio ordinario,
con título nobiliario
y coronado de gloria.

Brillando en la altiva grey
que al rey Felipe servía,
á Méjico llegó un día
recomendado al Virrey.

Era afable y cortesano,
y usó siempre en nuestro suelo,
toneiete y ferreruelo,
igual á su soberano.

Siempre inspirando respeto,
fué con los nobles amable,
con los pecheros sociable
y con las damas discreto.

Siempre al Virrey allegado,
cuentan antiguos anales
que oidores y concejales
le llamaban « El privado ».

Y era tanta su influencia,
y dominó de tal suerte;
que de un condenado á muerte
revocaba la sentencia.

El alcázar y el terruño
amparaba por igual,
que nunca tuvo rival
en justiciero, don Nuño.

Era el árbitro, el señor,
de cuanto en la corte lidia;
por eso inspiraba envidia,
celos, rencores y amor.

III

¡Con qué afán Méjico entero
para acudir se apresura,
á solemnizar la jura
del rey Felipe tercero!

Dentro y fuera de la traza
se observa la agitación
de toda la población
para llegar á la plaza.

Que están allí los donceles
formando lujosa valla,
de pie y al sol la canalla,
los nobles en sus corceles;

Y todo lo principal
que ser lo primero anhela,
marchando bajo la vela
de Palacio á Catedral.

Se acata la nueva ley,
que el pueblo sabe de cierto,
que siempre que un rey ha muerto
ha de gritar: « ¡Viva el rey! »

Se ven largas procesiones
por las calles discurriendo,
y con orgullo luciendo,
oriflamas y pendones.

La guardia de la nobleza
llena, con sus caballeros,
las calles de los Plateros,
con don Nuño á la cabeza.

De pronto extraña impresión
turbó de Nuño la calma,
que iluminando su alma
miró á Rosa en un balcón.

Quiso postrarse de hinojos,
rendido y enamorado,
que nunca le habían mirado
ojos como aquellos ojos.

Ni en sus horas intranquilas
cuando en África luchó,
un sol tan ardiente vió
como el de aquellas pupilas

Y con secreta alegría,
en tan dulce beldad fijo,
á solas pensando dijo:
« ¡Si esa mujer fuera mía! »

Movió el árabe alazán,
y atropellando á la gente,
fué á ponerse frente á frente
de Rosa, con loco afán.

Era apuesto el caballero,
y su porte enaltecía
el aire, cuando movía
la pluma de su sombrero.

En su amorosa mirada
brillaba más viva luz,

que la del sol en la cruz
de su toledana espada.

Era un rey más que un vasallo,
pues todo noble en él era,
lo mismo su cabellera
que la crin de su caballo.

La doncella lo veía
y se turbaba importuna,
cual se turbara la luna
frente al sol del mediodía.

Ignorando rango y nombre
del tenaz admirador
dijo para su interior :
« ¡Ay! si me amara este hombre! »

Y con la misma pasión
se cruzaron sus miradas,
cual se cruzan dos espadas
que buscan el corazón.

Se apartó de allí el doncel,
quedando con alma ansiosa,
don Nuño pensando en Rosa
y Rosa pensando en él.

IV

Al mediar un mes de enero,
Rosa sola, en su retrete,
leyendo está este billete
que le escribió el caballero :

« No tiene más luz el sol
que tus ojos, vida mía,
lo juro por mi hidalguía
de cristiano y español.

« Yo que sólo á mi rey quiero
y sólo acato su ley,

hoy me olvido de mi rey,
pues por ti, mi reina, muero!

» Te he visto, ¿por qué te vi?
no merezco tal tesoro,
no quiero amar, y te adoro,
y estoy muriendo por ti.

» No son vanas ilusiones;
soy tu esclavo, ¿no lo ves?,
deja que ponga á tus pies
mis más preciados blasones.

» Renombre y fortuna loca
te ofrezco amante de hinojos
por un rayo de tus ojos,
por un beso de tu boca.

» Di, si me puedes amar,
que al negarme tal ventura
iré á llorar mi amargura
al otro lado del mar.

» Dímelo pronto, y de modo
que sepa lo que es de mí...
mira que yo tengo en ti
mi Dios, mi rey y mi todo.

» En tu balcón, por favor,
respóndame una señal:
una cruz blanca, mi mal,
una cruz verde, mi amor!

» Mañana, al rayar la luz,
no olvides, mi estrella pura,
que buscaré mi ventura
en el color de la cruz ».

. . . . . .

Y dicen que el noble aquél,
con miedo al par que alegría,

al brillar el nuevo día
y á sus palabras fiel,

cruzó lleno de pasión
frente al balcón de su amada,
y una cruz verde fijada
vió en la reja del balcón.

Amó á don Nuño la dama,
y de sus tiernos amores,
de sus dichas y dolores
nada nos dice la fama.

Algún cronista asegura
que llegaron al altar,
teniendo siempre en su hogar
riqueza, paz y ventura.

Alguno da por perdida
de esta historia la verdad,
que siempre la humanidad
de lo que pasa se olvida.

Mas la calle no se pierde
en donde Rosa vivió,
pues el pueblo la llamó
la calle de « La Cruz Verde ».

LA CALLE DEL NIÑO PERDIDO

I

Al rayar de una mañana
serena, apacible y pura,
cuando el alba su hermosura
envuelve en manto de grana,

cuando entre vivos fulgores
y entre céfiros suaves,
el espacio todo es aves
y la tierra toda flores;

y tras el lejano monte
de la noche como huella
se ve la postrer estrella
temblar en el horizonte;

y junto á la estrella está
cual maga que la sostiene,
celosa del sol que viene
la luna que ya se va;

y suena la algarabía
en boscajes y colinas
de mirlos y golondrinas,
saludando al rey del día;

con una pompa real
que noble gente corteja

llegó una feliz pareja
á la iglesia Catedral.

Era selecta la grey,
pues ya la gente contaba
que el Arzobispo oficiaba
y era padrino el Virrey.

Entrando en el santuario
se fueron á arrodillar
en el más lujoso altar
de cuantos tuvo el Sagrario.

Apuestos eran él y ella;
de gran fortuna ella y él;
de treinta años el doncel
y de veinte la doncella.

Los dos contentos y ufanos,
llenos de fe y de ilusiones,
ya unidos sus corazones
iban á enlazar sus manos.

De nuevas dichas en pos
se les vió salir unidos
con sus amores ungidos
por la bendición de Dios.

Y bien pronto en la ciudad
se supo con alegría
que el despuntar de aquel día
fué todo felicidad.

Repitiendo en cada hogar
que ya estaba desposada
doña Blanca de Moncada.
con don Gastón de Alhamar.

II

Para rencores y duelos
de amor en el paraíso

el infierno darnos quiso
una serpiente : los celos.

No hay corazón más herido
ni con más sed de venganza,
que el que pierde la esperanza
de verse correspondido.

Y que mira por su mal,
que mientras más sufre y llora,
más se distingue y se adora
á un poderoso rival.

No está, pues, mal expresado,
por quien sintió estos dolores,
que ser rival en amores
es odiar y ser odiado.

Mientras Blanca se enlazaba
con Gastón á quien quería,
bajo la nave sombría
un hombre la contemplaba.

Era de semblante duro,
de mirar torvo y dañino :
Blanca lo halló en su camino
cual se encuentra un aire impuro.

Le repugnó su ardimiento
y él la siguió apasionado
cual si ella fuera el pecado
y él fuese el remordimiento.

En alas de la pasión
la importunaba y seguía,
y ella callaba y sufría
sin revelarlo á Gastón.

Y llegó á ser tan osado,
que le dijo con maldad :
« Por fuerza ó por voluntad
has de venir á mi lado.

» Has burlado mi esperanza,
me niegas tu fe y tu mano ;
Blanca : soy napolitano :
cuídate de mi venganza ! »

Blanca todo desdeñó,
libre de duelo y pesares,
pero llegó á los altares
y al hombre aquel encontró.

Al bajar la escalinata
vió de la nave á lo lejos,
dos ojos cuyos reflejos
le estaban diciendo : ¡ ingrata !

Y brillaban por igual
de ese modo que sonroja,
porque recuerdan la hoja
de envenenado puñal.

Se sintió desfallecer ;
tuvo miedo á oculto lazo,
y dando á Gastón el brazo
se irguió para no caer.

— ¿ Qué tienes ? — dijo Gastón —
palideces, Blanca mía ?
— Palidezco de alegría,
de contento, de emoción.

Y de la sombra al través
el napolitano herido,
clamó con sordo rugido :
« Caerán los dos á mis pies ».

Y con semblante infernal
como el lobo tras la oveja,
tras de la gentil pareja
salió de la Catedral.

III

¡ Cuán dichoso es un hogar
donde reina una fe pura
y se cifra la ventura
en ser amado y amar!

Hermoso y seguro puerto
del mundo en las tempestades ;
fanal de eternas verdades
de la vida en el desierto.

Gastón y Blanca, allí á solas,
en santa pasión se abrasan
y todas sus horas pasan
serenas como las olas.

Forma en su rica mansión
el lazo de su cariño,
un ángel de paz, un niño,
viva imagen de Gastón.

Respira el aire salubre
sin zozobra y sin fatigas
que acaricia á las espigas
en las mañanas de octubre.

Causa envidia al arrebol
de su mejilla el carmín,
y es cual la flor de un jardín
abierta al beso del sol.

En su tez sin mancha alguna
hay la limpidez de un astro,
y parece de alabastro
cuando reposa en la cuna.

Blanca dobla las rodillas
para dormido admirarlo ;
Gastón, por no despertarlo.
se le acerca de puntillas.

Y apasionados él y ella
lo ven con dulces sonrojos,
cual ven unos mismos ojos
la luz de una misma estrella.

Y la flor recién nacida
talismán de dichas era,
porque la ilusión primera
le dió en un beso la vida!

Cuando soñaron los dos
por primogénito un hombre,
pensaron : tendrá por nombre
« El regalado por Dios ».

Y cumplido el noble afán,
igual en Blanca y Gastón,
como Dios le dió un varón
le dieron por nombre: Juan.

Y trajo rasgos tan bellos
de gracia viril tesoro,
y era tan brillante el oro
de sus rizados cabellos,

que al llevarlo ante la Cruz
á recibir el bautismo,
que forma en el cristianismo
Jordán de gracia y de luz,

soñándolo ya un artista
ó pensador de renombre,
lo advocaron bajo el nombre
de Juan el Evangelista.

Y así aquel niño sin par,
flor de celestes pensiles,
miró lucir tres abriles
sin lágrimas en su hogar.

Siempre en la faz de Gastón
hubo sonrisa al mirarlo ;

Blanca siempre al contemplarlo
alzó al cielo una oración.

Y no puedo describir
los sueños que ambos tenían,
cuando al verlo discurrían
en su incierto porvenir.

Y eran felices los dos,
que al hogar que amor encierra
un hijo trae á la tierra
las bendiciones de Dios.

IV

La dicha de aquel hogar
se vino á eclipsar al fin,
y fué el rubio serafín
motivo de tal pesar.

El Destino, injusto y ciego,
que lo más sagrado arrasa,
en cierta noche la casa
envolvió en ondas de fuego,

y entre el inmenso terror
que el incendio produjera.
Blanca, en la extendida hoguera,
busca al fruto de su amor.

Gastón, corriendo aturdido,
al hijo tierno buscaba
y como un loco gritaba :
« Volvedme al niño perdido »

Y las llamas ascendían
terribles y destructoras,
y raudas y abrasadoras
cuanto hallaban consumían.

Blanca y Gastón, como fieras
que su cachorro les quitan,

braman, se revuelven, gritan
con voces tan lastimeras

que por piedad ó cariño,
el peligro desdeñando,
muchos los siguen llorando
en busca del tierno niño.

Y Gastón, sin sombra alguna
de temor, con ciego empuje,
sobre una viga que cruje
se adelanta hasta la cuna.

¡ Aquí ! con gran alegría
está el niño, á todos dice,
mas pronto ve el infelice
que está la cuna vacía.

Siente romperse los lazos
que lo ligan á este mundo,
y con un dolor profundo
alza la cuna en sus brazos.

Corre, y al punto que asoma
con Blanca por la escalera,
de un golpe la casa entera
retronando se desploma.

No hay bálsamo que mitigue
de Gastón la pena ardiente ;
corre y lo sigue la gente
y Blanca, loca lo sigue.

Cruzan por una calleja
donde existe sobre el muro
un viejo retablo obscuro
que humilde altar asemeja.

Con amargura infinita
Gastón se postra de hinojos
y fija los tristes ojos
en esa imagen bendita.

— « ¡ Oh Madre de los Dolores ! »
dice mirándola fijo,
« Devuélveme por tu Hijo
al hijo de mis amores ».

Y á la vez que en la sombría
calleja, otra voz se alzaba ;
era Blanca que gritaba :
— « ¡ Dadme á mi hijo, madre mía ! »

Y cuando la gente ya
rezando les acompaña,
en lo alto una voz extraña
á todos dice : — « ¡ Allí está ! »

Reina un silencio profundo ;
los ánimos se han turbado,
el eco que han escuchado
les parece de otro mundo.

Vuelve los ojos Gastón
sin proferir nueva queja,
y al fondo de la calleja,
mal oculto en un ancón,

halla al raptor inhumano
que carga al niño en un hombro ;
Blanca lo ve y con asombro
exclama : « ¡ El napolitano ! »

Gastón le asalta derecho
con ciega rabia infernal,
y el raptor saca un puñal
para clavarlo en su pecho.

Y audaz grita : — El que incendió
tu casa para vengarse,
podrá matar ó matarse,
mas dar á este niño, ¡ no !

— ¡ Infame ! Gastón agrega
y erizado su cabello,

salta, lo coge del cuello
y emprende así ruda brega.

— ¡ Madre ! ¡ madre ! el niño grita ;
su dulce voz Blanca escucha
y sin miedo de la lucha
sobre ambos se precipita.

Mientras Gastón al raptor
estrangula, acude Blanca
que de los hombros le arranca
al tesoro de su amor.

La gente, entusiasta, admira
á Gastón, que con su mano
ahoga al napolitano,
que se retuerce y expira.

Cuando ya muerto lo ve
y halla á Blanca con su hijo,
al raptor con regocijo
le pone en el cuello el pie.

Se cruza airoso de brazos
triunfante y de gozo ardiente,
impidiendo que la gente
destroce al vil en pedazos.

Blanca, loca de alegría,
arrodíllase llorando
ante el retablo gritando :
« ¡ Gracias, gracias, madre mía ! »

No juzga el hallazgo cierto
en sus delirios febriles,
y en tanto los alguaciles
van á recoger al muerto.

Vuelve á su esposa Gastón,
mira al niño, se embelesa,
y grita cuando lo besa :
« ¡ Hijo de mi corazón ! »

Todo el pueblo enternecido,
llora, clama, palmotea,
y hasta el más pobre desea
besar al niño perdido.

Y torna la paz á el alma ;
la pena es gozo profundo,
que siempre viene en el mundo
tras la tempestad la calma.

V

Blanca, á quien sólo aconseja
la piedad actos de amor,
dejó de tan gran dolor
un recuerdo en la calleja.

Puso un nicho y unas flores,
emblemas de su cariño,
y en el nicho á Jesús niño,
perdido entre los Doctores,

y una lámpara que ardía
símbolo de devoción,
invitando á la oración
en la noche y en el día.

Y año tras año corrido
respeta el hecho la fama,
y aquella calle se llama
« Calle del Niño Perdido ».

EL ALTAR DEL PERDÓN

TRADICIÓN DEL SIGLO XVI

Cuando á gobernar el reino
de la rica Nueva España
vino el marqués de Falcés
ó don Gastón de Peralta,

trajo entre su comitiva
á un pintor de mucha fama,
que era portugués de origen,
pero educado en Italia.

Según las crónicas rezan,
Simón Peyréns se llamaba ;
hombre de estrechos recursos
y de conciencia muy ancha.

En mostrar sus opiniones
cuidábase poco ó nada,
y una vez dijo en la corte
ante donceles y damas :

« No he de mojar mis pinceles
para pintar cosas santas,
que cuanto le atañe al cielo
mi paleta lo rechaza ».

No faltó quien al oírlo
con miedo se santiguara,

y de hereje y judaizante
le diera en la corte fama.

Del Arzobispo á noticia
llegaron esas palabras,
y del Virrey con permiso
llamó á Peyréns á su casa.

Preguntóle si era cierto
lo que todos murmuraban,
y el pintor, sin inmutarse,
y mirándole á la cara,

Repuso: « Señor, es cierto;
yo pinto cosas profanas,
porque las cosas del cielo
ni me inspiran ni me agradan ».

El prelado ordenó al punto
que á un calabozo llevaran
al hereje, para darle
digno castigo á su falta.

Ya preso en un calabozo,
después de algunas semanas,
frente al potro del tormento
de que se desdiga tratan.

Pero el pintor era altivo,
con mucho temple en el alma,
y en medio de sus verdugos
ratificó sus palabras.

Entonces, con grande encono,
sobre la rueda le atan,
y hacen que crujan sus huesos
á cada vuelta forzada.

Pero como no se queja,
ni ruega, ni se retracta,
ordenan que se le aplique
otro martirio: *el del agua*.

Le introducen en la boca
hasta tocar su garganta
el tosco embudo, por donde
vierten, con siniestra calma,
tres *pintas* que equivalían
á tres gigantescas jarras.

Eran vanos los esfuerzos
para evitar apurarla,
pues pusieron los verdugos
(conforme á sus ordenanzas),
un lienzo empapado y tosco
del mártir sobre la cara.

Sufrió Peyréns el suplicio,
y cuando ya agonizaba,
lo volvieron á su celda
sin la remota esperanza
de encontrárselo con vida
al despuntar la mañana.

Con gran asombro de todos,
después de tan negra infamia,
el artista quedó sano,
sin que los jueces lograran
que se desdijera nunca
temiendo sus amenazas.

Dictóse al fin su sentencia,
por la cual lo condenaban
á sufrir prisión perpetua
sin salir de Nueva España:
y que tan sólo sería
tal sentencia revocada
en caso de que el hereje
algún retablo pintara,
de la Iglesia en desagravio
y honrando á la Virgen santa.
Peyréns se mantuvo firme,

sufrió una prisión muy larga;
hasta que triste y cansado
de una vida tan precaria,
como en sus mejores tiempos
se levantó una mañana
en busca de sus pinceles,
de su paleta olvidada,
y de todo cuanto fuera
para trabajar un arma.

No hallando tela dispuesta
ni manera de arreglarla,
la puerta del calabozo
se le ofreció á sus miradas;
y en ella pintó una Virgen
que embelesaba al mirarla.

Cuando concluyó tal obra,
digna de la eterna fama,
mandó aviso al Arzobispo,
quien fué á la prisión con ansia,
temiendo que aquel hereje
la religión mancillara.

Llegó el prelado á la celda,
los ojos airado clava
en la pintura del preso,
y al ver la expresión seráfica,
y la sonrisa apacible,
y la celestial mirada
de la imagen, se arrodilla,
reza humilde una plegaria,
y admirado y satisfecho
ordena que libre salga
aquel pintor, que ha sabido
honrar á la Virgen santa.

Y al mismo tiempo dispone,
que como pintura sacra

á la Catedral se lleve
la puerta privilegiada,
do pintar plugo al artista
á la Madre de las Gracias.

Que se le ponga, así mismo,
un ancho marco de plata
y un cristal, que la resguarde
del tiempo y sus asechanzas ;
y se coloque y venere
con piedad y con constancia,
en el altar consagrado
para perdón de las ánimas.

* * *

Han corrido varios siglos,
y la Catedral aun guarda
en el mismo altar, el cuadro
que aquel portugués pintara.

Y cuántos de los devotos
que allí elevan sus plegarias,
ignoran que es una puerta
por un mártir decorada,
más bien que con los pinceles
con el dolor y las lágrimas.

LA CALLE DEL CALVARIO

LEYENDA DEL CLAVO

I

Joseph Ramírez Dorantes,
era, hablando con verdad,
uno de los estudiantes
más cumplidos y galantes
de nuestra Universidad.

Era de honrada ascendencia,
su padre cifró su afán
en ilustrarlo á conciencia,
y á estudiar jurisprudencia
lo mandó de Michoacán.

Vivió, cual es de ordinario,
sufriendo algunos rigores;
y el centro universitario
lo nombró bibliotecario
del claustro de los Doctores.

Fué una *borla* su esperanza,
sin que de la suerte impía
temiera aleve asechanza,
y tan dado á la enseñanza
que un *Dómine* parecía.

Siempre á las contiendas hecho,
amaba la discusión,
y en la mesa y en el lecho
era un curso de derecho
su amena conversación.

En su memoria reunidas
con invisible buril,
se encontraban esculpidas
las leyes de las Partidas
y del derecho civil.

Era alegre y zalamero,
decidor grato y sin par,
y en aquel claustro severo
era en la misa el primero
que se acercaba al altar.

¡Con qué entusiasmo estudiaba!
y era por su devoción,
si á un santo se celebraba,
el que á llevar ayudaba
el palio en la procesión.

Y á un tiempo afable y sencillo,
lleno de franqueza y fe,
sin buscar aplauso y brillo,
jugaba igual un tresillo
como bailaba un minué.

Y así de todos querido,
en lo mejor de su edad,
y por todos aplaudido,
juzgábanlo el consentido
de aquella Universidad.

II

Locuaz, osado, altanero,
de embozada condición,
era en el claustro severo

de Ramírez compañero
Roque Manresa y León.

En estudiar diligente,
cursando Filosofía,
era discreto y prudente;
que en época tan creyente
él ni en el diablo creía.

Del Génesis y el Exodo
burlábase por igual,
mas con tan discreto modo,
que le juzgaban en todo
sincero, adicto y leal.

Eran ambos estudiantes
alegres y decidores,
para los libros, constantes,
y según fama, galantes
y atrevidos, en amores.

Nunca se les vieron huellas
de asuntos envilecidos
por tenebrosas querellas;
eran terror de doncellas
y espanto de los maridos.

Y eran ambos celebrados
por la grey alegre y franca
de capences y encerrados,
que no eran menos osados
que aquellos de Salamanca

Bautizados por alguno
de chispa y de buen humor,
con un apodo oportuno,
llamaban « El Tigre », al uno,
y al otro « El Inquisidor ».

III

¡Tiempos tristes los pasados!
el rigor era la ley,

cuando ilusos ó engañados
eran los hombres quemados
de orden de Dios y del Rey.

Cuando nunca se atendía
el derecho y la razón;
y el que negaba ó leía
iba á la cárcel sombría
de la Santa Inquisición.

De aquel proceder severo,
eran testimonio y nota,
pasmando á Méjico entero,
tres sitios : el quemadero,
el cadalso y la picota.

El progreso en su carrera
la picota derribó,
apagó después la hoguera,
y tras su llama postrera
sólo el cadalso quedó.

Mudo, terrible, imponente,
como fantasma servil...,
fué Méjico, independiente,
y aun se asombraba á la gente
matando á garrote vil.

Se ve entonces de ordinario,
á lento paso marchar
por la calle del Calvario,
con hopa y escapulario,
al que van á ajusticiar.

Siempre el toque de agonía
fué la voz nunca turbada,
de aquella calle sombría,
á cuyo extremo se erguía
la horca odiosa y odiada.

La calle á todos arredra
y en las noches causa espanto;

que allí el infortunio medra,
y todos ven cada piedra
humedecida con llanto.

En sus contornos obscuros,
se oyen gritos sofocados,
maldiciones y conjuros,
y cruzan cabe sus muros
espectros de ajusticiados.

El pueblo, que nada olvida,
afirma con frenesí
que en la noche tan temida
el alma de un parricida
sale á penar por allí.

Y que no son devaneos
ver, al dar las oraciones,
sobre el altar de los reos
como terribles trofeos
luminosos corazones.

Esa fúnebre capilla
que enluta eterno capuz,
pues en ella nada brilla,
es tosca, pobre, sencilla
con un altar y una cruz.

Allí con solemne calma
entraba el que fuera en pos
como mártir, de una palma
antes de entregar el alma,
en el patíbulo, á Dios.

Allí cada sombra adquiere
más luto y más lobreguez,
que el que en el cadalso muere
allí reza el *Miserere*
por la postrimera vez.

Allí causan á la par
compasión, miedo y pavor

frente á la cruz, el pesar,
la horca frente al altar,
frente á la horca, el horror.

No hay martirio que no estalle
en sitio tan funerario,
ni alma que allí no batalle,
pues tal capilla y tal calle
conducen siempre al Calvario.

IV

Una mañana, salieron
Manresa y Ramírez juntos;
larga charla mantuvieron,
y entusiastas discutieron
sobre diversos asuntos.

Un argumento, el mejor,
que á los dos les preocupaba
y trataron con calor,
era: «¿En qué estriba el valor?»
y cada cual meditaba.

¿En desdeñar el abismo
que ante la muerte se ve?
¿En luchar con fanatismo?
¿En dominarse á sí mismo?
¿En ser invencible? ¿En qué?

— En dominarse; ¿no es esa
prueba de gran valentía,
con la dignidad ilesa?
— Tal es mi opinión, Manresa.
— Ramírez, tal es la mía.

— Pero hay casos en los cuales
tiembla el hombre sin querer,
pues son sobrenaturales.
— Yo todos los juzgo iguales,

porque querer es poder.
— Te asiste razón y es cierto;
¿mas si llegas á mirar
de noche, en claustro desierto
que se te aparece un muerto
y que te pretende hablar?
— Conseja, fútil conseja,
que el ánimo enfermo trunca
de un imbécil ó una vieja,
pues el que la vida deja
no vuelve á la vida nunca.
— Los Santos Padres dijeron,
acuérdate, en un concilio...
— Los Santos Padres mintieron;
los pobres no conocieron
ni á Tibulo, ni á Virgilio.
— ¿Pero tú no juzgas ciertos
sus relatos consagrados,
que afirman los más expertos?
— Decir que vuelven los muertos,
no es cosa de hombres honrados.
— Siempre te encuentro de fiesta,
no pierdes tu buen humor,
ni en una cuestión cual ésta,
y quiero hacer una apuesta
para probar tu valor.
— Lo que quieras, nada temo;
por bravo no me reputo,
pero soy digno en extremo;
ni con los diablos me quemo
ni con los muertos discuto.
— Pues bien; te voy á decir,
y no me hagas un reproche,
pues lo puedes discutir:
no eres capaz de venir

al cadalso, á media noche.

— ¿Pero qué, te has figurado
que soy tan vil y cobarde?
yo subiré á ese tablado,
aun estando el cuerpo helado
del que ahorcaran por la tarde.

— Tan bravo no te creí.
— Pues sábelo; así soy yo,
y de tal suerte nací.
— Pues yo te digo que no.
— Y yo te digo que sí.

— Ya que junto á la horca estamos,
en ella voy á poner
este libro que llevamos,
y cuando las doce oigamos
lo vendrás á recog

— Ve á ponerlo, nadie tiene
duda, de mi altiva fe,
pues sin mancha se sostiene;
que la media noche suene
y á recogerlo vendré.

Y alegres, los dos cruzaron
las calles de la ciudad;
de otras cosas conversaron
y así contentos llegaron
hasta la Universidad.

V

Llegó la noche sombría;
el espacio se enlutaba;
el viento horrible gemía;
la lluvia tenaz caía
y el cielo relampagueaba.

Una promesa hecha entonce

era un pacto temerario
esculpido sobre bronce ;
oyeron ambos las once
y se fueron al Calvario.

Moviendo iguales sus piernas
cruzaron por la ciudad,
que en esas noches eternas,
sin lámparas ni linternas,
mostraban su soledad.

Pronto en el Calvario dieron;
de la capilla, al portal
por instinto se acogieron ;
surgió un relámpago, y vieron
el patíbulo infernal.

— Voy por el libro y me esperas;
y así no me harás reproche.
— Ve y vuelve cuando tú quieras.
. . . . . .
Y las campanas austeras
sonaron la media noche.

El que se quedó, veía
marchar con grave arrogancia
al que al cadalso partía,
y á poco, tan sólo oía
sus pasos en la distancia.

Luego un rumor sordo y hueco,
después un murmullo falso
como el engaño del eco,
y en seguida un golpe seco
en las tablas del cadalso.

Con ansiedad sobrehumana
el uno al otro esperó,
y fué su esperanza vana,
pues despuntó la mañana
y Manresa no volvió.

No volvió, porque tocaron
sus manos, en el incierto
sitio, el libro que buscaron,
y sintió que lo tiraron
de la capa y cayó muerto.
. . . . . .
. . . . . .

VI

No bien hubo amanecido,
Ramírez sube anhelante
al cadalso aborrecido,
y halló en las tablas tendido
el cuerpo del estudiante.

Lleno de horrible aflicción
cuando á su mente se escapa
de la muerte la razón
encuentra sobre un tablón,
prendida á un clavo, la capa.

Y á varios que le seguían
les dijo el motivo justo
y todos se convencían;
— Sintió que lo detenían.
y es claro... ¡ murió del susto!

EL CALLEJÓN DEL AVE MARÍA

Es á la vida el amor
lo que al rostro la sonrisa,
lo que á las playas la brisa,
lo que el aroma á la flor.
Escudo contra el dolor
bálsamo para el pesar;
tanto alcanza á dominar
el corazón donde anida,
que sin el amor no hay vida,
pues se nace para amar.

¡Ay! en la contienda humana,
tan amarga como breve,
la dicha es fantasma leve
y la ilusión sombra vana!
¡Ay del mortal que se ufana
de la pasión que lo hiere!
¡Ay del que á todo prefiere
la llama que el pecho abrasa!
¡Todo es fugaz, todo pasa,
todo engaña y todo muere!

¿Quién refrena la pasión
que lo deslumbra y lo ciega?
¿Quién alguna vez no entrega
rendido su corazón?
Sueño, delirio, ficción,

que en silencio nos inquietas,
¿quién no sintió tus saetas,
niño amor?, ¿quién ha negado
que á tu influjo se han formado
los héroes y los poetas?

No en vano el sabio profundo
omnipotente te llama,
y el filósofo proclama
que tú dominas al mundo.
Venero eterno y fecundo
de goces y de pesares,
palpitando en tus altares
verás el humano anhelo
mientras se retrate el cielo
en el cristal de los mares.

Por ti, amor, sueña anhelante
el hombre, que el mundo abarca;
eres el ruego en Petrarca
y la maldición en Dante.
Golfo azul siempre inconstante
en tus ondas se redimen,
los que esperan, los que gimen,
y eres nota en el laúd,
fuerza oculta en la virtud,
razón eterna en el crimen.

Y si en la humana contienda
mueves lo muerto y lo vivo
¿cómo no has de ser motivo
de esta sencilla leyenda?
En mi obscura y triste senda
siendo niño la escuché,
con rudos versos labré
para el pueblo el fútil cuento,
conservando el argumento
lo mismo que yo lo sé.

*
* *

Era por el tiempo aquel
en que al pueblo los virreyes
con más milagros que leyes
lo mantuvieron fiel.
En Méjico á san Miguel
rico templo levantaron,
y tal como lo admiraron,
aquellas épocas pías,
lo entregan á nuestros días
los años que ya pasaron.

Era de ver cada tarde
con el postrer arrebol,
cuando el moribundo sol
hace de su pompa alarde;
cuando entre nácares arde
envuelto en fuego divino
el horizonte opalino,
y que semejan las nubes
alas de blancos querubes
buscando un alto camino.

Era de ver cual caían
del templo en cada ventana
los rayos que en oro y grana
muros y altares teñían,
y ver cómo revestían
de vaga y purpúrea luz,
luchando con el capuz
de la noche que llegaba,
al Cristo que agonizaba
clavado sobre la cruz.

Y ver al pie del altar
prestándole nuevo encanto
á una mujer cuyo llanto
nunca se pudo secar.

Viva estatua del pesar,
con triste y medroso acento,
al obscuro firmamento
alza sus preces sencillas,
con el llanto en las mejillas
y el luto en el pensamiento.

Siempre en la misma actitud,
sola siempre y enlutada,
revelando en la mirada
duda, pasión y virtud:
era en plena juventud
joya de sin par ternura,
dulce, sosegada, pura,
escondiendo al mundo ingrato
con la faz toda recato,
el alma toda amargura!

Velaba con negra toca
linda faz de labios rojos;
siempre con llanto en los ojos
y plegarias en la boca.
Juzgárala pobre loca
quien la hubiera contemplado
en aquel templo callado,
sin reserva y sin testigo,
hablando como á un amigo
á Jesús crucificado:

« Santo y Justo Redentor,
que canta el ángel tu nombre,
tú que tanto amaste al hombre
que moriste por su amor:
aparta de mí, Señor,
este dolor sin segundo;
cúrame este amor profundo
que mis venturas apaga,
pues por él, mi fe naufraga
sobre los mares del mundo.

» Sé tú el mejor consejero
para una infeliz mujer;
Señor, no quiero querer,
y no queriendo más quiero.
Será mi deber primero
olvidar, y no he nacido
para olvidar; no he podido,
pues del amor que me inflama
nunca extinguirán la llama
ni la ausencia ni el olvido.

» Tan intensa es mi pasión,
tanto mi ser ha llenado
que á cometer un pecado
me arrastra la tentación.
vengo á imp orar tu perdón
á tu doctrina fiel;
líbrame del hombre aquél
que me roba dicha y calma;
yo no quiero darle el alma
y mi alma se va con él.

» Me lo acerca mi deseo
hasta el fondo de mi pecho,
busco descanso en el lecho
y allí, dormida, lo veo.
Te desconoce; es ateo,
no va de tu cruz en pos;
nos separan á los dos
de un abismo los horrores;
lo adoro y de sus amores
sálvame tú que eres Dios! »

Apagó el sol sus reflejos,
y en la sagrada mansión
resonó de la oración
el toque dado á lo lejos.
Abubillas y vencejos
en las bóvedas graznaban;

las tinieblas enlutaban
las tristes, desiertas naves,
y del sacristán las llaves
junto á la puerta sonaban.

« Señor: esperando estoy
tu consejo ambicionado,
la noche es para el pecado
y es de noche y ya me voy.
Tu sierva obediente soy,
dame un amparo, una guía;
¿cuál es la defensa mía?
¿qué digo en tu nombre yo? »
y en los aires resonó
esta frase: *¡Ave María!*

Con más pena que placer
juzgando aquel eco incierto,
salió del templo desierto
temblando aquella mujer.
Volvió el rostro para ver
por vez postrera el altar,
y un fulgor crepuscular
bañaba el rostro divino,
del que por el hombre vino
su vida á sacrificar.

Santiguóse la enlutada,
aquel templo abandonó
y por la calle cruzó
entre confusa y turbada.
Á una calleja olvidada
penetra con gran presteza,
y con temor y tristeza
por el amor que la abrasa,
abre el portón de una casa
y llora, suspira y reza.

Ya en su estancia solitaria,
aquella mujer temblando,

oye en las torres vibrando
el toque de la plegaria.
Con cautela extraordinaria,
con indecible emoción,
explora con intención
la calle y absorta queda,
viendo una escala de seda
pendiente de su balcón.

Un hondo lamento exhala,
cruza su mente una nube,
y en tanto, rápido sube
un mancebo por la escala.
Al verlo entrar en la sala
la dama se maravilla,
— « No creí tanto, Marcilla :
eres audaz y atrevido ».
Y él diciendo : « ¡ Lo he cumplido ! »
hinca en tierra una rodilla.

« Vengo á que cumplas fiel
de seguirme el juramento ;
te amo con el ardimiento
de mi sangre de Israel.
Si no cumples, Isabel,
ese juramento, advierte
que no me importa mi suerte,
pues dueño de mí no soy
y en este sitio te doy
entre mis brazos la muerte ».

Y tomándola de un brazo
hace ademán de llevarla
al balcón, para bajarla
por la escala, con un lazo.
Ella dice : — « Yo rechazo,
aunque te adoro rendida,
tu propuesta aborrecida ;
¡mátame ! ¡no temo nada !

¡Vale más morir honrada
que vivir envilecida! »

Saca Marcilla un puñal,
y cuando herirla imagina
ve que todo se ilumina
con una luz celestial.
Una mujer sin igual
que describir no osaría,
surge en la estancia sombría,
se interpone entre los dos
y grita Isabel: « ¡Por Dios!
¡Ampárame! ¡Ave María! »

Quedó Marcilla turbado.
y en su inmensa turbación
por el angosto balcón
escapó precipitado.
Aquel espectro sagrado
se fué elevando después
de los cielos al través;
Isabel lo contemplaba
y sollozando rezaba
arrodillada á sus pies.

Bajo aquel balcón desierto,
en la acera abandonada,
á la luz de la alborada
se encontró á Marcilla muerto.
Ninguno el motivo cierto
de una escena tan sombría
supo, pero todavía
guardando la tradición,
al angosto callejón
llaman del « Ave María ».

Y puede el lector atento
dar crédito á la conseja,
ó dejarla cual se deja
la trama fútil de un cuento.

Yo ni afirmo ni comento,
ni el suceso negaré;
dice el pueblo que así fué,
y si el pueblo es buen testigo
el hecho en su nombre digo
lo mismo que yo lo sé.

EL SEÑOR DEL REBOZO

LEYENDA DE LA CALLE DE SANTA CATALINA DE SENA

Desde los remotos años
con que la historia comienza,
ha sido la fe el origen
de ensangrentadas contiendas.

Todos los pueblos registran
en su agitada existencia,
mártires que sucumbieron
en aras de la fe ciega.

Una palabra, un relato,
una intrincada conseja,
dejan en las multitudes
profunda, imborrable huella.

Busca á Cristo en el sepulcro
la piadosa Magdalena,
y no hallando su cadáver
su resurrección sospecha.

Á poco, envuelto en un nimbo
de aurora tibia y serena,
Jesús, á la redimida
deslumbra con su presencia.

Ella refiere el prodigio,
nadie la verdad le niega,

y así se cumple el milagro
que anunciaran los profetas.

¿Quién ignora las visiones
que tuvo santa Teresa
cada vez que al rey del cielo
en sus éxtasis se acerca?

¿Quién no ha visto á san Antonio,
tal cual los lienzos lo muestran,
con Dios niño que á sus brazos
baja amante y lo contempla?

Por donde volváis los ojos
veréis cosas estupendas
de muertos que aparecen
en medio de las tinieblas.

De seres desconocidos
que en desconocida lengua
los secretos de ultra tumba
á los vivos les revelan.

El enigma y el misterio,
lo que pasma y amedrenta,
son bases en que descansan
las más antiguas leyendas.

No extrañen pues los lectores
que aquestas páginas vean.
lo absurdo y lo inverosímil
hallar á veces en ellas.

El suceso que relato
es el pueblo quien lo cuenta,
y los cuentos populares
por sencillos se respetan.

Además, no es un relato
que sólo al vulgo interesa,
que á la imagen á que aludo,
muy venerada en mi tierra,

se le consagra con pompa,
como una memoria tierna,
una función religiosa
cada año en movible fecha.

Si crédito no merece
el bardo que la comenta,
si debe darse, á fe mía,
en este caso á la Iglesia.

Hubo entre las muchas monjas
obedientes á las reglas
que han santificado el nombre
de Catalina de Sena,

una que fué vivo ejemplo
de humildad y de pobreza,
en sus costumbres sin tacha
y en su devoción discreta.

La juzgaron una santa
por sus virtudes austeras
cuantos de cerca la vieron
en el coro y en la celda.

Era de familia pobre
de faz apacible y bella,
con los ojos siempre alzados
á la azul, celeste esfera.

Con la tez limpia y brillante
cual pétalo de azucena,
y los labios sólo abiertos
para la oración más tierna.

Esposa de Jesucristo
le amó con pasión tan ciega
que fué su divino ejemplo
su solo norte en la tierra.

Costumbre de muchos años
fué para mujer tan buena,

después de extender la noche
sobre el mundo sus tinieblas ;

sin ser vista por ninguno
bajar del claustro á la iglesia
y recatada en las sombras,
sola, en la nave desierta,

arrodillarse temblando
ante la imagen excelsa
de un Nazareno que marcha
cargando la cruz á cuestas,

y con el llanto en los ojos,
y con palabras muy tiernas
decirle que lo adoraba
con una pasión inmensa.

Que en él cifraba su dicha,
su esperanza hermosa y cierta
y que soñaba al mirarlo
en vida mejor y eterna !

La monja buscaba siempre,
en invierno, en primavera,
para su altar predilecto
en el jardín rosas nuevas.

Siempre en el altar ponía
con gran empeño las ceras,
á fin de que ni un instante
se hallase á Jesús sin ellas.

Y en treinta años no dejaron
de arder las sagradas velas
ni halló en el altar ninguno
rosas ajadas y secas.

¡ Siempre las flamas brillantes !
¡ Siempre las rosas enhiestas !
¡ Siempre el altar arreglado
y limpio como de fiesta !

El amor en las mujeres
hace prodigios sin tregua,
y más el amor del alma,
que nada pide á la tierra.

Con burdas y humildes tocas
sus gracias la monja vela
y tiene en vez de placeres
oración y penitencia.

Vive, como en los jardines
la pudorosa violeta,
escondida para el mundo,
pero tranquila y contenta.

No conoce más amores
que el santo amor que la llena:
¡ El amor al Nazareno
que carga su cruz á cuestas !

Y se siente tan dichosa
cuando de noche le reza,
y cuando en su altar le pone
fragantes las rosas nuevas

que sueña que ya disfruta
la sola vida que anhela,
la vida del amor puro,
la inacabable, la eterna.

En seis lustros, cada noche,
henchida de unción suprema
habló con Jesús la monja
sin que nadie lo supiera.

El tiempo no pasa en vano
para la frágil materia
que pierde con cada invierno
la galanura y la fuerza;

los robles de la montaña
á los años se doblegan

y el heno en sus altas copas
prende sus blancas guedejas.

La piadosa enamorada
de la más alta pureza,
enfermó al cabo, que todo
el que ama tanto se enferma.

Fué grande, dura, sin nombre,
su angustia, su oculta pena,
cuando su santa costumbre
hubo de cortar por fuerza.

Postrada en el tosco lecho
y de lágrimas cubierta
oyendo sonar las horas
que ayer pasara en la iglesia :

« Señor — clamaba — no quieres
que te visite tu sierva ;
que tu voluntad se cumpla
en los cielos y en la tierra.

» Ya no puedo dar un paso ;
son cual de hierro mis piernas
y siento que por instantes
me van faltando las fuerzas.

» ¿ Quién mantendrá ante tus plantas
siempre encendidas las velas,
lo mismo que tú mantienes
en el cielo las estrellas ?

» Estará tu altar muy triste ;
las flores estarán secas ;
que ninguna ha de llevarte
cada noche rosas nuevas.

» Señor, ¡ si pudiera verte,
qué feliz entonces fuera!
Quiero mirarte un momento,
mirarte, y quedarme muerta ! »

Al decir estas palabras
vió una claridad inmensa,
un fulgor como el que vierte
en lo alto la luna llena.

Vió después abrirse un muro
y aparecer en la celda
la Imagen que veneraba
noche por noche en la iglesia.

Acercóse el Nazareno
y con voz dulce y serena :
« He venido á verte — dijo —
porque estás sola y enferma.

» Aun en mi altar se mantienen
ardiendo las mismas ceras
que tú encendiste, y las rosas
que me llevastes están frescas.

» Tu fe te salva ; no sufras ;
mira con amor tus penas,
eres la sierva de Cristo
y Cristo ampara á su sierva. »

Vió la monja que la Imagen
iba á salir de la celda,
y como era noche horrible
de atronadora tormenta.

« Señor, no salgas — le dijo,
con voz lacrimosa y tierna : —
¿ Cómo ha de mojar la lluvia
tu sacrosanta cabeza ?

» Nada tengo que ofrecerte,
mira cuán pobre es tu sierva,
pero toma este rebozo
de mi santo amor en prenda,

» Y que te envuelva y te cubra
mientras bajas á la Iglesia. »

Y cual si estuviera sana
llena de vida y de fuerzas,

saltó del lecho la monja
dió algunos pasos resuelta
y envolvió del Nazareno
la luminosa cabeza.

Á la mañana siguiente,
según dice la leyenda,
hallaron sobre su lecho
á la humilde monja muerta.

Emanaba su cadáver
fresco olor de rosas nuevas
y una luz cual la que vierte
en lo alto la luna llena.

Y cuentan que vieron todos
con indecible sorpresa,
dentro del sagrado nicho
en que la imagen se encierra,

al Nazareno, mostrando
del raro prodigio en prenda,
sobre su cuerpo el rebozo
que usaba la monja aquella.

En Méjico, desde antaño
piadoso el pueblo celebra
en honor del Nazareno
que motiva esta leyenda,

año por año, en el templo
de Catalina de Sena,
el primer viernes de marzo,
una religiosa fiesta.

Acude al altar el pueblo,
pues según el vulgo cuenta,
si ante el Señor del Rebozo
treinta y tres credos se rezan,

de tres gracias que le pidan
una gracia nunca niega,
siempre que resulte justa
y al creyente le convenga.

Así, peinando sus canas,
me lo refirió una vieja
y así lo digo peinando
las canas en mi cabeza.

EL PRIMER MARTIR

LEYENDA DE LA CALLE CERRADA DE SANTA TERESA

Á MI BUEN AMIGO DAVID M. ALCALDE

I

A tiempo que Bonaparte
conmueve el trono de España
y que invaden sus legiones
á la villa coronada;

mientras los odios dividen
á Carlos cuarto el monarca
y á su heredero que adulan
los enemigos de Francia,

llegan con retardo á Méjico
nuevas que á todos alarman
y que al pueblo y á los nobles
más que nunca los separan.

Piensan al hijo de Carlos
invocar las clases altas,
asegurándole un trono
dichoso en la Nueva España.

El pueblo, sin revelarlo,
abriga las esperanzas

de hallar en la tierra propia
algo mejor que en la extraña;

pero ninguno lo dice
porque se piensa en voz baja,
mientras duerme entre leones
el águila de la patria.

Los comerciantes más ricos,
núcleo de la aristocracia,
que en el Parián aparecen
dueños de opulentas casas,

juzgan que el Virrey no mira
muy mal del pueblo la causa,
pues si no se muestra adicto,
de ningún modo la ataca.

Y como los ricos saben
por el trato y por la práctica
que Iturrigaray es débil
y que siempre al pueblo halaga,

se congregan una noche
y con viriles palabras,
frente á don Gabriel de Yermo
discuten cuestión tan ardua.

Era don Gabriel un bombre
con mucho temple en el alma,
con mucho influjo en la corte
y mucho dinero en caja.

Presidiendo aquel concurso
dió al cabo su opinión franca
y á todos dijo: « Es preciso
salvar el honor de España;

» y como en estos momentos
allá la atención embarga,
la guerra horrible y tremenda
que se sostiene con Francia,

» debemos aquí nosotros,
en época tan aciaga
hacer lo mismo que hiciera
nuestro querido monarca.

» Si el Virrey es torpe y débil,
si es verdad que al pueblo halaga,
se le derriba y al punto
con otro se le reemplaza.

» Busquemos un hombre activo.
bien avezado en las armas
y no midamos escollos
ni escuchemos amenazas.

» El honor de nuestros reyes
no admite baldón ni mancha
y á velarlos nos obliga
de nuestra estirpe la fama. »

Entusiasmaron á todos
tan sentenciosas palabras,
quizás porque fueron dichas
con una franqueza honrada.

Formaron los conjurados
una legión fuerte y vasta,
y cuando nadie lo espera
terrible motín estalla.

El Virrey, del alto solio,
preso y humillado baja :
le imponen luego un destierro
y sale de Nueva España.

II

Á Iturrigaray proscripto
en el gobierno reemplaza
Pedro Garibay, un hombre
envejecido en campaña,

de carácter seco y agrio,
de altivez nunca domada
y enérgico hasta ese punto
en que la crueldad resalta.

Distinguióse desde luego
por medidas arbitrarias,
sin respetar fueros, rangos,
antecedentes y canas.

Sometió á largas prisiones
y á pruebas duras y amargas,
á personas de respeto,
por sus méritos sin tacha.

Contáronse entre las víctimas
en quienes cebó su saña,
Azcárate, Talamantes,
y un letrado de gran fama,

síndico del Municipio,
de erudición firme y vasta,
y que don *Francisco Primo*
de Verdad se apellidaba.

Verdad no tuvo recelo
en mostrar su opinión franca
delante de muchos ricos
y personas de prosapia;

en cada vez que trataron
de interpretar al monarca,
reformando en nombre suyo
cuanto aquí nos gobernaba.

Era *Verdad* hombre docto,
de una conducta sin mancha,
enemigo de dobleces,
ambajes y torpes tramas,

y juzgó lógico y recto
sostener con sus palabras,

con sus escritos y á veces
con sus acciones honradas,

que era inútil y humillante
buscar solo al rey de España
y ofrecerle un nuevo trono
en tan tristes circunstancias ;

que Méjico tan extenso,
teniendo riquezas tantas,
y contando tantos hombres
doctos en letras y en armas,

estaba predestinado
á romper ligas extrañas
y á gobernarse á sí mismo
sin compromisos ni trabas.

Ricos, clérigos, oidores
que oyeron tales palabras
unánimes dirigieron
á *Verdad* mil amenazas.

Y el escándalo fué grande
y ya no tuvieron calma
cuando de *Verdad* oyeron
estas heréticas máximas :

« Si queréis un rey, señores,
no lo busquéis en España ;
rey absoluto es el pueblo,
porque á sí mismo se basta
y el nuestro, derecho tiene
de ser dueño de su casa. »

Expresiones semejantes
á todos hieren y alarman
y del derecho divino
como defensores saltan.

Quien á *Verdad* un insulto
grosero y amargo lanza ;

quien del Espíritu Santo
invoca al hablar la llama ;

quien al síndico le augura
ir del infierno á las brasas,
por perjuro y por rebelde
enemigo del monarca.

Uno dice que ha ofendido
á la persona sagrada ;
otro, blasfemo y hereje,
le grita lleno de rabia ;

Y unos y otros lo amonestan,
lo condenan, lo amenazan,
y él recibe las injurias
con estoica y dulce calma.

Al último el Arzobispo
de la silla se levanta,
sentencioso lo maldice,
con voz que por grave pasma.

Garibay, que en todo accede
á cuanto el Prelado manda,
aplaude aquella sentencia,
que oportuna y justa llama,
y á *Verdad* desde aquel día
lo encierran en negra estancia,
en la cual nunca penetran
los rayos de la mañana.

III

En la calle que aun existe
transversal, corta y cerrada,
con el nombre de la egregia
inmortal Doctora de Avila,
se conserva en una pieza

de una conocida casa[1]
el muro del calabozo
que en época tan nefanda

sirvió de cadalso al hombre
que inició con sus palabras
la vida libre de un pueblo,
la causa inmortal y santa,
que fué más tarde en Dolores
vida y luz para la Patria.

El muro guarda las huellas,
por el tiempo consagradas,
que en sus últimos instantes
en medio de ho ribles ansias,

esculpió allí con las uñas
de las dos manos atadas[2]
el mártir á quien hoy ciñe
eternos lauros la fama.

Y venerado por todos,
en la Historia se levanta,
pues antes que nadie quiso
independernos de España.

[1] En la casa número 4 de la calle cerrada de Santa Teresa, propiedad del señor licenciado don Joaquín María Alcalde.

[2] Al construír la casa, se convirtió el antiguo calabozo en comedor, que se decorô lujosamente, cuidando de conservar en el muro una imborrable huella con la inscripci ı siguiente : *Este es el agujero del clavo en que fué ahorcado el licenciado Verdad.* Abajo se notaban señales que la víctima dejó grabadas en la pared al sufrir las agonías de la muerte.

EL CALLEJÓN DEL BESO

LEYENDA DE LA PRIMERA CALLE DE LOS PLATEROS

Una noche invernal, de las más bellas
con que engalana enero sus rigores
y en que asoman la luna y las estrellas
calmando penas é inspirando amores;
noche en que están galanes y doncellas
olvidados de amargos sinsabores,
al casto fuego de pasión secreta
parodiando á Romeo y á Julieta.

En una de esas noches sosegadas,
en que ni el viento á susurrar se atreve,
ni al cruzar por las tristes enramadas
las mustias hojas de los fresnos mueve;
en que se ven las cimas argentadas
que natura vistió de eterna nieve,
y en la distancia se dibujan vagos
copiando el cielo azul los quietos lagos;

llegó al pie de una angosta celosía,
embozado y discreto un caballero,
cuya mirada hipócrita escondía
con la anchurosa falda del sombrero.
Señal de previsión ó de hidalguía
dejaba ver la punta de su acero

y en pie quedó junto á vetusta puerta,
como quien va á una cita y está alerta.

En gran silencio la ciudad dormida,
tan sólo turba su quietud serena,
del Santo Oficio como voz temida
débil campana que distante suena,
ó de amor juvenil nota perdida
alguna apasionada cantilena
ó el rumor que entre pálidos reflejos
suelen alzar las rondas á lo lejos.

De pronto, aquel galán desconocido
levanta el rostro en actitud violenta
y cual del alto cielo desprendido
un ángel á su vista se presenta :
— « ¡Oh, Manrique! ¿Eres tú? ¡Tarde has venido ' »
— « ¿Tarde, dices, Leonor? las horas cuenta. »
Y al tiempo que contesta á tal reproche
daba el reloj las doce de la noche.

Y dijo la doncella : — « Debo hablarte
con todo el corazón ; yo necesito
la causa de mis celos explicarte..
Mi amor, lo sabes bien, es infinito,
tal vez ni muerta dejaré de amarte ;
pero este amor lo juzgan un delito
porque no lo unirán sagrados lazos,
puesto que vives en ajenos brazos.

» Mi padre, ayer, mirándome enfadado
me preguntó, con duda, si era cierto
que me llegaste á hablar enamorado,
y al ver mi confusión, él tan experto,
sin preguntarme más, agregó airado :
prefiero verlo por mi mano muerto,
á dejar que con torpe alevosía
mancille el limpio honor de la hija mía.

» Y alguien que estaba allí dijo imprudente :

¡ Ah ! yo á Manrique conocí en Sevilla,
es guapo, decidor, inteligente,
donde quiera que está, resalta y brilla ;
mas conozco también á una inocente
mujer de alta familia de Castilla,
en cuyo hogar, cual áspid se introdujo
y la mintió pasión y la sedujo.

» Entonces yo, celosa y consternada,
le pregunté con rabia y amargura,
sintiendo en mi cerebro desbordada
la fiebre del dolor y la locura :
— ¿ Esa inocente víctima inmolada
hoy llora en el olvido su ternura ?
y el delator me respondió con saña :
— ¡ No ! la trajo Manrique á Nueva España.

» Si es la mujer por condición curiosa
y en inquirir concentra sus anhelos,
es más cuando ofendida y rencorosa
siente en su pecho el dardo de los celos ;
y yo, sin contenerme, loca, ansiosa,
sin demandar alivios ni consuelos,
le pregunté por víctima tan bella
y en calma respondió : — Vive con ella.

» Después de tal respuesta que ha dejado
dudando entre lo efímero y lo cierto
á un corazón que siempre te ha adorado
y sólo para ti late despierto,
tal como deja un filtro envenenado
al que lo apura, sin color y yerto :
no te sorprenda que á tu cita acuda
para que tú me aclares esta duda. »

Pasó un gran rato de silencio y luego
Manrique dijo con la voz serena :
— « Desde que yo te vi te adoro ciego ;
por ti tengo de amor el alma llena ;

no sé si esta pasión, ni si este fuego
me ennoblece, me salva ó me condena,
pero escucha, Leonor idolatrada :
á nadie temo ni me importa nada.

» Muy joven era yo y en cierto día
libre de desengaños y dolores,
llegué de capitán á Andalucía,
la tierra de la gracia y los amores.
Ni la maldad ni el mundo conocía,
vagaba como tantos soñadores
que en pos de algún amor dulce y profundo
ven como eterno carnaval el mundo.

» Encontré á una mujer joven y pura,
y no sé qué la dije de improviso;
la aseguré quererla con ternura
y no puedo negártelo : me quiso.
Bien pronto, tomó creces la aventura ;
soñé tener con ella un paraíso
porque ya en mis abuelos era fama :
antes Dios, luego el Rey, después mi dama.

» Y la llevé conmigo ; fué su anhelo
seguirme y fué mi voluntad entera ;
surgió un rival y le maté en un duelo,
y después de tal lance, aunque quisiera
pintar no puedo el ansia y el desvelo
que de aquella Sevilla, dentro y fuera,
me dió el amor como tenaz castigo
del rapto que me pesa y que maldigo.

» Á noticias llegó del Soberano
esta amorosa y juvenil hazaña
y por salvarme me tendió su mano,
y para hacerme diestro en la campaña
me mandó con un jefe veterano
á esta bella región de Nueva España...
¿Abandonaba á la mujer aquélla?

soy hidalgo, Leonor, ¡ vine con ella !

» Te conocí y te amé, nada te importe
la causa del amor que me devora ;
la brújula, mi bien, siempre va al norte ;
la alondra siempre cantará á la aurora.
¿ No me amas ya? pues deja que soporte
á solas mi dolor hora tras hora ;
no demando tu amor como un tesoro,
¡bástame con saber que yo te adoro!

» No adoro á esa mujer ; jamás acudo
á mentirle pasión, pero tú piensa
que soy su amparo, su constante escudo,
de tanto sacrificio en recompensa.
Tú, azucena gentil, yo cardo rudo,
si ofrecerte mi mano es una ofensa
nada exijo de ti, nada reclamo,
me puedes despreciar, pero te amo ».

. . . . . .

. . . . . .

Después de tal relato, que en franqueza
ninguno le excedió, calló el amante,
inclinó tristemente la cabeza,
cerró los ojos mudo y anhelante ;
ira, celos, dolor, miedo y tristeza
hiriendo á la doncella en tal instante
parecían decirle con voz ruda :
la verdad es más negra que la duda.

Quiere alejarse y su medrosa planta
de aquel sitio querido no se mueve ;
quiere encontrar disculpa, mas le espanto
de su adorado la conducta aleve ;
quiere hablar y se anuda su garganta,
y helada en interior como la nieve
mira con rabia á quien rendida adora
y calla, gime, se estremece y llora.

¡Es el humano corazón un cielo!
Cuando el sol de la dicha lo ilumina
parece azul y vaporoso velo
que en todo cuanto flota nos fascina:
si lo ennegrece con su sombra el duelo,
noche eterna el que sufre lo imagina,
y si en nubes lo envuelve el desencanto
ruje la tempestad y llueve el llanto.

¡Ah! cuán triste es mirar marchita y rota
la flor de la esperanza y la ventura,
cuando sobre sus restos sólo flota
el negro manto de la noche obscura;
cuando vierte en el alma gota á gota
su ponzoñosa esencia la amargura
y que ya para siempre en nuestra vida
la primera ilusión está perdida.

Leonor oyendo la vulgar historia
del hombre que encontrara en su camino,
miró eclipsarse la brillante gloria
de su primer amor, casto y divino;
su más dulce esperanza fué ilusoria,
culpaba, no á Manrique, á su destino;
y al fin le dijo á su galán callado:
— «Bien; después de lo dicho, ¿qué has pensado?

» Tanta pasión por ti mi pecho encierra
que el dolor que me causas lo bendigo;
voy á vivir sin alma y no me aterra,
pues mi culpa merece tal castigo.
Como á nadie amaré sobre la tierra
llorando y de rodillas te lo digo,
haz en mi nombre á esa mujer dichosa,
porque yo quiero ser de Dios esposa. »

Calló la dama y el galán temblando
dijo con tenue y apagado acento:
— « Haré lo que me pidas; te estoy dando

pruebas de mi lealtad, y ya presiento
que lo mismo que yo te siga amando
me amarás tú también en el convento;
y si es verdad, Leonor, que me has querido
dame una última prueba que te pido.

» No tu limpia pureza escandalices
con este testimonio de ternura;
no hay errores, ni culpas, ni deslices,
entre un hombre de honor y un alma pura;
si vamos á ser ambos infelices
y si eterna ha de ser nuestra amargura,
que mi postrer adiós que tu alma invoca
lo selles con un beso de tu boca. »

Con rabia, ciega, airada y ofendida,
— « No me hables más, — repuso la doncella. —
sólo pretendes verme envilecida
y mancillarme tanto como á *aquélla*.
Te adoro con el alma y con la vida
y maldigo este amor, pese á mi estrella,
si hidalgo no eres ya ni caballero,
ni debo amarte ni escucharte quiero. »

Manrique, entonces, la cabeza inclina,
siente que se estremece aquel recinto,
y sacando una daga florentina
que llevaba escondida bajo el cinto
como un tributo á la beldad divina,
que amó con un amor jamás extinto,
altivo, fiero y de dolor deshecho,
diciendo:—«Adiós Leonor», la hundió en su pecho

La dama, al contemplar el cuerpo inerte
en el dintel de su mansión caído,
maldiciendo lo negro de la suerte,
pretende dar el beso apetecido.
Llora, solloza, grita ante la muerte
del hombre por su pecho tan querido,

y antes de que bajara hasta la puerta
la gente amedrentada se despierta.

Leonor, á todos sollozando invoca
y les pide la lleven al momento
junto á Manrique, en cuya helada boca
un beso puede renovar su aliento.
Todos claman oyéndola: « ¡Está loca! »
y ella, fija en un solo pensamiento,
convulsa, inquieta, lívida y turbada
cae, al ver á su padre, desmayada.

. . . . . .
. . . . . .

Y no cuentan las crónicas añejas
de aquesta triste y amorosa hazaña,
si halló asilo Leonor tras de las rejas
de algún convento de la Nueva España.
Tan fútil como todas las consejas,
si ésta que narro á mi lector extraña,
sepa que á la mansión de tal suceso,
llama la gente: « el Callejón del Beso ».

« EN EL MONTE ESTÁ

QUIEN EL MONTE QUEMA »

LEYENDA HISTÓRICA DEL CONVENTO DE « LA PROFESA »

I

Para blasón y orgullo de las artes
que en Méjico otro tiempo florecieran,
dignos asilos de la fe cristiana
pasmando á nuestra edad los templos quedan.

Aun vive el nombre del egregio Tolsa,
aun alientan los Juárez y Cabreras,
y aun admiramos todos reverentes
las grandes obras del sin par Tres Guerras.

No en vano con sus manos poderosas,
para hallar en la fama vida eterna,
esgrimieron bañados por el genio
el compás, el cincel y la paleta.

Si el tiempo todo con su mano borra,
si su segur terrible todo siega,
y la voluta artística se cubre
con pesado festón de verde yedra;

si viste á las cariátides el musgo,
y el mármol por antiguo amarillea,

y en la gótica torre abandonada
anidan la abubilla y la corneja ;

si el orín de los años quita el lustre
á la espada, al escudo, á la rodela,
y las más relucientes armaduras
como memorias sin objeto quedan ;

si todo se convierte en polvo vano
porque tan sólo es polvo la materia,
el genio vive en obras inmortales
que el genio está en el alma, que es eterna.

En un roto frontón, en una ojiva,
en un lienzo sutil, en una piedra,
toda la luz del arte del pasado
asombrando al presente se revela:

Méjico guarda entre las ricas obras
que su esplendor de antaño recogieran
el templo alzado en sitio populoso
á que todos llamamos « La Profesa ».

Altas columnas y espaciosas naves
donde la luz y el aire francos entran,
aéreas y tersas bóvedas que acogen
la voz del orador que á Dios se eleva ;

esculturas y lienzos que son gloria
del gusto antiguo y de la edad moderna;
magníficos altares que no en vano
la blanca forma en su sagrario hospedan,

y en su exterior el templo, aunque severo,
al corazón atribulado muestra
cual índices que apuntan á los cielos
sus dos torres artísticas y esbeltas.

De los callados claustros imponentes
ya ni vestigio en nuestro tiempo queda,
pero allí muchos sabios se albergaron
lustre y honor de inolvidables eras.

En esos claustros, en nefando día
el crimen asomó su mano negra,
y conmoviendo los sagrados muros
y de pavor llenando á nuestra tierra,
pasó lo que el lector sabrá muy pronto
si prestare atención á mi leyenda.

II

Era un justo varón, prudente y docto
el sacerdote Nicolás Segura,
que renombre alcanzó como elocuente
y en Cánones y letras fama justa.
Nacido en Puebla, en sus primeros años
se distinguió por su ejemplar conducta,
y pronto los jesuítas lo acogieron
como á una inteligencia limpia y pura.
Consagróse al estudio y á los viajes,
pisó de Roma la ciudad augusta
distinguiéndose allí por sus talentos,
su preclaro saber y virtud suma
En España ganó las voluntades
del alto clero, que su voz escucha
como oráculo tierno y bondadoso
que paz, sosiego y bienestar anuncia.
Méjico tornó como Prepósito
de la orden santa que escogió por suya,
viviendo en la Profesa largos años
sin inquietud ni odiosidad ninguna.
Una mañana, á tiempo que en oriente
el sol de mayo espléndido despunta,
desbaratando en lagos y montañas
los níveos mantos de flotante bruma,
llama cual siempre el címbalo á maitines
para que al coro con fervor acudan
los jesuítas que pueblan « La Profesa »,
y ejemplo son de prácticas adustas.

Pronto se miran todos congregados,
la iglesia está callada, sola, obscura,
apenas el rumor de algunos pasos
bajo las naves resonar se escucha,
ó de las vocingleras golondrinas
la interminable charla en las alturas.

No comienzan los rezos en el coro,
algo grave las prácticas perturba;
los religiosos llegan, se arrodillan
y unos y otros se miran con angustia.
El Prepósito falta, cuando siempre
es el primero que su puesto ocupa;
y pasan los minutos y no llega;
inquieta á todos el temor, la duda,
y en voz baja, temiendo algún desastre
la causa de la ausencia se preguntan.
Al suponerlo enfermo se levanta
el que en los rezos y el altar le ayuda,
y rápido internándose en los claustros
llega á su celda y con afán le busca.

¡Qué horrible cuadro se mostró á sus ojos!
Rígido sobre el lecho está Segura;
la nariz y los labios rebosando
ensangrentada y repugnante espuma.
Tiene al cuello un dogal de tosca cuerda
atada con dos nudos en la nuca
y en los ojos dos círculos violados,
señal de asfixia y de indecible angustia.
El religioso torna á dar aviso
para que todos á la celda acudan,
y corren, llegan, miran y su asombro
¡ay! no lo puede describir mi pluma.
Quién le besa la mano con respeto;
quién va y los labios con amor le enjuga
y quién llorando y con agudos gritos
al pie del lecho reveló su angustia.

Mientras le dan aviso á la justicia
inquieren, claman, solicitan, buscan
la negra causa de tan negro crimen
que en breve tiempo á la ciudad enluta.

— ¿Quién pudo ser? pregunta un sacerdote
á Juan Ramos el lego, cuya astucia
todos conocen y que en duro trance
ni recela, ni teme, ni se turba.

— ¿Quién pudo ser? repiten anhelantes,
y Ramos ve á Villaseñor que oculta
su rostro tras la espalda de otro lego;
y como axioma que el indicio anuncia,
« Está en el monte quien el monte quema »,
respondió Ramos con la voz confusa.

Por aquellas palabras sentenciosas
que á todos sumergieron en la duda,
no bien sobre las bóvedas del templo
por cuatro noches discurrió la luna,
cuando otro nuevo crimen causó asombro
á la infeliz comunidad augusta.
Á Juan Ramos hallaron en el lecho
muerto de igual manera que Segura,
estrangulado con maciza cuerda
atada con dos nudos en la nuca,
y los helados labios rebosando
ensangrentada y repugnante espuma.

III

Consultando los viejos pergaminos
que arrojan luz sobre tan triste escena,
tan sólo pude hallar en la sumaria
del negro crimen, trunca la sentencia.
Nunca Villaseñor confesó nada;
sus jueces nunca le encontraron pruebas.
Mas resultó á la postre condenado

á servir por diez años en galeras,
á despojarle al punto y ante todos
los que en el claustro le tuvieron cerca,
de las órdenes y hábitos sagrados
y de títulos, rangos y prebendas.

Al correr de los años no se supo
si se dió cumplimiento á la sentencia,
pero el pueblo, que todo lo averigua,
narra como verdad esta conseja :
Villaseñor convicto de su crimen
y próximo á cumplir su dura pena,
en San Pedro y San Pablo estando preso
se dió la muerte en apartada celda.

Entonces para ejemplo y enseñanza
cortaron al cadáver la cabeza
y á colocarla fueron en el sitio
donde murió Segura en « La Profesa ».

Quien cruce el callejón de Santa Clara
en el tiempo en que escribo esta leyenda
puede mirar en la pared prendido
un viejo y tosco mascarón de piedra
y que el hecho tan triste que he citado
como mudo testigo nos recuerda.
Y refieren también los que lo saben
que excavando una vez la antigua iglesia
encontróse la momia de Segura
con la señal al cuello, de una cuerda
y con su humilde aspecto despertando
en todo aquel que la miró de cerca,
profunda compasión para la víctima,
para el verdugo maldición eterna.

EL RELOJ DE PALACIO

LEYENDA DE LAS CALLES DEL RELOJ

Lector, escúchame atento
esta tosca narración
y júzgala la tradición,
fábula, conseja ó cuento.
En un libro polvoriento
la encontré leyendo un día,
y hoy entra á la poesia
desfigurada y maltrecha;
el verso es de mi cosecha
y la conseja no es mía.

Hubo en un pueblo de España,
cuyo nombre no es del caso
porque el tiempo con su paso
todo lo borra ó lo empaña,
un noble que cada hazaña
de las que le daban brillo,
celebraba en su castillo
dando dinero á su gente
construyendo un nuevo puente
ó alzando un nuevo rastrillo.

Era el noble de gran fama,
de carácter franco y rudo,
con campo azul en su escudo
y en su torre un oriflama.
Era señor de una dama

piadosa como ninguna;
dueño de inmensa fortuna
por trabajo y por herencia
y tan limpio de conciencia
como elevado de cuna.

Una vez, para decoro
de sus ricas heredades
cruzó yermos y ciudades
para combatir al moro.
Llevóse como tesoro
y como escudo á la par,
un talismán singular
atado a viejo rosario:
un modesto escapulario
con la Virgen del Pilar.

Era el precioso legado
de sus ínclitos mayores;
desde sus años mejores
lo tuvo siempre á su lado.
Y como voto sagrado
de cristiano y caballero
juzgó su deber primero
en el combate reñido
llevarlo siempre escondido
tras de su cota de acero.

En ocasión oportuna
el noble llegó á creer
que ante el moro iba á perder
honra, blasón y fortuna.
Soñó que la media luna
nuncio de sangre y de penas,
en horas de espanto llenas
iba en sus feudos á entrar
y hasta la vió coronar
sus respetadas almenas.

Y no sueño, realidad
pudo ser en un momento,
pues fué tal presentimiento
engendro de la verdad.
Acércanse á su heredad
Muslef y sus caballeros;
mira brillar los aceros
al fugor de alta linterna
y sale por la poterna
en busca de sus pecheros.

Anda con paso inseguro
de un hachón á los reflejos;
« alarma », grita á lo lejos
el arquero sobre el muro.
Como á la voz de un conjuro
del noble los servidores
surgen entre los negrores
de aquella noche maldita
y lo siguen cuando grita :
« ¡ Sus ! ¡ á degollar traidores ! »

Corren y en breves instantes
terror y espanto difunden
y en una masa se funden
asaltados y asaltantes.
Los cascos y los turbantes,
revueltos y confundidos,
entre quejas y alaridos
vense en las sombras surgir,
sin lograrse distinguir
vencedores y vencidos.

El noble señor avanza
en pos del blanco alquicel
de un moro que en su corcel
huye blandiendo su lanza.
Resuelto á asirlo le alcanza
por ciega rabia impelido,

y cruel y enardecido
le mata con gran fiereza
y le corta la cabeza,
pues Muslef era el vencido.

Al tornar lleno de gloria
á su castillo feudal
dijo : « Es un ser celestial
el que me dió la victoria.
El que ampara la memoria
y el lustre de mis abuelos ;
el que me otorga consuelos
cuando vacila mi planta ;
es... ¡ la imagen sacrosanta
de la Reina de los Cielos !

» Siempre la llevé conmigo
y hoy de mi fe como ejemplo
he de levantarle un templo
donde tenga eterno abrigo.
El mundo será testigo
de que ferviente la adoro,
y cual reclamo sonoro
de su gloria soberana
daré al templo una campana
hecha con armas del moro ».

El tiempo corrió ligero
y el templo se construyó,
como que el noble empeñó
palabra de caballero.
Sobre su recinto austero,
todo el feudo acudió á orar
venerando en el altar
en lujoso relicario,
un modesto escapulario
con la Virgen del Pilar.

Los siglos, que todo arrasan,

lo más sólido destruyen,
los hombres llegan y huyen
y los monumentos pasan.
Templos que en la fe se abrasan
ceden del tiempo al estrago;
todo es efímero y vago
y en las sombras del no ser
lo que vistió el oro ayer
hoy lo encubre el jaramago.

Quedóse el templo en ruinas,
sus glorias estaban muertas
y ya en sus naves desiertas
volaban las golondrinas.
Sobre sus muros, espinas;
verde yedra en la portada;
la Virgen, abandonada
por ley aciaga é injusta,
y la campana vetusta
eternamente callada.

En cierta noche el horror
de algo extraño se apodera
de aquel pueblo cuando oyera
de la campana el rumor.
Desde el más alto señor
al pobre y al pequeñuelo,
acuden con vivo anhelo
á mirar quién la profana
y se encuentran la campana
so'a, repicando á vuelo.

Asaltan con gran trabajo
la torre donde repica
y su espanto multiplica
ver que toca sin badajo.
El noble, el peón del tajo,
el alcalde, el alguacil,
con agitación febril

y con ánima turbada
exclaman: « ¡Está hechizada
por los siervos de Boabdil! »

Entre temores y enojos,
propios de aquellos instantes,
los sencillos habitantes
ya no pegaron los ojos.
Con sobresalto y sonrojos
el temor al pueblo excita;
lleva el cura agua bendita
y como todos, temblando,
comienza á rezar, regando
á la campana maldita.

Á medida que mojaba
el agua bendita el hierro,
cual diabólico cencerro
más la campana sonaba.
La gente se santiguaba
triste, amedrentada y loca;
el cura á Jesús invoca
y por fin llega á exclamar:
« No la podemos callar
porque el diablo es quien la toca ».

Tras esa noche infernal
se dió cuenta al nuevo día
de aquella aventura impía
al consejo y al fiscal.
Éste, en tono magistral,
bien estudiado el conjunto,
resolvió tan grave punto
y por solución perfecta
dijo: « Que tuvo directa
parte el diablo en el asunto ».

Y como sentencia sana,
poniendo al espanto un dique,

declaró nulo el repique
de la maldita campana;
que cualquier mano profana
con un golpe la ofendiera;
que el pueblo la maldijera,
siendo el alcalde testigo
y desterrada, en castigo,
para las Indias saliera.

Cumplida aquella sentencia,
maldecida y sin badajo,
á Méjico se la trajo
antes de la Independencia.
De algún Virrey la indolen
la dió castigo mayor
quedando en un corredor
del Palacio abandonada,
por ser campana *embrujada*
que á todos causaba horror.

Alguien la alzó en el e pacio,
le dió voz y útil empleo,
y fué un timbre y un trofeo
en el reloj de palacio.
El tiempo á todo rehacio
y que méritos no advierte,
puso un término á su suerte
cambiando su condición
y encontró en la fundición
metamórfosis y muerte.

En el libro polvoriento
que al acaso registré,
la descripción encontré
de tan raro monumento.
Tuvo como un ornamento
de sus nobles condiciones,
de su abolengo pregones
en la parte principal,

una corona imperial
asida por dos leones.

En el cuerpo tosco y rudo
consagrando sus sonidos,
se miraban esculpidos
un calvario y un escudo;
y como eterno saludo
de la tierra en que nació
en sus bordes se grabó
una fecha y un letrero:
« Maese Rodrigo » (el obrero
que la campana fundió).

Produjo tal sensación
entre la gente más llana
ver un reloj con campana
en la virreinal mansión,
que son eterna expresión
de aquel popular contento
las calles que el pueblo atento
« del Reloj » sigue llamando,
constante conmemorando
tan fausto acontecimiento.

Dos centenares de auroras
la campana de palacio
lanzó al anchuroso espacio
sus voces siempre sonoras.
Después de marcar las horas
con solemne majestad,
dejóle á nuestra ciudad
recuerdo imperecedero,
que es su toque postrimero
vibrando en la eternidad.

EL CALLEJÓN DE LA PUÑALADA

LEYENDA DEL EX-COLEGIO DE SAN ILDEFONSO, HOY ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA

Á MI QUERIDO PRIMO
EL LIC. MANUEL DE LA PEZA Y ANSA

I

¡Cuán breve corre la vida!
¡Cuán fugaces son los años!
¡Cómo dejan en el alma
las penas, eternos rastros!

Si la existencia es un día
que tiene oriente y ocaso,
su amanecer es hermoso
y su atardecer amargo.

Siempre que en mis soledades
torno la vista al pasado,
encuentro en mis horizontes
azules, pero lejanos,
un muro imponente y tosco
y un esbelto campanario.

El muro de mi colegio,
donde con noble entusiasmo,

juzgué mis sueños verdades
y mis amigos hermanos.
Y el campanario del templo
donde niño me llevaron
á alzar los primeros rezos
que sonaran en mis labios.

No distan colegio y templo
uno del otro mil pasos;
bajo la torre del uno
mis ojos la luz miraron;
y tras el muro del otro,
mi espíritu limpio y sano,
de la ciencia y de las letras
miró los primeros rayos.
« De la Encarnación », se llama
la iglesia que á cuento saco;
y fué « de San Ildefonso »,
por todos denominado,
aquel colegio, que guarda
en sus elegantes arcos,
en sus salas luminosas,
en sus anchurosos patios,
mis ilusiones azules,
mis sueños puros y blancos,
que ya envueltos en olvido,
como en eterno sudario,
me hacen exclamar á solas
en tono triste y amargo:
« ¡Cuán breve corre la vida!
¡Cuán fugaces son los años!
¡Cómo dejan en el alma
las penas eternos rastros! »

II

En una noche de luna,
después que las diez sonaron

y que el *toque de silencio*
dejó al colegio callado;

cuatro estudiantes amigos,
que á velar nos congregamos,
pues el examen de octubre
se acercaba á grandes pasos:

en pos del sitio elegido,
todos cogidos del brazo,
en nuestras manos el libro,
en nuestra boca el cigarro,
la juventud en el alma
y en el pecho el entusiasmo;
íbamos marchando iguales
por el corredor más largo,
que tiene el segundo piso
de los dos primeros patios,
y al llegar bajo la tosca
repisa, de un viejo santo,
que daba vista al colegio
que « de Pasantes » llamábamos,
el más alegre del grupo
nos dijo medio turbado:
— ¿Veis en el piso primero
y en el callejón del ángulo
que con el *colegio chico*
se encuentra incomunicado,
siempre cerradas y obscuras
las puertecillas de un cuarto?
pues eso tiene una historia
que voy en breve á contaros:
pues dicen que fué el asombro,
allá en el siglo pasado,
de todos los que vivían
con reputación de sabios,
en este mismo colegio
do nos tienen encerrados:

es una historia muy triste,
pero de interés no escaso;
para que podáis oírla
ocupemos aquel banco.
Y después de estas palabras
satisfechos nos sentamos;
la luna, que estaba en llena,
derramaba vivos rayos,
y en medio de aquel silencio,
y en tan imponentes claustros,
formaban triste contraste
las sombras de aquellos arcos,
con lo blanco de los muros
y la brillantez del patio.

El estudiante, que hoy duerme
tranquilo en el Campo Santo,
y que entonces era un joven
inteligente y osado,
cerró un instante los ojos
como un recuerdo evocando,
frunció luego el entrecejo,
llevó á la frente la mano,
y con natural estilo
nos hizo un breve relato,
que yo á repetir me atrevo
omitiendo tal vez algo,
porque la memoria es flaca
y han corrido muchos años.

III

Mendo y Ramiro Olivares,
jóvenes los dos y hermanos,
vinieron á este colegio
allá en el siglo pasado.

Hijos de Nueva Galicia
donde un caudal heredaron,
uno vino á estudiar leyes
y otro cánones sagrados.
Por un favor distinguido
les dieron el mismo cuarto,
á tiempo que, según dicen,
eran bachilleres ambos.
Ramiro, tal nos lo pintan
las referencias de antaño,
era robusto, elegante,
conversador y simpático.
Por las noches le cercaban
sus compañeros ufanos,
pues cuentan que era un prodigio
con la guitarra y cantando.
Mendo, de carnes enjuto,
de carácter reservado,
insociable y receloso,
nada alegre y nada franco,
era en todas sus acciones
el reverso de su hermano.
Nunca se les vió de acuerdo
en los puntos que trataron
y hasta en costumbres y trajes
se les halló siempre extraños.
No fué devoto Ramiro,
pero Mendo fué fanático;
Ramiro amaba la gresca,
Mendo fué siempre misántropo.
Lo que Ramiro vió negro,
Mendo lo miraba blanco;
en sus rostros no tenían
de semejanza ni un rasgo,
y en las almas, uno el cielo,
el otro el abismo, el antro.

En cuestión de sentimientos
era fácil estudiarlos :
Ramiro fué siempre pródigo
y Mendo siempre fué avaro.
Y como al morir su padre
porción igual heredaron,
al veloz curso del tiempo
Mendo conservaba intacto
su caudal, mientras Ramiro
ya no guardaba ni un cuarto.

Y así los dos estudiantes
obtenido el mismo grado,
por mucho tiempo vivieron
en el tenebroso cuarto ;
del estrecho pasadizo
que da pavor á aquel ángulo.

No en vano dice un proverbio
bueno, como castellano,
« que los extremos se tocan » ;
oigan ustedes el caso :

Aquellos dos corazones
tan opuestos y tan raros,
tan sólo en un sentimiento
los igualó Dios ó el diablo.
Sin decirse una palabra,
sin mover nunca los labios,
con miedo el uno del otro,
su sentir disimulando
desde el albor más risueño
de sus más hermosos años,
heridos á un tiempo mismo
la misma mujer amaron.
Y ella con esa malicia
causa del primer pecado,
comprendió que eran rivales
por su amor, los dos hermanos.

Complaciente con Ramiro,
á Mendo quiso humillarlo
y tal vez con sus desdenes
le formó el carácter agrio.

Perdida toda esperanza,
cuando el pueblo abandonaron
prometiéronle á sus padres
Ramiro, ser abogado,
y Mendo que ya tenía
en su corazón los dardos
de la decepción primera
y del primer desengaño,
eligió, firme y resuelto,
buscar la senda del claustro;
senda sembrada de espinas
que florecen con un llanto,
que si se vierte en el mundo
produce mofa y sarcasmo.
Y así á Méjico vinieron,
y así en el colegio entraron,
los que de sus compañeros
sus costumbres estudiando
recibieron los apodos
del *Cura* y el *Licenciado*.

Una noche, recogidos
Mendo y Ramiro en su cuarto,
por casualidad extraña
ya en sus lechos recostados,
de esperanzas é ilusiones
á conversar comenzaron.
— No me llames ambicioso, —
dijo Mendo; no me afano
en llegar á ser obispo,
jamás he querido tanto;
busco el olvido, la ausencia
en un humilde curato,

donde ejerza el Evangelio
como un apóstol cristiano.
— Aunque elogio tu modestia,
en humildad no te igualo;
quiero acabar mi carrera,
me voy al pueblo, y me caso.
— ¡Te casas! ¿Con quién, Ramiro?
— Ese es mi secreto, hermano.
— ¿Secreto? ¡Si lo adivino,
y hasta pudiera jurarlo!
— Pues entonces, no lo digas
al ver que yo me lo callo.
— Te casas, con la coqueta
Elvira Anzures del Prado.
— Pudiera ser; pero mientes
al darle un título vano,
que no es coqueta una virgen
toda pudor y recato.
— Si yo siempre me lo dije;
es de todo enamorado
ser cuando al ídolo juzga
un inexperto ó un sandio.
— ¿Pero tú por qué la insultas?
— Porque cual la luz, es claro,
que tal mujerzuela tiene
de amantes á más de cuatro.
Me tuvo á mí en algún tiempo,
á ti después, y es el caso,
que después de larga ausencia,
después de tiempo tan largo,
tendrá por adoradores
el mejor de cada barrio.
— Detén esa lengua, Mendo.
— Decir verdad no es pecado.
— ¡Mientes, infame!
— No miento.
— Sí, mientes como un villano.

— Esa mujer es.... — Ó tienes
esa lengua, ó te la arranco.
— Inténtalo, pero digo...
— Cállate, Mendo. — No callo.
Y saltando de sus lechos
y ya de pie sobre el cuarto
se dijeron tales cosas,
tales insultos cambiaron,
que ciegos, locos, celosos,
llegan por fin á las manos
y Mendo que allí tenía
agudo puñal guardado,
lo coge y en un momento
de inmensa rabia, temblando
lo clava de un fiero golpe
en el pecho de su hermano,
que exámine, en sangre tinto
cae á sus pies en el acto.
Mendo, al mirarlo dió un grito,
sus compañeros llegaron...
Y las crónicas no cuentan
si después del triste caso
tuvo Mendo por castigo
la locura ó el cadalso.

Pero desde entonces todos
al callejón de aquel ángulo
llaman « de la Puñalada »
y está siempre abandonado,
pues en las noches obscuras
causa inexplicable espanto
cual si por allí cruzara
con lentos siniestros pasos,
de Caín el fratricida
el espectro ensangretado

LA CALLE DEL ESCLAVO

I

De los nobles y esforzados
héroes que patria nos dieron,
uno descuella entre todos
por su grandeza y su genio.

Pretender en tosca rima
enarrar sus altos hechos
es cual contar con la mano
los astros que tiene el cielo.

Hay héroes, esclarecidos,
orgullo de nuestro tiempo,
cuyas hazañas merecen
tener por cantor á Homero.

Con júbilo y con orgullo
en mal pergeñados versos
voy, la verdad respetando,
á referir un suceso.

No lo refieren los libros
ni se enseña en los colegios,
que siempre envolvió el ovido
los más culminantes hechos.

Mas juro á fuer de hombre honrado
y de bardo caballero,
que es la verdad lo que digo
para enseñanza del pueblo.

Testigos de lo que enarro
antaño me lo dijeron;
yo recogí sus palabras
y rompo al fin el secreto.

Era yo un adolescente,
un alegre rapazuelo,
perezoso en los estudios
y decidor y travieso.

Cada tarde, al dar las cinco,
al regresar del colegio,
después de ver á mi padre
y dar en su frente un beso,

íbame á charlar tranquilo,
ansioso de oir sus cueutos,
con un honrado asistente,
con un inválido viejo,

que mi padre conservaba
á su lado con empeño,
por sus antiguos servicios
en casa de mis abuelos.

Paréceme que lo miro
hoy que evoco sus recuerdos:
cabellera hirsuta y blanca,
bigote cano y espeso,

ojos pardos y expresivos,
ronca voz de tosco acento
y gloriosas cicatrices
repartidas en su cuerpo.

La herida de la cabeza
en Veracruz se la hicieron,
la vez en que los franceses
asaltaron aquel puerto.

La pierna que le faltaba
y que nunca echó de menos,

á las tropas de Calleja
se las dejó en un encuentro.

Sirvió con el cura Hidalgo,
en Cuautla sirvió á Morelos
y se incorporó más tarde
á las fuerzas de Guerrero.

Pero su mayor ventura,
el orgullo de aquel viejo,
lo que en lágrimas mojaba
su cutis rugoso y seco,

era haber formado parte
del grande y vistoso ejército
que en el año vientiuno
entró victorioso á Méjico.

—« Si hubieras visto — decía —
el regocijo del pueblo
al mirar nuestra bandera
ya libre y flotando al viento ;

» si hubieras visto aquel gozo,
aquel gusto, aquel anhelo
de hacer dichosa á la patria...
yo explicártelo no puedo »...

Y cubriendo con las manos
aquel rostro amarillento
dejaba rodar sus lágrimas
al calor de sus recuerdos.

¡ Ah ! ¡ cuántas cosas sabía
el asistente Robledo !
¡ Era una crónica andando ;
un archivo en carne y hueso !

Hoy que han corrido los años
y que el soldado está muerto,
vengo á evocar su memoria,
para escribir estos versos.

II

Una tarde de noviembre,
estando nublado el cielo,
y mi espíritu de niño
nublado también y enfermo,

llegué y le dije al soldado:
— «Dime algo terrible y nuevo
de jefes y camaradas,
que tuviste en otros tiempos».

Y atusándose el bigote,
blanco y lacio como el heno,
encendiendo su tabaco
y evocando sus recuerdos,

agregó: « Voy á contarte
sin desfiguros un hecho,
que da á conocer á fondo
cual si lo estuvieras viendo,

el carácter de un gran hombre,
del gran don José Morelos,
á quien Dios tenga en su gloria,
por ser la gloria de Méjico ».

Cerró en seguida los ojos,
como para ver más lejos
y dijo lo que repito,
sin enmiendas ni renuevos:

— Estábamos acampados
en una tierra de fuego,
en el sur, bajo la sombra
de mangles y cocoteros;

mirando á largas distancias
á modo de troncos secos
dormitar á los caimanes
á orillas de los esteros.

Entre las ramas, los huacos
cantaban allá á lo lejos,
y á nuestros pies las iguanas
caminaban en silencio.

Junto á palma gigantesca,
en tosco sillón de cuero,
conversando con algunos
estaba el señor Morelos.

De repente Galëana,
que fué su brazo derecho,
y á quien siempre que lo nombro
parece que lo estoy viendo,
acercóse á presentarle
diez ó doce prisioneros,
entre los cuales venía
un hombre de color negro.

Morelos al recibirlos
les dijo con dulce acento:
« ¿Por qué nos hacéis la guerra
si vuestra dicha queremos?

» Por la libertad luchamos,
y si habéis nacido en Méjico,
¿ por qué no queréis ver libre
é independiente este suelo? »

Y en seguida, contemplando
al hombre de cutis de ébano,
agregó, compadecido
de su suerte y de sus yerros.

« ¿ No sabes que ya abolimos
por un solemne decreto
la esclavitud de tu raza
que sufre tantos tormentos?

» ¿ No sabes que entre nosotros
no hay señores ni pecheros,

que son libres los esclavos
y como hermanos los vemos? »

Y el negro, cuyas miradas
lanzaban rayos de fuego,
al punto respondió airado
con rudo y brutal acento:

— « Yo la libertad maldigo,
pues á gran orgullo tengo
vivir y morir esclavo
de mi noble y rico dueño ».

Adelantóse al oírlo,
con rabia el señor Morelos
y luego lanzó estas frases
que jamás olvidar puedo:

— « Quien la libertad maldice
y lame sus duros hierros
es indigno de la vida
y es perjudicial al pueblo.

» Y como no tiene patria
ni ha de bendecirlo el cielo
debe morir como muere
el ser más bajo y abyecto ».

Y le disparó al instante
un arcabuz en el pecho,
con tal rabia y con tal tino
que al punto lo dejó muerto.

Todos los que presenciamos
aquel terrible suceso
nos quedamos sorprendidos
con tan saludable ejemplo.

III

Pasados algunos años,
os que volvimos á Méjico

encontramos que á la calle
donde viviera aquel negro
le llamaban « del Esclavo »,
(guarda el nombre en nuestro tiempo)
no sé si para memoria
de aquel acontecimiento.

Y exhalando hondo suspiro
el asistente Robledo,
mirándome con fijeza
agregó con triste acento:
—« ¡Cómo han cambiado las cosas!
¡Cómo han cambiado los tiempos!
¡Cómo es grande y admirable
y heroico el señor Morelos!
Su carácter, su bravura,
su intrepidez y su genio,
daban siempre á sus soldados
inolvidables ejemplos.
¡Con razón me falta fuerza!
Ya con jefes como aquellos,
sólo pasaré revista
de presente, allá en el cielo ».

EL CACAHUATAL DE SAN PABLO

« ECHEN MÁS LEÑA, QUE MI DINERO ME CUESTA »

LEYENDA HISTÓRICA

I

Casi mediando por filo
el siglo décimo sexto,
pues sólo faltaba un año
para diez lustros completos,
un pregón del Santo Oficio
puso en gran alarma á Méjico
asombrando á la nobleza
y á la plebe dando miedo.
Iban á ser conducidos
con gran pompa al Quemadero
más de cien penitenciados,
de grandes crímenes reos.

Herejes y judaizantes,
desde largo tiempo presos,
y firmes en las doctrinas
de Moisés y de Lutero,
de sus terribles sentencias
fijado el lúgubre término.

pronto como relajados
iban á ser un ejemplo,
una sagrada enseñanza,
prueba, verdad y escarmiento
de que los hijos del diablo
deben morir en el fuego.
Alzáronse inmensas piras
sobre aquel lugar siniestro,
donde hallamos una plaza
de mercado, en nuestros tiempos,
al lado sur del Palacio
donde reside el Gobierno.
Cansáronse muchos hombres,
gastóse mucho dinero
en los mil preparativos
del auto de fe más negro
que la Inquisición registra
en su historia en nuestro suelo.

Y corrió de boca en boca,
jurando todos ser cierto,
que ordenaba el Santo Oficio
que desde el conde al pechero
revistieran las fachadas
de sus propios aposentos
con todo lo que mostrase
aflicción, terror y duelo.

Que en balcones y ventanas
de las casas del trayecto,
que recorrer deberían
hasta el suplicio los reos,
se pusieran crucifijos
con verdes ceras ardiendo;
lazos y cortinas negras,
ramas de ciprés con heno
y por únicos adornos
los atributos más tétricos

de estatuas y de retablos
en tumbas y cementerios.

Que al pasar la comitiva,
con numeroso cortejo
de inquisidores y jueces
y de verdugos y pueblo;
ninguno hablara en voz alta
para no ofender al cielo,
y que de todas las bocas
salieran fervientes rezos,
para así atenuar un tanto
la suerte de los confesos.

Que era obligación de todos
rezar contritos el Credo
y repetirlo las veces
que les permitiera el tiempo
que tardaran en cambiarse
en cenizas los incrédulos.

Por último el Santo Oficio,
á nobles como á plebeyos,
ordenaba que llevasen
en torno del Quemadero
á sus esposas é hijos,
para tomar escarmiento
de cómo padece y muere
y causa terror un réprobo.

Y les previno asimismo
que aquel que por sentimiento,
por compasión ó ternura
en instantes tan supremos
solicitara clemencia
ó indulto para los reos,
á las terribles hogueras
fuera arrojado con éstos.

Y se mandó que ninguna

de las gentes de este Reino
pudiera asistir al auto
ni conocer á los reos
sin haber en su parroquia
cumplido los sacramentos
que lavan de toda culpa
y curan de todo yerro.

Con tan graves prescripciones
los habitantes de Méjico
esperaban el instante
en que un castigo tremendo
iba á cumplirse, llevando
cien hombres al Quemadero.

II

« No hay plazo que no se cumpla »,
dice un sabido proverbio,
y al fin llegó la alborada
que ansioso esperaba el pueblo.

Dentro de las tristes celdas
á los infelices reos
sus verdugos de rodillas
estas cosas les dijeron :
« Nosotros, que vuestras vidas
por mandato cortaremos,
vuestro perdón demandamos
en nombre del Juez Supremo,
á quien también le pedimos
que os liberte del infierno ».

Y esta fórmula cumplida
visten con hopa á los presos,
y los disponen y alistan
para caminar al fuego.

Entre todos, allí estaba
ocupando el primer puesto

un judaizante muy rico
y de carácter de hierro.
Contaban propios y extraños,
en público y en secreto,
que vino á la Nueva España
á dedicarse al comercio.

Construyó un amplio palacio
un tanto churrigueresco,
en el barrio más distante
de la capital del reino.
Y arregló en el piso bajo
una casa de comercio
con dos puertas, de las cuales
una tuvo el privilegio
de que si entraba por ella
un comprador forastero,
sacaba, sin explicárselo,
más baratos los efectos.

Así vivió sin zozobras
el mercader mucho tiempo,
y le debió á una desgracia
turbar tan dulce sosiego.

Tuvo entre su servidumbre
á una mujer, á quien dieron
orden de que investigase
de aquel hombre los secretos;
y ella, astuta y maliciosa,
y fanática en extremo,
llegaba noche por noche
junto á la alcoba del dueño,
y no lo vió santiguarse
ni le escuchó ningún rezo,
pero sí notó que siempre
se escuchaban raros ecos
de golpes, como si diera
azotes en algún cuerpo;

miró por la cerradura
y vió con asombro inmenso,
quel aquel hombre fustigaba
con un rebenque de cuero
á un Niño Jesús, desnudo
y tendido sobre el suelo.

Le dió parte á la justicia
y no pasó mucho tiempo
sin que al hereje encontrara
el inquisidor Aldeño,
dando golpes á la imagen
del Príncipe de los Cielos.

Registrada aquella casa,
encontraron que el hebreo
en una de las dos puertas
de su casa de comercio,
enterró dos crucifijos
y formaba su contento
vender al que los pisaba
más baratos los efectos.

Por crímenes tan terribles,
por tan grandes sacrilegios,
sentenciólo el Santo Oficio
á ser arrojado al fuego,
con *coroza* en la cabeza
y *sambenito* en el cuerpo,
conducido en una mula,
montado en sentido inverso,
con el rostro hacia la cola,
custodiado por dos negros.

Y que después de quemado,
para enseñanza del pueblo,
se esparcieran sus cenizas
en alto á los cuatro vientos,
confiscándose sus bienes,

su habitación maldiciendo,
regando con sal y lumbre
los muros y los cimientos
y condenando á sus hijos
á calabozo perpetuo!

III

Cuentan viejos pergaminos
que el excomulgado reo,
cuando al suplicio marchaba
daba pavor por blasfemo,
y que la mula elegida
para conducir su cuerpo
se encabritó tantas veces
que dió con él en el suelo;
y temiéndose que vivo
no llegara al Quemadero,
ordenaron que subiera
para sujetarlo un negro,
que lo estrechó entre sus brazos
en gran parte del trayecto.

El pueblo que contemplaba
tan espantosos sucesos,
sin explicarse el motivo
dijo para sus adentros:
« Este hereje lleva al diablo
tan bien metido en el cuerpo,
que ni la mula lo aguanta
para no ofender al cielo ».

Por ventanas y balcones
en vez de salmos y rezos,
le arrojaban anatemas,
maldiciones y denuestos;
y como era mes de julio
en que siempre llueve en Méjico,

y estaba el cielo nublado
y nada agradable el cierzo,
las gentes se sospechaban
que por no ver al blasfemo,
entre cenicientas nubes
permaneció el sol envuelto.
Así al horrible suplicio
llegaron á pasos lentos
más de cien excomulgados,
todos firmes y confesos.

Tocó el turno al israelita
que fué entre todos aquellos
el primer quemado vivo
por sus grandes sacrilegios.
Y dicen que al verse atado
al tosco mástil de hierro
y cuando ya lo envolvían
las rojas lenguas del fuego,
les gritaba á los verdugos
con tosco y rabioso acento:
« Echen más leña, infelices,
que me cuesta mi dinero ».

IV

Han transcurrido dos siglos
y aun está de pie y entero
el palacio en que habitara
el infortunado reo.

Llamóse Tomás Tremiño:
no murió joven ni viejo
y fué de carácter firme
y de condición discreto.

No se ha borrado su nombre
de la memoria del pueblo,
porque siempre el infortunio

del cristiano y del hebreo
hace palpitar llorando
á los corazones buenos.
Y se encomia y se bendice
y se aplaude con anhelo
la dicha de haber nacido
con la razón y el derecho
y sin hogueras que forjen
los grillos del pensamiento.

LA CALLE DE LA CADENA

Aun estaba conmovido
el bajo pueblo de Anáhuac
recordando el fin postrero
de los dos hermanos Ávila;

aun al cruzar por las noches
la anchurosa y triste plaza,
al mirar en pie las horcas
las gentes se santiguaban;

y aun en algunos conventos
rezábanse las plegarias
á fin de que los difuntos
lograsen salvar sus almas;

cuando un pregón le decía
á la curiosa canalla
que por atroces delitos,
que por pudor se callaban,

iba á ser ajusticiado
por voluntad del monarca
un negro recién venido
con un noble á Nueva España.

Como se anunció la fecha
la gente acudió á la plaza,
en tal número y desorden
que un turbión asemejaba,

porque en los terribles casos
en que la justicia mata

la humanidad se desvive
por mostrar que no es humana.

Desde que lució la aurora
acudió la gente en masa
y muchos allí durmieron
esperando la mañana.

Mirábanse á los verdugos
que el cadalso custodiaban
ya con los rostros cubiertos
con una insultante máscara.

El sol estaba muy alto,
la gente con vivas ansias,
los verdugos en acecho,
y los soldados en guardia;

y ninguno suponía
que el acto aquel se frustrara
cuando de mirar al reo
perdieron las esperanzas.

De pronto, á galope llega
un dragón junto á las tablas
del cadalso, y con alguno
de los centinelas habla.

Los verdugos, para oírlo
descienden la escalinata,
y corre un rumor que anuncia
que la ejecución se aplaza.

El toque de los clarines
pronto anuncia retirada,
y en diversas direcciones
plebe y soldados se marchan.

Hay disgusto en los semblantes
de mozuelas y beatas,
pues como á ninguno ahorcaron
han perdido la mañana.

Y se resienten de verse
por el Pregón engañadas,
y viendo solo el cadalso,
rezan, murmuran y charlan.

Los curiosos insistentes
que averiguaron la causa
del retardo, al fin descubren
lo que nadie se explicaba.

Cuentan que trayendo al negro
de San Lázaro á la plaza,
cuando apenas por oriente
se vislumbró la mañana,

cercado por alguaciles
y por mucha gente armada,
bebiéndose de amargura
sus propias, ardientes lágrimas,

con voz fúnebre pidiendo
que hicieran bien por su alma,
un sacerdote entregado
á cumplir siempre estas mandas;

mirando á todas las gentes
en balcones y ventanas
darle el adiós postrimero
entre llantos y plegarias.

El negro que parecía
de susto no tener alma,
cruzó por una calleja
tan angosta como larga,

donde entre humildes jacales
surgía como un alcázar
un caserón de tezontle
con paredes almenadas,

con toscas rejas de hierro
en forma de antiguas lanzas,

con canales cual cañones
que el alto muro artillaban

y bajo el vetusto escudo
de ininteligible heráldica
un ancho portón forrado
de gruesas y obscuras láminas;

teniendo como atributo
que las gentes veneraban,
una cadena de acero
burda, negra, tosca y larga.

Con sus ojos que vertían
raudales de vivas llamas
mira el negro de soslayo
aquella ostentosa casa,

y sin que evitarlo puedan
los cien que lo custodiaban,
tan ligero como un rayo
del centro se les escapa,

gana de un salto la acera,
se arrodilla en la portada
y cogiendo la cadena
en las dos manos, con ansia

grita con voz que parece
un rugido : « ¡ Pido gracia !
¡ Pido gracia á la nobleza
de nuestro amado monarca ! »

Y corchetes y alguaciles
y arcabuceros y guardias
se quedaron asombrados
y sin responder palabra.

Porque sabido de todos
era que en aquella casa
vivía un señor de abolengo
entre los grandes de España,

que por fuero de linaje
en sus títulos estaba
tener cadena en su puerta
y pendón en la fachada.

El reo que esa cadena,
por su fortuna tocara
al marchar para el cadalso,
de la muerte se libraba.

Y el negro, que esto sabía,
tuvo la fortuna extraña
de alcanzar tal privilegio
que otro ninguno lograra.

Mirando lo sucedido,
nobles, corchetes y guardias,
con gran susto de la escena
no siguieron á la plaza,

pues tornaron al presidio
la víctima afortunada;
al Virrey le dieron parte
y todo quedóse en calma.

Hoy sólo existen los muros
de la mansión legendaria,
sin huellas de las almenas
ni escudo de la portada.

Y dicen los que lo saben,
doctos en antiguas causas,
que la angosta callejuela
« de la Cadena » hoy se llama.

LA CALLE DE XICOTENCATL

Á MI MUY QUERIDO AMIGO RAMÓN MURGUÍA

I

Cuando al formidable empuje
de la justicia del pueblo,
el joven príncipe Hapsburgo
subió al cadalso en Querétaro,

al recoger su cadáver
sobre el memorable cerro
en cuyas peñas abruptas
saltó en astillas un cetro,

se ordenó que embalsamaran
los inanimados restos,
por si en la tierra nativa
les daban tumba sus deudos.

Y era de mirarse el cuadro
grave, imponente y siniestro,
que por su humilde grandeza
no olvidan los que lo vieron.

Sobre la bruñida plancha
tendido el desnudo cuerpo,

plumón de cisne en lo blanco,
marmórea estatua en lo yerto;

abierta la barba rubia
en dos gajos sobre el pecho;
cual turquesas empañadas
los tristes ojos abiertos.

Surcando azulosas venas
la frente de marfil terso,
mostrando en ligeros surcos
congelado el pensamiento.

Lacio tocando la piedra
el áureo escaso cabello,
alisado en otros años
por manos que están muy lejos.

Rojas, profundas heridas
dispersadas en el pecho,
por donde entraron las balas
y se escaparon los sueños.

Inertes los largos brazos,
como abandonados remos,
y en las manos insensibles
algo crispados los dedos.

En las piernas las señales
de haber mantenido el cuerpo
largas horas sobre el ágil
corcel de los campamentos.

Y en el extraño conjunto
despertando los recuerdos
de Rubens, cuando pintara
á Cristo desnudo y muerto.

II

En una ciudad que ha sido
por muchos meses el centro

de encarnizados y horribles
combates á sangre y fuego,

por más que sobró pericia
no abundaron elementos
para sin tacha ninguna
ungir el cadáver regio,

y á reparar menoscabos
trajéronlo pronto á Méjico,
sobre los frescos escombros
del ya desplomado imperio.

En tierra de Moctezuma
el príncipe entró de nuevo,
no sobre augusta carroza,
sino encerrado en un féretro.

De nuestra ciudad las llaves
ninguno le dió á su encuentro,
ni su retorno anunciaron
los heraldos palaciegos.

En las sombras de la noche,
por rudas tablas cubierto,
sin ser por nadie esperado
y sin visible cortejo,

entró en vetusta capilla
el ataúd, pobre y negro,
y en tosca mesa de pino
quedó en solemne aislamiento.

Una lámpara que ardía
toda la noche en el templo,
lanzaba sobre la caja
su fulgor amarillento,

y en las elevadas bóvedas,
como tristes agoreros,
con sus fúnebres graznidos
se quejaban los mochuelos.

Las místicas esculturas
semejaban con su aspecto,
dolientes que acompañaran
la soledad de aquel cuerpo.

Sobre el ataúd cernían
su augusto, impalpable vuelo,
los fantasmas de otros mundos
que en otros siglos vivieron :

Carlos Quinto, con sus pompas
de un sol sin ocaso dueño,
surgió con su egregia Corte
para velar á su nieto.

La noble María Teresa
con sus infinitos duelos,
en la frente del Hapsburgo
depositó helado beso.

Sola estaba la capilla,
solo el misterioso féretro,
solos los tristes altares
de aquel recinto severo,

y dentro de aquella caja,
solo y rígido durmiendo
un soñador de treinta años
fatua luz de un breve imperio.

Allá detrás de los mares
solo, el castillo risueño
que el Mediterráneo baña
con ondas de azul sereno.

Sola, en el antiguo mundo,
loca de amargura y duelo,
la esposa joven y hermosa,
que en vano espera á su dueño :

y fuera de la capilla,
en una calle de Méjico

que de San Andrés se llama
y donde estaba aquel templo,
la indolente muchedumbre,
sin pensar en el rey muerto,
elevaba los cantares
de un rey inmortal: el pueblo.

Al par que *mamá Carlota*
se cantaban los Cangrejos,
y alzando hossanas á Juárez
daban vivas á Escobedo.

Era muy negra la noche,
era muy lúgubre el viento,
la ciudad aun no salía
de los espasmos del miedo.

Y allí estaba aquel cadáver,
limpia la faz, roto el pecho,
como una lección terrible,
como un inmortal ejemplo,

de que la ambición engaña,
de que deslumbra el ensueño
y de que fué una tragedia
lo que se llamó un imperio.

Yo era muy joven, muy joven,
y el corazón en mi pecho
lloraba la dura ausencia
de mi único Dios terreno;

de mi padre, que ni un dia
mientras que tuvo un aliento,
dejó, con honda amargura,
de llorar por aquel muerto.

III

El sabio á quien encargóse
el nuevo embalsamamiento,

era del ilustre Juárez
al par que amigo su médico.

No bien con expertas manos
ligó los inertes miembros,
dejó, por secar las vendas,
suspendido al aire el cuerpo.

Pendiente de los dos hombros
en un arco de aquel templo,
y con los ojos de esmalte
retando al abismo negro;

solo quedó el soberano,
rígido como de acero,
con olorosos barnices
mojando á sus pies el suelo.

Y cuentan que en una noche
á Juárez dijo su médico,
mas bien que en tono de súplica
en son de dulce consejo:

« No quiero encerrar al príncipe
para siempre en otro féretro
antes de que, de mi brazo
vayáis vos á conocerlo ».

Y Juárez cedió á la oferta,
y esa noche, en el silencio
llegó al misterioso sitio
conversando á paso lento.

Dos lámparas encendidas
mal alumbraban el templo
y en la penumbra del fondo
se destacaba aquel muerto.

Aviváronse las luces
y bañó un fulgor intenso
el rostro color de cera
con ojos color de cielo.

Juárez se acercó impasible
en holgada capa envuelto,
sin dar señales ningunas
de angustia ó desasosiego.

Y de pie frente al cadáver
clavó en él sus ojos negros
y se lo quedó mirando
con un semblante de hierro.

Un diálogo sin palabras
se entabló en aquel momento
entre el rey ajusticiado
y el justiciero de un pueblo.

Una parvada invisible
de profundos pensamientos
de la frente de aquel vivo
voló á la frente del muerto.

Mas no se turbó su rostro,
ni sus labios se movieron,
ni cruzó por sus pupilas
rayo de placer ó duelo.

Y después de haber estado
contemplándolo en silencio:
« Ya lo vi — dijo en voz baja,
el vendaje aun no está seco ».

Y tomando por el brazo,
cual de costumbre á su médico,
sin hablar de aquella escena
salió de allí á paso lento.

. . . . . .

. . . . . .

La eternidad insondable
quedó tras él en el templo
y ella oyó el diálogo mudo
de aquel vivo y aquel muerto.

IV

Pasados breves los meses
y á sus patrios lares vuelto,
el príncipe infortunado,
sin corona y sin aliento ;

conmemorando su muerte
en junio, en el mismo templo,
congregáronse á llorarlo
no pocos de sus adeptos.

Escándalo semejante
despertó en aquellos tiempos
tempestad de desazones
y amargos resentimientos.

Y en masónico banquete,
en un solsticio de invierno,
frente del ilustre Juárez
y ante un auditorio inmenso,

un liberal de renombre
y de carácter enérgico,
adalid de la Reforma
y hombre de acción y talento,

pidió, sin temor á nadie,
que se derribara el templo,
poniendo manos á la obra
en aquel mismo momento;

y dos horas no pasaron
sin que con extraño estruendo
las piedras se desgranaran
del muro al golpe del hierro.

Derribada la capilla,
se abrió la calle que hoy vemos
« de Xicotencatl » llamada
en honor de un héroe egregio.

EL CALLEJÓN DE SAL SI PUEDES

I

Alma del alma, ángel mío
tarde llego.
— ¿ No me extrañas?
— Sí, cuando no te contemplo
mis horas son muy amargas.
— ¿ Faltarás á tu promesa?
— Nunca he mentido á una dama
ni menos á ti que formas
el sol de mis esperanzas.
— Es Lope que si te olvidas
y no vienes y me engañas
me moriré de tristeza,
pues te adoro con el alma.
— ¿ Estás decidida?
— Á todo.
— ¿ Á nada temes?
— Á nada.
— Nos perseguirán.
— No importa.
— Está bien; rayando el alba
en San José nos veremos.
— Ya te empeñé mi palabra.
— Vas á dejar todo.
— Todo.
Contigo nada me falta.

— Á las cinco.
— Sí : á las cinco.
—Adiós, Lope.
— Adiós, mi Blanca.
— No me olvides.
— Ni un instante.
— Te dejo al partir el alma,
pero vendré á recogerla...
al despuntar la mañana.

Cerca de la media noche
cruzaron estas palabras
en obscura callejuela
estrecha y abandonada,
una encubierta y un hombre
embozado en negra capa;
él de pie sobre la acera;
ella de pie en la ventana.

Era la noche tan negra
que sus tinieblas cegaban
y como por aquel tiempo,
en aquel año de gracia
de mil setecientos ocho
ningún noble acostumbraba,
en la ciudad que fué corte
y orgullo de Nueva España,
por tan humildes suburbios
andar en horas tan altas,
ni menos en arrabales
tan cercanos á la Traza,
el doncel y la doncella
no observaron cuando hablaban
que recatado en las sombras,
inmóvil como una estatua,
sin perder un solo acento
un hombre oyó sus palabras.

II

Después de la despedida
el balcón cerró la dama
y los pasos de su amante
perdiéronse en la distancia.
El lugar de aquella escena,
por tétrico intimidaba,
y aun después de siglo y medio
su triste aspecto no cambia.
Frente á la extensa Alameda,
en la rica y dilatada
avenida, ayer tan triste
y hoy tan lujosa y tan amplia,
vese un callejón antiguo,
que de los Dolores llaman,
y rumbo al sur se prolonga
en otro estrecho, sin nada
que denuncie lo habitasen
gente de fuero y prosapia.
En tan angosta calleja
antaño existió una zanja,
con tosco puente que el pueblo
Del Santísimo llamaban.
Era todo aquel conjunto
una débil semejanza
de los suburbios moriscos
de Córdoba ó de Granada.
Y en una de las aceras,
como hundida entre las casas,
una callejuela sucia,
pavorosa encrucijada
donde aconteció el suceso
que este romance relata
y la cual en nuestros días
está igual que como estaba.

III

Como lánguidos gemidos
que en las tinieblas exhálan
los espectros de la noche
cuando en los aires cabalgan,
de la torre se escaparon
cuatro lentas campanadas.
Á poco en el horizonte
brilló como inmensa lágrima,
esa estrella precursora
de las caricias del alba,
y más tarde los volcanes
tiñéronse en oro y grana,
y la errante golondrina
comenzó su eterna charla.
¡Qué amanecer tan sereno!
¡Qué luz tan radiante y clara!
¡Qué hermoso el sol cuando surge
tras las azules montañas!

. . . . . .

Ya no hay sombras en la angosta
callejuela solitaria,
en cuyo fondo al abrirse
cruje una puerta pesada.
Envuelta en obscuras tocas
una misteriosa dama
va á salir rumbo á la iglesia
en que su amante la aguarda,
y saliera á no impedirle
el paso con gran audacia
un hombre, que ardiendo en celos,
le dirige estas palabras:
— Detente, Blanca, detente.
ni un paso más, que me matas.
toda la noche he velado
debajo de tu ventana,

nada ignoro, todo he oído,
y te adoro con el alma;
torna á tu alcoba tranquila
que por aquí nadie pasa.
— ¿Quién sois?
— ¿Y me lo preguntas?
¿No me conoces ingrata?
¡Tu sombra, tu misma sombra
que á donde vas te acompaña!
Si sabes lo que se sufre
amando sin esperanza,
comprenderás mis martirios
y sospecharás mis ansias.
— Dejadme, que estoy de prisa,
dejad la salida franca.
— Sé que vas en pos de Lope
y el miserable te engaña,
y te empeñas en seguirlo
y así tu deshonra labras.
— Pero, ¿quién sois tan osado?
— Un hombre que te idolatra
y con su vida te ofrece
pasión más limpia y más alta.
— Dejadme el paso.
— Imposible.
— Pues saldré — dijo con rabia
la doncella, haciendo impulso
de pisar la calle.
— Vanas
serán esas tentativas.
— Dejadme, dejadme.
— Calla;
mía serás para siempre,
que fuerza y amor me bastan.
— Primero muerta que vuestra.
— Medita en esas palabras.
— Dejadme salir que es tarde.

— ¡ Tarde para ser burlada!
— Y qué os importa, abrid paso.
— Pues sal si puedes, ingrata.
Y al decir esto, en el pecho
con golpe veloz le clava
entera toda la hoja
de su daga toledana.
Exhalando agudo grito
cayó en el dintel la dama,
y el matador impasible
salió de la encrucijada
y viendo al torcer la esquina
el templo en que Lope estaba,
— « Que la espere — dijo alegre —
que en ir á verlo no tarda »,
y tornando el rostro al sitio
donde cometió su infamia
murmuró : — « Lope te espera,
sal si puedes doña Blanca ».

IV

En memoria de aquel lance,
de tan mezquina venganza,
la vetusta callejuela
estrecha y abandonada,
« Callejón de sal si puedes »
hace un siglo que se llama,
sin que los cronistas digan
si el hecho es verdad ó fábula.

EL CALLEJÓN DE LA DANZA

Cuando al golpe irresistible
de la aventurera espada
de Cortés, cayó el imperio
esplendoroso de Anáhuac ;
al fundirse en una sola
la vieja y la nueva raza
y mezclarse en una sangre
la fe y el valor de España
con la fe y el valor indio
y la astucia con la audacia ;
formóse al correr del tiempo
una población extraña,
crédula y supersticiosa,
indiferente y fanática,
de idólatras y devotos
mezcla confusa y compacta.

Lo mismo acuden á misa
al rayar la luz del alba
y se arrodillan fervientes
ante la Virgen sin mancha,
como acuden con espanto
á la obscura encrucijada
donde les dicen que cruzan
de noche negros fantasmas.

Lo mismo guardan piadosos
una reliquia romana,

ó la medida del cuello
del Santo Señor de Chalma,
como esconden en los pliegues
del *ceñidor* ó la enagua
algún *chupamirto* muerto,
el colmillo de una *iguana*,
la semilla de algún fruto,
ó toscas piedras labradas
que fingen sapos, serpientes
y otras muchas alimañas.

Lo mismo besan devotos
un rosario y una estampa,
como besan la moneda
que roban, piden ó ganan.

Tiemblan lo mismo mirando
el dragón de negras alas
que al rey del profundo Averno
en viejos lienzos retrata,
como al ver á la lechuza
que en la noche sosegada
lanza fúnebres graznidos
sobre las torres más altas.

Y oyen lo mismo el consejo
que paz y bondad derrama
del misionero que llega
á bendecir su cabaña,
como la brutal conseja
ó la amenazante chanza
de los brujos y hechiceros
que son mengua de su raza.

Si ven de noche en los campos
volando entre las montañas
las chispas que por los aires
los hornos de carbón lanzan,
los juzgan brujas y duendes

que maleficios propalan
y á un tiempo rezan, blasfeman,
se santiguan y se embriagan.

De tan misteriosa urdimbre
es natural que brotaran
junto á vulgares consejas
suposiciones fantásticas,
y así como con respeto
en las edades pasadas
vió el pueblo á las pitonisas,
acogiendo sus palabras
como innegables axiomas
ó como sentencias santas,
así en el humilde pueblo
degenerado de Anáhuac
hay hechiceras, augures,
monstruos, duendes y fantasmas.

Ya una luz que brilla débil
en la miserable estancia,
les revela de dinero
alguna suma enterrada ;

ya el *saltapared* que silba
tres veces por la mañana,
les anuncia desazones,
enfermedad ó desgracia;

ya el murciélago que cruza
cuando la tarde se apaga
algo negro les predice
con lo negro de sus alas ;

y si escuchan por la noche
gañendo junto á su casa
un perro, piensan que muere
un ser de los que más aman.

Si una mariposa negra
sus pobres chozas asalta,

la juzgan nuncio infalible
de alguna muerte cercana;
y para evitar á un niño
de las brujas la acechanza,
ponen al pie de la cuna,
ó en la estera en que descansan,
unas tijeras formando
una cruz, distinta y clara.

Temen al viernes, por viernes,
al *trece,* por ser de fama,
al martes, porque en tal día
nadie se casa ó se embarca;
al sábado por *judío,*
y con semejantes máximas,
pasan la vida sujetos
á horribles extravagancias.

Desatienden lo presente:
lo pasado les amarga
y no cuidan ni un momento
del ignorado mañana.

Por eso en este conjunto,
en esta mezcla de razas,
parece que fusionaron
su austera humildad Anáhuac,
sus tristezas el oriente,
su eterna indolencia el Asia,
y todo su fanatismo
y su gran valor, España.

Cuando la ciudad de Méjico
vió antiguos templos y casas
derribados á los golpes
de las españolas armas;
cuando sus mejores ídolos
y sus piedras consagradas
fueron cimiento del nuevo

templo de invasoras razas ;
cuando ya estaban vacias
las cajas hechas de caña[1]
en que guardaron los reyes
sus más costosas alhajas ;
cuando no quedaba un resto
de la riqueza monárquica,
pues al viejo continente
á buen tiempo se mandaran
telas de vistosas plumas,
ricas esteras de palma
y simbólicos escudos
tallados en oro y plata,
se comenzó con denuedo,
con entusiasmo y constancia
á fabricar nuevas calles,
nuevos templos, nuevas casas.

Al apagarse la tarde
ninguna luz alumbraba
los andamios, los escombros,
las mutiladas estatuas,
y el conjunto parecía
en la extensión solitaria
al fulgor de las estrellas
que como antorchas brillaban,
inmensa tumba desierta,
cripta obscura y olvidada
escondiendo helados restos
de vasallos y monarcas.

Era de verse en las noches
en tan triste panorama,
el farolillo del noble,
las linternas empañadas
de corchetes y alguaciles

[1] Estas cajas se llamaban *Petlacalli*.

rebujados en sus capas;
y sobre los toscos muros
de iglesias aun no acabadas
ardiendo frente á una imagen
la sucia y humilde lámpara
á cuyo reflejo á veces
se cruzaban dos espadas,
ó de ilícitos amores
hubo aventuras extrañas.

Entre tan tristes callejas
dentro y fuera de la *traza*
hubo algunas en que todos
á penetrar se negaban,
y de todas éstas, una
daba pavor á las almas,
porque según referían
largos sermones y pláticas
era el lugar escogido
de noche en las horas altas
para una danza tan triste
como la danza *macabra*.

Más de una vez refirióse
con sentenciosas palabras,
que en la inmunda callejuela
los *nahuales* se juntaban,
y que asidos de las manos
frente á horribles luminarias,
hechas en siniestras piras
de osamentas hacinadas,
al rayar la media noche
daban comienzo á la danza,
á los gritos de las brujas
entre endriagos y fantasmas.

En los púlpitos decían
que los *nahuales* cambiaban
de forma según su antojo;

que sus ojos sin pestañas,
sus rostros despellejados,
sus uñas corvas y largas,
su piel cubierta de plumas,
sus grises melenas lacias,
sus fatídicas sonrisas
y sus diabólicas mañas,
eran el terror del pueblo,
porque de noche llegaban,
sin ser sentidos, al fondo
de la más segura estancia
para robarse á los niños,
y en la calleja citada
entregarlos á las brujas
que la sangre les chupaban,
y los exánimes cuerpos
daban de pasto á las llamas.

Y cuentan los que lo vieron,
que ni las rondas de capa,
ni rudos arcabuceros,
ni alguaciles, ni canalla,
después de oír en las torres
el toque de la plegaria,
se acercaron á aquel sitio;
y con terror le llamaban
con un nombre que al presente
como recuerdo se guarda:
« La Cueva de los Nahuales
ó El Callejón de la Danza ».

JUAN CARBONERO

I

De la pintoresca Sierra
en las enhiestas montañas,
nació Juan entre las rocas,
tal como nacen las águilas.

Desde sus primeros años
cogió en sus manos el hacha,
y los más fuertes encinos
convirtió en menudas rajas.

Era leñador su padre
y él heredó su pujanza,
aprendiendo desde niño
á correr grandes distancias

Siempre sacudiendo el sueño,
antes de rayar el alba,
íbase á pie por veredas
ignotas y solitarias,

sin temor á sol ni lluvia,
hollando guijas y zarzas,
subiendo igual á las cimas
que bajando á las barrancas.

Con un báculo en la mano
y el haz de leña á la espalda,
jamás llegó inoportuno
al sitio en que lo mandaran.

Era Juan de tez cobriza,
de frente estrecha y tostada,
negros y expresivos ojos,
cabellera negra y lacia,

nervudos y ágiles miembros,
pecho fuerte, manos anchas,
firme en sus resoluciones
y de muy pocas palabras.

Vivió tranquilo y felice
en su modesta cabaña,
con gran apego al trabajo
y una sumisión sin tacha.

Á amar á Dios ciegamente
lo enseñaron en la infancia,
sin ese frívolo culto
de las gentes cortesanas.

Y él labró una cruz silvestre,
y de su monte en la falda
la clavó en gruta musgosa,
pintoresca é ignorada.

Su altar rústico tenía
por limpio cristal el agua,
que bajando entre las peñas,
espejo á la cruz formaba.

Juan, domingo tras domingo,
al despuntar la mañana,
iba allí con gran acopio
de flores rojas y blancas,

y entretejiendo con ellas
rica y vistosa guirnalda,
del santo signo en los brazos
con devoción la colgaba.

¡ Qué dulce misa, la misa
que en aquella frágil ara,

cantaron en cada aurora
los mirlos y las calandrias!
¡Qué templo aquél, con sus naves
de frondosas enramadas
y con el incienso agreste
de las flores y las auras!
Juan tuvo altar en su gruta,
en su silencio plegaria
y para su fe sencilla
por solo sagrario el alma.
Cuando su padres murieron
bañó sus restos con lágrimas
y les abrió sepultura
junto á aquella cruz sagrada.
Y siguió huérfano y triste,
huésped de humilde cabaña
y cargando como siempre
el haz de leña á la espalda.

II

De nuestra patria en defensa
alzáronse en aquel tiempo,
henchidos de fe y bravura
indomables guerrilleros.
Émulos de aquellos hombres
que ensalzan los bardos griegos,
terror infundiendo á España
cien adalides surgieron.
Eran emblema de gloria;
su escudo fué el propio pecho;
su solo amigo un caballo;
su solo amor nuestro suelo;
cada roca su baluarte;
el tosco peñon su lecho;
los harapos su uniforme,
y su hogar el campamento.

Juan el leñador, un día
viajando se halló al encuentro
una legión numerosa
de montados guerrilleros.
El jefe que los mandaba,
alto, robusto, trigueño
y con todas las señales
de audaz, valiente y enérgico,
llamó al indio y contemplando
su humilde, apacible aspecto:
— ¿Á qué punto te diriges?
le dijo con dulce acento,
— Voy, señor, Juan respondióle,
para la ciudad de Méjico.
— Pues mejor que tú, ninguno
puede servirnos queriendo.
¿Tú no sabes quiénes somos?
— Seréis tropas del Gobierno.
— Hombre, el Gobierno es de España
y á España no defendemos;
somos hijos de la Patria;
¿sabes, buen hombre, qué es eso?
Y ruborizado el indio
quedó pensando en silencio.
— Pues la Patria es el sagrado
lugar en donde nacemos;
la tierra de nuestros padres;
el *amor* de *nuestro* pecho,
y hace ya trescientos años
que los hijos de este suelo
somos míseros esclavos
de un rey que vive muy lejos.
Estos soldados que miras,
que luchan con gran denuedo
y que su solo uniforme
es la chaqueta de cuero,
quieren hacernos felices,

quieren libertar á Méjico,
y como esta tierra es tuya,
pues era de tus abuelos,
es fuerza que nos ayudes,
¿ entiendes, buen hombre?
— Entiendo.
— Tú puedes muy bien servirnos.
— ¿ De qué modo?
— De correo.
Yo necesito que vayan
hasta Méjico unos pliegos
y entre tus rajas de leña
puedes muy bien esconderlos.
— Señor, todo lo que dices
con claridad lo comprendo,
mándame lo que tú quieras
y cuenta que te obedezco.
— Pones tu vida en peligro.
— Á nada le tengo miedo.
— ¿ Cómo te llamas?
— Juan Lucas.
¿ Y tú?
— Vicente Guerrero.
Y dichas estas palabras
el indio cogió unos pliegos,
los guardó bien escondidos
y siguió el viaje en silencio.

III

Los soldados insurgentes,
que por el sur combatieron,
encontraron en Juan Lucas
un poderoso elemento.
Los sirvió tan bien y tanto,
que transcurrido algún tiempo
le pagaban fuertes sumas

para sostener en Méjico
un expendio acreditado
de carbón macizo y seco.

Siguió Juan Lucas sus viajes,
y en sus calcinados leños,
que taladraba con arte
y con el mayor misterio,
las cartas más importantes,
los informes más secretos,
se cambiaron sin peligro
entre Chilpancingo y Méjico.

Por una infame denuncia
á Juan Lucas sorprendieron
y fué sentenciado á muerte
por traidor al Rey y al Cielo;
y cuentan los que lo saben
que estando Juan Lucas preso
mandó al Virrey un recado
concebido en estos términos:
« Ya llevo más de dos días
de vivir en este encierro,
y el solo favor que pido
es que me fusilen luego,
porque nunca me ha gustado
estarme perdiendo el tiempo ».

Mandó el Virrey fusilarlo,
y por cadalso escogieron
la plaza donde tenía
Juan Lucas su vasto expendio
y que en su honor le llamamos
« Plaza de Juan Carbonero ».

CALLE DE LA MACHINCUEPA

Era doña Paz Quiroga
dama de lujo y renombre,
que vino á Méjico el año
de setecientos catorce.

Era de voluble genio,
extremada en sus pasiones,
y de un orgullo tan grande
que daba espanto en la Corte.

Lo mismo por su hermosura,
que por sus limpios blasones,
siempre se creyó más alta
que los ricos y los nobles.

Siempre vió con menosprecio
á concejales y oidores
y se juzgó un sol de gracia
del Virrey en los salones.

Para hablarle era preciso
rogar á sus servidores,
porque fué la más altiva
de las altivas de entonces.

Las damas más opulentas
nunca estuvieron conformes
con hallar en todas partes
cercada de adulaciones
á doña Paz, que tenía

tras de su carácter doble,
un corazón que albergaba
envidia, celo y rencores.

Mas ella nunca hizo caso
de vanas murmuraciones
y era poderoso influjo
de jueces y sacerdotes.

En los más lujosos templos,
y en las más grandes funciones
deslumbraba con su brillo,
su devoción y su porte.

Y en las fiestas y saraos
era encanto de los hombres,
que más que muchas virtudes
buscaban muchos doblones.

Saludábanla en la calle
los graves inquisidores,
y agolpábanse á sus puertas
cada sábado los pobres.

Y era sabido de todos
que por su orgullo y renombre
ninguna se le igualaba
de Nueva España en la Corte.

II

Don Mendo Quiroga y Suárez,
marqués de Valle Salado,
por aquellos mismos tiempos
cumplió más de setenta años

Agudas enfermedades
sus miembros paralizaron,
y padeciendo vivía
quejumbroso y solitario.

Fué en su juventud marino
y le dejó buenos cuartos

la venta de carne humana
con piratas y corsarios.

Héroe de cien aventuras
los amores lo cansaron,
y si tuvo descendientes
jamás los llevó á su lado.

Se radicó en Nueva España
cuando abandonó su barco
y acrecentó su fortuna
en mercantiles trabajos.

Hombre de palabra firme
y de proceder honrado
encontró por todas partes
amigos que le ayudaron.

Y cuando ya establecido
tuvo sociedad y rango
y en asuntos de Gobierno
llegó por rico á ser árbitro,

mandó para el rey de España
tan opulentos regalos,
que con títulos y honores
su largueza le pagaron.

Dueño de inmensas salinas,
esto sirvió al Soberano
para otorgarle en justicia
el título nobiliario.

Y fué marqués, y fué rico,
y todos lo respetaron,
y como en aquellos tiempos
murió en España su hermano,
él recogió á su sobrina,
que á vivir vino á su lado,
y á la cual dió generoso
el más espléndido trato;

pero doña Paz Quiroga
en vez de besar la mano
que fué con ella tan pródiga
y su orfandad puso en salvo,

siempre vió con duro ceño
y con desdén al anciano
y le trató, por enfermo,
con repugnancia y con asco.

En muchas conversaciones
llegó á decir sin reparo :
« Ya no soporto la vida
entre tizanas y bálsamos ;

» yo tengo mi cruz horrible
en este viejo baldado
á quien Dios debiera pronto
á mundo mejor llevarlo ».

Y no faltó quien le fuera
á decir ésto, al anciano,
al que tan sólo asistían
enfermeros mercenarios.

Cuando doña Paz llegaba
á darle un saludo al paso,
entraba cubierto el rostro
con pañuelo perfumado
y sin atreverse nunca
á dar al viejo la mano ;
que más negra que la noche,
más que del infierno el antro
es la ingratitud que anida
en el corazón humano.

III

Después de horribles martirios
al fin expiró don Mendo

y le acompañó á la fosa
innumerable cortejo.

Hizo tantas caridades
que tuvo, á falta de deudos,
mil pobres que le lloraron
y su nombre bendijeron.

Era sabido de todos
que su nombre y su dinero
tocaban á una persona
por la sangre y el derecho.

Iba doña Paz Quiroga
dentro de muy breve tiempo
á convertirse en marquesa
con un capital inmenso.

Y aunque no mostró señales
de justo y profundo duelo,
sí dijo con gran descaro
entre gentes de abolengo :
« Siempre me amó como padre.
y como á padre lo heredo ».

Corrido el plazo forzoso
se abrió al fin el testamento,
y halláronse estas palabras
que al pie de la letra inserto :

« Á Paz, mi amada sobrina,
todos mis bienes le dejo
á condición de que pague
la amargura que le debo
haciendo lo que aquí mando
tal y como yo lo ordeno ;
pues si no me obedeciese
se dará cuanto poseo
á la orden de San Francisco,
cuya devoción profeso,
y á la orden de Mercedarios

para bien de su convento.
Lo que mando á mi sobrina
es, que salga en coche abierto
atravesando las calles
de San Francisco y Plateros,
llegue al medio día á la Plaza,
y allí, en el lugar del centro,
con un vestido de baile
y su más rico aderezo,
humillando la cabeza
dé una vuelta sobre el suelo
de las que aquí en Nueva España
llama *Machincuepa* el pueblo,
y repito, que al negarse
al capricho que le ordeno,
mercedarios y franciscos
serán de mis bienes dueños
si á contar desde mi muerte
pasan seis meses lo menos ».

IV

Muchas lágrimas amargas,
mucho dolor, mucho miedo,
cláusula tan caprichosa
á doña Paz produjeron.
No se la vió en los salones,
ni se la encontró en el templo,
que enferma y avergonzada
escondióse en su aposento.

Pero volaron los meses,
y era ya público en Méjico
lo que en pago á tanta injuria
puso en condición don Mendo.
Mercedarios y franciscos
el capital exigieron ;

doña Paz vió una fortuna
de tres millones y medio
que de sus manos podía
escaparse en un momento

Y cediendo á la codicia
aceptó el fallo tremendo ;
y una mañana de junio
fué á la Plaza en coche abierto ;
allí encontró un mar humano,
que estaba henchida de pueblo ;
y lívida como muerta
bajó en un lugar del centro,
y sobre la rica alfombra,
que los criados extendieron,
inclinando la cabeza
dió una vuelta sobre el suelo.

Crujió la rica peineta
y el traje en el rudo vuelco
todo el pudor de la dama
dejó entre risas maltrecho.

¡ Qué gritos y carcajadas,
qué injurias y qué denuestos
de un millón de ignotos labios
brotaron al mismo tiempo !

Doña Paz quedó privada,
y al llevarla á su aposento
iban diciendo las gentes
por las calles de Plateros :
« Para castigar orgullos
aun vive Dios en los cielos,
Él ensalza á los humildes
y Él abate á los soberbios ».

Y cuentan, los que lo saben,
que cerca de un año entero
doña Paz estuvo loca

con el espíritu enfermo.
Recogió al fin la fortuna,
aunque maldijo á don Mendo,
y la calle en que vivía
desde aquel remoto tiempo
calle de la « Machincuepa »
se nombra como recuerdo.

CALLE DE LA CANOA

Á MI MUY QUERIDO AMIGO NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

De Tenoch en la ciudad
todo conmueve y aterra,
que siempre infunde la guerr
espanto á la humanidad.
El luto y la soledad
en plaza y barrios se advierte,
humilla al pueblo la suerte
que sólo destrozos mira
y el aire que se respira
es el soplo de la muerte.

Profánanse los altares
causando escándalo y duelo,
y nada concede el cielo
á los dioses tutelares.
En los desiertos hogares
entra medrosa la luz,
retruena el tosco arcabuz,
que á los tímidos espanta,
y orgullosa se levanta
sobre el teocali la cruz.

Flota cual rojiza bruma
vapor de sangre en los lagos
y no amengua los estragos
la muerte de Moctezuma.

El regio manto de pluma
del odiado Emperador,
cuelga el pueblo con amor
en los hombros de un guerrero,
en su voluntad acero
y en sus formas gladiador.

Joven, de espíritu sano,
supo imponerse de un modo,
que es el rey, el alma, el todo
para el pueblo mejicano.
Lanza la flecha su mano
cual rayo nube preñada ;
no teme ni espera nada,
y por arte extraña son:
su bravura de león
y de águila su mirada.

Su faz baña esa luz pura
que revela á un tiempo mismo:
valor, martirio, heroísmo,
genio, bondad y amargura.
No cubre tosca armadura
su cuerpo que frágil es,
y donde asienta sus pies
está la patria completa :
¡ la patria á que osado reta
con orgullo Hernán Cortés !

Su grandeza basta sólo
para que el mundo se asombre,
¡ y no sabe que su nombre
sonará de polo á polo !
No alienta perfidia y dolo;
ama con amor profundo
su tierra y mira iracundo
que planta extraña la huella,
y surge á morir por ella
sin presentir otro mundo.

Nada guarda en su memoria
de otros héroes y otras leyes;
nada sabe de otros reyes,
nada espera de la historia.
No quiere un laurel de gloria
ni su nombre enaltecer,
cumple sólo ese deber
natural, sagrado, fijo,
por el cual defiende un hijo
á aquélla que le dió el ser.

Nada le estorba ni daña
para luchar sin reposo
y es por lo pequeño hermoso
frente á la legión de España.
Él es la fe que acompaña
á una raza siempre altiva,
es la gloria siempre viva
de la multitud guerrera;
¡Cuauhtemoc! ¡el alma entera
de la patria primitiva!

¿Qué plan en su mente fragua?
¿Cuál fin secreto concilia
que da á su noble familia
por palacio una piragua?
¡Un frágil leño en el agua
hospeda á un Emperador,
porque el hogar de su amor,
su blando y caliente nido,
en ruinas lo ha convertido
el tenaz conquistador!

La lombarda todo arrasa;
los hombres mueren á miles
y horadan los proyectiles
los muros de cada casa.
Y noche por noche pasa
sobre el estadio sangriento,

invisible y turbulento
tropel de antiguos señores,
que viendo tantos horrores
dan alaridos al viento.
El pueblo en tanto combate
no logra del triunfo el fruto
y su sangre es el tributo
que ofrece á cada penate.
¡ Ay del que su ánimo abate
por mirarse en sangre tinto !
¡ No puede en aquel recinto
mostrar que teme ó desmaya
ante quien ha puesto á raya
las tropas de Carlos Quinto !
El pueblo azteca no quiere
vivir sin patria ni hogar,
y lucha sin esperar,
y sin esperanzas muere.
Al proyectil que lo hiere
juzga de fuerza extrahumana,
y la flecha y la macana
embotan sus golpes rudos
en las corazas y escudos
de la gente castellana
No deja el arco maltrecho
si dispara la saeta
al rubio y forzudo atleta
que con hierro escuda el pecho.
Al indio asiste el derecho
que á un tiempo es arma y escudo,
sale á combatir desnudo
y expira frente al hispano
como un gladiador romano
que al morir lanza un saludo.
Opuestas son las naciones
y opuestos son los vasallos;

faltan al indio caballos
y arcabuces y cañones.
Son chusmas y no legiones
las que halla el hispano experto;
combaten á campo abierto,
siendo ante el más decidido
un estorbo cada herido
y un baluarte cada muerto.

Cuauhtemoc que sólo abriga
genio, valor y entereza,
nunca dobla la cabeza
ni al dolor ni á la fatiga.
Cuando la suerte enemiga
ningún desastre perdona;
cuando todo le abandona
y á sus pies se abre un abismo,
perder quiere á un tiempo mismo
la cabeza y la corona.

Sólo una pena le abruma
y eternamente le acosa:
la tristeza de su esposa,
sobrina de Moctezuma.
Siempre que la tarde esfuma
su púrpura en el espacio
y como sol de topacio
nace la primera estrella,
viene á visitar con ella
las ruinas de su palacio.

El sordo rumor se apaga
de lombardas y arcabuces,
y una barca con dos luces
entre los escombros vaga.
Cuauhtemoc la suerte aciaga
respeta en esos escombros,
no muestra dolor ni asombros,
porque morir es la ley

que impone el manto de rey
que no le pesa en sus hombros.

En la horrible soledad
que enluta el campo y el agua,
suya es la sola piragua
que penetra en la ciudad.
Con augusta majestad
llega triste y lentamente
de las ruinas frente á frente,
y á tiempo que las divisa
mezcla una dulce sonrisa
con un suspiro doliente.

Es que el corazón humano
por noble y grande que sea,
siempre se abate y flaquea
viendo que el placer es vano.
Ningún tesoro mundano
nos da la felicidad,
porque de edad en edad
y siempre ante igual empeño
es sólo un mentido sueño
que engaña á la Humanidad.

El joven indio aguerrido
contempla allí pesaroso
que lo futuro es dudoso
y lo pasado perdido.
Y ante la verdad rendido
busca la fiel expresión
de su secreta aflicción
y un suspiro brotar deja,
que entrega al aire la queja
más honda del corazón.

« Cuanto tuvimos aquí,
-- le dice á su bien amado, --
los *teules* han destrozado,
y yo lo siento por ti.

Mañana, ausente de mí,
me buscarás con dolor
y te faltará el calor
de aquellas horas que huyeron,
en estas ruinas que fueron
el nido de nuestro amor ».

Y retando á la fortuna
impulso á su barca daba
que como un cisne surcaba
sobre la mansa laguna.
Un claro fulgor de luna
á la piragua envolvía,
y Cuauhtemoc que sufría
sin dar al cielo un reproche,
centinela de la noche
velando esperaba el día.

Contraria le fué la suerte,
y al indomable guerrero
impuso el caudillo ibero
tras el tormento la muerte.
Denodado, altivo y fuerte,
es un héroe sin segundo,
y bajo el árbol fecundo
de la Justicia y la Gloria,
no hay quien le iguale en la Historia
ni quien lo imite en el mundo.

Sol de inextinguible luz,
el pueblo que lo admiraba
á la calle en que habitaba
le llamó de Guatemuz.
Y cuando extendió la cruz
su imperio transformador,
del valiente emperador
el palacio fué arrasado,
y el sitio en que estuvo alzado
es hoy calle del Factor.

Y agrega también la fama,
y así la conseja doy,
que por la calle que hoy
« de la Canoa » se llama,
Cuauhtemoc y el bien que ama,
en frágil embarcación,
cruzaban por su extensión
para ver con tristes ojos
los solitarios despojos
del templo de su ilusión.

EL CALLEJÓN DEL GARROTE

I

En una calleja larga,
y además de larga estrecha,
y además de estrecha obscura,
y más que obscura desierta;
allá en los remotos años,
en las atrasadas fechas
en que estuvieron en auge
duendes, brujos y hechiceras,
cronistas desconocidos
dándolo por cierto cuentan
lo que en mal verso relato
en mal zurcida leyenda.

¡Qué horribles hechos refieren!
¡Qué espeluznantes escenas
de los inquietos vecinos
de la incógnita calleja!

Noche por noche tenían,
como el vulgo dice, gresca,
que en palos y cuchilladas
pasaban las horas muertas.

Allí cada matrimonio
era viviente tragedia,
que maridos y mujeres
andaban siempre á la greña.

Cada casa, según dicen,
era una casa de fieras
amenizada con gritos
de maldición y blasfemias.

Al sonar las oraciones
las ánimas ó la *queda*,
no era extraño ver á un hombre
salir en veloz carrera,
con la cara ensangrentada
y partida la cabeza,
tras una mujer que huía
también herida y maltrecha,
soltando atroces vocablos
de la excomulgada lengua.

Allí no extrañaba á nadie,
en cada alborada nueva,
hallarse en estrechos patios
tintas en sangre las piedras.

Fiel trasunto del infierno
juzgóse imposible empresa
que alguaciles y corchetes
en paz á todos pusieran.

Las escandalosas riñas
jamás alcanzaron tregua,
ni en las horas silenciosas
de la sagrada cuaresma.

Pues se formaba la urdimbre
de vagos y mujerzuelas,
de rufianes desalmados
y Celestinas incrédulas.

No faltaba en los tugurios,
antros de sombras espesas,
la tosca imagen de un santo
con sus empolvadas velas ;

y en los que llamar podría
zaquizamí de polendas,
algún nïcho de cristales
con arbortantes, almendras,
mosquitero y guarda brisas,
sobre repintada mesa.

Era en los otros cubiles
indispensable presea,
ya un pequeño crucifijo
de labor guatemalteca,
ya un triste Divino Rostro
más pálido que la cera
y que lloraba polilla
por el marco y por la tela;
ya una divina infantita
con su vara de azucenas;
ya la sombra de san Pedro
amparando cada puerta,
ó ya-un papel mal pegado
en paredes y vidrieras,
para conjurar peligros
con una oración impresa;
la oración del Juez más Justo,
que á quien consigo la lleva
ni lo hieren los puñales
ni las balas le penetran.

Y entre tantos amuletos,
y baratijas y ofrendas,
era constante la riña
y sin término la ofensa,
sin que el negro laberinto
apaciguarlo pudieran
alguaciles y corchetes
por temor ó por vergüenza.

II

De la calleja en la esquina,
y por todos respetado,
habitaba un indio viejo,
vecino de muchos años.

Era tenido por brujo,
por hechicero y por sabio,
y sanó á muchos enfermos
con exorcismos y ensalmos.

Á todos temor impuso
citándoles su pasado
y vaticinando cosas
que verdades resultaron.

Los disturbios de familia,
los más secretos quebrantos,
las rencillas de maridos
y los rencores de hermanos,
se consultaban al indio
con ese sigilo santo
con que un penitente dice
al confesor sus pecados ;
y él, discreto y precavido
á todo allanaba el paso,
y con ambiguas promesas
en misteriosos oráculos,
dejaba á los que pedían
un consejo de sus labios,
si no alegres y felices
por lo menos consolados.

Siempre que un niño nacía
en aquel revuelto barrio,
era el indio su padrino
de pila ó escapulario,
y haciendo extenso registro
de su cabeza y sus manos,

éste será,—les decía, —
un criminal ó un honrado,
y aconsejaba á los padres,
según lo exigiera el caso,
por tales ó cuales medios
abrirle camino al vástago.

Era como en otros siglos
los augures y los magos,
consultor de las estrellas,
profundo en el astrolabio,
descubridor de misterios,
para las intrigas apto,
y tras la hipócrita risa
pillo, incrédulo y avaro.

En la angosta callejuela
era persona de rango
y allí bastaba su influjo
para curar descalabros.

Su consejo obedecían
los más rudos y más bravos,
y en las más atroces riñas,
en los más obscuros antros,
sus palabras eran leyes,
evangelios sus mandatos,
virtudes sus enseñanzas
y sus acciones milagros.

Llamaba á los mozos hijos,
á los viejos, sus hermanos ;
y para mozos y viejos
era á todas horas árbitro,
porque todos opinaban
como opinaba don Tacho,
rey absoluto en su calle
y virrey en todo el barrio.

III

Nada es constante en la tierra,
y al indio llamó una noche
el alcalde para hacerle
serias amonestaciones.

— Ya es tiempo de darle término
á escándalos tan atroces, —
le dijo, —y no nos ayudas
como debieras, buen hombre.

Esas gentes te obedecen,
te adulan, te reconocen
y tú logras aquietarlas
en cuanto te lo propones.

Inventa un medio seguro,
que en tu calle son feroces
las mujeres, que están siempre
revelándose á los hombres.

Pónmelas en paz, don Tacho,
y harás que yo te perdone
tanto abuso que cometes
como brujo y como dómine.

Salióse el indio pensando
en cumplir pronto tal orden
y convocó á los maridos
para su casa en la noche.

Al ver allí á todos juntos
les dijo : Ya me conocen,
en todo valen las obras
mucho más que las razones ;
basta de pleitos y riñas
que en alarma al barrio ponen
y vivir en paz juremos
como lo previene el orden.
— Señor, — dijo alguien, —no somos,

y de oírlo no te enojes,
el origen de los pleitos...
—¿Pues quiénes?
—Nuestras consortes.
—Está bien; voy á entregaros
lo que en paz al diablo pone
y con lo cual será raro
que de nuevo os incomoden.

La medicina que tengo
no quiero que me la compren,
y he de repartirla gratis
porque no exploto á los pobres.

Y todo el que se la lleve
esta condición se impone:
la de aplicarla con tino
aunque el sentido trastorne.

Y á cada jefe de casa
el indio entregó un garrote,
de aquellos que ni en las piedras
se quiebran al dar de golpes.

. . . . . .

. . . . . .

Y cuentan que aquel remedio
para males tan atroces,
dió brillantes resultados
pasadas algunas noches.

De tal suerte tornó al barrio
la quietud que antes faltóle,
que se convirtió en cartuja
cada nido de jicotes,

y un chusco que supo el caso
fué con intención muy noble,
y en las opuestas esquinas
de la calleja deforme
colgó el remedio infalible

que puso á tantos en orden,
y cuantos allí lo vieron
aprovecharon el nombre
y llamaron á aquel sitio
« El Callejón del Garrote ».

LA CALLE DE LOS DONCELES

I

Con el séquito que trajo
un virrey á Nueva España,
llegaron ocho donceles
de indescriptible arrogancia.

Eran, al decir de todos,
de distinguida prosapia,
con pergaminos y escudos
de la más brillante heráldica.

Mirábanlos las mujeres
como apolíneas estatuas,
pero esquivando gazmoñas
conversarles cara á cara.

Y era de verlos á todos
en palacio haciendo guardia
con vistosos uniformes
mitad nieve y mitad grana.

Juntos iban por la calle
á la iglesia y á la plaza
departiendo alegremente
al rumor de sus espadas.

Hablóse de todos ellos
con gran sigilo en las casas,
porque á padres y á maridos
pusieron en gran alarma.

Y más crecieron los sustos
de las gentes timoratas
sabiendo que todos eran
de Sevilla y de Granada.

Centinelas incansables,
habituados á las zambras,
y perpetuos rondadores
de balcones y ventanas.

Tenores al aire libre
en alegres serenatas,
prontos á verter su sangre
por conquistar á una dama.

Hombres de angosta escarce
y de conciencia muy ancha;
los miedos á Dios y al mundo
cargábanlos en la espalda.

Y en comidas y saraos,
como en religiosas pláticas,
á las más lindas doncellas
galantes ruborizaban.

De cada cual se decían
historias breves ó largas
de infortunados amores
fuentes de dolor y lágrimas.

Quién con delicado tino
sedujo á discreta dama,
quién enamoró á una monja
y quién burló á una casada.
Y eran tales los embustes
y eran las consejas tantas
que no faltó quien dijese,
como una verdad sagrada,
que aquellos ocho donceles
dieron tal guerra en España
con sus cuitas amorosas

y sus riñas y asechanzas,
que por tener ascendientes
de Manresa y Calatrava
y ser hidalgos muy limpios
y mayorazgos sin tacha,
en vez de darles castigos
que su sangre rebajaran,
se creyó justo y prudente
pasar á todos por agua
volviéndolos edecanes
del virrey de Nueva España.

Y así á Méjico vinieron
precedidos de gran fama,
y hubieran ido al palacio
á vivir como en su casa,
si el Virrey, hombre celoso
y de experiencia muy vasta,
no hubiera determinado,
por razones que ce callan,
que aquellos mozos vivieran
lejos de la real estancia.

Y alegres y satisfechos
como antiguos camaradas
un mismo techo dió abrigo
á tan arrogantes guardias.

II

Es la juventud la fuente
de las más hermosas aguas
que fecundizan las flores
del amor y la esperanza.

Edad que nunca vacila,
ni teme, ni mide nada,
pues los más negros abismos
ó los desdeña ó los salva.

Radiante aurora de mayo
con nubes de armiño y gualda,
que incensan todas las rosas
y pueblan todas las auras.

¿ Quién no se siente á su influjo
capaz de tender las alas
sobre los profundos mares
que sacude la borrasca ?

¿ Quién no rinde á la hermosura
ese amor que eterno irradia
un fulgor que envidiaría
la estrella que anuncia el alba ?

Llenan de placer las horas
dulces é infinitas ansias,
que son de noche aventuras
y por la tarde esperanzas.

La nívea mano que arroja
desde el balcón una carta;
los negros ardientes ojos
que despiden vivas llamas;
el suspiro que despliega
al aire impalpables alas
al tenue rumor de un beso
que por tenue arrulla el alma;
la promesa no cumplida,
la nunca completa charla,
el infundado reproche
que las vigilias amarga;
la caricia que el armiño
de los recatos profana,
el áureo rizo robado
á una frente pura y casta;
el lazo que cae al polvo
y la devoción levanta
y al cambiarlo en amuleto
como reliquia lo guarda;

los alardes de bravura,
los testimonios de audacia,
el odio á las mezquindades
y á las miserias humanas;
y los sueños de grandeza
con que el pensamiento abarca
todo el porvenir que ofrecen
la fe, el amor y la patria;

esto en raudo torbellino
en hirviente catarata,
se desborda de la vida
en las primeras mañanas.

Y nada obscurece el mundo,
y nada la dicha empaña,
porque como luz eterna
el amor alumbra el alma.

Y así soñando imposibles,
siempre entre ficciones vagas
y alegrando con cantares
las horas que breves pasan,
aquellos alegres mozos
turbaron juntos la calma
de una ciudad que dormía
entre lutos y plegarias.

Sus mandolinas sonoras
noche por noche poblaban
de alegres notas las calles
haciendo abrir las ventanas.

Y aunque el toque de la queda
en la catedral sonara,
y aunque llamase á sermones
en la torre la campana,
con alegres seguidillas,
ó con peteneras lánguidas,
como buenos andaluces

libando sabrosas cañas,
lo mismo en anchos parajes
que en tristes encrucijadas,
iban derramando juntos
la sal, la vida y la gracia.

Y ni su paso cortóles
la austera ronda de capa,
ni les impuso silencio
la autoridad soberana.

Porque eran de sangre limpia,
todos la flor y la nata
de los bravos estudiantes
de la egregia Salamanca.

Porque los trajo en familia
quien más honores alcanza,
y porque eran por su lustre,
sus años y su arrogancia
los donceles escogidos
para hacer brillante guardia
en las reuniones selectas
del virrey de Nueva España.

III

No derramaron seis lunas
sus tibios rayos de plata
sobre la ciudad que fuera
rico emporio del Anáhuac,
cuando ya en todas las bocas
al par que en todas las casas,
era el obligado tema
la conducta de los guardias.
— Don Lope corteja á Luisa.
— Don Mendo vive con Juana.
— Don Gastón sedujo á Julia.
— Y don Baldomero á Ignacia.

— Y el Virrey disculpa todo.
— Y la Mitra no hace nada.
— Y todo se les tolera
y se les toma por gracia.
— ¿ El Santo Oficio qué dice ?
— Como de nobles se trata,
el Santo Oficio está mudo
y sordo como una tapia.
— Pues por pecados veniales,
si á los de éstos se comparan,
á plebeyos infelices
se han arrojado á las llamas.

— La Inquisición, como todo,
tiene gran miedo al monarca
y cuentan que entre estos chicos
tiene un hijo el rey de España.
-- ¡ Eso es imposible ! ¡ Nunca
un ser de estirpe tan alta
como un segundón sin lustre
viene á tierras tan lejanas !
-- Nadie sabe si el rey quiere
más vástagos de su raza
en estos ricos dominios...
— El rey sabe lo que manda.
— ¿ Y quién es el misterioso
príncipe que se recata ?
— Lo sabrá Dios solamente.
— ó Julia tal vez, ó Juana.
— Anoche en el Mentidero,
que así á los Plateros llaman,
cerca de la media noche
se cruzaron dos espadas;
llegó la ronda y hallóse
con donceles en campaña,
les saludó con respeto
y luego siguió su marcha.

— ¿ Y murió alguno?
— Lo ignoro;
pero al rayar la mañana
yo he visto sangre en las piedras
cuando fuí á la misa de alba.
— Cuentan unos que estos mozos
viven en constante zambra,
y que con todo descaro
noche por noche en su casa
danzan y beben y juegan
con impuras cortesanas.
— ¡ Y nada dicen los curas
en la cátedra sagrada !
— ¡ Qué han de decir, si parece
que les aplauden sus faltas!
— Ya es justo poner remedio.
— En esto peca el que calla.
— Pensaremos en el modo,
porque ya es mucha la alarma.
— Los padres y los maridos
tenemos miedo en el alma.
— ¿Qué haremos?
— Dios nos inspire.
— ¡Un memorial !
— ¿ Quién lo calza ?
— ¡Una denuncia !
— Hay peligro.
— Démosles la cencerrada.
— Y nos dirán motineros
y la ronda nos atrapa.
— Pues estos chicos no deben
continuar su propaganda
de escándalos y vergüenzas...
— El diablo es quien los ampara.
— Será el Virrey.
— Es lo mismo.
Detén la lengua.

— Me exalta
en estos tiempos tan tristes
lo que vemos, lo que pasa.
— Ya Dios nos dará el consuelo.
— Buena noche.
— Hasta mañana.

IV

Fueron tantos los abusos,
las víctimas fueron tantas,
de aquel grupo de Tenorios
impunes por su prosapia,
que al fin el Virrey se dijo
cuando meditó con calma
al saber que cien familias
se estaban ahogando en lágrimas :

« Si no puedo castigarlos
por no ofender al monarca,
lo más cuerdo y lo más justo
es ordenar que se vayan ».

Y con sútiles razones
preparó la pronta marcha
de los que al principio fueron
sus más consentidos guardias.

Alegráronse los hombres
de resolución tan sabia,
pero causó gran sorpresa
á doncellas y casadas.
— ¡ Pobrecillos! Porque visten
con gusto y con elegancia,
porque son mozos y alegres,
porque cortejan y cantan,
y en fin, porque cuanto sienten
ni lo fingen ni lo callan,
el Virrey como castigo

los vuelve á pasar por agua.
— ¡ Ay, quién pudiera con ellos
ir hasta tierras extrañas !
— ¡ Yo quisiera ser el puño
De sus hermosas espadas !
— Pues yo la hebilla que cierra
el encaje de sus calzas.
— Yo la pluma del sombrero.
— Yo el botón de su casaca.
— Las mujeres nos morimos
por salir á las ventanas
cuando en las noches de luna
juntos en la calle cantan.
— Con razón, si son tan guapos.
— Si son la flor y la nata.
— Yo voy á llorar por ellos.
— Viene tu padre, ¡silencio!
— Ya está tu marido, ¡calla!
— ¡ Pobrecitos!
— Pobrecitos.
— Los expulsan.
— Los arrancan.
— Que nos escuchan
— Prudencia.
— Buena noche.
— Hasta mañana.

. . . . . .

Y pasados unos meses
quedó desierta la casa
que fué durante algún tiempo
centro de amorosas ansias.

Y cuando de aquellos mozos
y sus aventuras raras
el pueblo que todo inquiere
forjó tragedias y dramas,
á la calle en que vivieron

los ocho arrogantes guardias
la llamó « de los Donceles »
para eternizar su fama.

LA CALLE DE TIBURCIO

I

Don Suero Monclova y Gálvez,
originario de Asturias,
logró con rudos trabajos
ser dueño de gran fortuna.

Hombre de austero carácter
y de intachable conducta,
pródigo en las caridades
y oportuno en las angustias;

era en esta Nueva España,
rica entonces cual ninguna,
modelo por sus virtudes
y por sus costumbres puras.

Lejos ya de las fatigas
del comercio y de la curia,
y de cuentas y negocios
que si no matan abruman,

pasaba en grato retiro,
sin desengaños ni dudas,
las horas siempre tranquilas
que anhela todo el que lucha.

Pero como nadie sabe
lo que el destino le oculta,
ni cuando llega la nube
que el sol de la dicha nubla,

don Suero, que estaba un día

más satisfecho que nunca
departiendo alegremente
sin sospechar amarguras,
miró entrar á su aposento,
pálida la faz enjuta
á su antiguo confidente
don Luis Gonzaga de Urrutia.
— Malas noticias don Suero.
— ¿ Malas decís?
— Como nunca.
— ¿ El sol se ha desportillado
ó ya se apagó la luna?
— Algo más grave.
— No entiendo.
¡ El juicio final sin duda !
— Estáis asaz festejoso.
— Si os empeñáis en que sufra
me resuelvo á daros gusto.
— Mal obra quien mal anuncia;
pero hablando sin ambajes.
— Ya sabéis que me disgustan.
— La mala nueva os importa.
— Soltadme la catapulta.
— Estáis de malas don Suero.
— ¿ Los alguaciles me buscan?
— Dejad gracejos aparte.
— Es que los llevo á la grupa.
— ¿ Ignoráis que habéis perdido?...
— ¿ El juicio?
— Vuestra fortuna.
— En tan alegre mañana
¡ qué chanzas gastáis Urrutia !
— Chanzas, y en estos momentos
han emprendido la fuga
López vuestro apoderado
y el bribón que lo secunda.
— ¿ Y por qué se fuga López?

— Porque según se barrunta
cogió en vuestras arcas joyas,
y monedas y escrituras,
y á cuantos lo hemos buscado
no nos dan razón ninguna
de su viaje, y hemos visto
las huellas que lo denuncian.
— Mi despacho...
— Está vacío
Y rotas las cerraduras ;
ya lo sabe la justicia,
ya en la calle lo preguntan,
y á vos el interesado
todas las gentes lo ocultan.
— ¿Habláis de veras?
— Lo juro
por el sol que nos alumbra.
— ¿Pero Tiburcio?...
— Tiburcio
cómplice infame resulta.
— Eso es imposible ; ha sido,
lo sabéis, desde la cuna
un hijo amoroso y bueno.
— Un cuervo que hoy os desnuda ;
Tiburcio se fué con López,
y acaso los dos disfrutan
á medias de los tesoros
que por bondadoso os hurtan.
— Pero si nadie me ha dicho.
— Pues ya llega á las alturas
el rumor de tal noticia.
— ¿Tiburcio, ladrón?
— No hay duda.
— Vamos á aclarar misterios.
— Que miro que no os preocupan.
Y don Suero sin dar muestra
de que su ánimo se turba,

fué á cambiarse en un momento
sombrero, ca'zas y chupa,
y al bajar por la escalera
le dijo con calma á Urrutia :
— Dios les manda á los mortales
la pobreza y la fortuna,
si Él mi fortuna me quita
obra con justicia suma,
y su voluntad acato
y quiero que en mí se cumpla.
Y salieron á la calle,
él sin mostrar pena alguna,
y su antiguo confidente
admirando tal conducta.

II

En tibia noche de junio
varias personas de rango,
así hablaban sin embozo
de Catedral en el atrio.
— Qué tiempos, Jesús, qué tiempos.
— Está de moda el escándalo.
— Si ya ni á los propios hijos
se les puede dar la mano.
— Se cuenta por esos mundos,
y ya el Virrey sabe el caso,
que al buen don Suero Monclova
con infamia lo han robado.
— Con infamia, muy bien dicho ;
de su bondad abusaron
las gentes que protegía
desde hace más de diez años.
— ¿ López ?
— ¡ Un bribón !
— Un pillo
tenido en olor de santo.

— ¿ Aquel hombrachuelo mustio,
huesoso, amarillo y flaco?
— ¡ El mismo ! Me parecía
momia que andaba penando.
— Yo alguna vez á don Suero
le hablé en lenguaje muy claro :
« No me gusta ese pegote
que tenéis de apoderado,
porque yo no le pusiera
ni un escorpión en las manos. »
— Y era orgulloso.
— Y violento.
— Y déspota.
— ¡ Y ordinario !
¡ Quién lo viera en la butaca
hecho un rey en su despacho.
con oidores y marqueses
departiendo el igualado !
— Don Suero tiene la culpa.
— Pero, señores, no es raro
que un plebeyo robe á un noble,
lo que si no perdonamos
es que Tiburcio, que ha sido
por Monclova tan mimado,
y que le llamó hijo suyo
desde sus primeros años,
fuera el cómplice de López.
— Tiburbio era aquel mulato
con pelaje y catadura
de relamido lacayo.
— Nadie al verlo hubiera dicho
que diera al fin tan mal pago.
— Recoger hijos ajenos
y como propios tratarlos,
es prepararse abundante
cosecha de desengaños.
— Don Suero estará abatido.

— ¡ Y colérico !
— ¡ Y tronando !
— Yo fuí á verlo esta mañana.
— ¿ Y hablasteis con él ?
— Es claro.
Y me sorprendió encontrarle
tranquilo, risueño y franco.
— ¿ Qué dice de la jugada
de sus consentidos pájaros?
— Habla del suceso como
si nada hubiera pasado.
— ¿ Y qué dice de Tiburcio ?
— En asunto tan amargo
no pude decir palabra ;
ya sabéis, lo amaba tanto,
que fuera tocar la herida
imprudente desacato.
— Con gran razón los antiguos
en el lienzo y en el mármol,
con experiencia y con tino
á la ingratitud pintaron
en una mujer horrible,
de cuerpo sucio y escúalido,
y sosteniendo sin pena
dos víboras en la mano.
— Está Méjico perdido.
Me cuentan que ayer robaron
á las diez de la mañana
en la tienda de « La Nao »,
y dicen que la Virreina
perdió el miércoles pasado
una caja de Manila
con mantones de burato.
— Y lo de ayer, que ya raya
en cinismo extraordinario:
se perdió una mancerina

en casa del prebendado
y un tibor grande y hermoso
que estaba en medio del patio.
— Eso no es nada, me dicen
que al fugarse dos esclavos
de la casa de los condes
de la Estrella, se llevaron
las veneras con brillantes,
dos bastones con topacio,
dos tabaqueras de oro
y un anafe repujado ;
pero lo mayor de todo
y lo más grave del caso,
es que ayer al Santo Oficio
con sigilo denunciaron
á un comerciante muy rico
por judaizante y relapso.
— Ya sé quién es.
— No lo diga
vuestra merced, que los labios
garantes son del pescuezo,
según dijo aquel romano.
— Pero no llega á salirme
lo de Tiburcio el ingrato ;
en fin, Dios se lo perdone
y cada mochuelo á su árbol,
que ya dijimos bastante,
y las diez están sonando.
. . . . . .

Quitáronse los sombreros,
con gran devoción rezaron,
saludáronse en seguida
estrechándose las manos,
y después de que partieron,
en sus capas embozados,
quedó desierta la plaza,

teniendo por solo faro
la luna que estaba en llena
ascendiendo en el espacio.

III

Seis meses han transcurrido
después de aquellos sucesos
y tranquilo, resignado,
indiferente don Suero,
ni le apena la pobreza,
ni el apetito ni el sueño
le quita de la fortuna
aquel cambio tan violento.

Respétanle sus amigos,
que aun llegando tan á menos
le tratan del mismo modo
que en sus más felices tiempos.

Siempre les recibe afable,
siempre les habla risueño,
sin mostrar que le avergüenza
un presente tan modesto;
ni que le miren humilde,
aunque jamás fué soberbio,
los mismos que le adulaban
poderoso y opulento.

Que quien tiene la conciencia
tan limpia como un espejo,
siempre es grande y siempre es digno,
en lo próspero y lo adverso.

No le quedan á Monclova
en su servicio doméstico
más que una sirvienta anciana
y un antiguo camar ro,
que más bien que servidores

amigos son de otro tiempo,
que su lealtad los levanta
y los abona el afecto.

Con ellos departe á solas.
pues en Monclova ven ellos
un nuevo Job, cuyos ojos
nunca se apartan del cielo.

Y aunque paga mal y poco,
le cuidan con tal empeño,
que da ternura mirarles
y su abnegación da ejemplo.

Una mañana tomaba
su desayuno don Suero,
y delante de su mesa
de pie estaban los dos viejos
mirándole con cariño
y hablándole con respeto.

De aquella plática el tema
era conocido cuento,
dando quejas los sirvientes
y el amo dando consuelos.

En aquellas confidencias
no faltaba, por supuesto,
para Tiburcio el ingrato
algún ingrato recuerdo.

Y cuando con más viveza
los criados lo escarnecieron,
de golpe se abrió la puerta
y entró sin anuncio previo
un embozado, que al punto
que llegó frente á don Suero
postróse humilde de hinojos,
y su rostro descubriendo,
dijo, al besarle la mano :
« Con ayuda de Dios vengo

después de muchas fatigas
y de grandes sufrimientos
cuanto se ha robado López
con amor á devolveros ».
— ¡ Tiburcio ! gritan los criados.
— ¡ Tiburcio ! dice don Suero.
— Sí, soy Tiburcio, que pude
darle cima á mis deseos ;
supe que López llevaba
la fortuna de mi dueño,
del hombre á quien yo debia
desde niño mi sustento,
que como padre amoroso
fué para mí tanto tiempo,
y que me ha enseñado tanto
y que como á Dios le veo,
y sin reparar en nada
y sin perder un momento,
fuí tras el ladrón, su huella
por todas partes siguiendo ;
no perder jamás su rastro
fué mi solo pensamiento,
siempre acechando el instante,
siempre guardando el secreto,
hasta que mi buena suerte
hizo que llegando al puerto
pudiera encontrarle á solas
y matarle como á un perro,
quitándole esas riquezas
que aquí, señor, os entrego.
Y al decir estas palabras,
puso en manos de don Suero
la caja que contenía
las joyas y libramientos
que el ladrón llevara ocultas
para embarcarse á otros reinos.
Ante una acción tan hermosa

Monclova quedó suspenso,
y su rostro venerable
marcó el arrepentimiento
de haber llamado á Tiburcio
« el ingrato » tanto tiempo,
y desde entonces la calle
en que habitaba don Suero,
« de Tiburcio » la llamaron
eternizando este ejemplo.

LA SOMBRA DE CUAUHTEMOC

LEYENDA POPULAR

Brilla en el cenit la luna,
el viento gime en las frondas
rizando en menudas ondas
el cristal de la laguna.
Bendiciendo su fortuna,
su poder y su valor,
en su overo trotador
del viejo bosque al través,
cruza solo Hernán Cortés
de Anahuac conquistador.

Sobre su cota ferrada
la cruz de Cristo campea
y la luna cabrillea
sobre la cruz de su espada;
airosa pluma encarnada
orna su casco luciente,
y en su marcial continente
esta concepción resalta:
« Yo soy un rey á quien falta
una corona en la frente ».

Y era verdad este ultraje
á su augusto soberano.

que en el suelo mejicano
todo le rinde homenaje.
Y al verse en aquel paraje
grande, fuerte y sin segundo,
exclama meditabundo :
« ¡ Qué hiciera el Emperador
sin este conquistador
que pone á sus pies un mundo! »

Y aquel altivo vasallo
se interna al bosque imponente,
jugando indolentemente
con la crin de su caballo.
Del corcel el duro callo
no suena en la verde alfombra,
envuelve un manto de sombra
á Cortés en la espesura
y cuando el viento murmura
parece que rey le nombra.

¡ Qué nimbo de claridad
vierte el astro diamantino !
En cada añoso sabino
de la agreste soledad!
Y acrecen su majestad
los acentos no aprendidos,
de cenzontles escondidos
en el obscuro ramaje,
cantando el himno salvaje
de las nupcias en los nidos.

Como espectros vigilantes
los árboles pavorizan,
y sus contornos matizan
las luciérnagas errantes.
Son atalayas gigantes
que alzan los brazos al cielo
y arrastran ropas de duelo
sobre torcidas raíces,

que nudos y cicatrices
asoman rompiendo el suelo.
Como una esfinge que espanta
sobre desnudos peñones
con sus viejos paredones
Chapultepec se levanta.
Jamás extranjera planta
holló el imperial retiro,
do sólo en revuelto giro
hablan de luto y quebranto
las aves en cada canto,
la brisa en cada suspiro.
Cuando en noche larga y fría
la tempestad se desata
y sus rugidos dilata
en la espesa serranía;
sobre la cresta sombría
que el relámpago colora,
vense en ronda voladora
negras aves que aletean,
flamas que en el aire ondean
y que disipa la aurora.
En cada lóbrego hueco
cuerpo la tiniebla toma
y como serpiente asoma
un tronco torcido y seco.
Extrañas voces el eco
en la distancia remeda,
y si quieto el aire queda
en los antros más secretos,
muda legión de esqueletos
finge la obscura arboleda.
De abril en las noches bellas
dulces coloquios de amores
entablan aves y flores,
frondas, celajes y estrellas.

Y son trovas y querellas
y ritmos y melodías
las que en las harpas sombrías
de los robles seculares
las brisas crepusculares
entonan todos los días.

Cortés va solo, cruzando
por la soledad callada;
cuanto abarca su mirada
está sujeto á su mando.
Mas de pronto recordando
los peligros anteriores,
los desastres, los horrores
de la encarnizada guerra,
lanza un suspiro que encierra
una historia de dolores.

Fustiga al potro ligero
que al sentir el duro azote
rabioso violenta el trote
va por distinto sendero.
La armadura del guerrero
con triste compás resuena,
y en ancha campiña amena
que el verde maizal alfombra
del conquistador la sombra
dibuja la luna en llena.

Va solo ; no le acompaña
en su paseo arriesgado
ni un amigo, ni un soldado
de los que trajo de España.
La tierra es nueva y extraña,
pero nada le intimida,
peligros y odios olvida
y va de un capricho en pos
sin más testigo que Dios,
eterna luz de la vida.

Llega al fin adonde ansía
un instante hallar reposo;
cabe un ahuehuete añoso
de copa espesa y sombría.
Lo mira con alegría
y con raro arrobamiento;
y en rápido movimiento
desmonta y al suelo salta
y deja hablar en voz alta
á su propio pensamiento.

¿Cómo estoy vivo? No sé,
Dios clemente me salvó.
¿Qué fuerza aquí me arrojó?
¿Será la audacia ó la fe?
Cuando esta tierra pisé,
todo lo expuse al azar,
mis naves hundí en el mar
y le entregué al porvenir
mi pecho para morir,
mi espada para matar.

Con vagos planes inciertos
en contiendas desiguales,
mis soldados más leales
á mis pies quedaron muertos.
Sin capitanes expertos
ni propios exploradores
vencí á reyes y señores;
mas nada hubiera alcanzado
si no me hubiese ayudado
una chusma de traidores.

Una noche... aun siento frío,
mi cuerpo como un almete,
llegué al pie de este ahuehuete
sin esperanza y sin brío.
Maldije el destino mío,
maldije á la adversa suerte,

y trémulo, enfermo, inerte,
presa de horrible quebranto
mojé este suelo con llanto
y orando esperé la muerte.

Mis guerreros castellanos,
sin yelmos y sin lorigas,
cayeron cual las espigas,
que el viento abate en los llanos.
Pudieron los mejicanos
á un esfuerzo, á una voz sola,
inmolarnos cual se inmola
á una oveja, sin reproche,
y acabar aquella noche
con la legión española.

Olid cayó lastimado,
Alderete mal herido,
y un milagro ha defendido
al fiel Pedro de Alvarado.
Yo llegué aquí abandonado
dulce reposo á encontrar,
y el estrago al contemplar
lloré con honda amargura.
¡ que no estorba la armadura
para sentir y llorar!

Desde aquí, cuán imponente
miré el porvenir; pensaba
que el nuevo sol me encontraba
sin mi honor y sin mi gente.
Hundí en las manos la frente.
Se me enlutó la conciencia
y hasta quise en mi demencia,
falto de esperanza y luz,
romper con un arcabuz
el hilo de mi existencia.

Quedé aquí meditabundo
en horrible incertidumbre.

y así pensé : cuando alumbre
el sol otra vez al mundo,
ya estará mi afán profundo
como mi aliento, apagado,
y si aquí no me ha encontrado
cadáver el nuevo sol,
es porque nací español,
y soy creyente y soldado.

Y que venga lo que venga,
dije al fin; á nada temo,
Dios es árbitro Supremo
y Él hará lo que convenga.
Si quiere Dios que sostenga
su cruz en la tierra extraña
y me vela y me acompaña
y me defiende y me asiste,
pasa pronto, ¡oh, noche triste!
¡y luchemos por España!

Aquí en este sitio fué
donde trémulo, rendido,
avergonzado y vencido
me faltó fuerza y... lloré.
¿Cómo no he muerto? No sé;
estoy vivo y he triunfado:
Méjico está conquistado
y mis leyes son sus leyes
y mis vasallos sus reyes...
¡Oh, mi honor! ya estás vengado.

Algo que jamás se pierde
en la memoria, me abruma;
la sangre de Moctezuma
ni falta, ni me remuerde.
Pero, ¿habrá quien no recuerde
á solas con su conciencia
el mal hecho á la inocencia,
la infamia impune y maldita?

¡Si tan sólo Dios da ó quita
á su arbitrio la existencia!

Busco por do quiera luz
pues la obscuridad me espanta,
porque en ella se levanta
la imagen de Guatemuz.
¡No! no protege la cruz
crueldades tan sin medida;
no fuí juez, fuí un homicida,
y ese cadáver sangriento
lo cargo en el pensamiento
y me acibara la vida.

¡Oh sombra, que das pavor!
perdona mi acción impía
bajo este árbol donde un día
llorara tu matador...
Me amedrenta ese rumor
del viento en las secas ramas;
parece que me reclamas
tantos horrendos deslices,
y no sé si me maldices,
ó me absuelves, ó me llamas.

Eras de la azteca grey,
la fe, la fuerza, el escudo;
luchaste pobre y desnudo
por tu pueblo y por tu ley.
¿Cuál fué tu crimen? Ser rey
y odiar la invasión ibera;
¡oh Guatemuz! quién me diera
volverte á la vida en calma,
pues llevo dentro del alma
tu patíbulo y tu hoguera!

Calló Cortés. Ya encendía
tras de los enhiestos montes
los azules horizontes
el primer rayo del día.

Montó en su corcel que erguía
el cuerpo con noble instinto
sobre el musgoso recinto,
y pronto alumbró su paso
un sol nuevo y sin ocaso:
¡El sol del gran Carlos Quinto!

EL CALLEJÓN DE LÓPEZ

I

Triste, muy triste, sintiendo
dentro del alma ese dardo
que clava artera la envidia
á todo el que tiene mando ;
en una tranquila noche
del voluble mes de marzo,
y bajo la espesa sombra
de un fresno, al borde de un lago,
así Hernán Cortés hablaba
con uno de sus soldados
que de lealtad y bravura
mil pruebas le dió en el campo :
— Después de tantas fatigas
y de sacrificios tantos
la suerte nos es adversa
y es menester hacer algo.
— Señor, en todas las cosas
igual que en todos los casos
disponed de mi persona
porque os sirvo con agrado.
— Martín, me habéis conocido
en los peligros más arduos ;
como con Dios siempre cuento
ni vacilo ni desmayo,
pero me encuentro afligido
ya que no desesperado.

— Larga es la lista de muertos.
— Y más larga la de obstáculos.
— Para vos son allanables
cuantos encontréis al paso.
— Nunca llegué á suponerme
que el monarca mejicano
tuviera por valladares
inexpugnables los lagos.
— Son extensos y profundos.
— Y carecemos de barcos.
— Ese argumento no debe
ni un instante preocuparos.
— ¿ Encontráis manera fácil,
mi buen Martín, de evitarlo ?
— ¡ Fácil ! no, señor ; segura.
— ¿ Segura decís ? — Es claro ;
y permitidme que os abra
mi corazón, siendo franco,
muy mal os juzgué en un tiempo.
— ¿ Por un hecho ? — Y muy extraño.
Al pisar la Villa-Rica,
en el porvenir pensando
cabe un peñón imponente
hicisteis hundir las naos.
— Así lo juzgué preciso,
porque si las dejo en salvo
hubieran sido refugio
de cobardes y de ingratos.
— Bien hecho está lo que hicisteis,
y yo, al reprobar tal acto,
os vi guardar el velamen
y las anclas y los palos,
y burlé vuestro capricho,
que aquí con el alma alabo,
pues lo que llamé torpeza
se ha convertido en milagro.
— ¿ Milagro decís ?

— No hay duda.
Sólo Dios ve los arcanos
que en lo futuro se esconden,
y es Él quien vierte sus rayos
para que pueda sin ojos
el pensamiento mirarlos.
— Explicad vuestras palabras.
— Muy claras son, don Hernando.
¿ Quién al tocar esta tierra
y en un puerto tan lejano,
de guardar anclas y velas
os dió consejo tan sabio ?
Hoy al ver estas lagunas
vuestra previsión acato,
y puesto que disponemos
de numerosos esclavos
y que tienen estos bosques
material hermoso y vasto,
nada temáis ni os arredre,
fabricaré nuevos barcos,
servirá cuanto guardasteis
para bien aparejarlos,
y así que Dios lo disponga
y nos deis vuestro mandato
flotarán sobre estas olas
y á su impulso soberano
ganaréis á vuestro antojo
para el rey nuevos vasallos.
— Mucho hicisteis, Martín López,
por Castilla, y á mi lado,
pero lo que haréis, os juro,
que colmará mi entusiasmo ;
ejecutad bien y pronto
lo que me habéis puesto en claro,
y Dios y el Rey darán premio
á tan ejemplar trabajo.
Disponed sin tasa alguna

de recursos y de brazos,
que la gloria de Castilla
encomiendo en vuestras manos.
Y dichas estas palabras,
aquel sitio abandonaron,
siguiendo distintos rumbos
don Martín y don Hernando ;
éste volviendo su rostro
hacia un punto muy lejano,
conjunto de pobres chozas
en el confín solitario,
dijo exhalando un suspiro,
lento, profundo y amargo :
« Allí en Coyoacan quisiera
un religioso descanso
donde ajeno á toda pompa
ir á llorar mis pecados,
que en el peso no son leves
y en el número son largos ».
Y entróse luego á su tienda,
mientras en el cielo diáfano
brillaba en llena la luna
retratándose en el lago.

II

No se inundió por veinte veces
el indio sol en ocaso
sin mirar á Martín López
dar comienzo á su trabajo.

Mandó Cortés que á Tlaxcala
fuese Sandoval Gonzalo
seguido de escopeteros
con algunos de á caballo ;
y con muchos tlaxcaltecas
y con doscientos soldados,

llevando en su compañía
á los mancebos de Chalco,
para que á viejos y á niños
pusieran doquier en salvo,
y se trajeran de prisa,
sobre sus hombros cargando,
cuanto menester hubiera
López para hacer los barcos.

Y estas órdenes cumplidas
tales como se mandaron,
viéronse cruzar en breve
por los montes y los campos
más de ocho mil tlaxcaltecas
seguidos por otros tantos.
con madera y tablazones
que en Soltepec levantaron ;
y que no bien depusieron
su carga ante don Hernando,
con grande peligro al verse
en tierra de mejicanos,
ofreciéronle gustosos
aportar nuevo recaudo
siempre que los ballesteros
les custodiaran el paso.

Con bastimento tan rico
López comenzó su encargo ;
Diego Hernández, Andrés Núñez
y Ramírez ayudaron
con Aguilar hasta el punto
en que las naves se armaron,
y puestas jarcias y velas
y los mástiles clavados
tres veces ponerles fuego
los de Tenoch intentaron.

Abrióse al fin ancha zanja,
y millares de vasallos

los vistosos bergantines
en la honda cuenca dejaron.

Buscó luego entre los suyos
hombres de mar don Hernando,
gentes que fueran nacidas
en Triana, Moguer ó Palos
y mandóles que remasen
por más que fueran hidalgos.
Y diéronse así á las velas
con pompa las nuevas naos,
con banderas, estandartes,
flechas, macanas y arcos,
entre vivas estruendosos
á los reyes castellanos,
que lombardas y arcabuces
con las salvas saludaron.

Las ondas claras y tibias
del virgen hermoso lago
se estremecieron sintiendo
los bergantines hispanos,
y las gotas que en las quillas
como lágrimas temblaron
eran la expresión del duelo
de un imperio conquistado.

Al ver los trece bajeles
sobre las aguas surcando
con las jarcias y el velamen
que Cortés consigo trajo,
cuentan veraces testigos
que el conquistador ufano
le dijo así á Martín López
estrechándolo en sus brazos :
« Os deberé la victoria,
porque vos me habéis salvado
negando toda defensa
á los reyes mejicanos ».

III

De tan memorables hechos
transcurridos unos años,
solo vivió Martín López
en un solar apartado ;
mirábanle con respeto
por ser hombre de trabajo
y porque no trató nunca
á los indios como esclavos.
Algunos de los caciques
que lo encontraban al paso
murmuraban con tristeza
en sus desgracias pensando :
« Sin tan hábil marinero
Cortés no hubiera ganado,
que más que los arcabuces,
las lanzas y los caballos
el triste fin del imperio
López logró con sus barcos ».
El marinero ausentóse,
pero jamás lo olvidaron,
que al sitio donde habitara
sin honores y sin rangos
bautizaron con su nombre
los propios y los extraños.

LA PRINCESA AZTECA

LEYENDA DE LA ALBERCA DE CHAPULTEPEC

Á LA INSPIRADA POETISA Y VIRTUOSA SEÑORA
ÁNGELA G. DE ALCALDE

El bosque centenario
en sus antros encierra
ese silencio eterno que acompaña
á las salvajes pompas de la América.

En el espeso toldo
que al sol el paso niega,
los cenzontles que cantan en las noches,
de rama en rama sin zozobras vuelan.

Y el cardenal errante,
y el colibrí de seda,
al beso de las tibias alboradas,
dando celos al iris, juguetean.

De las copas más altas,
como argentadas hebras,
las canas de los viejos ahuehuetes
dan á los vientos sus robustas crenchas.

Y revistiendo el tronco
de secular corteza,

matizando sus tronos de esmeralda,
se abre á la luz la trepadora hiedra.

Tapiza el suelo un musgo
que ni el verano seca,
donde recoge el aire en las mañanas
un sempiterno olor á flores nuevas.

El bosque centenario
en su extensión inmensa
repercute en las tardes los acentos
más dulces de los cánticos aztecas.

Las voces de una raza
peregrina y guerrera
que va dejando con su sangre hirviente
de su incesante caminar las huellas.

Y vagan esas notas
dulcísimas y tiernas,
enseñando á los pájaros salvajes
tristes y melancólicas cadencias.

Las repite el cenzontle
en la noche serena,
cuando la luna en el azul espacio
el heno de los árboles platea.

Las dice la calandria,
el clarín las remeda,
y en las tardes de mayo los jilgueros
trovan los himnos de su amor con ellas.

Y cuando en tristes horas
de lluvia y de tinieblas
la tempestad su carro de relámpagos
sobre los viejos árboles pasea,

y con ojos de llamas
la lechuza agorera
predice la catástrofe y la muerte
como alada Sibila de la selva,

cuando los vientos rugen,
cuando los troncos tiemblan
y cual cinta de lumbre en negro abismo
el rayo retumbando culebrea,
en el fondo del bosque,
rasgando las tinieblas,
se oye una voz dulcísima y doliente
que canta melancólicas endechas.

Son las notas de una arpa
de misteriosas cuerdas
en que surgen estrofas no aprendidas
cuando calla el placer y hablan las penas.

Las extrañas canciones
entre la sombra vuelan,
mezclándose del viento á los rugidos
y al sordo rebramar de la tormenta.

Vagan en el ramaje,
cruzan por la maleza,
y el paso no les corta la falange
de sabinos cual mudos centinelas.

Se extienden en los lagos
de superficie tersa
donde crecen los juncos cimbradores
y sus corolas abren las ninfeas.

Cruzan por los maizales
cuyas cañas esbeltas
sus hinchadas espigas, á las lluvias,
levantan á los cielos en ofrenda.

¿Quién canta esas canciones?
¿Quén dice esas endechas,
que ya traspuesto el sol y quieto el mundo
repiten los cenzontles en la selva?

¿De qué garganta brotan?
¿Quién delira con ellas.

y en la imponente majestad del bosque
en tristísimas horas las eleva?

Mirad, hay en el fondo,
tras la enramada espesa,
dominando los altos ahuehuetes
una montaña de verdor cubierta.

La mano de un gigante
amontonó sus piedras,
sobre las cuales fabricó un palacio,
para propio solaz, un rey azteca.

Son espesos sus muros,
angostas son sus puertas,
y parece, mirado desde lejos,
vetusta cripta en la extensión desierta.

Pega el nopal al muro
sus espinosas pencas,
y como cenicientos obeliscos
los órganos tristísimos lo cercan.

No tiene escudo noble
tan rara fortaleza,
ni levadizo puente, ni ancho foso,
ni rastrillo, ni glacis, ni poterna.

No guarda férreos cascos,
ni lanzas, *ni* rodelas,
ni resonó jamás en sus salones
la armadura brutal de la Edad Media.

Los señores que ha visto
esgrimen arco y flecha,
llevan al combatir desnudo el seno
y adornada con plumas la cabeza.

Obscuros son sus ojos,
sus cabelleras negras,
su cutis, siempre al sol, color de trigo,
sencillas sus costumbres y su lengua.

En tan triste palacio
con sus damas se hospeda
siempre sola, llorosa y resignada,
como un lirio con alma, una princesa.

Y vive sin que nadie
á visitarla venga,
que por rencor y celos y venganza
víctima del amor allí la encierran.

Amó, cual amar saben
en su raza, en su tierra,
las mujeres que encienden sus pupilas
con la del alma inextinguible hoguera,

Un hermano celoso
de su pasión intensa,
mató al indio bizarro que formaba
el culto terrenal de la doncella.

Y entonces con la rabia
que electriza á las fieras,
cuando el artero cazador destroza
al cachorro que esconden en la cueva,

ella tomó en sus manos
la macana de piedra
y castigó á su hermano con un golpe
que bien pudo arrancarle la existencia.

El padre, como ejemplo,
como justa sentencia
la alejó de su lado y encerróla
del viejo bosque en la mansión severa.

Y allí con la alborada,
cuando la luz despierta,
cuando en todas las ramas hay cantares
y alza un himno de amor toda la selva,

cuando se abren las flores
y en sus corolas tiemblan

los pintados y errantes *chupamirtos*
que de sabrosas mieles se alimentan,

se ve como desciende
por las abruptas peñas,
envuelta en un mantón de blancas plumas,
seguida de sus damas, la princesa.

Siempre al pisar el bosque
toma la misma senda,
para buscar el sitio apetecido
en que el placer y la delicia encuentra.

Allá, bajo las ramas
más verdes, más espesas,
y donde en haces de colores vivos
el sol naciente sus fulgores quiebra,

engastada en el musgo
cual líquida turquesa,
convidando á la vida y al deleite,
espejo del follaje, está la alberca.

El manantial fecundo
al fondo borbotea,
sin que nadie perciba sus rumores
ni la quietud perturbe de la selva.

Dicen que cuando alguno
se posa en sus arenas,
queda encantado y con extraña forma,
y el que á buscarlo va, jamás lo encuentra.

Por eso todos temen,
y aun los hombres recelan,
sumergirse en las ondas cristalinas
de una agua tan azul y tan serena.

Sólo la hermosa joven,
cuando á los bordes llega,
fija en el manantial una mirada
que es la viva expresión de una promesa.

Deja el manto de plumas,
sus cabellos destrenza,
y á las caricias púdicas del agua,
dando tregua al dolor, feliz se entrega.

Y míranse en las ondas
las formas hechiceras,
deslizarse flotantes y tranquilas
como la flor que la corriente lleva.

Si el bello busto asoma,
sobre los senos ruedan
las gotas trasparentes y brillantes
como si fuesen lágrimas ó perlas.

Y cuando el cuerpo airoso
quieto flotando queda,
parece que el cristal azul y terso,
enamorado sus contornos besa.

Semeja blanca ondina,
ruborosa sirena,
que con un beso, el sol americano
quemó su piel y la tornó trigueña.

¿Oís? cantan muy dulce
las aves de la selva,
las brisas no estremecen el ramaje,
ni el heno gris en los sabinos tiembla

El aire está suspenso,
ningún rumor se eleva,
porque en el viejo bosque centenario
juega desnuda la gentil doncella.

Salta un instante al borde
de la azulosa terma,
y los encantos que la dió natura
sin velo encubridor al aire muestra.

Y escúchase de pronto
un grito de sorpresa,

cual lo lanzara el que soñó en un cielo
y al fin, sin esperarlo, lo contempla.

Por el vetusto bosque,
el grito aquel resuena,
y levanta los ojos espantados
la ninfa que en las aguas se refleja.

Y sin tino, temblando,
pálida, como muerta,
descubre entre las ramas de un sabino
de un ser desconocido la cabeza.

Es un amante osado,
es un guerrero azteca
que adora á la doncella y la persigue,
y hoy en su virgen desnudez la acecha.

Sin conceder más tiempo
de que sus formas vea,
herida en su pudor la altiva joven
se sumerge en el agua con violencia.

Y al manantial desciende
y toca sus arenas,
y se pierde á los ojos de sus damas
y el guerrero la busca y no la encuentra.

Cruzaron varios soles
por la azulada esfera,
y nadie supo el postrimer destino
de aquella humana y púdica azucena.

Que allí quedó encantada
refieren las leyendas,
y que al mediar los soles y las lunas
flota sobre la líquida turquesa.

Su nombre ignoran todos,
nadie ignora sus penas,
y quedan de sus gracias como espejo
los movibles cristales de la alberca.

LOS REBELDES

I

Hijo de Juana de Zúñiga
y de Cortés don Hernando.
era don Martín un hombre
por su abolengo, de rango.
Nacido en la Nueva España,
fué de muy joven llevado
á la Península, en donde
llenó distintos encargos.
Al rey Felipe Segundo
sirvió como buen soldado
en la campaña de Flandes
portándose activo y bravo.
En San Quintín encontróse
y acompañó al soberano
cuando éste *fué á Inglaterra*
para tomar nuevo estado.

Heredó el título noble
que á su padre le otorgaron
con las concesiones hechas
de sus servicios en pago.
Y fué su mayor orgullo
llamarse entre los más altos
segundo marqués del Valle
en los reinos conquistados.

Enamoróse en España
y unióse en eternos lazos
á la hechicera doña Ana
de Ramírez de Arellano.

Quiso volver á la tierra
do brilló su padre tanto
y donde alumbró su cuna
un sol que no tuvo ocaso.
Y después que sus negocios
dejó allá bien arreglados,
cruzó los mares y vino
á vivir en su palacio.

Eran cuantiosos sus bienes,
pues dió el rey á don Hernando
por propias veintidós villas
por feudo del marquesado,
percibiendo los tributos
de veintitrés mil vasallos
y los diezmos y primicias
de siembras y de ganados.

Sus personales servicios
dábanle los tributarios,
y él á su antojo nombraba
los jueces y los empleados,
gozando asimismo y siempre
del patronato eclesiástico.

Del monarca Moctezuma
las dos casas le quedaron
á don Martín, y las tuvo
con otros solares vastos.

Cuando arribó nuevamente
al suelo que amaba tanto,
vivió, más que con holgura,
con un lujo inusitado.
Mirábasele en la calle

siempre que salió á caballo,
ir, en señal de grandeza,
por un paje acompañado.
Iba el tal paje cubierto
con la celada y el casco,
lanza con funda en el hierro
enarbolada llevando
Las gentes murmuradoras
al ver tan gran aparato,
que usaba el marqués, dijeron :
« ¡ Guión de rey siendo vasallo ! »

Don Martín era orgulloso
y muy esquivo en su trato;
eran pocos sus amigos
y todos ellos muy altos.
Contaba entre todos éstos
al virrey Luis de Velasco
y á su hijo Luis, que más tarde
llegó á ejercer igual cargo.

La amistad entre los grandes
es planta de fruto amargo,
que deja á quien la cultiva
tristezas y desengaños.
Don Luis y el marqués del Valle
poco de amigos duraron,
que el Virrey representaba
donde quiera al soberano,
y el marqués siempre se tuvo
por el más noble y más alto
de cuantos hubo en el reino
por su padre conquistado.

Después de ser tan amigos
á odiarse los dos llegaron,
á peripecias extrañas
germen con sus odios dando.
El marqués construyó un sello

para su propio despacho,
con la corona, las armas
y el lema del mayorazgo.
Y por ser grande y hermoso
tuviéronlo á desacato,
y dijo el Virrey que á un noble
no era permitido usarlo,
y en su poder lo retuvo;
el Marqués hizo reclamos,
y hecha la consulta á España,
fué don Martín desairado.
En otra vez, á la entrada
solemne del grave y apto
visitador Valderrama,
á don Martín invitaron
para ir con ellos á verle
los poderosos Velasco.
Rehusó el Marqués el convite,
y con el paje y caballo,
fué, antes que nadie, á ponerse
del visitador al lado.
Cuando don Luis lo hubo visto,
al punto dió este mandato :
que por asistir la Audiencia
con su estandarte á tal acto,
ninguno llevara insignias,
fuese cual fuese su rango.
Y mandó inmediatamente
á Turcios, su secretario,
dijera al marqués del Valle
que el paje estaba sobrando.
Don Martín, ardiendo en ira,
no consintió en retirarlo;
quiso el Virrey mandar gente
que su orden llevase á cabo,
medió entonces Valderrama
y por no ofender á entrambos,

púsose á distancia el paje
y así terminó el escándalo.

Don Martín y Valderrama
á poco que se trataron,
hiciéronse amigos íntimos,
lo cual disgustó á Velasco.

Era el Virrey bondadoso
y de los indios amparo,
y miró como injusticia
que el prócer recién llegado
les duplicara el tributo
sus penurias aumentando.

Los crueles encomenderos
á don Martín adularon,
formáronle gran partido,
él los protegió magnánimo,
y cuando llegó á saberse
que, según lo ya anunciado,
al cesar las encomiendas
iban á perder sus cargos,
juntáronse y decidieron,
por el Marqués apoyados,
como una gracia debida
alcanzar del soberano,
no sólo tener sus puestos,
sino también perpetuarlos,
haciendo el repartimiento
perpetuo entre los vasallos.

Con permiso de la Audiencia
una junta celebraron,
y en el cuatro de febrero
del año sesenta y cuatro
del siglo décimo sexto,
don Francisco de Velasco
y don Gonzalo Cerezo,
don Rodrigo Maldonado

y Gonzalo de las Casas,
en nombre de los aliados,
presentáronse al Cabildo,
su plan le comunicaron,
lo aceptó el Ayuntamiento
y nombró con poder amplio
para asistir á su nombre
á un regidor afamado,
á Alonso de Ávila, un joven
rico, elegante, simpático,
y que entonces no contaba
de vida veinticinco años.

Con él, que á todos rendía
por su cultura y su trato,
y con otro, igual en prendas
aunque serio y recatado,
entonces encomendero;
Con Gil González su hermano,
hizo el Marqués amistades,
asombro á todos causando
que se cambiasen visitas
y el Marqués en su Palacio
les diera asiento en su mesa
tratándoles mano á mano.

El Virrey muy ofendido,
quejóse á la Corte en tanto
del proceder del magnate;
al rey Felipe informando
de que en las cuentas del libro
de tasas, estaba claro
que los sesenta mil indios
en pueblos del Marquesado,
muy cerca de cien mil duros
de renta daban al año,
excediendo por lo mismo
las rentas y el vecindario

á las concesiones hechas
en un tiempo á don Hernando.
El Virrey falleció á poco
sin saber el resultado;
heredó don Luis el odio
y el resentimiento amargo
que al Marqués tuvo su padre,
y entonces ejerció el mando
de la colonia, la Audiencia,
compuesta de tres togados:
de Villalobos, Orozco
y Ceinos como decano.

Y así al transcurrir el tiempo
formáronse varios bandos,
que nunca los militares
de togas hicieron caso,
y hubo noche que en la calle
y con las capas al brazo
riñeran á cuchilladas
los jóvenes de más rango:
los hermanos Bocanegra
y Córdoba don Hernando,
con Alonso de Cervantes.
Valdivieso y otros varios:
se acometieron tan fuerte
que, herido por un costado,
cayó Cervantes al suelo,
sin que de tan gran escándalo
para darle un buen castigo
la Audiencia se hiciera cargo.

Defendió á los Bocanegra
don Martín con entusiasmo,
sus estrechas relaciones
con Valdivieso quebrando,
pues era Guiomar, su hermana,
por cierto en beldad un astro,

la compañera y esposa
de don Luis Cortés, su hermano.
Cuando por aquellos tiempos,
iba, ya á pie, ya á caballo,
don Martín por estas calles,
cuantos le hallaban al paso
iban con gusto á dejarle
hasta entrar en su palacio.
¡ Ay de aquel que se negara
á tal costumbre! ¡En el acto
le reclamaban la injuria
tenida por desacato!

Halló al Marqués una tarde
el señor don Juan de Sámano,
alguacil mayor, persona
de talento y fino trato.
Quitóse la gorra al punto
y siguió luego de largo,
imitándose su ejemplo
por distintos cortesanos,
á los cuales los amigos
del Marqués amenazaron
con darles públicamente
de cuchilladas y palos.

Á la sazón los disgustos
vinieron á ser más agrios,
pues en la flota de España
que á Veracruz llegó, al mando
de don Pedro de las Roelas,
se dijo que había llegado
cédula del rey Felipe,
previniendo el soberano,
que « de la segunda vida
la encomienda no halle paso »,
privándose así á los nietos
de conquistadores bravos,

disfrutar todos los gajes
que sus abuelos lograron.

Tanto ofendió la noticia,
fué tan grande el desagrado
que á tantos encomenderos
con anunciarlo causaron,
que en las plazas y las calles
hablábase sin reparo
de que era el rey muy injusto,
que los derechos más santos
atacaba sin prudencia;
que todo estaba agotado,
y que tras tantas fatigas,
se encontraban en el caso
de recurrir á la fuerza
para poner la honra en salvo.
Eran muchos los dispuestos
á comprometer su brazo,
sus haciendas y sus vidas,
pero ninguno tan apto
para encabezar á todos,
pues todo podía arriesgarlo
por tal de salvarlo todo,
como el poderoso y alto
y noble marqués del Valle,
hijo de aquel don Hernando,
cuya espada dió un imperio
poderoso al rey don Carlos.
Y tan graves argumentos
y raciocinios tan claros,
antes de que cierto fuera,
el pueblo, que siempre es sabio,
designó al bravo magnate
jefe de los conjurados.

II

Hay regocijos y fiestas
dentro de la regia casa
que ocupa el marqués del Valle
á quien nadie en noble gana.

Llenan el extenso patio
en torno de Alonso de Avila
veinticuatro caballeros
con numerosa comparsa.

Vienen todos disfrazados
como señores de Anáhuac,
y el papel de Moctezuma
hace Alonso en aquel drama.

Representan la primera,
triunfal y solemne entrada
á la ciudad de los lagos
de las tropas castellanas.

Á Hernán Cortés, reproduce
frente al azteca monarca,
don Martín siempre orgulloso
de su nombre y su prosapia.

Moctezuma, reverente
le ciñe en la frente pálida
y en las sienes de su esposa
una luciente guirnalda.

Y al son de los instrumentos,
y al redoblar de las cajas,
unos murmuran y gritan,
otros aplauden y cantan.

Mirando la ceremonia
no faltó quien exclamara
viendo en la diadema plumas :
« ¡ Salud, marquesa emplumada ! »

Los tlatoanes disfrazados
entre las manos llevaban
ramos de flores con coplas
para darlos á las damas.

Las coplas eran galantes
algunas, otras con gracia,
y muchas sólo entendibles
para los que ya esperaban
el instante apetecido
de poder alzarse en armas.

Al Marqués dieron un *súchil*
conteniendo estas palabras :
« No temas á la caída,
que la subida es más alta ».

Don Martín invitó á todos
cuando terminó esa farsa
á concurrir al sarao
que él preparó á Valderrama.

Sirvióse todo en la mesa
conforme á la antigua usanza
de los reyes mejicanos,
desdeñando lo de España.

Eran de barro cocido
platos, picheles y jarras
fabricados en Cholula
por alfareros de fama.

Y al vapor de los licores
la gente se volvió franca
y hablóse de la revuelta
con agudezas y chanzas.

Levantados los manteles
salióse la mojiganga
alegrando á los vecinos
por las calles y las plazas.

Y era de ver con qué arrojo
unos y otros se tiraban
bolas de barro rellenas
de ceniza leve y blanca.

Unos resistían los tiros
parándolos con la adarga,
otros excitaban risas
con sus trajes y sus caras.

Alguien hubo que mirase
en aquello, prueba franca
de que los encomenderos
en torno al Marqués se alzaban.

Y así á don Martín lo dijo
con sigilo Valderrama
quien al peligroso aviso
no quiso dar importancia.

El Marqués fingió alarmarse.
puso á sus criados en armas
y se apercibió en defensa
del que al rey representaba.

Mas no pasaron dos días
sin que con Alonso de Ávila
todos los conspiradores
decididos se juntaran.

El plan allí concertado
grandes hechos entrañaba :
dar la muerte á los oidores
y también á Valderrama,
sorprendiéndolos un viernes
al instante en que acordaban.

Después de haberlos matado,
lo cual un hombre en la plaza
á todos lo avisaría
moviendo una roja capa,
de catedral en la torre

daríanse dos campanadas
á fin de que las partidas
que por la ciudad vagaran,
se reunieran prontamente
para dar muerte en su casa
á Francisco y Luis Velasco,
y asesinar sin tardanza
á oficiales y personas
adictas al rey de España.

Que ya muertos los oidores
los sacaran á la plaza
para que el pueblo los viera,
y allí mismo se quemaran
los papeles del archivo,
para no dejar en nada
nombre del rey de Castilla
ni lo que su nombre manda.

Concertaron así mismo
que estas cosas realizadas,
don Luis Cortés se pondría
con un escuadrón en marcha
con el fin de apoderarse
en Veracruz de la plaza,
adquirir San Juan de Ulúa
y la flota preparada
á llevar á la Península
nuevas tan graves y amargas.
Que en tanto el marqués del Valle,
con su gente bien montada,
sin darse ningún reposo
Zacatecas ocupara.
La sujeción de la Puebla
á Reinoso se encargaba.
y otros sitios y provin a
á gentes leales y bravas.

Después el marqués del Val'e

sería aclamado monarca
conduciéndolo al Palacio
entre numerosos guardias,
y que á los procuradores
de las villas y comarcas
se convocaran á Cortes
y que al nuevo rey juraran.

Iría á Roma Alonso Chico
para en la Cátedra Santa
demandar la investidura
del reino de Nueva España,
llegándose en el camino
cerca del trono de Francia
para dar al rey anuncio
en especial embajada.
Que al mismo tiempo un navío
á San Lúcar se mandara,
y fuera en él Espinosa,
para con misterio y maña
internarse hasta Sevilla,
y de tal ciudad sacara
del Marqués al primogénito
trayéndolo sin tardanza.

Haría el nuevo rey reparto
de las tierras y las aguas,
nombraría condes, marqueses,
y en su trono y en su casa
pondría una nobleza indígena
íntimamente ligada
á la nueva monarquía
de la tierra mejicana.

¡Oh dulces sueños de gloria!
¡Oh hechiceras esperanzas!
¡Surgís como arteros duendes
en las horas más calladas

para adular el orgullo
y para enfermar el alma!

Una corona y un trono;
una voluntad sin tasa;
ser un árbitro en la tierra
por su padre conquistada,
tierra que Dios hizo suya
por la fortuna y las armas,
y él, vasallo reverente,
la regaló á su monarca;
labrar el bien de los pueblos
sin ninguna ayuda extraña,
y así poderoso y libre
alcanzar renombre y fama,
iguales á las que un dia
dió á don Hernando su audacia;
éstos eran los ensueños,
las hermosas esperanzas
del noble marqués del Valle,
á quien nadie se igualaba
en linaje y en orgullo
en toda la Nueva España.

¡Quién descubre los misterios
de las conciencias humanas!
Acaso en las ilusiones
que el Marqués guardó en el alma
surgió por la vez primera
la Libertad de una raza.

Aquí se meció su cuna,
aquí se pasó su infancia,
aquí su padre halló nombre,
riquezas, poder y fama.

Y del templo en cada piedra,
del lago en las ondas mansas,
y del árbol de Popotla,

en las oscilantes ramas,
soñando en antiguas glorias
tendió doquier la mirada
y brotó de entre sus labios
este augusto nombre : ¡ patria !

Todo lo encubre el misterio,
todo muere y todo pasa,
y la indiscreción y el miedo
todo lo extinguen y matan.

Aunque el Marqués nunca dijo
á nadie sus esperanzas,
ni en las más secretas juntas
se llegó á mezclar en nada,
pues su influjo y su persona
representó Alonso de Ávila,
se descubrió aquel secreto,
porque el mundo nada calla ;
mas lo juzgaron los grandes
niñerías y bravatas
de gente moza y alegre,
incapaz de toda práctica.

Y para más engañarlos
salió el Marqués de mañana
de un nuevo levantamiento
á dar parte á Valderrama.

Avisóle que en Texcoco
no bien se verificaran
con ostentoso aparato
en casa de Hortuño Ibarra
las fiestas de tornaboda
que se esperaban con ansia,
de Cervantes y una hija
de don Diego de Guevara,
á pretexto de entregarse
á jugar justas y cañas,

se alzarían con la tierra
los que Alonso convidara.

Así apartó la justicia
del secreto sus miradas ;
y su misión concluida,
el visitador fué á España
sin oír, para quedarse
de don Martín, las instancias.

Y entre inciertos comentarios,
alusiones, frases vagas,
indirectas y rumores
en las esferas más bajas ;
todos mostrábanse ajenos
á lo que nadie ignoraba,
hasta que tuvo la Audiencia
una denuncia muy franca,
que firmaron tres criollos,
que al marqués del Valle odiaban.

Los hermanos Villanueva
y Luis de Velasco, el ascua
que siempre encendió rencores
que de su padre heredara.

La Audiencia se tomó tiempo
para meditar con calma,
que era en el mando muy débil
y cobarde ante amenazas.

El Marqués, irresoluto,
juzgó la prudencia sabia,
y quedó solo en la lucha
Alonso González de Avila.

La denuncia de los criollos
á los tímidos espanta,
y no faltaron traidores
entre muchos de la trama.

Pedro Aguilar fué el primero
que en una Semana Santa,
contó á dos padres franciscos
del Marqués las esperanzas.

Éste, al claustro de Santiago
entró en la misma semana,
acechando con sigilo
cuanto en Méjico pasaba.

Allí lo vió Villanueva,
y con medidas palabras
se engañaron mutuamente
y no convinieron nada.

Todo al parecer tenía
esa quietud que no encanta
á los expertos marinos
que presienten la borrasca.

Hablábanse con ambajes
los de posición más alta,
y el pueblo, el humilde pueblo,
sin levantar la mirada,
como rebaño apacible,
las órdenes acataba,
acostumbrado á ver siempre
sangriento el suelo de Anáhuac.

¿Quién predice lo futuro?
¿quién penetra en el mañana?
la ciudad, triste, muy triste,
duerme al son de una campana,
cuyos lúgubres tañidos
parecen quejas del alma.

Es la que anuncia el tormento
que los miembros despedaza
de todo el que desconoce
la majestad del monarca.

Es la que en obscuras torres,
le dice a la tierra indiana :
« Tan sólo existen dos seres
que como dueños te mandan,
Dios, que mora en las alturas
y el rey Felipe, en España ! »

Y nadie los labios mueve,
y nadie enseña las armas,
y sólo el misterio anuncia
una tempestad cercana

¡ Ay de los que son traidores !
¡ Ay de los que al trono infaman !
¡ Ay de aquellos que provoquen
la cólera del monarca !

LOS REBELDES

(SEGUNDA PARTE)

Del Marqués en el Palacio
suntuosos son los festejos
solemnizando el bautizo
de sus dos hijos gemelos.
Ostentación de grandeza
ante grandes y pequeños,
fué construír un pasadizo
desde su casa hasta el templo.
Y para mayores pompas
de ambos lados se pusieron
los tablados con banderas
y vistosos aderezos.
Sirvieron como padrinos,
por ser al Marqués adeptos,
Luis de Castilla y su esposa,
de lo más noble del reino.
A los vástagos dichosos
entre paños condujeron,
Pedro Luna y Carlos Zúñiga,
seguidos de gran cortejo.
El deán Chico de Molina,
las aguas derramó en ellos
al retronar de las salvas
y entre los vivas del pueblo.
Sobre un tablado espacioso
luciéronse en gran torneo
armados de punta en blanco
unos doce caballeros.

Con valor y gallardía
todos á pie combatieron,
por su destreza y bravura
mil aplausos mereciendo.
á los criollos y á los indios
se dió un banquete opulento,
consagrando á los segundos
los más extraños recreos,
pues se improvisó en la plaza,
á usanza de antiguos tiempos,
un bosque en que se hospedasen
cazadores y flecheros,
quienes con destreza suma
como presa propia hicieron
así arrogantes venados,
como liebres y conejos.
Hubo, causando alboroto,
de sortija y cañas juego,
y en la noche, *encamisada* [1]
y *alcanciazos* [2] plebeyos,
y todo fué regocijo,
expansiones y contento.
Hubo instantes en que el vino
rompió diques y secretos,
y oyóse de muchos labios
graves y duros conceptos.
Todos sin temor á nadie
mostraban sus pensamientos
á don Martín proclamando,
entre grandes, el primero,
digno de ceñir corona,
capaz de fundar gobierno
y ser el solo monarca

1 Llamábase *encamisada* una mojiganga en que iban las gentes á caballo con hachas encendidas en las manos.

2 *Alcanciazos* son hoy los cascarones que rompen en las cabezas las gentes bulliciosas en los juegos de Carnestolendas.

de Nueva España en el reino.
Y como en aquellos días
recibió Ferrer don Diego
una carta en que anunciaban
que no consintió el Consejo
de las Indias, que se hicieran
repartimientos perpetuos,
encendiéronse las iras
de antiguos encomenderos,
y éstos y sus partidarios,
con el vino hallando aliento,
cuanto no debe decirse
en esa noche dijeron.
La Audiencia en tanto callaba,
y por tolerancia y miedo
los indecisos oidores
miraron todo en silencio;
al fin, terribles noticias
tener de España fingieron
de don Martín despertando
la curiosidad y el celo,
y con ascuas tan ardientes
sintiendo atizar su pecho,
se fué el Marqués á Palacio
á sorprender el secreto.
Juntos halló á los oidores;
entró á donde estaban éstos,
y valido de su rango,
para oírlos tomó asiento.
« Mandad lo que deba hacerse »,
dijo un oidor con respeto,
al presidente que estaba
mirando al Marqués con ceño.
Y al oír estas palabras,
con gravedad dijo Ceinos:
« Señor y marqués del Valle,
en nombre del rey, sed preso ».

Don Martín repuso el punto:
« ¿ Por qué tal sentencia tengo ? »
— Por traidor al soberano,
respondió el oidor sereno.
— Mentís, que traidor no he sido
ni en mi linaje los cuento,
respondió el Marqués rabioso
con ojos como de fuego;
mas meditando que eran
inútiles sus esfuerzos
entregó al punto sus armas
y á todo quedó dispuesto.
De aquellas casas reales,
en apartado aposento,
don Martín Cortés quedóse
á merced de aquel Gobierno.
Y afuera, en las mismas horas
y sin ningún miramiento
á los dos hermanos Ávila,
como criminales reos,
á la inmunda cárcel pública
atados los condujeron.
El deán Chico de Molina,
y con él algunos clérigos
en la del Arzobispado
quedáronse como presos.
Y al rayar el día siguiente
se dió un alarmante acuerdo
arrestando baja pena
de la vida á los adeptos
de don Martín, en sus casas,
sin atender á sus fueros.
Así quedaron Estrada,
Lope de Sosa, Pacheco,
Lorenzo y Luis de Castilla,
Ponce, Guzmán, Valdivieso,
Gutiérrez, Altamirano,

Córdoba, López, Canseco
y muchos otros, tenidos
por personas de abolengo.
La Audiencia recurrió entonces
á nombrar, llena de miedo,
á Francisco de Velasco
capitán general; luego
se convocó sin tardanza
á muchos encomenderos
para que á los mandarines
lealtad jurasen de nuevo.
Los vengativos oidores,
cobardes, viles y abyectos,
apresuráronse unidos
á dar un terrible ejemplo
que bastase por sí solo
para amedrentar al pueblo.
Y á Alonso Avila y su hermano,
con rencor infame y negro,
los juzgaron sin dejarles
para defenderse tiempo.
Confiscáronles sus bienes;
sus papeles más secretos
registraron, sin hallarles
ni pruebas ni documentos
que mostrasen á las claras
cuanto en los dos supusieron.
Y condenados á muerte,
ni convictos ni confesos,
no bastaron á salvarlos
prerrogativas ni empeños.
La noche del tres agosto,
del ayo de mil quinientos
sesenta y seis, á las siete,
fueron sacados los reos,
montados en sendas mulas,
entre lágrimas y duelo.

Alonso, sin abatirse,
iba vestido de negro,
con humilde turca parda,
con gorra de terciopelo
orlada de negra pluma
y cadena de oro al cuello.
Gil González, llevó un traje
pardo, sencillo y modesto,
el mismo que estaba usando
la vez en que le prendieron.
En la sola y espaciosa
plaza principal de Méjico,
junto á las casas que siempre
ocupó el Ayuntamiento,
se alzó el fúnebre tablado
de negro paño cubierto
y que sólo algunas hachas
bañaban con fulgor trémulo.
En torno de aquel sombrío
cadalso, mudo y siniestro,
la multitud silenciosa
miró llegar á los reos.
Éstos, con sus confesores,
las toscas gradas subieron,
y ya junto á los verdugos,
al triste lance dispuestos,
cuando devotos rezaban
con sonora voz el Credo,
rodaron ambas cabezas
aterrorizando al pueblo.
¡Cuántos en aquel instante
en voz baja prometieron
vengar la sangre inocente
de los jóvenes aquellos!
Asustados los oidores,
algún desorden temiendo,
por barrios y callejuelas

fuertes rondas repartieron.
De los dos ajusticiados
condujéronse los cuerpos
á San Agustín, á darles
sepultura en el convento;
mas sus segadas cabezas
como enseñanza y ejemplo
en la casa de Cabildos
prendidas amanecieron.
Heridos los concejales
y avergonzados por esto
reclamaron á la Audiencia,
en su reclamo advirtiendo
que no había sido traidora
la ciudad, y no era honesto
infamar el sitio en donde
la representaban ellos.
Accedióse á la demanda
y las dos cabezas fueron
á decorar la picota
prendidas en clavos gruesos.
Allí las miraron muchos
hasta que pasado el tiempo
quitáronlas para unirlas
en la tumba con sus cuerpos.
Con tan sangrientas lecciones
cundió en los honrados pechos
más que la sed de venganza
el terror y el desconcierto.
Mediando el mes de septiembre
hubo un famoso suceso,
pues don Gastón de Peralta
llegó con ventura al puerto.
En Veracruz informaron
las gentes al Virrey nuevo
de que el gran marqués del Valle
estaba en Méjico preso;

y diéronle permenores
del cruel degollamiento
que dejó en los corazones
tanta angustia y tanto duelo.
El de Falcés, receloso,
resistió á venirse luego;
más pasada una semana
la marcha emprendió resuelto
con doce de sus sirvientes.
veinticuatro alabarderos
y un criado de confianza
poseedor de sus secretos.
Llegado aquí, dió señales
de prudente y circunspecto,
y sin atender hablillas,
ni rencores, ni despechos,
vió las sentencias dictadas
contra muchos de los presos,
y con tino y sin demora
dictó rápidos acuerdos.
Á don Luis Cortés, que estaba
ya sentenciado al degüello
y á perder todos sus bienes,
en revista le impusieron
servir en Orán diez años,
además del perdimiento
de las ricas propiedades
que por su padre le dieron.
Obligó al marqués del Valle,
su lealtad reconociendo,
á prestar pleito homenaje
como hidalgo caballero,
« de partirse de su casa
é ir á Veracruz derecho,
y sin derrota ni aparte
llegar de España á algún puerto,
y al cumplir cincuenta días

presentarse ante el Consejo
de las Indias, dando aviso
de haber cumplido con esto ».
Marchó el Marqués prontamente
y encargó al Virrey su feudo,
sin llevar más salvaguardia
que su propio juramento !

Solos dejó á los infantes
que causa inocente fueron
de las desgracias inmensas
de sí mismo y sus adeptos.

El rey Felipe engañado
por enemigos arteros,
que á don Gastón de Peralta
tuvieron envidia ó celo,
se alarmó con las noticias
que de Méjico le dieron,
y para, de la infidencia,
avocar conocimiento,
mandó tres visitadores
con poder grande y extenso.
Muñoz, Jarava y Carrillo
con tales cargos vinieron ;
en el mar murió Jarava,
y al fin sus dos compañeros
llegaron á ser en todo
árbitros, jueces y dueños.
Muñoz, tigre en forma humana,
déspota, cruel, soberbio,
cuanto Peralta apagara
feroz encendió de nuevo.
Volvió á la prisión á todos
los que declararon reos,
nuevos delitos fraguando,
nuevas cárceles abriendo
y odios, terrores y llantos

sembrando por todo el reino.
Ahorcó á Victoria y á Oñate
una mañana de enero,
y los hermanos Quesada
don Baltasar y don Pedro,
atados de pies y manos
en mulas sacados fueron,
gritando así por las calles
con voz clara un pregonero :
« Esta es justicia que manda
hacer el Rey, Señor nuestro,
á estos hombres por traidores,
que los degüellen por ello ;
¡ quien tal hace que tal pague ! »
y así gritando y diciendo
hasta el cadalso llevaron
á los infelices reos.
Al par que mudo miraba
esa ejecución el pueblo,
á don Martín el bastardo,
mandó Muñoz poner preso,
y al ver que permanecía
en todo instante inconfeso,
ordenó que le aplicaran
el más horrible tormento,
el del agua y los cordeles
que daba pavor al verlo.
Pedro Baca y Juan Navarro
á Martín Cortés tendieron
sobre el potro, y en los brazos
sujetando los molledos,
y en los muslos y las piernas,
y de los pies en extremos,
los cordeles apretaron
con tal encono y tal celo
que el dolor hizo ponerse
á don Martín como un muerto.

« No tengo culpa ninguna,
— les dijo con triste acento —
no diré más aunque muera,
lo juro por Dios del cielo ».
Los verdugos implacables
mandaron aplicar luego
en la boca de la víctima
un tosco embudo de hierro,
y uno tras otro seis jarros
de á cuartillo más ó menos
de agua helada le vertían
sus respuestas inquiriendo.
Don Martín respondió siempre
lo que les dijo al comienzo,
logrando que los verdugos
se dieran por satisfechos.
Pasados algunos meses
condenáronlo á destierro
para que nunca á las Indias
retornara en ningún tiempo ;
dando quinientos ducados
en oro, y el juramento
de no tomar parte en nada
que ofendiese al Rey y al cielo.
Albornoz, Ruiz Castañeda,
Pérez Gómez, Valdivieso,
Gómez de Cáceres, Arias
y Baltasar de Sotelo,
después de iguales martirios
igual pena merecieron.
Con medidas tan atroces,
con proceder tan horrendo,
quedó la ciudad bien pronto
triste como un cementerio ;
pues los hombres ignoraban
en dónde encontrar los medios
para librarse de tantos

martirios y tantos riesgos.
No hay dolor que no concluya
ni mal que no tenga término,
y atravesando los mares
sobre las alas del viento,
llegaron al rey Felipe
las quejas de todo Méjico.
Para atajar tantos males
nombró el monarca al momento
á Villanueva y á Puga
(los dos oidores depuestos
y mandados á Castilla
por Valderrama en un tiempo)
para que viniesen ambos,
y aquí á Muñoz deponiendo,
lo mandaran á dar cuenta
al Rey de sus desafueros.
Cuando á la ciudad llegaron,
Muñoz, de inquietudes lleno,
fué á pasar Semana Santa,
de Santo Domingo al templo.
Allí en un dosel lujoso,
cercado de alabarderos,
escuchaba los oficios
dando espanto con su aspecto.
Una mañana temprano
los visitadores fueron
á buscarle hasta su celda,
mas él estaba durmiendo.
Ninguno osó despertarle,
mas trascurrido algún tiempo,
y cuando ya el sol estaba
muy alto en el claro cielo,
salió el paje de servicio
á decir lleno de miedo,
que á su Excelencia esperaban
con ansia dos caballeros.

Muñoz, orgulloso siempre,
dió por respuesta el silencio,
y ni besarle la mano
consintió á su camarero.
Con indolencia vistióse,
abrió por fin su aposento
y recibió á sus visitas
con mal humor y mal ceño.
Después de algunos desdenes,
Villanueva, ya colérico,
dijo al secretario Agurto,
que allí penetró con ellos :
« Leed la cédula expedida
por el Rey y señor nuestro,
y al señor Muñoz que escucha,
notificádsela luego ».
Y á medida que aquel hombre
fué las palabras oyendo,
mostróse tan abatido
cuanto antes era soberbio.
No murmuró ni una frase,
no se le escapó un acento,
y temblaba de vergüenza,
de humillación y de miedo.
De caer, estuvo al punto,
desmayado sobre el suelo,
cuando escuchó á Villanueva
decirle en tono severo :
« Bajo pena de la vida
os doy tres horas de término
contadas desde esteinstante
para que salgáis de Méjico ».
Y volviéndole la espalda
con insolente desprecio,
dejó á Muñoz en la celda
tan pálido como un muerto.
Y aquel déspota sin nombre

y tirano sin ejemplo,
huyóse á pie, sin custodia,
con grandes remordimientos,
dándole el brazo á Carrillo,
su torpe y vil compañero.
No á todos los conjurados
el destino les fué adverso,
que el noble marqués del Valle
resultó en España absuelto.
De sus numerosos bienes
levantáronle el secuestro,
y de su alto señorío
diéronle también reintegro.
Don Martín, murió en España
y allí quedaron sus deudos ;
y al fin volvió á la Colonia
el cuarto marqués, don Pedro,
con cuya muerte, quedóse
extinguida en este suelo
la rama de los varones
del gran don Hernando nietos.
De don Martín el bastardo
nada nos revela el tiempo,
y don Luis murió muy pobre
y muy olvidado en Méjico.
En el mundo todo pasa,
todo en la vida es un sueño,
y en la muerte son iguales
los nobles y los plebeyos.
Si al soplo de la fortuna
son cual robles los soberbios,
también para el roble hay rayos
que lo derriban al suelo.
Hoy que han corrido los siglos,
la verdad se abre un sendero,
y juzgando sin pasiones
á los reyes y á los siervos

como mártires miramos
á los que entonces murieron ;
y una memoria muy triste,
un doloroso recuerdo
la « calle de los Rebeldes » [1]
despierta en sensibles pechos
al pensar que se ahogó en sangre
la Conjuración de Méjico.

1 Púsose el nombre de los Rebeldes á dicha calle, porque en ella vivieron varios de los conjurados; pero la casa que fué propiedad de Alonso de Ávilla, estuvo en un lugar que por real cédula de 18 de julio de 1580 se concedió á la Universidad para fundar y labrar Escuelas, y segun dice Alamán en sus disertaciones, « estaba en la calle del Reloj, esquina á la de Santa Teresa, donde ahora se halla la botica de Cervantes ». (Hoy es botica de D. Félix Lelo de Larrea),

EL HOSPICIO DE POBRES

Quien llevó en la vida el nombre
de Ortiz Cortés don Fernando,
fué un ejemplar sacerdote
que nunca será olvidado.

En mil setecientos uno
nació varón tan preclaro,
y vino á la Nueva España
para dar gloria á los hábitos.

Era un español de aquellos
que por su carácter franco
y sus costumbres austeras
y su virtud sin resabios,

Hízose amar de los pobres
que cual padre le miraron,
pues en todos los pesares
les abrió el alma y los brazos.

De la catedral de Méjico
fué chantre por muchos años,
sin que á sus propias riquezas
estorbara tal encargo.

Y así compartió sus horas
con la caridad por faro,
ya en la calle en santas obras,
ya en el coro con los cantos.

Ortiz Cortés, una tarde
del segundo mes del año
mil setecientos sesenta,
fecundo en males y estragos,
salió á pie, después del coro,
y fué sin sentirlo, andando
por Plateros, San Francisco,
Corpus Christi y el Calvario.

Ya en aquel sitio (hoy hermoso,
alegre y aristocrático),
entonces escueto, triste
y sucio y abandonado;

contempló las miserables
chozas de carrizo y barro,
y las gentes que escondían
allí miserias y andrajos.

Entróse sin miedo alguno
á tan asquerosos antros
y les dió á muchos consuelo,
y á no pocos les dió cuartos.

Siguió en silencio su marcha,
y ya en lo más apartado,
en una lejana choza,
oyó unos gritos amargos.

Adelantóse confuso
y enternecido, notando
que eran los gritos de un niño
por lo agudos y cortados.

Llegó á los pocos instantes
hasta el *jacal* solitario,
y con sus azules ojos
contempló este horrible cuadro:

Tendida en húmedo suelo,
con cuerpo y rostro muy pálidos,

estaba una mujer muerta
junto á un hornillo apagado.

Sobre la mujer, un niño
de poco menos de un año,
lloraba al chupar un seno
seco, amarillo y helado.

Con lágrimas en los ojos,
se arrodilló don Fernando,
y con celestial ternura
levantó al niño en sus brazos.

Con su pañuelo de hierbas
cubrió el cuerpecito flaco,
y como amoroso padre
lo envolvió en su negro manto.

Ya con tan ligera carga
salióse á violentos pasos
y estas frases de ternura
se escucharon de sus labios:

« ¡ Oh Dios que todo lo puedes,
prolonga un poco mis años
para cumplir el consejo
que en este instante me has dado !

» Si á mí el dinero me sobra,
quiero en tu nombre gastarlo,
en alzar aquí un hospicio
que dé á los niños amparo.

» ¡ Oh Dios, bendice á los pobres,
yo los busco, yo los amo,
y « caridad es amor »
según nos dice san Pablo ».

Y luego, sobre la frente
de aquel ser infortunado,
dió un beso dulce, sin mancha,
paternal, amante y casto.

Y mientras el sol hundía
su rojo disco en ocaso,
era de ver á aquel hombre
con gran avidez buscando
quien se encargara del niño
que puso Dios en sus manos,
y al cual y con voz muy baja
iba diciendo entre tanto :

« No llores, hijo, no llores,
que para ti y tus hermanos,
si Dios me prestare vida,
yo fabricaré un palacio ».

Y después de tal promesa,
sin reparar en obstáculos,
venciendo inmensos escollos
y mil peligros salvando,

la fábrica del Hospicio
comenzó aquel noble anciano,
sin serle gravoso á nadie
ni acudir á ajeno erario.

Después de grandes fatigas
y de constantes trabajos,
cuando Ortiz Cortés llevaba
de obra tan santa seis años,

murió sin mirar el término,
pero prosiguió su encargo
su amigo más cariñoso,
el doctor Ambrosio Llanos.

Breves pasarán los siglos,
veloces huirán los años,
distintas generaciones
irán rápidas pasando,
y en pie estará el monumento
por aquel varón alzado

á la orfandad, á la angustia,
á la amargura y al llanto.

Tras los imponentes muros
de aquel asilo sagrado,
queda por dulce recuerdo
de Ortiz Cortés el retrato :

Ojos dulces y apacibles,
azules como el espacio;
frente blanca y espaciosa
que vierte luz como un astro.

Franca y noble la sonrisa;
brillante el cabello cano,
y en la actitud y el conjunto
la majestad de los sabios !

Allí está como si hablase
aquel varón justo y santo;
y en cada vez que lo miro.
pues me gozo en contemplarlo,

surge á mis ojos la escena
que con rudos versos narro,
y reconstruye mi mente
aquel espantoso cuadro :

« Una mujer muerta de hambre,
y llorando en su regazo
un niño que chupa el seno
seco, amarillo y helado ».

Y diviso al sacerdote
y al huerfanito en sus brazos,
que recoge como arrullos
esto que dice el anciano :

« No llores, hijo, no llores,
que para ti y tus hermanos
si Dios me prestare vida
yo fabricaré un palacio ».

¡Oh varón noble y egregio,
te dió el sepulcro descanso,
mas vives en la memoria
del pueblo que amaste tanto!

Si es el Hospicio de Pobres
tu monumento mas alto,
tu nombre es de los que suenan
como oración en mis labios!

LA FUNDACIÓN DE « LA CUNA »

I

¡ Oh madres, las que sois buenas
y para los hijos, ángeles;
todos vuestros sacrificios
los guarda este nombre : ¡ madres!

Como vosotras ninguna
es de Dios mejor imagen,
que mientras vivis vosotras
Dios no falta en los hogares.

Encomiar vuestras virtudes
cumple á bardos inmortales,
que no hay pincel que las pinte
ni lienzo que las retrate.

¡ Oh madres, todas ternura,
las santas, las intachables,
las que endulzáis con plegarias
la hiel de vuestros pesares !

Apartad de aquestos versos
los ojos que llorar saben,
para que no os entristezcan,
ni os repugnen, ni os amarguen.

La mujer que cifra todo
cuanto tiene y cuanto vale
en ser amparo del hijo
que de sus entrañas nace,
merece las bendiciones
de los buenos, de los grandes,
pues que de austeras virtudes
es venero inagotable.

Esa no mide martirios,
y como estrella radiante
en las noches de la vida,
en el mar de las edades,

surge apacible y hermosa,
sin que haya nada ni nadie
que en amor, en fortaleza
y en abnegación le iguale!

¡Oh madres que tanto admiran
y que son de Dios imagen,
no fijéis los dulces ojos
en mis amargos cantares!

Hablo de mujeres torpes
que á los tigres y chacales
dan espanto y avergüenzan
con sus horribles maldades.

Las que abandonan al hijo
ó le obligan á que baje
los ojos, cuando le dicen :
« ¡Te ha dado el ser una infame! »

Mengua de la estirpe humana,
tras del lujoso ropaje
llevan el remordimiento
como eterno y negro cáncer.

No tendrán horas tranquilas,
sus horas serán pesares,

y morirá sobre un lecho
del hospital ó la cárcel.

No extrañéis que quien las mire
con indignación exclame :
¡Ay, no todas las mujeres
que tienen hijos, son madres!

II

Era... pero callo el nombre
porque mi pluma se mancha,
una interesante moza
de familia noble y alta.

Los ojos grandes y hermosos,
los labios de viva grana,
el cuerpo airoso y flexible
como junco ó como palma.

La tez de rosa y de nieve,
menudos dientes de nácar ;
pies diminutos y bellos.
manos de armiño en lo blancas.

Cabellera negra, espesa,
sedosa y ensortijada,
que suelta semeja un manto
sobre la mórbida espalda.

Sonrisa de cielo abierto,
fácil y dulce palabra,
y oculto entre tanto hechizo
un abismo negro : el alma.

No faltaron entre muchos
jóvenes de nombre y fama,
esclavos de su hermosura
y cautivos de sus gracias,

quienes su mano pidieron,
con la ambición noble y santa

de unirse en estrechos lazos
con beldad tan celebrada.

Mas ella nególe á todos
tan amorosa demanda,
diciendo que aun no sentía
del amor la intensa llama.

Era entonces don Francisco
Antonio de Lorenzana,
arzobispo en la opulenta
capital de Nueva España.

Fueron tantos los favores
que impartió á las clases bajas,
y en su augusto ministerio
fueron sus virtudes tantas,

que como á un ser de otros mundos
las gentes lo contemplaban,
cayendo, al verlo, gustosas
de rodillas á sus plantas.

En cierta ocasión, la moza
que á tanto doncel negara
su corazón y su mano
por no estar enamorada,

amó con locura ciega
y con pasion insensata
á un joven, hijo del pueblo,
que entró á servir á su casa.

Aquella pasión impura
atizó sus rojas ascuas
y fructificó en la sombra
pavorizando á la dama.

— « Antes que escándalos — dijo —
que me deshonran y manchan,
buscare por cualquier medio
salvación segura y rápida ».

Era por mil setecientos
sesenta y seis; aun no estaba
poblado el barrio que hoy día
de « Los Ángeles se llama »,
y mediando el mes de agosto,
fué á tal barrio disfrazada
con un rebocillo humilde
y unas sencillas enaguas,

la joven que á cien donceles
rechazó altiva é ingrata ;
y allí, en apartado sitio,
al borde de impura zanja,
dejó en horrible abandono,
sin darle ni una mirada,
sentenciado á pronta muerte,
el fruto de sus entrañas.

Y entre la sombra, sin nadie
que sus pasos vigilara,
volvió á reposar tranquila
y sin temor á su casa.

Cuando apareció en oriente
el albor de la mañana,
y saludaron su arribo
los pájaros en las ramas,

un lacayo con librea
amarilla y encarnada,
se puso de pie en la puerta
de la alcoba de la dama,

por si acaso le pedía
el espumoso Caracas,
ir á llevárselo al punto
en mancerina de plata.

Entre tanto, el bondadoso
arzobispo Lorenzana,

que muy temprano en su coche
iba á calles apartadas

en busca de pobres gentes
para consolar desgracias,
en « Los Angeles » hallóse
con este cuadro que espanta :

Sobre un montón de basura,
á los bordes de una zanja,
disputan hambrientos canes
una presa ensangrentada.

Oye un grito el arzobispo,
del coche veloz se baja,
y se encuentra con asombro
con una criatura humana.

¡ Un niño recién nacido
llora con voz apagada,
lleno de sangre, de cieno,
de miseria y de desgracia!

Conmovido aquel apóstol
de caridad, lo levanta
y lo envuelve con sus ropas,
sin reparar si las mancha.

Y entrando de nuevo al coche,
ya con tan preciosa carga,
no lo mira, porque nublan
su claros ojos las lágrimas.

La criatura ya agoniza
por tanto que se desangran
las heridas que le abrieran
los canes que lo cercaban.

Detiene el carruaje entonces
el prelado, en una casa,
y para salvar al niño
prontos auxilios demand

Dios lo proteje en la empresa;
y después de obra tan santa,
funda en aquel mismo día
la « Inclusa », que á tantos salva.

Era el obispo hombre activo,
y ni un instante descansa
hasta mirar concluída
la nueva mansión sagrada.

Evita así nuevos crímenes;
sin medir las cifras gasta,
y consiente que su nombre,
que nunca ha tenido mancha,

lo lleven los pobres niños
que las madres sin entrañas
abandonan á la muerte,
al deshonor y á la infamia.

Ha corrido más de un siglo
desde aquella escena extraña,
y hay mil seres que bendicen
al cardenal Lorenzana [1].

Él abrió un puerto seguro
en el mar de la desgracia,
á cuantos niños el crimen
sigue empujando á sus playas.

Tienen por nombre su nombre,
tienen por casa su casa,
por blasones sus virtudes,

[1] El arzobispo don Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón, compró de sus rentas en 1767 el edificio donde se conserva la Casa de Expósitos, le dió su reglamento, sostuvo todos sus gastos y lo vigiló hasta 1.771 en que volvió á España, donde ocupó el alto puesto de Cardenal-Arzobispo de Toledo. Después siguió protegiendo ese Asilo, el inolvidable y benéfico arzobispo don Alonso Núñez de Haro y Peralta.

por lección sus enseñanzas.

Una noche obscura y fría,
yo, con mis penas amargas,
pasé frenté al santo asilo
que « La Cuna » todos llaman,

y escuché á un hijo del pueblo
cantar con estas palabras
que cual hierro derretido
me cayeron en el alma :

« De las madres al cariño
no iguala cosa ninguna ;
y esto me lo dijo un niño
de la « Casa de la Cuna ».

LA ERMITA DE JUAN GARRIDO

LEYENDA DEL HOSPITAL DE SAN HIPÓLITO

AL INSIGNE ARTISTA MANUEL TORRES

I

Manchando el manto de pluma
que de un bravo heredó un día,
murió, tras lenta agonía,
el déspota Moctezuma.
No causa dolor ni abruma
su muerte á proprios y extraños,
supersticiones, engaños,
crueldades, rencor y encono,
lo han hecho odioso en el trono
diez y ocho terribles años.

Mirando un ente divino
en el invasor ibero,
se le ofreció cual certero
instrumento del Destino.
¿Cómo cerrar el camino
á heraldos de nueva luz?
Y la cota, el arcabuz,
la lombarda y la tizona,

convirtieron su corona
en esclava de la cruz.

¡ Pobre rey, torpe y menguado !
Murió de Cortés cautivo,
sin ser por el pueblo altivo
ni sentido ni llorado.
Á su muerte, el pueblo airado
buscó entre la noble grey
quien de la patria y la ley
vengara tantos agravios,
y á un tiempo todos los labios
nombraron á un mismo Rey.

Á Cuitláhuac, un valiente
jefe de bravos guerreros,
que odiaba á los extranjeros
con odio intenso y creciente;
que rogó incesantemente
á Moctezuma, su hermano,
combatiera al castellano
frente á frente y sin temor,
como guardián del honor
del Imperio mejicano.

Era un joven de alma pura,
de carácter sin doblez,
de fina y morena tez
y corpulenta estatura.
Lacia cabellera obscura,
diadema del rostro oval,
daba al conjunto marcial
ese tono hermoso y fiero
propio sólo de un guerrero
ó de un águila caudal.

Cuitláhuac, desde la cuna
trajo la heroica misión
de morir por su nación,

con desgracia ó con fortuna.
No pierde ocasión alguna
de darle cima á su afán;
mira que en Tenoch están
las legiones invasoras,
y quiere que en breves horas
mueran en Tenochtitlán.

Y sin la esperanza cierta
de una segura victoria,
sed de muerte, no de gloria
en sus guerreros despierta.
Todos velarán alerta,
y á una señal convenida,
darán tan fiera embestida
á Cortés y sus vasallos,
que ni gentes, ni caballos
amanecerán con vida.

Que todos á un tiempo mismo,
viendo en el templo una pira,
se enciendan en santa ira
de venganza y patriotismo.
Impulsará al heroísmo
del *teponaxtle* el rumor,
y ¡ay! del que por vil temor
no acuda al fiero combate,
quien lo encuentre, que lo mate
por cobarde y por traidor!

Cortés, á quien nada asombra,
grandes desgracias presiente,
y ordena salga su gente
con sigilo y en la sombra.
Conoce á todos, y nombra
á los de mayor decoro
para que el rico tesoro
salvaran, que poseía;

tesoro que contenía
barras y tejos de oro.
Dispuesta en orden marcial
la siniestra retirada,
la vanguardia va mandada
por Gonzalo Sandoval.
De hombre tan bravo y leal
descientos infantes son;
con un pequeño escuadrón
por Lugo y Ordaz mandado,
y á retaguardia Alvarado
con Velásquez de León.
En el centro y vigilando
equipajes y cañones,
con cien valientes dragones
marcha airoso don Hernando.
En torno suyo, explorando
emboscadas y senderos,
le custodian tres guerreros
evitando artero ardid:
Avila, Morla y Olid,
valientes y caballeros.
Cortés mandó á Magarino
que un gran puente construyera
con el cual salvar pudiera
los canales del camino.
Todo, con prudencia y tino,
para un buen fin preparó;
la media noche llegó;
rezó misa el padre Olmedo,
y de la ciudad muy quedo
el ejército salió.

II

Atruena la inmensidad
el rayo, sierpe de fuego,

que surge, rebrama y luego
difunde la tempestad.
De Tenoch en la ciudad
la lluvia cae á torrentes;
el viento en muros y puentes
levanta un triste rumor
que espanta al Conquistador
y á sus aguerridas gentes.

No hay en los contornos vagos
ni un solo hachón encendido;
ébano en la sombra hundido
es el cristal de los lagos.
Símbolo de los estragos
que al pueblo diezman y azotan,
Cortés y los suyos notan
bultos que informes navegan:
¡ restos humanos que llegan
y cadáveres que flotan!

De pronto, cuando imagina
don Hernando estar salvado
y ve á Sandoval osado
que sobre el puente camina,
oye una voz femenina
que grita con hondo afán:
— « ¡ Tus enemigos se van
viendo que no estás alerta!
¡ Sal á matarlos! ¡ Despierta,
pueblo de Tenochtitlán! »

Cunde el siniestro rumor,
y allá de lejos se mira
ardiendo en alto una pira
que lanza vivo fulgor;
suena en el templo mayor
el *teponaxtle* sagrado,
y Cortés mira asombrado
que de la ciudad entera

surge como hambrienta fiera
el pueblo desenfrenado.

Los indios con fiero empuje,
de sus derechos en nombre,
álzanse cual un solo hombre
que ciego de encono ruge.
Do quier por los aires cruje
el agudo pedernal,
que en el bruñido metal
de la castellana cota
resbala, salta ó se embota
con estallido infernal.

Y está la noche sombría,
la sorpresa ha sido aleve,
y entre las tinieblas llueve
con tenaz monotonía.
La confusa gritería
convoca á horrible matanza,
y no hay arcabuz ni lanza
que al pueblo azteca intimide,
porque está humillado y pide
libertad, muerte y venganza.

En densa pavura brega
con el indio el bravo ibero;
el canal con el sendero
confúndense en la refriega.
La angosta calzada riega
agua y sangre á un tiempo mismo;
en ignorado heroísmo
mueren indios é invasores
en medio de los horrores
del más tenebroso abismo.

Pretende alzar Magarino
el puente, y su intento es vano,
pues lo sepulta el pantano

insondable del camino.
Sandoval y Ortiz, con tino,
el foso cruzan á nado;
de Hernán Cortés cae al lado
Juan Salazar moribundo,
y en el zanjón más profundo
con muertos forman el vado.

Alvarado, en espantoso
combate, con gran pujanza
clava entre muertos su lanza
y de un salto salva el foso.
Mata á Morla un desastroso
golpe de dura macana,
y al rayar de la mañana
daban compasión y espanto
tantos estragos y tanto
despojo de carne humana.

Por los indios perseguido,
ya sin casco ni rodela,
cae de su corcel, que vuela,
el soldado Juan Garrido.
Sin defensa y mal herido,
ve la región infinita
y exclama : « — ¡Virgen bendita!
¡sálvame en tan grande apuro,
y en este lugar te juro
que levantaré una ermita! » [1]

1 Dice Orozco y Berra:

« Frente al lugar donde hoy está la iglesia, existía en 1520 la segunda cortadura ó foso con fortificación que defendía la calzada que comunicaba la ciudad azteca con la tierra firme.

En ese punto sufrieron los castellanos durante la conquista el mayor desbarato en la infausta jornada apellidada por ellos la « Noche Triste ». Cuantos sobrevivieron conservaron fresca la memoria de la sangrienta rota, y á fin de perpetuarla levantaron allí una pequeña ermita conocida por « de Juan Garrido », porque este soldado la construyó casi

Y cumplió como leal,
de gratitud dando ejemplo;
la ermita se trocó en templo,
y el templo tuvo hospital.
De aquel suceso fatal
un doble recuerdo existe,
y si ya nada reviste
de su forma primitiva,
es una página viva
de la inmortal « Noche Triste ».

Un hombre de corazón[1]
fundó una casa bendita,
cabe la modesta ermita
que erigió la devoción.
Aplauso y admiración
siglo tras siglo ha tenido,
pues con su obra ha difundido
más amor y caridad
que la que alzó la piedad
ó el temor de Juan Garrido.

luego que fué reedificada la destruída Tenochtitlán. Poco después la ermita se llamaba « de los Mártires », tal vez con la esperanza de hacer aparecer á los aventureros como defensores de fe. Más tarde, la ermita, en conmemoración del 15 de agosto de 1521, en que fué tomada la ciudad, quedó dedicada á San Hipólito, nombre que todavía conserva.

2 Bernardino Alvarez pidió y obtuvo el terreno eriazo que se extendía junto á la ermita, dándosele permiso el 28 de enero de 1567 para fundar un hospital con el nombre de San Hipólito, y con sus bienes y las limosnas que le dieron fabricó algunas piezas, é inmediatamente comenzó á recoger pobres, enfermos, viejos y locos, á los cuales atendía y regalaba; después avió una crecida recua, ocupada en ir á la Veracruz y traer á la ciudad á los enfermos pobres y á las personas sanas que llegaban de España sin destino ni arrimo, á las cuales decían *polizones*.

(Orozco y Berra, Memoria, para el Plano de la Ciudad de Méjico).

LA CALLE DE LA ESCONDIDA

RELATO HISTÓRICO

Ni en el amor, ni en la gloria,
ni en la dicha, ni en la fama,
creyó nunca el desalmado
Ramiro Béjar de Abarca.
Hijo de padres muy nobles
y de riquezas muy vastas,
educóse cual se educan
los hijos de los monarcas.
Siempre cruzando los mares
para ver tierras extrañas;
siempre en tratos con guerreros
heroicos en cien campañas;
siempre entre sabios de toga
y eminencias de sotana.
oyendo elogiar ya un libro,
ya un bajel, ya una coraza,
creció Ramiro cual crecen
los robles en la montaña,
desdeñando tempestades
y combatiendo borrascas.
Fué la mar su solo espejo,
la lealtad su mejor arma,
el estudio su ejercicio
y el peligro su enseñanza.

¡Cuántas veces le miraron
en noche negra y helada,
por salvar á un marinero,
audaz arrojarse al agua!
¡Cuántas veces combatiendo
con algún barco pirata,
él inició el abordaje
ardiendo en valor y en rabia!
La juventud en sus venas
vertió torrentes de lava,
y el amor abrió en su pecho
hoguera de intensas llamas.
Nunca soñó esas dulzuras
indefinibles y vagas
que son en Pablo y Virginia
limpios celajes del alba;
su amor no le arrancó gritos
como al Dante le arrancara,
ni le inspiró las ternezas
que inmortalizó Petrarca.
Nunca tuvo ese horizonte
tan azul de la esperanza,
en que traidora nos finge
la ilusión, voluble maga,
un hogar dulce y tranquiló,
y en el la mujer soñada,
una ventura sin tregua,
una pasión tierna y santa,
y por el beso fundidas
en una sola, dos almas!
¡Espejismos del desierto
que la realidad apaga!
¡Mentiras de las más bellas!
¡Nubes que fugaces pasan!
¡Arreboles que decoran
nuestras primeras mañanas!
Jamás al bravo Ramiro

le perturbaron la calma,
pues amó como las fieras,
á cielo abierto y sin trabas.

Rindiendo culto á la forma,
la juventud y la gracia,
buscó en su jardín las frutas
para el placer sazonadas,
y con oro, con talento,
con arrojo y con audacia,
fueron tantos sus placeres,
sus conquistas fueron tantas,
que igualando al niño ciego
que tantas desdichas causa,
empapó con sangre todas
las saetas de su aljaba.
Asi gastó el sentimiento,
y la bondad y la calma,
y encenegado en los vicios,
palpó la miseria humana.
Ya sin salud ni fortuna,
pues sin orden nada basta,
en pos de un cambio de suerte
se vino á la Nueva España.

Era virrey en tal tiempo
don Miguel Grua Talamanca,
el marques de Branciforte
que a su Rey tanto adulara.
Como Ramiro le trajo
conocimientos y cartas,
con encargos y consejos
de gentes de gran prosapia,
para que aquí con su influjo
hiciera á Béjar de Abarca
poseedor de gran fortuna
por ser de opulenta casa;
Branciforte sin recelo

en su Corte le dió entrada,
lo distinguió en todas partes,
le dió cargos de importancia
y cual si fuera hijo suyo
presentóse en una casa,
pidiendo para Ramiro
la mano de una gran dama.

Como el Virrey era imagen
y brazo del rey de España,
los padres no le negaron
al Marqués lo que anhelaba,
y en brave plazo arreglóse
la boda, sin que faltara
señalar el dote, á tiempo,
cual era de buena usanza.

No hay plazo que no se cumpla:
violentas las horas pasan
y llega por fin la fecha
para las nupcias marcada.
A la mansión de la novia
llega el Virrey con Abarca;
un numeroso cortejo
de nobles les acompaña,
y les sigue á los altares
donde el Arzobispo aguarda.
Celébrase el matrimonio,
pero á todos les extraña
que la hechicera doncella,
sol de virtud y de gracia,
no ha levantado los ojos
para darle una mirada
á Ramiro, y solamente
vierten abundantes lágrimas.

Triste como una azucena,
que alumbra una luna pálida,
á cuanto le preguntaron

respondió con voz tan baja,
que más que frases, gemidos,
fueron sus tenues palabras.
Más lívida que un cadáver
y muda como una estatua,
recibió las bendiciones
que su enlace consagraban,
y cuando salió del templo
infundió á todos tal lástima
que el mismo Virrey quedóse
muy consternado al mirarla.

Para celebrar las nupcias
los padres de aquella dama,
convidaron á su mesa
lo mejor de Nueva España.
Eran de verse los blancos
manteles, do se ostentaban
las armas de la familia
con grande primor bordadas.
Azafates de Bohemia,
rica vajilla de plata
y vinos de los mejores
que para el Virrey mandaran.
Llega el anhelado instante
de sentarse en dulce plática
á la mesa; asisten todos
y en pie se quedan, pues *falta*
la esposa de don Ramiro
que en verdad mucho se tarda.
Salen con gran sobresalto
sus íntimos á llamarla;
por todas partes la buscan,
pero en ninguna la hallan,
y por patios y escaleras,
y por alcobas y salas,
con gran angustia la gritan,

á grandes voces la llaman,
y es todo en vano, pues nadie
logra verla ni encontrarla.
Profundo desasosiego
contrista á todos y amarga,
y Ramiro dando gritos
llama á su esposa con rabia.
Todo es inútil, parece
que se ha fugado la dama,
y todo es zozobra y penas,
y lentas las horas pasan.
Como es natural, ninguno
queda á comer en la casa
y á poco se ve desierta
y triste y abandonada
le mesa con los manteles
que ostentan armas bordadas,
y azafates de Bohemia
y ricos vasos de plata.
Todo es luto y amargura;
Ramiro blasfema y anda
de un extremo al otro extremo
de la silenciosa sala
como un tigre que da vueltas
desesperado en la jaula.

Pasados algunos días
se supo al fin que la dama
no sintiendo amor ninguno
por el hombre á quien la daban,
se ocultó con gran cautela
en una inmensa tinaja,
á donde sólo en las noches
iba una sirviente anciana
para darle sin ser vista
por alimento: pan y agua.
— No puedo — dijo á sus padres —

dar el cuerpo sin el alma,
y no seré de Ramiro,
pues mi pecho no le ama.
Regaladle mi fortuna,
mi palacio, mis alhajas,
¿ mas yo ser suya? bien puede
matarme sin lograr nada.
— Mira que ofendes al cielo.
— No le ofende quien no engaña.
— Has jurado ser su esposa.
— Porque así me lo mandaban;
pero juré no ser suya
ante Dios, en voz muy baja.
— Ya todo es inútil.
— Menos
mi firmeza de palabra;
que disponga de mis bienes,
de mis joyas, de mi casa,
pero de mí, no he de darle
ni siquiera una mirada.

Y cuentan que cuantas veces
á su esposa buscó Abarca,
despareció de su vista,
lo mismo que una fantasma.
Habiéndosele ocultado
durante muchas semanas,
herido en su inmenso orgullo,
volvió don Ramiro á España,
y la Reina, al recibirlo,
como su pena ignoraba,
le interrogó sin dobleces :
— ¿ Tu consorte dónde se halla?
Contóle Ramiro el caso,
y agregó que se negaba
á seguirlo, porque nunca
llegó á verla cara á cara.

— Pues bien — agregó la Reina —
como la nombré mi dama,
por partida de registro,
haré yo que me la traigan.
Y cumplió como lo dijo;
llevaron ante sus plantas
á la dama misteriosa,
que así le habló al contemplarla :
— Reina y señora : mis penas
Dios las comprende y las calma;
podéis vos quitar la vida
á vuestra obediente esclava,
pero no le exijáis nunca
que obedezca á quien no ama,
porque no ha de darle nunca
ni la materia ni el alma.
Y al decir con honda pena
estas sencillas palabras,
fueron tales sus angustias
y tal corrieron sus lágrimas,
que conmovida y llorosa,
le dijo la Reina : — Basta.
Vivirás en esta Corte,
cual viviste en Nueva España;
allí estabas escondida,
aquí no, porque te ampara
quien compadece tus penas,
¡ tu Reina !
— ¡ Señora, gracias!
Trascurrieron varios meses,
y en Palacio una mañana,
se supo que don Ramiro,
que fué en comisión á Málaga,
presa de violento ataque
entrególe á Dios el alma.
Y antes de cumplirse un año

de esa muerte inesperada,
celebráronse con pompa
las nupcias de aquella dama,
con uno de los donceles
de la nobleza más alta
de los que tuvo la Reina
entre su escolta de guardias.
Afirman los que lo vieron,
y con sencillez lo narran,
que era un astro de ventura
la faz de la desposada;
y que la feliz pareja
vino luego á Nueva España,
donde formó una familia
llena de prendas tan santas,
de virtudes tan austeras
y de caridad tan vasta,
que hasta el presente la estiman
y en todas partes la ensalzan.

Dicen algunos cronistas
que por no mirar á Abarca
la doncella fué á esconderse
en una modesta casa
de antiguos sirvientes suyos
que de corazón la amaban.
Y después de muchos años
las gentes que todo aclaran,
conocieron esta historia,
y acaso por perpetuarla,
á la calle en que aun se mira
la humilde y estrecha estancia
donde la joven estuvo
oculta algunas semanas,
la calle de « La Escondida »
propios y extraños le llaman.

LA CALLE DE LA AMARGURA

I

Al sonar la media noche
sobre las torres más altas,
se acercó Lope Barrientos
al pie de angosta ventana.

Abrióse la puertecilla
y dos manecitas blancas
en toscos ganchos de hierro
suspendieron una escala.

Por ella se subió Lope,
y á solas ya con la dama,
díjole así con ternura,
arrodillado á sus plantas :

— Ningún corazón se quema
entre más candentes ascuas
que las que encendió en el mío
tu arrobadora mirada.

Desde la ocasión primera
en que contemplé tus gracias,
por todas partes te miro
porque te llevo en el alma.

Dios lo sabe y Dios lo quiere ;
asistí á una misa de alba

y creí ver á la Virgen
en el templo, en forma humana.

Eras tú, bien de mi vida ;
eras tú, linda y sin mancha,
que con devoción orando
cerca del altar estabas.

Por los *vidrios de colores*
de la cúpula sagrada,
en áureos haces entraron
los rayos de la mañana.

Y al bajar hasta la frente,
limpia, tersa, hermosa y blanca,
tejieron un casto nimbo
que ningún pincel retrata.

Los sedosos rizos rubios
que por tu toca asomaban,
eran como una diadema
de topacios entre llamas.

Yo, al verte, casi de hinojos,
oí una música extraña ;
miré tras de los altares
en risueño panorama ;
un cielo azul y tranquilo,
abajo flores y galas,
en el fondo una *casita*
y en ella tú y yo....
—Levanta
y cállate, lisonjero.
— Amor, lisonjas no gasta
y sólo dice verdades
como las que escuchas.
—Calla.
—¿Me quieres un poco ?
— ¿ Un poco...?
¡ Como en el mundo no aman !

— Esas son lisonjas, Lope.
— Estas son verdades, Laura.
Se alzó el doncel y en sus brazos
estrechó á la hermosa dama,
y todo quedó en silencio
en la calle y en la estancia.

Porque entre amantes que anhelan
decir cuanto esconde el alma,
son, si están solos y juntos,
inútiles las palabras.

II

Era Lope un joven rico,
de valor y de talento,
que amaba las aventuras
que ponen la vida en riesgo.

Contaban que allá en España,
llegó á escalar un convento
en pos de guapa novicia
que encendió su amor primero.

Era decidor y alegre,
con oportuno gracejo,
en el vestir elegante
y en el gastar opulento ;

sin más arte en este mundo
que el de mantener un puesto
distinguido entre los grandes
y grande entre los pequeños.

El Virrey lo trató siempre
con predilección y afecto ;
pues vino recomendado
á los próceres del Reino.

Era su porte arrogante ;
ojos brillantes y negros,
barba rosada y obscura,
robusto y ágil el cuerpo.

Con atención le miraban
cuantos hallaba á su encuentro,
porque por rara costumbre
llevó siempre sobre el pecho
una hermosa cruz dorada,
pendiente de un collar negro.

Siempre cubrió su cabeza
con boina de terciopelo
ornada con blanca pluma
que airosa flotaba al viento.

Siempre se le vió portando
rica espada de Toledo
y pasar por todas partes
seguido de un escudero.

Quién le juzgaba en el vulgo
alto personaje regio
llamado á ocupar un trono
por su sangre y su derecho.

Quién, hijo de algún monarca,
vástago de amor secreto,
que á la Nueva España vino
con un elevado empleo.

La verdad es que don Lope
por su tino y por su aspecto,
prestábase á las más raras
suposiciones del pueblo.

Era corvo, un Juan Tenorio
trasplantado á nuestro suelo,
para amedrentar maridos
con sospechas y con celos.

Era muy larga la lista
de sus riñas y sus duelos
y muchas las cicatrices
esparcidas en su cuerpo.

Mas sus ruidosos amores,
sus escándalos sin término,
jamás la fe religiosa
apagaron en su pecho.

Era un devoto ferviente
y por un hábito añejo
tuvo el de asistir á misa
al teñir la luz el cielo.

Así se encontró con Laura
una mañana en el templo,
y fué constante en seguirla,
con tan prudente respeto,
que en las engañosas redes
cayó pronto el ángel tierno
salvando toda barrera
y desdeñando consejos
que por ser justos y sanos
pudieran salvarla á tiempo.

III

Mientras, en dulces coloquios,
Laura y su amante pasaron
las horas como minutos
del mundo entero olvidados;

al pie de aquella ventana
lívido, y como de mármol,
mirábase á un caballero
en negra capa embozado.

Ardiendo su pecho en ira,
y en maldici o nes sus labios,

en el puño de su daga
puesta la crispada mano,
y hablando consigo mismo
entre irónico y turbado :
« Aquí he de encontrarle, dijo,
él vendrá, tarde ó temprano.

» Me cuentan que ronda mucho
esta calle á lento paso,
y que antes de dar el alba
se encamina hacia el Sagrario.

» Mucho vela este tunante,
parece nocturno pájaro
que con el sol está ciego
y en las tinieblas ve claro.

» Yo le diré tres verdades
á este amante tan cristiano
que une la ronda y la misa
con un eslabón de escándalos.

» Es joven, y sabe mucho,
mas no me importan sus años,
que en los muchos que yo cuento
aun no me vacila el brazo.

» Que venga pronto á este sitio,
porque yo no espero en vano,
y que su intención me diga
antes de que cante el gallo ».

Á tiempo que esto pensaba,
escuchó un rumor extraño,
como algo que descendía
contra el muro resbalando ;
siente un golpe sobre el hombro,
busca un objeto al acaso
y encuéntrase con la escala
que desde arriba arrojaron.

— ¡ Ira de Dios ! ¡ me deshonran !
nunca llegué á sospecharlo,
baje el que mancha mis canas,
porque tengo que matarlo.

Transcurrieron en seguida
unos minutos muy largos,
la calle estaba en tinieblas,
el cielo, peor, sin astros,
y escuchábase á lo lejos
fúnebre, triste y fantástico
del temido Santo Oficio
el tosco esquilon vibrando.

Al fin descendió don Lope,
y al dar el último paso,
antes de pisar la acera
sintió en el cuello una mano.

— ¡ Miserable! el que así roba
la dicha de un hombre honrado,
debe morir como un perro
porque deshonra al cadalso.

Y con el ímpetu ciego
con que se desprende el rayo
trató de herir con su daga
al mancebo enamorado.

Falló por su mal el golpe,
y listo don Lope en cambio,
creyendo en una venganza
de algún rival desdeñado,
sacó el puñal florentino
y sin temor ni reparo
hirió sin saber en donde
al incógnito adversario,
con tal acierto, que al punto
logró en tierra derribarlo.

Viendo que no daba muestras
de aliento, con ansia trajo

un farolillo, y al rostro
lanzó los brillantes rayos.

No bien lo contempló Lope
atronó el obscuro espacio
con un estridente grito
de consternación y espanto.

Herido estaba de muerte,
de roja sangre en un charco
el viejo padre de Laura
venganza al cielo clamando.

IV

Apaga el sol en ocaso
su luz que expirante dora
las cimas de las montañas
que pronto envuelven las sombras.

Extínguense los rumores
en pos de las tristes notas
con que al rezo la campana
llama á las gentes devotas.

En el obscuro horizonte
limpias las estrellas brotan,
y parece que descansa
la Naturaleza toda...

Entre tanto... en el obscuro
fondo de tranquila alcoba,
á la víctima de Lope
fiebre intensa lo devora.

El cuadro es triste, muy triste,
Laura angustiada solloza
oyendo que en su delirio
así su padre la invoca:

« Desde que veniste al mundo
eres tú mi dicha sola ;
te adoro con toda el alma,
porque del alma eres joya.
¿ Es verdad que me has vendido ?
¿ Es verdad que me deshonras ?
Por ti me han dado la muerte,
mas tu padre te perdona ».

. . . . . .

. . . . . .

Baje pronto el que me infama
y á mis pies su sangre corra...
¡ Maldita la... ¡ no ! ¡ qué digo !
La pasión la ha vuelto loca.

. . . . . .

Hija, tu padre se muere ;
por ti la vida le cortan,
manchada estás con su sangre,
y esa mancha no se borra !

. . . . . .

. . . . . .

Dame la mano, hija mía,
yo voy á donde se goza,
al cielo... que á ti te niegan
por torpe y por pecadora.

. . . . . .

¡ Un sacerdote ! ¡ me ahogo !
de nuevo la sangre brota,
de la herida que me abriera
quien vino á robar mi honra.

. . . . . .

. . . . . .

Y era verdad, se moría
don Guillén, y en esa hora,
Laura, que oyó sus delirios
gritaba como una loca

¡ Padre, perdón ! no me dejes ;
este crimen me abochorna,
llévame al cielo contigo
porque la vida me estorba.

Murió el anciano y fué tanta
la amargura intensa y honda
de Laura al ver su cadáver
rígido y solo, en la alcoba,
que inclinando la cabeza,
cual flor en su tallo rota,
se reconcentró en sí misma,
recordó su vida toda,
y arrodillada y convulsa
al pie de una Dolorosa,
murió de remordimiento,
de amargura y de deshonra.

V

Lope, á quien por tal suceso
ninguno entonces denuncia,
al saber que murió Laura
enloquecióse de angustia,
y llegó hasta el mismo sitio
de la trágica aventura,
ya sin ilusión de amores
y sin esperanza alguna,
do cuentan que despechado
maldijo la suerte injusta,
y presa de un accidente,
que los sentidos le turba,
cayó do estaba la sangre
del viejo Guillén, aun húmeda.

Allí lo alló un religioso
que auxiliarlo no rehusa,

al cual no puede decirle
Lope sus horribles culpas,
porque cuando hablar intenta
su torpe lengua se anuda.
. . . . . .
. . . . . .

Mirando tantos desastres
que en aquel lugar se juntan,
en el padre asesinado,
en Laura, por él difunta ;
y en el criminal amante
á quien á morir ayuda,
el buen fraile estas palabras
lleno de dolor pronuncia :
« Para mí ha sido esta calle
la calle de la amargura »,
y dejáronle ese nombre
que da margen á esta ruda
leyenda, sobre una historia
fúnebre, extraña y confusa.

LA CALLE DE LA BUENA MUERTE

I

Amor, tirano del mundo,
por cuanto abarca la vista
ninguno á contar alcanza
el número de tus víctimas.

Lo mismo el que calza espuela
y ostenta yelmo y loriga
que el pastor á quien le cubre
la espalda tosca pelliza;

lo mismo el que sale en busca
de peligrosas conquistas
que el desengañado amante
que del mundo se retira;

todos enseñan ó esconden
las incurables heridas
que abrieron, más que tus dardos,
tu astucia ó tu alevosía.

Todo en tus redes lo dejan.
los incautos que alucinas,
pero ¿quien no ha sido incauto
cuando tus filtros lo hechizan?

¿Quién no ha pecado de torpe
cuando su bien sacrifica
por disfrutar una sola
de tus engañosas dichas?

El más sabio y más prudente
al pie de una reja olvida
cuanto ayer le aconsejaron
prudencia y sabiduría.

Y en las apartadas celdas
do crecen las flores místicas
para inquietar á las almas
son los recuerdos, avispas.

En el venerable anciano
que el cuerpo trémulo inclina
cual si fuera de su frente
á sacudir las cenizas,

las memorias de otros tiempos
lo confortan y lo animan
y son las blancas estrellas
que en su crepúsculo brillan.

Y en el inexperto mozo
que nada teme ni esquiva
el amor es su ejercicio,
su tesoro y su divisa.

Y entre tanto, ¡oh niño ciego!
alimentas la perfidia
y ríes de los perjuros,
pues tu cetro es la mentira.

Y las doncellas burladas,
las damas mal comprendidas,
que mueren sin que las lloren
los que más las martirizan,

dan pábulo á la leyenda
y á la tragedia sombría,

y en dulces ó amargos versos,
en tristes ó alegres rimas,

sobre el mar de las edades
bogan en nave tranquila,
pues de frágiles mujeres
las hizo amor heroínas;

y se lloran sus desgracias,
se lamentan sus desdichas,
sin mirar que en este valle
de lágrimas é injusticia

aun quedan viviendo muchas,
no Beatrices ni Eloísas,
pero que son del dios ciego
tristes é indefensas víctimas.

No merecen un poema
sus penas en nuestros días
que fué de bardos de antaño
tañer tan alto la lira.

Mas si en cuentos para el pueblo
caben cosas tan sabidas,
basta de prólogo inútil
que por pesado fatiga.

Y al grano; lo que refiero
será verdad ó mentira,
y tal como me lo han dicho
permitidme que os lo diga.

II

Era Dulcenombre Llanes
una muchacha hechicera
á quien por grata costumbre
llamáronle « Dulce » á secas.

Labios húmedos y rojos

brillantes como cerezas,
el cutis apiñonado,
árabes pupilas negras,

las mejillas sonrosadas,
la faz hermosa y risueña,
y con muy pocos abriles,
y muy exquisitas prendas.

Era cual hija un modelo
por lo amorosa y lo tierna,
un ángel por sus bondades
y por su gracia una reina.

Hija de padres muy pobres
nunca usó costosas piedras
ni dió música á sus pasos
con el *frú frú* de la seda.

Su padre, soldado viejo
que sirvió á la independencia,
adoraba á Dulcenombre
con una pasión inmensa.

Y era de ver por las tardes
al viejo charlar con ella
contándole mil hazañas
que los sabios menosprecian.

Era digno de una copia
el cuadro vivo, la escena,
que por más que lo procuro
mi pluma á pintar no acierta.

Una alcoba muy obscura,
muy humilde y muy estrecha,
con muros y pavimento
limpios como una patena.

En tosca silla de pino,
al extremo de una mesa,

la madre de Dulcenombre,
flor que los años no secan,

cose con su mano aun firme
la ruda labor ajena,
que si da corto salario
largas vigilias le cuesta;

Dulce, imitando á la madre,
con santa quietud arregla
lo que habrán de recibirles
de sus trabajos en cuenta;

el anciano, contemplando
á la dichosa pareja,
sin fijarse en si lo escuchan
mueve á su sabor la lengua.

Refiere cosas extrañas
que siempre parecen nuevas,
y se le arrasan los ojos
al citar nombres y fechas.

— « El señor Morelos — dice —
era de piel muy trigueña,
con unos ojos muy negros
que brillaban como estrellas.

Era muy grueso de carnes,
pero así, de tal manera,
que las botas de campaña
no pudo él mismo ponérselas.

Y como era tan difícil
meter las botas aquellas,
él enseñó á un asistente
á que tal cosa aprendiera.

Y nada más uno supo
darle gusto en tal empresa,
— Padre, pero si es tan fácil...
— No tanto como lo piensas...

Primero : el señor Morelos
siempre sufrió de las piernas ;
segundo : para calzarlo
se necesitaban fuerzas;
porque era así, muy obeso,
muy torpe, lo que tú quieras,
y nada más uno supo
servirlo á prisa.
— ¿ Quién era?

— Sábelo con regocijo
tu padre que aquí contemplas,
¡ Yo tuve Dulce, esa gloria
con aquel genio de América.

Y con los ojos nublados
por las lágrimas más tiernas,
murmuraba : ¿ Fácil? ¿ fácil ?
¡ no tanto como lo piensas !

Y la encantadora Dulce
miraba con reverencia
al que juzgaba una gloria
grande, sin igual, inmensa,
haber sido el asistente
que en el fragor de la guerra
calzaba al genio más grande
que brilló en la independencia.

. . . . . .
. . . . . .

Y ellas pasaban las horas
cosiendo labor ajena
y el viejo citando acciones
ya pueriles y ya serias.

¡ Oh santa paz del trabajo !
¡ oh virtud de la pobreza !
allí reinaba la dicha
que en vano tantos anhelan.

Porque á veces no es remoto
hallar el cielo en la tierra
aun en una alcoba humilde,
muy obscura y muy estrecha.

III

¡Ay de la fe que vacila!
¡ay de la fe que razona!
¡ay de la casta doncella
que ama con el alma toda!

Muere la fe como el lirio
que el soplo invernal agosta,
y surge la negra duda
trono de la eterna sombra.

La hechicera Dulcenombre
oye la voz engañosa
que su corazón conmueve
y sus sentidos trastorna.

Y sin explicarse nunca
el mal que su calma agota,
ama por la vez primera
como ciega, como loca.

En el jardín de la vida
la mujer es una rosa
que con el menor quebranto
se marchita ó se deshoja.

¡Cuántas tardes el buen viejo
interrumpió sus historias
y al ver llorando á su hija
le preguntó: ¿Por qué lloras?

La mujer es siempre astuta,
y aquella inocente moza
contestaba: « Porque todo
lo que dices me impresiona »

El padre enorgullecido,
con voz apagada ó ronca
continuaba los relatos
de sus añejas victorias.

¿Qué sabe un viejo soldado
de esas penas silenciosas
que ó un ángel de quince abriles
la paz y la fe le roban?

Las ve como nubecillas
que si los cielos entoldan,
al primer soplo del viento
fugaces se desmoronan.

Pero Dulcenombre sufre,
en sueños grita y solloza,
y así dormida descubre
algo que á su madre asombra.

Quiere el amante llevarla
muy lejos, donde no opongan
trabas al amor inmenso
que sus almas aprisionan.

La doncella no consiente,
pero lucha, piensa, llora,
y lo que calla despierta,
durmiendo lo grita loca.

Pronto sabe el veterano
que á Dulce, su flor hermosa,
un galán vertió en el pecho
un filtro que la emponzoña.

Busca al amante y lo encuentra
y ¡oh verdad desgarradora!
aun queriéndolo no puede
darle su nombre á la moza.

¡La engañó como un villano
y engañada la abandona!

Cruza en la rugosa frente
del veterano una sombra,
y con el vigor antiguo
que la venganza redobla,
castiga como merece
al que la dicha le roba.

¡Miserable! — dice airado —
quien el corazón destroza
de una inocente que todo
lo infame y lo torpe ignora,

el que mancha un nombre limpio
y de un anciano se mofa
profanándole á su hija
como un ladrón en la sombra,

pague su crimen cual debe
y su sangre gota á gota
lave la manchas que osado
sobre mis canas arroja.

Y con la pequeña espada
punzante, afilada y corva,
que como buen insurgente
usó en triunfos y derrotas,

busca el corazón artero
del que sus iras provoca,
lanza el golpe, suena un grito,
y queda todo entre sombras.

IV

Bañado en su propia sangre,
en la acera se retuerce
implorando algún auxilio
un hombre que ya se muere.

El veterano con calma
pasa á la acera de en frente

y llama ansioso á una puerta
tosca y pintada de verde.

Pronto se escucha que gritan
por adentro: ¿qué se ofrece?
— Que salga un padre Camilo
á dar una buena muerte.

— ¿Está cerca el moribundo?
— Muy cerca y morirá en breve.
— ¿En qué calle?
— En esta misma.
— ¿En qué casa?
— Á la intemperie.

Y dicho esto retiróse
de aquel sitio lentamente
pensando en todo ó en nada,
paso á paso como siempre.

. . . . . .
. . . . . .

Cuentan que alcanzó el herido
la absolución *in extremis*
y partió para ese mundo
de donde nunca se vuelve.

A aquella calleja angosta
que vió esta escena solemne
la « Espalda de San Camilo »
llamaba entonces la gente.

Mas después cambió ese nombre
por el que á la fecha tiene,
y es, cual lo dijo aquel viejo,
calle de la « Buena Muerte ».

EL ODIO DE UN GRAN SEÑOR

LEYENDA HISTÓRICA DE LA ESQUINA DE PALACIO

I

Juana, Lola y Luz formaron
un terno de lindas rosas;
en Méjico, por hermosas,
las tres Gracias las llamaron.

Su belleza soberana
era un nimbo, una aureola;
Luz era menor que Lola
y Lola menor que Juana.

Escultóricos los pies,
labios húmedos y rojos,
y por el garbo y los ojos
deslumbradoras las tres.

Juana era un tipo ideal:
pálida, esbelta, arrogante,
un verso alado del Dante
viviendo en carne mortal.

Lola, de franca expresión,
rostro de perfil romano

con el color fresco y sano
de la almendra de un piñón ;

y Luz, gallarda y gentil,
á todo hechizo despierta
era una azucena abierta
en una aurora de abril,

bella como un arrebol,
con tan rubia cabellera,
que suelta en sus hombros era
un haz de rayos de sol.

En arabescos chapines
siempre ocultando el pie breve,
hecho con ampos de nieve
ó pétalos de jazmines.

De su pecho en el confín
mal velaba tanto aliño
los dos volcanes de armiño
con cráteres de carmín.

Y en la voluptuosa espira
de su cuerpo de palmera,
las curvas de la cadera
formaban bien una lira.

Y unido á tanto embeleso
y á gracia tan soberana,
eran sus labios de grana
candente nido de un beso.

Y en Méjico, en conclusión,
las tres hermanas tan bellas
daban celo á las estrellas
que ostenta el Cinto de Orión.

II

Don Lorenzo Valazés,
hombre de arrojo y valía,

era de gran nombradía
y de no poca altivez.

Opulento y gran señor,
de dulce y afable trato,
con fama de literato
y de grave historiador;

era siempre epigramático,
y aunque muy bien recibido,
era de muchos temido
y ante todos antipático.

Conoció á Luz, y el capuz
varió de su suerte impía,
porque aquél fué el primer día
que vió la primera luz.

Se impresionó Luz por él,
y él osó pedir su mano,
mas se le opuso el hermano
de su amada, don Leonel,

No declaró guerra abierta
sino artera y sin testigo
ofreciéndose de amigo
mas sin abrirle su puerta.

Luz, inquieta y aturdida,
amó sin ningún temor,
que siempre el primer amor
es el todo de la vida;

y así, sin razón ni calma,
sin reparar en su hermano,
no pudo negar su mano
á quien le dió toda el alma.

Tuya soy, tuya seré,
le dijo, y descansa en mí,
y si me alejan de ti,
ó te busco ó moriré.

Y sin poder más decir
presa de su amor ardiente,
dichosa con el presente
nunca miró el porvenir.

Don Leonel, que vió el comienzo
de un negro drama en su hogar,
nunca quiso demostrar
su aversión á don Lorenzo.

Mas éste, con la esperanza
de dar cima á su ilusión,
abrigó en su corazón
á un tiempo amor y venganza.

III

Don Leonel habló á su hermana,
y con muy sana intención
le condenó una pasión
tan violenta como vana.

— Nunca tu amante será
de ti digno, hermana mía,
ese amor es flor de un día
y puedes matarlo ya.

Tú me has visto indiferente,
pero así no he de seguir,
pues debo tu porvenir
siempre velar diligente.

Antes que mirarte presa
de este hombre en el torpe intento,
cuiero verte en un convento
de novicia ó de abadesa.

Tu hermano mayor soy yo,
y aunque tu pecho taladre,
lo mismo que nuestro padre
odio al que á mi padre odió.

Fué tu amante su enemigo,
le causó mil desazones
y quebrantos y aflicciones
de que se quejó conmigo.

¿ Y tú sabiendo esa historia
harás que el mundo se asombre
siendo la esposa de un hombre
que mancilla su memoria ?

Medita con calma, Luz,
la razón todo lo vence,
no quieras que me avergüence
si cargas tan negra cruz.

— No sé si tendrás razón,
dijo Luz con triste acento,
habla en ti el resentimiento,
y en mí sólo el corazón.

¿ Quién convence á una mujer
que puede todo, cuando ama,
de que el amor que la inflama
no tiene razón de ser ?

El amor es como el mar,
se encrespa, se extiende, impera.
y... no le pongas barrera
porque te puede arrollar.

Y ambos, sin dejar que estalle
la rabia que el bien les roba,
se fueron; Luz á su alcoba,
y don Leonel á la calle.

IV

Pues señor, no la convenzo,
dijo el galán, está loca,

y allí de manos á boca
se encontró con don Lorenzo.

Se preguntan, se contestan,
y siguió al diálogo frío:
ese silencio sombrío
entre dos que se detestan.

— ¿ Hablasteis con vuestra hermana?
— Claro está, no soy un mudo,
y hablo cuando le saludo
por la noche y la mañana.

— Lacónico sois como ella.
— De mi casa en el estrado
nunca sé que hayan gustado
discursos á la doncella.

— Razón os asiste fiel;
Vuestra hermana es un tesoro.
— ¡ Hermosa caja de oro !
— Pues tomadla, don Leonel.

— ¿ La caja ? no; más conviene
al dueño en quien no es estorbo.
— Tomad al menos un sorbo
del tabaco que contiene.

— Eso sí; no hace perjuicio
un vicio que da salud.
— En vos, Leonel, es virtud
lo que en otros juzgan vicio.

— Está fresco y tiene aroma.
— Me llega directamente,
y en verdad, no es mucha gente
la que lo gasta y lo toma.

Leonel el polvo aspiró,
y torvo y de mala gana
del amante de su hermana
al punto se dispidió.

Ya separados los dos
Lorenzo dijo turbado:
« Este ignora que me ha dado
sin pena su último adiós ».

Y profetizó la suerte
adversa de su enemigo,
que ya llevaba consigo
en esos polvos la muerte.

Al rayar el nuevo día,
Méjico supo asombrado
que Leonel envenenado
y sin remedio, moría.

Ninguno fué delator
de este crimen misterioso,
y aunque cierto y espantoso
nunca pasó de rumor.

Á la muerte de Leonel,
Luz aborreció á su amante,
y desde aquel mismo instante
jamás se encontró con él.

Puede el lector más rehacio
juzgar cual mejor entienda,
pero es así la leyenda
de la « Esquina de Palacio ».

LA CALLE DE LAS MORAS

Á LAS INTELIGENTES Y BELLAS NIÑAS MARÍA Y CRISTINA FRÍAS Y SOTO

I

Después de la media noche
llega al portal de una casa
un caballero embozado
en negra y flotante capa.
Dibújanse entre los pliegues
la luenga y oculta espada
de bruñidos gavilanes
y de reluciente taza.
Y adivínase al mirarlo
llegar inquieto, con ansia,
como un ente misterioso
que de todos se recata,
que algo muy grave y muy serio
le está conturbando el alma.
Ábrenle pronto la puerta
á la cual tres veces llama;
sube la angosta escalera
y llega al fin á una sala
donde le espera impaciente
y lo recibe su hermana.

— Me tienes con gran cuidado.
— Tardé tres horas bien largas ;
pero ya pongo en tus brazos
una linda flor humana.
— ¿ Quién te la entregó ?
— Su padre,
don Suero Méndez y Garza,
que me habló de tal secreto
hará unas cuantas semanas.
La madre de la chiquilla,
ya sabes, fué una mulata
á quien sorprendió la muerte
al dar vida á esta rapaza.
Como ya tiene don Suero
la cabeza tonsurada,
y aunque en órdenes menores
nunca deja la sotana,
intenta ocultar al mundo
lo que juzga una gran falta ;
y como además le estorban
pañales y zarandajas,
nos endona para siempre
y con voluntad muy santa
á esta niña que has de verla
cual hija de tus entrañas.
Y desenvolviendo al punto
aquella preciosa carga
ambos con sorpresa vieron
los primores de su cara.
Ojos negros, andaluces,
llenos de lumbre africana,
obscura la cabellera,
sedosa y ensortijada ;
el cutis como de armiño.
los labios como de grana
y un hechicero conjunto
vivo espejo de las gracias.

— ¡ Encantadora es la niña !
dijo después de mirarla
la joven ; ¿ en ningún caso
podrán nunca arrebatárnosla ?
— Imposible ; aquí me traje
lo que mi derecho ampara ;
¡ un documento secreto !
— ¿ Y eso nos sirve ?
— Nos basta.
— ¿ Sabe don Suero que somos
de una religión contraria
á la suya ?
— Ni lo sabe
ni yo le diré palabra,
que la indiscreción más mínima
labrará nuestra desgracia.
— Bien ; pero entonces ¿ qué hacemos ?
— ¿ Para qué ?
— Para enseñarla
á amar á Dios cuando crezca.
— Lo que hicieron en Granada
nuestros padres con nosotros ;
¡ es la ley de nuestra raza !
— Nos acusan de moriscos.
— La confusión los engaña,
que moriscos é israelitas
iguales son en las llamas ;
esta chica cual si fuera
nuestra hija, la ley santa
de Moisés seguirá siempre,
pues deber nuestro es salvarla.
— Así lo entiendo ; y alabo,
Samuel, tu intención honrada.
— Nunca sabrá tal secreto
nadie, pero menos Yarza.
— ¿ La madre de esta chicuela
nació ?...

— En Córdoba, en España.
— ¿ Y don Suero ?
— Según dicen
don Suero nació en Vizcaya.
— ¿ Qué nombre tiene la niña ?
— María, su padre la llama.
— Cambiarémosle de nombre.
— ¿ Y le llamaremos ?
— ¡ Sara !
que significa princesa,
y porque además, hermana,
del padre Abrahán la esposa
tan dulce nombre llevaba.

II

Veinte abriles han pasado
después de tan rara escena,
y Sara está encantadora
y deslumbra por lo bella.
Ama á Samuel como á un padre,
y como á una madre tierna,
como á un Dios sobre este mundo
ama á su hermana Rebeca.
Educada en el retiro
sin vanidades arteras,
entre sus muchas virtudes
sobresale la modestia.
Vive cual entre las hojas
la pudorosa violeta,
esquivando las miradas
de los que al candor motejan.
Es gallarda como palma,
ágil, flexible y esbelta
encendida como rosa
y pura como azucena

ignora su triste historia,
pues desde la noche aquella
en que Samuel la llevara
al hogar donde se encuentra,
nadie le ha dicho una frase
que perturbe su inocencia,
y en Samuel un padre mira
á quien con amor venera.
Don Suero nada ha sabido
de la preciosa doncella
que en veinte abriles pasados,
desde que á Samuel la diera,
ni preguntó por su suerte,
si estaba sana ó enferma,
si era inteligente ó torpe
ni si estaba viva ó muerta.
Don Suero, como un extraño,
nunca preguntó por ella,
y acaso no volvió nunca
ni á recordarla siquiera.
Don Suero llegó á ser grande
entre las gentes de iglesia
y ocupó en el Santo Oficio
un lugar de preeminencia.
Entre los inquisidores
era el de más altas prendas,
y el Virrey y el Arzobispo
sus grandes amigos eran.
Una mañana encontróse
con una denuncia nueva,
que ni la atención le turba
ni le ocasiona extrañeza.
Una familia de herejes
vive en Méjico y se entrega
á las prácticas de un culto
que el mismo infierno alimenta.
En la denuncia se dice

que un Samuel y una Rebeca,
y una Sara, hija de ambos,
según las gentes sospechan,
ofenden á Jesucristo
y con el diablo comercian.
Del aposento en que viven
da el denunciante las señas
y al punto manda don Suero
que á los herejes aprehendan.
Á la mañana siguiente
horrible fué su sorpresa
cuando al llevarle á los reos
frente á Samuel se encuentra.
Dejó que sus compañeros,
ya sentados á la mesa,
con el fúnebre aparato
de un Santo Cristo y dos velas,
mil cautelosas preguntas
al juzgarlos les hicieran ;
don Suero estaba callado,
inmóvil como de piedra,
mirando con gran asombro
á la preciosa doncella
que deslumbraba por pura,
por humilde y por discreta.

Cuando todos acabaron,
dijo Suero : Salid fuera
y dejadme, quiero á solas
indagar cosas muy serias
con el pobre calumniado
que es el padre de estas hembras;
y ya con Samuel á solas,
le dijo : Hablad con franqueza ;
¿ sabéis quién sois ?
— El negarlo
indigna mentira fuera.

Sois Suero Méndez y Yarza,
¿ y yo ?
— Samuel Valdeñuelas.
— Esta encantadora joven...
— ¿ Lo ignoráis ? ¡ Es hija vuestra !
— No me digáis más ; ¿ quién hizo
la denuncia ?
— Un tal Iriestra,
que en vano persigue á Sara
con intención nada honesta.
— Bien está ; guardad secreto
de esta breve conferencia ;
os agradezco en el alma
todo cuanto hacéis por ella.

Y llamando á los oidores
les dijo con voz resuelta :
— Ni estos pobres son herejes,
ni la denuncia es sincera,
que venga aquí el denunciante
que es un pájaro de cuenta
y, por lo que ya sabremos,
condenádmelo á la hoguera.

Y en libertad fueron puestos
Sara, Samuel y Rebeca,
marchando á la misma casa
donde la hermosa doncella
llegó veinte abriles antes
como misteriosa prenda
que un caballero embozado
en su capa trajo envuelta.
Y las crónicas antiguas,
que el raro suceso cuentan,
dicen que estuvo la casa,
lugar de tales escenas,
en la calle « de las Moras »,
objeto de esta leyenda.

EL SEÑOR DEL BUEN DESPACHO

LEYENDA HISTÓRICA DE LA CALLE DE LAS ESCALERILLAS

I

La miseria es un infierno
que de tal modo trastorna,
que si el que la sufre es débil
lo conduce á la deshonra.
Lo que aquí voy á deciros
más que cuento, es una historia
que hace más de veinte lustros
que corre de boca en boca
Diéronmela por conseja
problemática y dudosa,
y un erudito de fama
por verídica la toma.
Sin inquirir otras pruebas
que las que al relato abonan,
pues todo lo amengua el vulgo
y el tiempo todo lo borra,
doy al lector que me sufre
tal como me dan las cosas;
y si no me las acepta,
al menos me las perdona.

Hubo en los tiempos de antaño
en esta ciudad hermosa
que con lagos y volcanes
sus panoramas decora,
un hombre á quien la pobreza
hizo sufrir penas hondas,
pues sin comer se pasaba
largas cual siglos las horas.
Una noche en el silencio
de su miserable alcoba,
que en verdad debe haber sido
un cubil ó una mazmorra,
oyó repetidas veces
como una voz misteriosa
que le dijo : « Ya no sufras;
si quieres pan, anda y roba ».
El hombre supersticioso
rezó lleno de zozobra,
creyendo que allí escondido
le hablaba el diablo en persona.
Y ya perturbado el sueño
y temblando entre las sombras,
esperó impaciente y loco
á que naciera la aurora.
En cuanto lució en oriente,
tomó el buen hombre sus ropas,
y no bien abrió una puerta,
antigua, pesada y tosca,
detúvose con espanto,
pues oyó clara y sonora
la misma voz repitiendo :
« Si quieres pan, anda y roba ».
— Quiero pan — repuso el hombre.
— Pues ve á robarlo.
— ¡ Me ahorcan !
— Ve á robar...
— ¿ Quién me lo ordena?

¿ Dios ó el diablo?
Y en la sola
estancia, quedóse todo
callado.
— ¿ No hay quien responda?
— « Ve á robar », repitió el eco,
y turbada el alma toda,
con la faz llena de angustia
y con la mirada torva,
salió nuestro personaje
con miedo á su misma sombra.
. . . . . .
. . . . . .

Pronto se encontró en la Plaza,
y cual playa bienhechora
la catedral ofrecióle
sus naves anchas y hermosas.
Entra en ellas, se santigua
con la actitud más piadosa,
y toma asiento en un banco
junto á una mujer devota.
La contempla, y con asombro
y con regocijo nota
que trae al cuello una prenda
llena de piedras preciosas.
Busca un momento oportuno,
y con mano firme y docta
se la arranca, y huye y busca
salida segura y pronta
Cuando sin miedo á alguaciles
el sacro templo abandona,
por la puerta en que hoy se mira
al santo niño de Atocha
sale un hidalgo á su encuentro,
el paso altivo le corta,
y con acento solemne

le pregunta —¿Por qué robas?
— Quiero pan, repuso el hombre.
—Yo te daré cuanto comas,
pero devuelve esa prenda
á aquella infeliz señora.
— ¡Me denunciará!
— Ve y dile
que no gastas tales obras,
que te arrepientes del hecho,
y verás cual te perdona;
y en seguida ven conmigo
adonde bien te socorra,
que para dar á los pobres
tengo dinero de sobra.
Cumple el hombre los mandatos,
y con vergüenza no poca
sigue á aquel desconocido
á quien encontró en mal hora.

II

En un cuarto muy estrecho
de pobre y distante barrio,
entre paredes desnudas
y hombres que visten harapos,
sobre una mesa de pino
cubierta de un lienzo blanco,
igual á los que aprovechan
para velas de los barcos,
armadas con disciplinas
que vapulan sin descanso
muévense á compás, nerviosas,
incansables, varias manos.
Pegan sobre el burdo lienzo,
que está á todos revelando
que algún objeto insensible

tiene encubierto debajo.
— Aquí hallarás pan ; — le dijo
al hombre pobre el hidalgo —
ármate de disciplina
y vapula sin descanso.
— ¿ Á quien le pego?
— Á la mesa
como todos estos vándalos,
y por faena tan simple
tendrás un buen semanario.
— ¿ Por pegar aquí?
— Es capricho;
tengo dinero y lo gasto ;
ni pidas explicaciones
ni para darlas te traigo.
— Bien está ; — repuso el pobre —
¿ he de pegar? pego y callo...
— Y ¡ ay de ti! si abres la boca.
— Me pondré en ella un candado.
— Por las mañanas te espero
de ocho á diez.
— Yo nunca falto.
— Por las tardes diariamente
de las tres hasta las cuatro ;
pero eso sí, yo te exijo
que mientras estén sonando
las tres en todas las torres
vapules con entusiasmo.
— No comprendo vuestro empeño
— Ni estoy para revelarlo.
¿ Te conviene?
— Me conviene.
— Toma un duro adelantado
y dale á Jehová las gracias
de hallar tan pronto trabajo.
— ¿ Á quién decís?
— No te importa

— ¡Escuché un nombre tan raro!
— Hablar de luz á los ciegos
es tan sólo hablar en vano.
— ¿Ciego yo? — Vapula y calla,
si no te gusta sé franco;
pero no robes, no robes,
que cuando el pobre es honrado
cumple con la ley divina
que yo reverente acato.
Aquí te dejo, ya tienes
con honra pan y trabajo,
nada comentes ni inquieras,
pues huelgan los comentarios.
Haz aquí lo que hacen todos;
nunca trabajes los sábados,
y si algo se te ofreciere
aun puedo servirte en algo.
— Otra gracia he de pediros.
— Dila pues.
— Me causa espanto
dormir donde escucho voces
y rumores muy extraños.
— ¿Y bien?
— Quiero un hospedaje
— Declara lecho ese banco,
y pasarás bien las noches.
— Gracias, señor; yo no hallo
á tan constantes favores
manera de darles pago.
— Sirviéndome bien y pronto.
— En eso perded cuidado.
— Queda en paz; calla y vapula.
— Cumpliré vuestro mandato.

. . . . . .

. . . . . .

Y dichas estas palabras
fuése á la calle el hidalgo,

y se quedó el hombre pobre
ya con pan y con trabajo.
En la noche al verse solo
dijo para sí pensando :
« Yo quiero ver sin testigos
lo que esconde el lienzo blanco,
pues lo cierto es que me duele
de tanto pegar el brazo ».
Y deshaciendo los nudos
quitando hebillas y clavos,
alzó la pesada tela
y quedóse mudo y pálido;
vió un enorme Santo Cristo
en tosca cruz enclavado,
y el cual, al mirarle el rostro,
puso los ojos en blanco.
Arrodillóse aquel hombre,
el Credo rezó llorando
y escapóse de aquel sitio
cual muerto desenterrado.
Obscura estaba la noche,
y sólo en el negro espacio
una inmensa cruz de estrellas
lanzaba débiles rayos.
¡ Perdón ! ; Perdón ! exclamaba
aquel infeliz... besando
las baldosas de la acera.
¡ yo soy un excomulgado !
Y loco, enfermo, convulso,
los de la ronda lo hallaron,
y al escuchar sus palabras
y verle armar tal escándalo,
« es un loco, dijo alguno ;
no loco, es un hechizado ».
Y al cuartel lo condujeron
atado de pies y manos.

III

Supo en breve la justicia
por minuciosos relatos
que á la imagen de Dios vivo
azotaban en un barrio.
Y descubierto el secreto,
la Inquisición sin descanso
con hábiles artificios
lo siguiente puso en claro.
Un judaizante opulento
se hizo dueño, con engaño,
de un crucifijo muy grande,
que mandó con otros varios
para los mejores templos
de la ciudad de los lagos
el rey Felipe Segundo
ó su padre el gran don Carlos.
El judaizante halló un sitio
propio para recatarlo,
y halagó su fanatismo
con gastarse muchos cuartos
en pagar hombres que siempre
azotaran á aquel Santo.
Condenáronlo á la hoguera,
su casa la derribaron,
en la catedral pusieron
al Cristo para adorarlo;
y cuentan que en pocos meses
obró tan grandes milagros,
que las gentes le llamaban
« el Señor del Buen Despacho ».
Como el pobre (que á mi juicio
es un modelo de ingratos)
dijo que le habló al hebreo
fuera de lugar sagrado,

frente á unas escaleril'as
en la calle y mano á mano,
el vulgo, que se aprovecha
de los detalles más vagos,
« de Escalerillas » llamóle
á esa calle desde antaño.
Y así lector te lo cuento
tal como me lo contaron,
sin que al fin pueda decirte :
con esta verdad me salvo.

LA CALLE DE SAN FRANCISCO

Á MI RESPETADA Y MUY QUERIDA AMIGA, LA VIRTUOSA
Y EJEMPLAR SEÑORA
MARIANA COTILLA DE DOMÍNGUEZ COWAN

I

Á raíz de la conquista,
y á gusto del gran rey Carlos
vinieron á Nueva España
doce varones preclaros,
por su mansedumbre ovejas
y por sus virtudes santos.
Embarcáronse en San lúcar
en el primer mes del año
que llamóse en otras eras
mil quinientos veinticuatro.
Conocieron Puerto Rico
en el tercer sol de marzo,
y tras otros veinte soles
á Santo Domingo entraron.
En Cuba dijeron misa
al ir abril expirando,
subiendo á San Juan de Ulúa
el dia veintitrés de mayo.
Cortés, al tener noticia

de aquel suceso tan fausto
ordenó que en el camino
les diesen lo necesario.
Bien poco necesitaban
siendo para todo parcos,
y de Veracruz salieron
sin más carga que sus hábitos.
Á ejemplo de Jesucristo
andaban siempre descalzos
debiéndolo todo al cielo
como las flores del campo,
comiendo frutas y hierbas,
por tarde y mañana orando,
y durmiendo sobre el césped
lo mismo que en los peñascos.
Á la opulenta Tlaxcala
en día de feria llegaron,
y al contemplar tantas gentes,
dijeron con entusiasmo :
« Gracias á Dios que nos pone
mies tan copiosa en las manos ».
Y no pudiendo á los indios
hablar en idioma extraño
les mostraban con el dedo
el limpio y azul espacio,
dando á entender que venían,
no cual los fieros soldados
para derramar su sangre,
sino cual tiernos hermanos
para darles nuevas luces
y á la gloria encaminarlos.
Los indios llenos de asombro
quedáronselos mirando,
les faltaba la armadura
que lanza al sol vivos rayos,
y la espada reluciente
y el rico y brillante casco.

En vez de calzas y botas
y rodelas y penachos,
cabezas y pies desnudos,
y el cuerpo mal abrigado
con los hábitos polvosos
y deshechos en pedazos.
En vez del fiero semblante
de Cortés y de Alvarado,
rostros dulces y apacibles
y bondadosos y francos.
En vez de un arma homicida,
una tosca cruz de palo;
y en vez de mirar el suelo
todo sangre y todo fango,
los ojos vueltos arriba
siempre á lo limpio, á lo claro,
no adonde están las orugas,
sino adonde están los astros.
Los indios llenos de asombro
motolinia gritaron,
es decir, pobres, muy pobres,
por lo rotos y descalzos.
Toribio de Benavente
preguntó el significado,
y al saberlo, dijo á todos :
« Ya sabéis como me llamo ».
Y adoptó aquella palabra
con tal cariño y agrado,
que el padre Motolinia
desde entonces le llamaron.
Saliéronse de Tlaxcala
como vinieron, andando,
seguidos de un gran cortejo
de nobles cristianizados.
Ni una queja de fatiga,
ni una señal de cansancio,
siempre amables con los mozos,

y dulces con los ancianos.
Para enseñar su lenguaje
y aprender pronto el extraño,
conversaban con los niños
y los llevaban en brazos.
Y así no sintió ninguno
que fuera penoso y largo
un camino que venían
los ángeles custodiando.
Cuando ya estuvieron cerca
de Méjico y contemplaron
sus espesas arboledas
y sus cristalinos lagos,
advirtieron que un gran grupo
estábales esperando.
Era que con gran cortejo
de gentes de nombre y rango,
mezclándose los guerreros
á los humildes vasallos,
á mitad de la caizada
salió Cortés á esperarlos.
Cuando ya los vió muy cerca
se adelantó don Hernando,
y á fray Martín de Valencia
de hinojos besó la mano.
Igual hizo con los otros,
y aquel ejemplo imitando
acudieron á lo mismo
sus capitanes más bravos.
Como causara extrañeza
al pueblo todo aquel acto,
valiéndose de su intérprete
Cortés dijo :

—— Soy soldado
del Emperador en nombre
ejerzo, en los cuerpos mando ;
estos padres que aquí vienen

de parte del Rey más alto
gobiernan en nombre suyo
las almas de los cristianos.
Las encaminan al cielo,
las absuelven del pecado
y las consuelan y animan
en los trances más amargos.
Yo seré siempre el primero
en acatar sus mandatos ;
que en nombre de Dios gobiernan,
y el Rey, de Dios es vasallo.
No pudiern los oyentes
contener la rienda al llanto,
y acudieron presurosos
á besar las nobles manos
de aquellos doce varones,
pobres, humildes, descalzos,
por su mansedumbre ovejas
y por sus virtudes santos.

II

Para inspirar en el pueblo
respeto á gentes tan santas,
dió don Hernando en Texcoco
una providencia extraña.
Dispuso que todos fueran
á misa al sonar el alba
y que á todo el que tardase
allí mismo le azotaran.
Tocó el terrible castigo
á un principal de gran fama
y alborotáronse todos
causando profunda alarma.
Cortés, para dar ejemplo,
á la siguiente mañana
llegó más tarde que todos

que asombrados le miraban.
Subió con humilde paso
del sagrado altar las gradas,
despojóse de la ropa
y presentó las espaldas.
Sin reparar en su rango,
el fraile que allí oficiaba
le azotó como si fuera
el más bajo de la plaza.
Y ya desde aquel entonces
nadie á la iglesia faltaba,
que tan saludable ejemplo
á todos los puso á raya.
Cuando los doce varones
radicáronse en Anáhuac
y de pisar esta tierra
no contaban dos semanas,
eligieron por custodio,
midiendo sus prendas altas,
á fray Martín de Valencia,
el cual en mística plática
pidió que todos á un tiempo
á Dios le dieran las gracias
por haberlos elegido
para esparcir su palabra
y ser del santo Evangelio
guardianes en tierra extraña.
Y unos fueron á Texcoco,
otros fueron á Tlaxcala,
y juntando á los adultos
en los patios y en las plazas,
con argumentos sencillos
la fe de Cristo enseñaban.
En breve tiempo pudieron
hablar lengua mejicana,
y en Huejotzingo, Cholula,
Mixteca, Otumba y Zempoala

á sus sencillas doctrinas
convirtieron á las almas.
Ellos fueron siempre dulces,
los indios los adoraban
por su bondad sin medida
y sus virtudes sin tacha.
Con angélica prudencia
de igual modo les curaban
los engaños de la mente
que de la carne las llagas.
Su primer convento estuvo
en el sitio que hoy abarca
la catedral espaciosa
por los siglos respetada.
Trasladóse luego á un sitio
do Moctezuma guardaba
fieras y peces y flores
las más bellas y más raras.
Vióse allí por muchos años
una esbelta cruz, más alta
que las torres de aquel tiempo,
pues todo lo dominaba.
Los religiosos formaron
aquella cruz veneranda
de un ciprés alto y hermoso
que en Chapultepec hallaran.
¡ Árbol vetusto que un día
recogió en sus verdes ramas
de un pueblo ignorado y virgen
la dulce y triste mirada ;
Árbol á que saludaron
las libres aves de Anáhuac ;
emblema de la tristeza
de melancólica raza ;
fué luego en cruz convertido,
y la piedad y la fábula
lo colmaron de portentos

y de milagros sin tasa !
« La gran cruz de San Francisco »
en Méjico la llamaban ;
y era por su inmensa altura
objeto de las miradas
del que á la ciudad venía
ó que la ciudad dejaba.
Esa cruz y ese convento,
cuya rica y regia fábrica
se contó entre los prodigios
de la tierra mejicana,
dieron el nombre á la calle
por donde, con arrogancia,
sin cuidarse de otros tiempos
que por añejos le enfadan,
cual eterno torbellino,
cual ruidosa catarata,
lujoso é indiferente
el mundo elegante pasa.
Sólo el que sueña en aquellos
misioneros de fe santa,
que consumieron la vida
en amparar la desgracia,
mirando los viejos muros
de su deshecha morada
los recuerda, los bendice
y los admira y los canta.

LA CALLE DE SAN SEBASTIÁN

LEYENDA DE LA MANO

AL ERUDITO, GALANO Y JOVEN ESCRITOR
LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

El año de no sé cuántos,
pues la fecha está borrada,
cometióse un robo en Méjico
que aterrorizó las almas.
Eran los tiempos aquellos
en que al toque de campana
normaron todos sus actos
los habitantes de Anáhuac.
Todos dejaban el lecho
sonando el toque del alba,
listos acudiendo á misa
antes que el sol asomara.
Nadie se acercó á la mesa
si el *Angellus* no rezaba,
ni abandonó los manteles
sin dar un acto de gracias.
Nadie las tres escuchando
dejó la costumbre santa
de quedarse descubierto

elevando una plegaria
hasta apagarse en las torres
la postrera campanada.
Nadie al toque de oraciones
igual costumbre dejaba,
y menos cuando á las ocho,
como sufragio á las ánimas,
en los tristes monasterios
fúnebres dobles sonaban.
Todo era unción y recato,
todo piedad y esperanza,
y ¡ay! de aquel que se atreviera
con la acción ó la palabra
á censurar tales actos
poniendo en peligro el alma.
Desde el prócer opulento
al indio trocado en paria,
desde la que viste seda
á la envuelta en tosca manta,
todos, como humildes siervos,
al toque de la campana
dejaban correr las horas
entre oraciones y pláticas.
Y si algún horrible crimen
á las gentes alarmaba,
era de ver el empeño
con que en la cátedra santa
con ejemplos y consejas,
misteriosas como falsas,
prestábase á comentarios
que al más bravo amedrentaran.
En las crónicas de entonces
llenan polvorosas páginas
hechos que ya en nuestros tiempo
infunden risas y lástimas.
Y así vemos unas veces
que una mujer es herrada,

cuando se transforma en mula
y lega al infierno el alma.
Otras veces á los hombres
vemos que les nacen alas
y que vagan por la noche
como duendes ó fantasmas.
En ocasiones nos pintan
muertos que á los vivos hablan
á fin de salvar del fuego
por graves culpas el ánima.
Otras dicen que se mira
en mansiones solitarias
una lumbre que revela
alguna suma enterrada.
Y ya de horribles blasfemias
é infernales carcajadas
y lastimeros sollozos
y arrobadoras plegarias,
soporíferos relatos
nos hacen plumas muy sabias
que hoy le provocan el sueño
á la más piadosa dama.
¡Oh fervor de aquellas eras!
¡oh devoción insensata!
que impusiste tu dominio
con el miedo y la ignorancia.
Leyendo tu añeja historia
encontréme relatada
la aventura que aquí copio
y que causó gran alarma.
En una vetusta iglesia
que á nuestro tiempos alcanza,
parroquia de humilde barrio
que San Sebastián se llama,
en viejo confesionario,
un ratero de gran fama,
escondióse para el hurto,

esperando hora apropiada.
Quedóse solo en el templo,
y á la luz confusa y vaga
que en todos momentos brilla
frente á la hostia consagrada,
del altar mayor asciende
por la estrecha escalinata,
y la puerta de cristales
abre con mano profana.
Mira la rica custodia
que, en medio de sombras tantas,
de cada piedra preciosa
vivos resplandores lanza.
Ve que está llena de perlas
y de diamantes cuajada,
y están cubiertos sus rayos
de amatistas y esmeraldas.
Ebrio de placer, extiende
el brazo, y con fuerza arranca
aquella joya bendita
del sitio en que está guardada;
y cuál no será su asombro
y su temor y sus ansias
al sentir que no la mueve,
ni la empuja, ni la aparta,
y que cual de duro hierro
su mano en ella crispada
está rígida é inmóvil
cual la mano de una estatua.
Trata de huír y no puede,
lucha y el vigor le falta,
pues ni al imán el acero
se adhiere con fuerza tanta,
cual su mano á esa custodia
que al cabo soltar no alcanza
y adherido á ella lo encuentran
al despuntar la mañana.

Alguaciles y corchetes
con tal escena se pasman,
y viendo que nadie logra,
por más que en ello se afanan,
desasir al infelice
de la joya sacrosanta,
por orden de quien más puede
y en todo se ingiere y manda,
cortan la mano sacrílega,
y sólo así la separan
de aquella joya, que en sangre
ni se moja ni se mancha.
En cuanto la mano estuvo
del brazo ya separada,
cayó del altar augusto
sobre la marmórea plancha.
Y á la mañana siguiente
frente al templo, en una tabla,
sobre un elevado poste
la gente la vió clavada.
Y así duró muchos meses,
teniendo como peana
un cartel con estas tristes
y sentenciosas palabras :
« Para ejemplo de ladrones
que lo sagrado profanan,
pues lo mismo ha de pasarles
á otras manos que tal hagan ».
Y cuentan que los devotos
que tal cuadro contemplaban,
íbanserezando un Credo
y murmurando en voz baja :
« Dios nos libre en todo instante
de una tentación tan mala,
pues el diablo á todos tienta
y á cualquiera pierde el alma ».

EL CALLEJÓN DEL MÓNSTRUO

A MI QUERIDO AMIGO ENRIQUE PÉREZ RUBIO

En apacibles horas,
de sin igual cariño,
desconociendo el alma
la duda y el pesar;
la historia que hoy refiero
sin gracia y sin aliño
un viejo veterano,
allá cuando fuí niño,
me la contó en las dulces
veladas del hogar.

¡Oh santas, hechiceras,
inolvidables horas,
de engaños y candores,
de paz y de ilusión!
¡las únicas que fuisteis
de dicha hospedadoras
Aun no están sin aroma,
ni mustias, ni incoloras
las rosas que dejasteis
de ofrenda al corazón.

Sólo esas rosas viven
como tesoros bellos
de un tiempo todo calma
y bienestar y fe;
del alba de la vida
purísimos destellos
que bastan al que sufre
para alumbrar con ellos
el panorama hermoso
de todo lo que fué.

Recuerdo al veterano
que me contó esta historia;
el sol del campamento
ennegreció su piel;
faltábale una pierna,
sobrábale memoria
y siempre vi en sus canas
la escarcha de la gloria,
¡ay! ¡de una gloria humilde
sin templo y sin laurel!

Él fué, cuando era mozo,
soldado de Guerrero,
contaba que á Morelos
y á Hidalgo conoció;
nutrido en la enseñanza
del patriotismo austero,
hablaba de su Aquiles
como del suyo Homero
y algo empezado en risas,
con llanto lo acabó.

Alguna vez me dijo
mi frente acariciando,
¡hermoso es por la patria
luchar hasta morir!
Estudia á aquellos héroes

de los que estuve al mando;
y luego agregó triste,
lloroso y suspirando:
con hombres como aquéllos
se salva el porvenir.

Como me faltan frases,
erudición, talento
para poder sus glorias
brillantes relatar,
voy sólo á referirte,
y escúchamelo atento:
el hecho de un patriota...
(y aquí traslado el cuento
que amenizó la dulce
velada del hogar).

Yo entonces no contaba
arriba de seis años,
y sin rendirme al sueño
le oí con atención;
los hechos y lugares
se olvidan por extraños,
mas su argumento fácil,
ni edad ni desengaños
me lo han podido nunca
borrar del corazón.

« Era en el tiempo aciago
de innúmeras campañas;
á Hidalgo y á Morelos
mataron sin piedad
los ciegos defensores
del Rey de las Españas;
y fuimos con Guerrero
del sur á las montañas
para buscar la muerte
ó hallar la libertad.

No he visto nunca á un hombre
más bravo y más entero,
jamás le vimos débil
ni nunca desmayó ;
fué siempre la amenaza
para el soldado ibero ;
indómito, terrible,
inexpugnable, austero
hasta la misma muerte
su audacia respetó.

Donde su augusta mano
clavaba su bandera,
el sol de la victoria
llenábala de luz ;
sencillo en sus costumbres,
y bravo como fiera,
nos daba ejemplo á todos
de la virtud severa
que enseña en sus doctrinas
el Mártir de la Cruz.

Jamás á su semblante
faltóle una sonrisa ;
nunca alentó su pecho
ni envidia, ni rencor ;
y en el cuartel ó en marcha,
ya quieto, ya de prisa,
lo mismo en el combate
que en la campestre misa
miraba á sus soldados
con paternal amor.

En veinte hermosos triunfos
en tan terrible guerra
su fama y su renombre
volaron por doquier;
era la fe y el alma

de nuestra amada tierra,
fué un águila, no un hombre;
su nido fué la sierra;
su religión la patria;
su código, el Deber.

Juzgó una vez preciso
buscar de sus soldados,
alguno que pudiera
á Méjico venir,
para explorar secretos,
á nadie revelados,
y así nos dijo á todos
mirándonos formados:
« — ¿Quién quiere á cierto encargo
marchar para morir? »

— ¡Yo! — con sonoro acento
que retumbó en las rocas
cada soldado dijo;
con ellos, yo también;
un espontáneo grito
salido de mil bocas;
el eco de mil almas
que de entusiasmo locas
la muerte y los peligros
miraban con desdén.

Guerrero, conmovido,
señala en tal momento
al que avanzando un paso
al héroe se acercó.
— ¿Irás? — Iré, repuso,
me sobran fe y aliento,
iré donde me manden,
jamás vuestro sargento
á nadie le ha temido
ni á nada se negó.

Y vi que fueron ambos
andando lentamente,
hablaron en voz baja
de lo que yo no sé;
y cuando la alborada
iluminó el oriente
á pie por las montañas
cantando el insurgente
sin darnos un abrazo
á Méjico se fué.

Supimos que aquel hombre
cual nadie conocía
del español gobierno
los usos y la ley;
porque á las reales tropas
de joven les servía,
y lo aceptó Guerrero
como el mejor espía
de todos los manejos
secretos del Virrey.

No bien llegó á esta tierra,
sus pasos vigilaron;
la desconfianza es siempre
la hermana del temor;
de su misión secreta
los fines sospecharon,
y para darle muerte
al fin lo denunciaron
como insurrecto, espía,
y tránsfuga y traidor.

Entonces aquel hombre
á quien la suerte avara
negaba en un instante
cuanto cumplir soñó,
impúsose una prueba

tan dura como rara,
y mutiló su cuerpo,
desfiguró su cara,
y en monstruo convertidc
en Méjico quedó.

Y dicen que inspiraba
no compasión, espanto ;
inválido, harapiento,
sin nombre y sin hogar,
mezclando en rostro informe
la risa con el llanto,
al prócer y al mendigo
llegó á acercarse tanto,
que supo lo que nadie
del trono y del altar.

Y allá por las montañas
del insurgente abrigo,
cruzando de las selvas
desiertas al través,
miramos muchas veces,
del hecho soy testigo,
llegar junto á Guerrero
un mísero mendigo
con espantoso aspecto
y ensangrentados pies.

Como su propia casa
cruzaba el campamento,
sin demandar de nadie
limosna ni piedad,
del inmortal Guerrero
entraba al aposento
para informarle al punto
de todo movimiento,
de cuanto nuevo ó raro
pasaba en la ciudad.

Cada soldado al verlo
de horror se estremecía,
¡ni un rasgo, ni un indicio
de lo que fuera ayer!
Después de algunos años
llegué á saber un día,
que aquel mendigo monstruo
que nadie conocía
no era otro que el sargento
Francisco Basiyer.

Mas esto yo lo supe
después de haber triunfado;
que sólo en ese tiempo
su historia conocí;
hablé con él y dije:
— « ¿Qué hiciste, desgraciado? »
— « ¡Cumplí como patriota,
cumplí como soldado,
y al general Guerrero
cual perro le serví! »

Era emisario, agente,
explorador, correo,
fué y vino muchas veces
del monte á la ciudad;
con riesgo de la vida,
cambió, nuevo Proteo,
su forma, ambicionando
por único trofeo
mirar tarde ó temprano
su patria en libertad.

Y realizó este sueño
que le costó mil daños,
y se sintió dichoso,
tranquilo y sin temor,
cuando al cesar la lucha

que ensangrentó diez años,
augusta y respetada
de propios y de extraños,
miró flotando libre
la enseña tricolor!

A la calleja triste
donde quedóse ufano
viviendo aquel sargento
que nunca he de olvidar,
« El callejón del Monstruo »
le llama el vulgo vano.
¡No hay monstruo más sublime!... »
Callóse el veterano,
y así acabo la dulce
velada del hogar!

LOS SIETE PRINCIPES

HISTORIA DE UN CUENTO

Yo era un niño. La tarde
brumosa y fría.
Yo, metido en mi lecho;
la alcoba obscura;
á mi lado, llorando
la madre mia
porque me devoraba
la calentura.

Ignoraba del mundo
bienes y males;
no lloraba por nada
ni me reía;
corrían de la ventana
por los cristales
lágrimas del cielo
porque llovía.

¡Oh lluvia rumurosa,
tarde nublada!
¡Abril lleno de rosas,
horas divinas!
¡Cuánto se ama la dicha
cuando es pasada
y es su dulce recuerdo
flor sin espinas!

Mi hogar... aun me parece
que lo contemplo,
de una iglesia se alzaba
junto á las ruinas,
y eran de la severa
torre del templo
huéspedes bulliciosos
las golondrinas.

Entre un niño y un ave
que canta ó vuela
no sé qué lazo oculto
Dios ha extendido;
¡cuántos hondos misterios
guarda una escuela!
¡cuántos secretos dulces
esconde un nido!

Todo cuanto me amaba
se ha marchitado;
es ley que toca á todos,
mas dura ha sido;
llueve... la alcoba obscura...
mi madre al lado...
y con fiebre... ¡es un cuadro
que no lo olvido!

— ¿Quieres, dijo mi madre
con dulce acento,
que aquí donde tus horas
corren enfermas,
sin que nadie me escuche
te cuente un cuento,
que me parece bueno
para que duermas?
— ¿Es muy largo? — Es muy corto
— ¿Triste? — Un poquito;
mas no tanto que asuste

ni cause daños.
Y aquí, cual es, traslado
mi cuentecito
que no ha borrado el paso
de muchos años.

— Pepín, un chiquitillo
gordo y travieso
como tú; no tan terco
ni atolondrado
(y á cada frase de estas
me daba un beso,
dejando cada insulto
recompensado)
andaba, con las piernas
medio desnudas,
corriendo por las calles
cuando llovía,
pues era, como dicen,
la piel de Judas,
que á nadie respetaba
ni obedecía

En la escuela no estuvo
nunca aplicado;
jamás se sacó un premio
ni por deseo,
y le gustaba mucho
pintar venado;
es decir, no ir á clase
sino á paseo.

Gustaba á todas horas
comer de todo;
costumbre que á los niños
enferma y pierde;
era glotón y hambriento,
pero de un modo

que lo engolosinaba
la fruta verde.

Por la noche, en su casa,
paso á pasito,
se iba á robar las cosas
de la despensa.
— ¡Como yo!
— ¿Qué así lo haces?
Vamos, chiquito,
yo ni con alusiones
te haré una ofensa.

Una vez cayó enfermo;
tú no imaginas
cuánto sufren los niños
que no son buenos,
y á tomar se negaba
las medicinas...
— ¿Como yo?
— Justamente;
ni más ni menos.

Agravó poco á poco;
le invadió ardiente
una fiebre que nadie
curarle supo...
Á ver (y me dió un beso)
¡quema tu frente!
¡si estarás como el niño
de quien me ocupo!

Su madre le adoraba
como te adora
la tuya que en ti mira
su gran tesoro,
y estaba junto al niño
llora que llora ..
— ¡Como tú!

— ¡ No ! ¡ No es cierto,
si... yo... no lloro !

Y al decir esta frase
bajo y de prisa,
como quien aparenta
valor y calma,
sus lágrimas bañaron
una sonrisa
que aunque era yo muy niño
me partió el alma !

Aquí surgió un detalle
que no lo pierdo
porque fué testimonio
de su ternura.
— ¿ Murió el niño ? le dije...
— Ya no me acuerdo,
contestó sollozando
con amargura.

— Dímelo... al verlo grave
¿ le perdonaron
todas sus travesuras
á aquel chicuelo ?
— ¡ Siete ángeles hermosos
se lo llevaron
una noche de luna
con rumbo al cielo !

— ¿ Y si á mí me llevaran ?
— Me moriría.
Pero no han de llevarte...
Me siguió hablando,
mas yo, como en un horno,
ya nada oía :
esa noche me vieron
agonizando.

Sólo allá en mi delirio

clara y certera
oí una voz extraña
que lenta dijo:
« Si ha de ser desdichado
mejor que muera ».
¡ Morirse ! Ni de chanza...
¡¡ morir mi hijo ! !
. . . . . .
. . . . . .

Volví al fin á la vida;
no lo creían
ni el médico, ni nadie,
y hallé á mi lado
un cuadro : era un sepulcro
donde veían
siete ángeles á un niño
resucitado.

Crecí y entré á las tristes
luchas humanas
de amarguras, pesares
y desengaños;
y ya huérfano y triste
peinando canas
miro con indolencia
correr los años.

¡ Oh cuadro raro y tierno !
¡ santa pintura !
¡ reliquia que mi pecho
con fe venera !
Una voz en tu lienzo
triste murmura :
« Si ha de ser desdichado
mejor que muera ! »
¡ Tesoro que el Destino
nunca me roba !

¡Háblame de los seres
que ya he perdido!
De la tarde lluviosa,
la triste alcoba,
de mi fe y de mis padres
que ya se han ido.

« Siete príncipes » surgen
en mi memoria
con el relato antiguo
que no he olvidado;
se llama así una calle;
¿será su historia
la misma de aquel cuento
que os he contado?

Si con mis rudos versos
algo varía,
y si mi pluma tosca
la desfigura,
perdonad... la oí en tarde
brumosa y fría,
cuando me devoraba
la calentura.

LA VELA DE PIEDRA

ADICIÓN DE LA VILLA DE GUADALUPE

Sacude el mar su melena
y son las olas montañas
que coronan refulgentes
ricas diademas de plata.

Niega el sol su viva lumbre
al titán que tiembla y brama,
y el huracán, monstruo negro,
abre sus fúnebres alas.

Todo es en el cielo sombras;
todo es en el aire ráfagas;
la lluvia cae á torrentes;
el rayo doquier estalla;

cada relámpago alumbra
un cuadro que impone y pasma
de terror al que lo mira,
á Dios elevando el alma.

Sobre el abismo sin fondo
de las turbulentas aguas,
entre las olas gigantes
que los espacios escalan;
bajo el manto de tinieblas
que en las regiones más altas

corren en alas del viento
como legión de fantasmas ;

al rumor de las centellas
que difunde la borrasca
y que al reventar convierten
las nubes en rojas ascuas ;

cual hoja que se sacude
para abandonar la rama,
á impulsos de esos ciclones
que á los sabinos descuajan,

en la líquida llanura
zozobra sin esperanzas
ligera nave que en vano
quiso arribar á la playa.

Sus velas poco le sirven
y el maderamen no basta
á resistir los embates
de las ondas encrespadas ;

sus mástiles se doblegan
como en el campo las cañas
y al hundirse en el abismo
ninguna mano la salva.

Es la soledad desierta
su aterradora amenaza ;
la mar su inmenso sepulcro,
y el mudo espacio su lápida.

Los que en la nave caminan
sus oraciones levantan
al Ser que todo lo puede,
y le encomiendan sus almas.

Entre tantos tripulantes
que sobre el abismo viajan
van dos jóvenes que ruegan
al cielo con unción santa.

Pareja noble y dichosa ;
que con ternura se aman
y que tienen por tesoro
la juventud y la gracia.

Él cumplió los veinte abriles ;
ella por dos no le iguala ;
él es de arrogante porte,
y ella una beldad sin tacha.

Van á buscar á sus padres
que residen en España,
y antes de que la tormenta
su embarcación agitara,
llevaron más ilusiones
risueñas, dulces y castas,
que tiene estrellas el cielo
y tiene arenas la playa.

Él, mirando los horrores
siniestros de la borrasca,
entre la lluvia de rayos
que roncos tronando espantan,

besa á su esposa la frente
al verla derramar lágrimas,
y señalándole el cielo
le dice : — ¡ Ten esperanza !

Dios que al extender su mano
refrena al punto las aguas,
y á quien sumiso obedece
cuanto formó su palabra ;

Dios que es todo y puede todo
es el único que salva
al que en los grandes peligros
su misericordia aclama.

— Pídele tú que nos salve
de una muerte tan amarga,

tan lejos de tantos seres
que nos buscan y nos aman ;

yo me dirijo á quien logra
de Dios lo que nadie alcanza,
á la « Estrella de los Mares »,
á la Virgen sacrosanta.

Yo, cuando fuí á despedirme
de mi Virgen mejicana,
« no me abandones, mi madre,
dije llorando á sus plantas ».

Y ella no ha de abandonarnos,
nos sigue con su mirada ;
arrodíllate conmigo
y háblale con toda el alma.

Mira en el triste horizonte
aquella nube de alza,
figurándome en su forma
un paisaje que me encanta,

el cerro agreste y pequeño
entre cuyas rocas áridas
la Virgen de Guadalupe
se apareció en forma humana.

Y la nube se ilumina,
la circunda roja franja
y algo se mueve en el fondo
que parece que me llama.

— Deliras, mujer, deliras...
— Pero mira, se destaca
entre rayos refulgentes
una visión que me encanta.

¡ Es la Virgen de mi tierra !
¡ Mira el ángel á sus plantas
el manto azul y estrellado
como las noches de Anáhuac !

— Santo delirio, hija mía ;
si la Virgen nos salvara
las velas que tiene el barco,
y vamos que son bien anchas,

como ofrenda de su templo
por nosotros regalada
para ejemplo de otros fieles
yo las hiciera de plata.

Y cuando acabó aquel joven
de decir estas palabras,
aplacáronse las olas
quedando la mar en calma.

Las que fueron negras nubes
pronto se tornaron blancas
y asomó la luna en llena
por las estrellas cercada.

Los marineros absortos
de maravilla tan alta
volvieron cantos y risas,
bendiciones y plegarias,

lo que en los tristes momentos
de la deshecha borrasca
fueron horribles blasfemias
y escandalosas palabras.

La nave al fin llegó al puerto :
la gente feliz y sana
refirió el raro portento
confirmándolo con lágrimas.

Y los jóvenes viajeros
avivaron más el ansia
de cumplir una promesa
más que solemne sagrada.

El mástil de aquella nave
que se doblegó cual caña

al soplo de la tormenta
fiera y desencadenada,

Lleváronselo consigo,
y en otras horas más gratas
trajéronlo hasta la iglesia
de la Virgen mejicana.

Dieron al templo en limosna
lo mismo que les costara
fabricar cual lo ofrecieron
rico velamen de plata.

Y aprovechando aquel mástil
fueron con piedra labradas
las velas que hoy nos recuerdan
el fervor de aquellas almas.

¡Cuántos ascendiendo al templo
que el cerro en su altura guarda,
frente al monumento humilde
de que mi romance trata,

no saben que es el emblema
de una devoción sin mancha,
de una fe que fué el tesoro
de las edades pasadas,

y que hoy es raro encontrarse
prestando alivio á las almas
á quienes la duda enferma
y el escepticismo amarga !

¡Oh tradición, tú recoges
sobre tus ligeras alas
lo que la historia no dice
ni el sabio adusto relata !

¡Toca al narrador agreste
despojarte de tus galas
para entretejer con ellas
sus más vistosas guirnaldas !

Al pueblo lo que es del pueblo :
sus venturas, sus desgracias
y todo cuanto le atañe
en su historia y en su patria.

EL CALLEJÓN DEL PINTO

I

Nacido en un pueblo humilde
de las feraces comarcas,
que el sur de Méjico esconde
entre risueñas montañas,

educado desde niño
en las costumbres honradas
de labriegos que rebosan
salud en cuerpo y en alma,

cuando cumplió veinte abriles
Luis Piedra dejó su casa,
y se vino á la opulenta
capital de Nueva España.

Hijo de un clima de fuego,
donde el sol despide llamas
que sazonan dulces jugos
en las cimbradoras palmas;

donde la tierra en las noches
despide un vapor que abrasa,
y la arena es viva lumbre
y los peñascos son ascuas;

halló al venir á la tierra
que lagos tranquilos bañan

y en que sopla fresco ambiente
por la tarde y la mañana,

el bello verjel soñado,
el paraíso que encanta
á los que en el mundo sufren
penas constantes y amargas;

encantóse contemplando
los dos gigantes de Anáhuac
cuyas diademas de nieve
cobija un cielo sin mancha;

deleitáronse sus ojos
al mirar las argentadas
lagunas, que como espejos
el firmamento retratan,

y buscó en el viejo bosque,
que á Chapultepec resguarda,
las sombras de los sabinos
que al aire entregan sus canas.

Luis Piedra buscó sin tregua
la soledad, que extrañaba
en medio de tanto hechizo
sus montes y sus cabañas.

Cuentan los que lo describen
que era su expresión muy franca,
su cuerpo pequeño y débil,
su piel obscura y manchada.

Amante de la lectura
espantóle su ignorancia,
y con intenso entusiasmo
buscó la luz de las aulas.

Un religioso francisco
apoyó sus nobles ansias,
y le sirvió de maestro
en la más docta enseñanza.

Bien pronto aprendió Luis Piedra
cuanto el fraile le inculcara,
y quiso á los pocos meses
tomar órdenes sagradas.

Puesta su virtud á prueba
atendieron su demanda,
y en clase de humilde lego
entró á la milicia santa.

Era para todos raro
contemplar aquella cara
en la que esparció Natura
azules y extensas manchas.

Costumbre de aquellos tiempos
era á personas y casas
ponerles algún apodo
que pronto el vulgo aceptaba.

Y así se llamó á aquel hombre
« el Pinto », sin que esquivaran
decirle así los señores
lo mismo que la canalla.

Él, humilde y entregado
á las más fervientes prácticas.
jamás se ofendió con esto
porque en su interior pensaba :

No son *malos* los lunares
que Dios nos pone en la cara :
malos son los que escondemos
manchando el fondo del alma.

II

De aquesta ciudad de Méjico,
era, de Dios por la gracia,
y por voluntad á un tiempo
de la sede sacrosanta,

arzobispo, don Alonso
de Núñez de Haro y Peralta,
gloria sin par de la Iglesia
y de virtudes sin tacha :

al décimo octavo siglo
dos décadas le faltaban
para hundirse en el abismo
de las edades pasadas ;

y como azote del cielo,
sobre la indígena raza
una peste de viruelas
pavorizó á Nueva España.

La mortandad era horrible,
y nadie miró sin lágrimas
los cuadros que le ofrecieran
lo mismo calles que plazas.

Para hospedar tanto enfermo
y aliviar miseria tanta
y dar seguro refugio
al dolor y á la desgracia,

aquel sublime modelo
de pastores de las almas,
pronto erigió á costa propia,
sin pedir á nadie nada,

un hospital, donde estuvo
de los jesuítas la casa,
y que aun dura en nuestro tiempo
y de San Andrés se llama.

Allí el insigne arzobispo
puso cuatrocientas camas
dando pan y medicina
al que á sus puertas llamaba.

Fué de tugurio en tugurio,
y de cabaña en cabaña,

sin temores de contagio
ni señal de repugnancia,

dando socorro, consuelo,
resignación y esperanzas
á los de una gran familia
sin nombre y desheredada.

Y al lado del buen apóstol
con amor todos miraban
á un lego humilde y discreto
con la faz llena de manchas.

Era Luis Piedra, que siempre,
con la voluntad más grata,
lo mismo á la media noche,
que al rayar la luz del alba,

arrodillado en la estera
donde un pobre agonizaba,
impartía los beneficios
de los ángeles de guarda.

Tan constantes sacrificios,
penalidades tan largas,
y aquella lenta fatiga
hija de piedad tan alta,

tuvieron por desenlace
que el lego al fin enfermara,
y *besando un crucifijo*
á Dios entregase el alma.

Con gran cortejo de pobres
llegó á su postrer morada
y al raudo correr del tiempo
murió su nombre y su fama.

Del ejemplar arzobispo
no queda marmórea estatua,
pero ni sus obras mueren
ni su memoria se apaga.

Y de aquel varón humilde
nacido entre las montañas
al calor de un sol de fuego
y á la sombra de una palma,
sábese sólo que tuvo
su pobre y austera estancia
en una calleja angosta
á quien hoy el vulgo llama

« del Pinto » ; apodo que dieron
á un ser, que nació con manchas
en el rostro, y que tenía
limpia como armiño el alma.

LA CALLE DE MANRIQUE

Á MI QUERIDO AMIGO ENRIQUE DANIEL

I

Allá en otras eras,
allá en otros tiempos
que al profundo abismo
veloces huyeron,
era libre y fuerte
de Anáhuac el reino.
Jardín escondido,
tesoro encubierto,
jamás sus hogares
lloraron con duelo,
ni á extraños, la frente
sus hijos rindieron.
¡Qué hormosos sus campos!
¡qué limpio su cielo!
sus lagos ¡ qué azules!
su bosque ¡ cuán bello!
Al soplo tan dulce
del plácido viento;
del rayo de luna
al mágico beso;
de tibia alborada
al tinte de fuego
sus hijos¡ qué ufanos!
¡ qué libres vivieron!

¡ Oh Valle que ostentas
alegre y risueño
cuanto el arte llama
magnífico y bello !
Levántanse altivos,
velando tu sueño,
tus dos invencibles
atletas de hielo ;
su púrpura vierten
las tardes en ellos,
y doran las albas
sus mágicos cuerpos.
¡ Qué hermosos sumergen,
cual nadie soberbios,
su base en la tierra,
su frente en los cielos !
¡ Oh Valle que escondes
tesoros tan regios,
que nada te iguala
en grande y en bello ;
que formas la envidia
de artistas supremos
que en vano pretenden
copiarte en sus lienzos ;
tus dioses velaron
tus gracias sin cuento
la vez en que viste
hollando tu suelo
las plantas osadas
de extraños guerreros !
Tus hijos humildes,
alzáronse presto
y en lides sangrientas
diezmados cayeron.
Su fuerte enemigo,
manejaba el hierro
y con él traía

resguardado el seno.
Lanzaban sus manos
con hórrido estruendo
la que aturde y mata
centella de fuego.
Cruzaban los campos
en monstruos inmensos
que salvan distancias
con ágiles remos.
¡ Oh Valle, tú entonces
miraste á tu pueblo,
callado y valiente,
luchar sin recelo !
Carcaces de mimbres,
espadas de leño,
la faz descubierta,
desnudos los pechos :
por fuertes los montes,
de amparo los cielos;
por gloria el olvido ;
la muerte por premio !
El bosque sagrado
fué altar de tu esfuerzo
corrió en él la sangre,
y al ver tanto duelo,
sus verdes sabinos
sus ramas cubrieron
de canas que aun tiemblan
al soplo del viento !
¡ Oh Valle nativo,
feraz y risueño,
luchando sin tregua
tus hijos murieron ;
apenas si busco
su gloria en los restos
de razas humildes
que pisan tu suelo !

Las nuevas ciudades
de glorias asiento
apenas revelan
tus dichas que huyeron;
la historia en sus fastos
recoge los hechos,
y en tanto el obscuro
y errante coplero
lo que ella abandona
repite contento.
De aquellas bravuras,
delicias del pueblo,
contáronme varias
que nunca desdeño
y alguna entre todas
decírosla quiero.
Oíla una noche,
á guisa de cuento,
cuando aun no volaban
mis años primeros;
halléla más tarde
en libros muy serios;
es rara aventura,
hermoso suceso
de pasadas eras,
de remotos tiempos.

II

Las calles que hoy llaman
los hijos de Méjico,
Manrique y Esclavo,
históricas fueron,
En ellas un día
los indios soberbios,
á Hernando y los suyos
en fuga pusieron,

y tan presurosos
salvaron el riesgo
que de « Las Carreras »
llamáronles luego.
Cuentan los cronistas
que allí el bravo ibero,
que en la noche triste
lloró de despecho,
se vió acometido,
domeñado, preso,
por la humilde gente
más baja del pueblo.
Una anciana débil
se acercó al guerrero :
la huesosa mano
le puso en su cuello ;
le cogió la barba
con rabia y denuedo
en ella enredando
los crispados dedos.
Costés lanzó un grito
de dolor intenso,
trató de librarse,
mas fué vano empeño,
que por muchos brazos
estaba sujeto.
Mirando su angustia,
sus quejas oyendo,
en brioso caballo
se acerca un guerrero,
queriendo arrancarle
del duro tormento :
mas todo fué en vano,
la anciana en su empeño
de abatir al hombre
de sus odios centro,
se murió á su lado

de rabia ó de miedo.
Y Cortés gritaba
empujando el cuerpo,
cuya flaca mano
enredó los dedos
en la espesa barba
del osado ibero.
Mirando tal pena
se pensó al momento
que cortar la mano
era el mejor medio.
Y poniendo en planta
tan brusco proyecto,
hiciéronlo al punto
dos arcabuceros,
y alzó don Hernando
el rostro mal trecho
buscando al que pudo
servirle tan presto.
— ¿ Tú fuiste, Manrique ?
— Yo fuí.
— « Lo celebro.
Favor y muy grande
me hiciste y te debo.
Desde hoy, no lo olviden
soldados y siervos,
al sitio en que estamos
tu nombre daremos ;
« lugar de Manrique »
diránle los nuestros
y de tres solares
serás aquí dueño ».
Y quedó á la calle
desde aquellos tiempos
el nombre que aun lleva
sin desdoro en éstos.
¡ Oh Valle nativo

feliz y risueño!
¡de cuantas escenas
de sangre y de duelo
has sido el testigo
solemne y discreto!
Los años volando
fugaces huyeron,
añejas historias
deja su vüelo,
y yo, la presente
relato á este pueblo
que si no creyere
la verdad del hecho,
la escucha con gusto
y á guisa de cuento.

LA CALLE DE LA MISERICORDIA

I

¡Cuán triste aspecto reviste
la extensa Plaza Mayor!
de noche impone pavor,
por lo sola y por lo triste!

La invade la humilde grey
del pueblo pobre y desnudo,
y la decora el escudo
del palacio del Virrey.

En su polvoso recinto
ni pompa ni lujo ostentan
los que en poder representan
al nieto de Carlos Quinto.

Grandiosa aunque funeral
levántase allí orgullosa
la rica mole anchurosa
de la iglesia Catedral.

Sus torres no concluídas
mal sostienen las campanas
que lanzan preces cristianas
lamentos y despedidas.

Y como triste trofeo
frente al Palacio se mira

algo que sangre respira
y espera siempre á algún reo.

¡ La horca ! con sus severas
cuerdas de nudo forzado,
y su crujiente tablado,
y sus toscas escaleras.

Al pie de éstas, un montón
de guijarros, donde arteros
declaman los pregoneros
de la Santa Inquisición.

Cerca, el sitio en que se azota
y se mancilla y se infama :
¡ tosco pilar que se llama
la vergüenza ó la picota !

Triste es la Plaza en verdad,
triste su raro conjunto,
que la convierte en el punto
más negro de la ciudad.

Los que en la noche serena
de la luna á los reflejos,
cruzan por ella, de lejos,
parecen almas en pena.

Y con sus negros vestidos
los nobles en pleno día,
semejan una sombría
procesión de aparecidos.

¡ Misterios de aquella edad !
¡ Cumpliendo una adversa suerte,
sólo pensaba en la muerte
la mísera humanidad !

Ni renombre ni fortuna,
impulsaba su fe ardiente :
la vida era sólo un puente
entre el féretro y la cuna.

Y á la pavorosa luz
del terror á lo futuro,
frente al porvenir obscuro,
entre un altar y una cruz,

juzgábase hazaña loca
del que miraban en calma,
sin temores en el alma
ni oraciones en la boca.

En cada obscura calleja,
en cada rincón sombrío,
en el feudo ó señorío,
en el portal y en la reja,

siempre la imagen de un santo
evitaba algún tropiezo,
ayudando con el rezo
lo mismo al placer que al llanto.

En cada humana contienda
alentaba un amuleto,
dando así al vulgo indiscreto
motivo á extraña leyenda.

Y de amor ó envidia en pos
era árbitro la conciencia,
amparando la existencia
el santo nombre de Dios.

En aquella edad sagrada,
brillaba la cruz triunfante
en el cuello de la amante
y en el puño de la espada.

Era emblema en el señor,
en las damas ornamento,
divisa en el campamento
y símbolo en el honor.

Adorarla era la ley
y fué envidiable la suerte,

de hallar con ella la muerte
por la patria ó por el rey.

Tiempos de austera quietud
y de abnegado heroísmo,
en ellos fué el fanatismo
locura de la virtud.

No fuera noble culpar
al pueblo de sus errores,
que sólo buscó fulgores
entre el trono y el altar.

II

Era de ver con espanto
el cuadro que á humanos ojos
entre rezos y sonrojos
bañaba en copioso llanto,

cuando sin otro trofeo
que un crucifijo sagrado
por gran cortejo cercado
iba al cadalso algún reo.

Por todo el pueblo era visto
con extrañeza sin nombre,
que no despertaba el hombre
la curiosidad que el Cristo.

Era una escultura antigua,
polvorienta y maltratada,
por el uso trasformada
en penate ó estantigua.

El tosco cuerpo maltrecho,
la faz de duras facciones,
dispersos rojos manchones
en la espalda y en el pecho.

Los ojos como mirando
á quien lo ve frente á frente,
y con la expresión doliente
del que reza agonizando.

Secas gotas purpurinas
en la frente por guirnalda,
tachonando la esmeralda
de la corona de espinas.

Toscas manos, toscos pies,
tosca la escultura extraña
que trajo á la Nueva España
un marino portugués.

Fué el marino un pecador
contumaz, empedernido,
que al morir arrepentido
le dijo á su confesor ;

— « Por mis crímenes sin cuento
fuí á la Inquisición llevado,
y por ella sentenciado.
á morir en el tormento.

En la terrible ocasión
de cumplirse mi sentencia
nadie me vió con clemencia
ni á nadie pedí perdón.

En la horrible pieza obscura
do me iban á atormentar,
hallé en solitario altar,
esta sagrada escultura.

Se agitó dentro de mí
algo extraño al contemplarla,
y os confieso que al mirarla
de todo me arrepentí.

« Señor, tú me salvarás »,
le dije de aliento falto,

y oí una voz que en alto
respondió : « No morirás ».

Subí lleno de valor
al tormento ; allí me ataron,
y por más que lo intentaron
no sentí ningún dolor.

Sentí dulce y blando el yugo
cuando mis huesos crujían :
los jueces se estremecían,
temblada absorto el verdugo.

Y al fin vieron con espanto
inútiles sus furores,
yo estaba en lecho de flores,
y mi quejido era un canto.

Cuando del potro salí
y fuí con asombro visto,
los ojos del Santo Cristo
estaban fijos en mí.

Lloré al mirarlo, y después
comentaron el milagro...
desde entonces le consagro
mi vida, orando á sus pies.

En mis postreros instantes
os doy esta maravilla,
que amparó en vieja capilla
á tantos agonizantes.

En momentos tan sagrados
vierte fe, paz y concordia ;
es sol de misericordia
junto á los ajusticiados ».

Y el marino acabó así :
« Que le encomienden su suerte
los condenados á muerte
y los salve como á mí ».

El hombre aquel expiró ;
su confesor con pavura
recogiendo la escultura
al obispo la llevó.

Para dar piadoso ejemplo,
sus milagos publicaron
y pronto le consagraron
en Méjico, humilde templo [1].

Y de allí, en años pasados
iba á la Plaza Mayor
llamán lole con pavor
« el Cristo de los ahorcados ».

III

De una edad en otra edad
el tiempo todo lo hiere ;
todo pasa y todo muere
en la triste humanidad.

Añejas memorias son
las que sin galas os cuento,
fútil y raro argumento
para cada tradición.

No queda ni leve traza
de aquellos tiempos de duelo ;
ya persigue en nuestro suelo
nuevo afán la misma raza.

Queda envuelta en el olvido,
de nuevos hechos avara,
la imagen que acompañara
á tanto ser afligido.

[1] La iglesia con casa de recogimiento, del Señor de la Misericordia, estuvo situada hacia la mitad de la calle viendo al sur. Se fundó en 1709 y se arruinó en 1792. En su lugar se contruyeron casas.

Y juzgan pueril ó falso
la conseja ó el rumor
de que infundiera valor
frente á frente del cadalso.

Indiferente lo ve
el pueblo que le temia ;
porque no puede en el día
ser lo mismo que antes fué...

Allí está... limpio é ileso
de la injuria de los años...
ve cual devotos extraños
á los héroes del Progreso.

No hay una ofrenda en su altar,
sólo en noche solitaria
los muertos, triste plegaria
vienen allí á levantar.

Allí está... pálida luz
lo baña con tintas suaves
bajo las calladas naves
de la Santa Veracruz.

El fué inspirando terror
y al crimen dando bochorno
cuando fué el cadalso adorno
de nuestra Plaza Mayor.

Hoy mira mejores días
que le olvidan con orgullo,
sin que lo aturda el murmullo
de lamentos y agonías.

La iglesia en que lo adoraron
no deja rastro siquiera ;
es la reliqua postrera
de tiempos que ya pasaron.

No logra que á nadie asombre
su aspecto triste y modesto,

y cual legado funesto
deja á una calle su nombre.

Con un desprecio profundo
oye ese nombre la gente...
porque nada es permanente
y todo pasa en el mundo.

Una edad tras otra edad
diversos hechizos lleva.
¡todo muere y se renueva
en la triste humanidad!

EL SELLO DEL INFIERNO

LEYENDA DE LA CALLE DE BALVANERA

I

Mendo Ruiz y Gastón López,
amigos desde la infancia,
estudiaron con gran éxito
Derecho en las mismas aulas.

Ambos merecieron siempre
idénticas alabanzas
conquistándose á igual tiempo
la misma envidiable fama.

Mendo era un mozo robusto,
de inteligencia muy clara,
licencioso en sus costumbres
y de correcta palabra.

Dadivoso hasta el pecado,
galanteador con las damas,
en el vestir elegante
é infatigable en las zambras,

Actor en cien aventuras,
supo manejar la espada,
defendiendo en nobles lides
el limpio honor de las damas.

Gastón, excéntrico, adusto,
era el primero en la cátedra,
y fué su placer más grato
revolver antiguas páginas.

Los polvosos pergaminos,
las crónicas olvidadas,
eran para el estudiante
fuentes de placer y calma.

Y se le vió noche á noche
en su celda solitaria,
entregarse á la lectura
hasta muy cerca del alba.

Era un hombrecillo débil,
de tez muy fina y muy pálida,
de semblante dulce y triste
y de apacibles miradas.

Jamás se mostró expansivo
ni gastó bromas y chanzas,
ni provocó injustas riñas,
ni dió de Tenorio traza.

La soledad, el silencio,
la humildad pura y sin tacha,
y el afán de saber mucho
estudiando con constancia,

fueron los solos placeres
á que siempre se entregaba,
teniendo así una existencia
ni envidiosa, ni envidiada.

Mendo y Gastón se quisieron
desde la primera infancia,
y eran más que dos amigos,
dos hermanos que se amaban.

Gastón, al juzgar á Mendo,
siempre disculpó sus faltas,

hijas de su ligereza,
de su edad y de su audacia.

Mendo vió siempre á su amigo
como á una entidad sagrada
con destino manifiesto
de cumplir misión muy santa.

Siendo niños jugó Mendo
con arcabuces y espadas,
y Gastón con incensarios,
y púlpitos y sotanas.

Afán del uno fué siempre
presenciar grandes batallas,
y afán del otro, ser faro
de caridad y esperanza.

Y siendo así tan opuestos,
jamás riñeron por nada,
ni se les vió en ningún caso
lanzarse sangrientas sátiras.

Eran los dos un modelo
de lealtad y tolerancia,
que la amistad cuando es pura
con ninguna hiel se amarga.

Y así vivieron felices
mostrando á quien los miraba,
que más que los de la sangre
valen los lazos del alma.

II

Al raudo correr del tiempo
separáronse al fin ambos,
y Gastón fué sacerdote,
y Mendo rudo soldado.

Nunca dejaban de verse,
siendo su solaz más grato

en sus más tranquilas horas
hablar de tiempos pasados.

Y en una tarde apacible,
departiendo mano á mano,
cuentan los que los oyeron
que así los dos se expresaron :

— ¿ Juzgas tú, Gastón amigo,
y sé al decírmelo franco,
que al acabarse esta vida
detrás de la tumba hay algo ?

¿ No se acaba para siempre
el tosco cuerpo de barro
desde que en obscuro asilo
lo devoran los gusanos ?

¿ Y no acaban de tal modo
los sueños que acariciamos
cuando los ojos se apagan
y se enmudecen los labios ?

Mira bien : ya somos viejos,
nuestro cabello está cano,
hay en nuestra frente arrugas
y abatimiento en el ánimo ;

tú, desde niño has creído ;
yo, desde niño he dudado ;
tú tienes fe en otro mundo
y yo á entenderlo no alcanzo ;

para ti en la tumba empieza
otro destino más alto ;
para mí todo se acaba
en el fondo del osario.

Dime, la verdad, amigo,
dime la verdad, hermano,
y seré, si me convences,
el mejor de los hermanos.

— A quien como tú, me niega
lo que todos ven tan claro,
jamás he de convencerlo,
ni de convencerlo trato.

Hay mil seres cuyos ojos
no miran de igual tamaño
las cosas que en este mundo
se van encontrando al paso.

Así hay almas que no miran
lo que otras están mirando,
y hablar de la luz á un ciego
es inútil y es cansado.

Pero haremos una apuesta
terrible y de triste plazo.
¿ No la temes ?
— ¿ Yo temerla ?
— ¿ La digo ?
— Dila en el acto.

— Tú y yo de morir habemos.
— Es ley forzosa.
— Y no engaño
si digo que en días distintos
uno antes que el otro...
— Exacto.

— *Pues bien*, quien muera primero
le dará tarde ó temprano
testimonio al que esté vivo
de que tras la tumba hay algo.

— ¿ Y cuál será el testimonio ?
— Uno muy fácil.
— Veamos.
— Si tú te mueres, el día
que no esté solo en mi cuarto
darás en la cabecera

de mi lecho, con tu mano,
una palmada en el muro
alguna señal dejando.

Por ejemplo, si te salvas,
tus dedos veré estampados
del color que más te guste;
pero siempre color claro.

Si no te salvas, eliges
el negro...

— ¡ Queda aceptado !
— Tú harás lo mismo.

— Lo mismo.
— ¿ Lo juramos ?

— ¡ Lo juramos !

III

Corrió el tiempo, y una noche
supo Gastón con gran pena
que Mendo murió en campaña
dejando en pie su promesa.

Pasáronse muchas noches
sin que nada interrumpiera
á Gastón en las lecturas,
dentro su apartada celda.

Pero una ocasión estando
en conversación amena
con algunos religiosos,
personas doctas y serias,

oyó, como todos ellos,
del lecho en la cabecera,
una palmada en el muro
breve, atronadora y seca :

con espanto, á un tiempo mismo
vuelven todos la cabeza,

y en el muro absortos miran
pintada una mano negra.

Se arrodillan con espanto,
y con voz ahogada y trémula,
santiguándose contritos,
un largo rosario rezan.

Súpose después la extraña
y misteriosa conseja,
yendo las gentes curiosas
á mirar la mano aquella,

que según los narradores
de la fatídica escena,
estuvo por muchos años
sobre la pared impresa.

La casa de tal suceso,
hoy en su aspecto diversa,
fué principal en la calle
llamada de Balvanera.

Y si el número no digo,
ni doy detalles y señas,
es porque aun espanta á muchos
vivir con almas en pena.

LA CALLE DE LA INDEPENDENCIA

Dadme la lira de los grandes bardos,
la que el vulgo no pulsa ni profana,
y en cuyas áureas cuerdas vibra eterno
el himno sacrosanto de la patria.

Dadme la lira que pulsó inspirado
de Acolhoacán el soñador monarca,
respondiendo á sus mágicos acentos
la linfa azul de las tranquilas aguas.

Dadme el rumor del centenario bosque
cuando aves, troncos, pájaros y ramas
se estremecen al ver cómo despliega
su corola de luz, la flor del alba.

Dadme la dulce voz de los zenzontles
que en noche melancólica y callada
sollozan á los rayos de la luna
los doloridas quejas del Anáhuac.

¡ Mártires de la patria primitiva !
¡ Héroes sin nombre de la grey indiana
que entrasteis al sepulcro ambicionando
por ventura inmortal vencer á España !

¡ Sombra de Cuauhtemoc, tú, que miraste
sonreír á ese genio entre las llamas
cubriendo de vergüenza á sus verdugos
y de gloria á su tierra y á su raza,

dame la voz que encanta y que cautiva,
la que asombra y conmueve y avasalla,
para ensalzar á aquellos que supieron
redimir nuestro nombre y darnos patria !

Yo he visto entre mis sueños cómo surge
una figura noble y veneranda
ostentando en simpático contraste
la veste negra y la cabeza blanca.

Hay en su faz de apóstol ese nimbo
de bondad y saber que luz irradia,
y en sus pupilas dulces y apacibles
la luz de un claro amanecer del alma.

Es más que un ser humano, un elegido
que busca cual Moisés una montaña
y en ella á las absortas multitudes
despertará con su viril palabra.

Una mujer conoce su secreto,
mujer sublime y de virtud sin mancha,
que cuando ve al apóstol en peligro
á realizar su ensueño se adelanta.

« Es hora ya, le dice, no vaciles,
volcán que va á estallar, nadie lo apaga ;
por más tiempo no escondas en su cráter
el rugiente turbión de fuego y lava.

Surge á la lid hoy mismo, no le niegues
al porvenir tu brazo y tu esperanza,
y cambiarás en pueblo de hombres libres
este rebaño de infelices parias ».

Y el apóstol surgió ; fueron muy pocos
los que á tal hora en su redor hallara ;
pero con ellos inició la lucha
retando al porvenir sin temer nada.

Era un humilde sacerdote, y quiso
tener por armadura, su sotana ;

por soldados, los pobres, los desnudos,
y la justicia y el deber por armas.

Antes de que la luz en el oriente
tiñera al horizonte en rojo y gualda,
convocó al pueblo con su voz sonora
en la torre del templo la campana ;

y oyó la multitud vibrar un grito
que como rayo penetró en las almas.
« ¡ Viva la Independencia ! »... Al contestarle
amparada por Dios, nació la patria.

Y de allí el sacrificio, la tortura,
la abnegación, la prueba, la constancia ;
la lucha del pequeño contra el grande ;
el reto del plebeyo á su monarca.

Y siguieron al cura de Dolores
mil y mil cuyos nombres no se apagan ;
una legión de heroicos insurgentes,
asombro de la Gloria y de la Fama.

Cada cual tuvo por mejor amigo
su caballo, incansable en la batalla ;
por tesoro, la fe ; por solo premio,
la muerte, y por baluarte, la montaña.

Durmiendo al aire libre en pleno campo,
sin un instante de *placer y calma,*
dejando el dulce hogar abandonado,
sin medir el dolor ni la desgracia,

fueron uno tras otro, todos ellos,
con faz serena y con segura planta,
subiendo los escaños del cadalso
sin verter una queja ni una lágrima.

Hidalgo, Allende, Mina, Matamoros,
Morelos, Abasolo, Galeana,
Pedro Moreno, y tantos, cuyos hechos
ejemplos son que nuestra historia guarda ;

murieron sin que el sol de la victoria
alumbrase su frente inmaculada ;
sin ver libre la tierra en que nacieron
y que con tierna gratitud los ama.

Bastó Guerrero á mantener la lumbre,
encendida por ellos en el alma ;
y siguió sus ejemplos imitando,
como un héroe del sur en las montañas.

Tocó á Iturbide consumar con gloria
lo que fuera una espléndida esperanza,
y al desplegar la tricolor bandera
como un redentor símbolo en Iguala,

desde sus tumbas los augustos muertos,
levantando las frentes no manchadas,
repitieron el grito de Dolores :
« ¡ Viva la independencia de la patria ! »

. . . . . .

¿ Qué monumento habrá que conmemore
dignamente tan ínclitas hazañas ?
¿ Qué lira existirá, con la que pueda
un nuevo Homero con amor cantarlas ?

¡ *Oh, Hidalgo* ! ¡ Oh, Padre ! ¡ Oh, Redentor del
que el corazón amante te consagra ! (suelo
¡ Cómo surge apacible en nuestra historia
tu veste negra y tu cabeza blanca !

¡ Con qué entusiasmo van las multitudes
dejando al pie de tu broncínea estatua
admiración y gratitud : dos flores
dignas de tu memoria sacrosanta !

¡ Héroes humildes ! os debemos todo ;
morísteis por salvarnos ! ¡ Nadie iguala

vuestra bendita abnegación ; ninguno
deja de bendeciros con el alma !

Los siglos correrán sin que se borren
vuestros esfuerzos en la historia humana ;
¡ gracias, en nombre de la patria libre !
¡ Por vuestro arrojo y vuestra muerte gracias !

No se pierde en el pueblo la memoria
de los caudillos nobles que lo salvan,
fuera preciso derribar sus montes,
secar sus mares y extinguir su raza ;

sus nombres los repite en cada aurora
la brisa dulce que al correr enarca
la superficie azul, siempre serena,
de los vírgenes lagos del Anáhuac ;

susurran con los vientos de la tarde
del ahuehuetl en las guedejas canas,
y los murmura el bosque centenario
en cada hermoso despuntar del alba !

¡ Héroes humildes ! fué vuestra conquista
la eterna independencia de la patria,
y fuísteis, para orgullo de esta tierra,
mártires dignos de tan noble causa.

En la ciudad lujosa, en el emporio
de la nación por vuestro afán soñada,
una calle recuerda á los viajeros
la epopeya inmortal que os fué tan cara.

Tiene por alto nombre y por escudo
una sublime y mágica palabra ;
vuestra fe, vuestro afán, vuestro martirio,
¡ la gloria de que fuisteis alborada !

¡ Cuántas veces envuelto en mis tristezas
he pensado en vosotros al cruzarla !
¡ Cuántas veces en ella he meditado
en todas vuestras ínclitas hazañas !

¡ Héroes, vivid la vida de la Gloria !
Ya vendrá un bardo de potentes alas,
y nuevo Homero, encontrará en vosotros
el argumento de la nueva ilíada.

Dormid en paz, cubiertos de laureles,
de amor, de bendiciones y de palmas,
prestando augusta sombra á vuestro lecho
la tricolor bandera de la patria.

EL CALLEJÓN DE LOS MISTERIOS

En una calleja obscura,
larga, sucia, abandonada,
como inútil y olvidada
por su constante pavura ;

donde una vez puesto el sol
ó agonizando la tarde,
al pie de una imagen arde
inútilmente un farol,

alza sus macizos muros
un antiguo caserón,
según el vulgo, mansión
toda duendes y conjuros.

Ancho y labrado el portal,
extensas las galerías,
dos patios con arquerías
al estilo medioeval,

tristes y extensos salones
tan obscuros en verdad,
que se ve la obscuridad
salirse por los balcones.

Todo triste en lo interior,
y todo triste por fuera,
como si todo estuviera
quejándose de dolor.

La calle como escondida,
la casa como ignorada,
y en una y en otra, nada
que dé señales de vida.

¡ Ay del que llega á la puerta
y explora el patio sombrío !
¡ sólo el aire húmedo y frío
zumba en la mansión desierta !

Y zumba en queja doliente,
en pavoroso alarido
por el eco repetido
tenaz y lúgubremente.

¿ Quién vive allí ? ¿ á quién no arredra
tanta incuria, tanta sombra ?
Musgo y polvo son su alfombra ;
su solo tapiz la hiedra.

Aun queda en el patio, fijo
á un muro que está en rüinas,
con su corona de espinas
un antiguo Crucifijo.

La soledad, la pobreza,
son su templo y son su altar,
y él parece doblegar,
mirándolas, su cabeza.

No le da el incienso aromas
que á la devoción convidan ;
detrás de su cruz anidan
melancólicas palomas.

Con su monótono canto,
dolorido y plañidero,
en desvencijado alero
turban la quietud del santo.

Tal es el cuadro que abraza
por la tosca cerradura

el que investigar procura
lo que encierra aquella casa.

Y en los labios de las viejas
corren confusas y extrañas
mil ridículas patrañas
y fabulosas consejas.

Nadie á penetrar se atreve,
y en las noches se adivina
tenue fulgor que ilumina
algo que lento se mueve.

Se mira tras las vidrieras,
por tanto polvo empañadas,
cruzar sombras recatadas
que dan quejas lastimeras.

Algo como cirios ; luego
un tropel de informes seres ;
se oyen voces de mujeres
en son de plegaria ó ruego.

Y hay quien cuenta que escuchó
un responso vago, incierto,
y que por el patio un muerto
á lentos pasos cruzó.

Otros con terror decían
que una monja andaba en pena
y en noches de luna llena
junto al Cristo la veían.

Y al más adusto y formal,
las gentes le aseguraban,
que allí las brujas rondaban
en aquelarre infernal.

Sin que faltase en el coro
de tantos comentadores
alguien que hablase primores
de un escondido tesoro.

Ni quien llegase á creer
que en antro tan pavoroso
escondiera algún celoso
á una preciosa mujer.

Habiendo quien afirmara
haber visto en esa calle
un ángel de esbelto talle,
cutis blanco y linda cara.

Gallardo cuerpo gentil,
negros y hechiceros ojos,
y labios frescos y rojos
como una rosa de abril.

En tantas suposiciones
algo de verdad había
que la gente convertía
en necias supersticiones.

Causando á todos terror
con la sombra y el misterio,
lo verdadero, lo serio,
voy á decirlo al lector ;

Ya comenzabo á rugir
sorda, por aquella edad,
la terrible tempestad
nuncio de un gran porvenir.

Ya era una hermosa ilusión
transformar sin fuerza extraña
una colonia de España
en una libre nación.

Como mártires primeros
cumpliendo un deber sagrado
el cadalso habían honrado
Hidalgo y sus compañeros.

Y demandando venganza
se conspiraba de un modo

que creyesen como todo
muertas, la fe y la esperanza.

Y esperanza y fe cautivas
de almas discretas y honradas
estaban atribuladas,
pero potentes y vivas.

La pasión que no se nombra
es verdadera y bendita,
que planta que el sol marchita
sólo florece en la sombra.

Y era muy cuerdo en verdad
al vivir en cautiverio
conquistar en el misterio
el bien de la libertad.

Y se eligió una mansión
triste, olvidada y sombria,
para nutrir cada día
la oculta conspiración.

Ignoraban los cautivos
aquellos planes inciertos
en que eran los vivos, muertos,
y los muertos eran vivos.

Ignoraban que una grey
sin nombre y sin elementos
minaba ya los cimientos
de la inquisición y el rey.

Y que esa grey dividida,
en grupos con fe en la suerte,
retaba audaz á la muerte
por darle á su pueblo vida.

Y el cuartel, el monasterio,
la logia, el templo, el taller,
con nuevo modo de ser
ocultaban el misterio.

Siendo en la angosta calleja
polvosa y abandonada,
un centro, aquella morada
germen de tanta conseja.

Ninguno á los duendes vió
si en altas horas venían
ni si en parvadas salían
cuando el alba despuntó.

Se supo al fin que eran hombres
de posición y respeto,
perdiéndose en el secreto
sus trabajos y sus nombres.

Teniendo el vulgo ocasión
para llamar misterioso
al estrecho, tenebroso,
y olvidado callejón.

LA CALLE DE LA PERPETUA

Una eterna soledad ;
una ancha plaza desierta
y una casa que en verdad
revela que por su puerta
da entrada á la eternidad.

Casa terrible y sombría
que corona un esquilón
que en la noche y en el día
lanza el toque de agonía
de la Santa Inquisición.

Á pobres encarcelados
ninguno asomar los ve,
pues tan sólo enmascarados
salen, para ser quemados
en algún *auto de fe*.

Los muros que azota el viento
no le permiten salir
ni al desgarrador lamento
del que en medio del tormento
miente para no sufrir.

En la noche más serena
un rumor que da sonrojo
parte el corazón de pena :
¡ Siempre cruje una cadena !
¡ Siempre rechina un cerrojo !

Siempre está la pared muda ;
y el antro en silencio eterno ;
la puerta pesada y ruda
es negra como la duda
y horrible como el infierno.

Todo repugna y espanta ;
todo da miedo y pavor
y se anuda la garganta
al llamarle *casa santa*
á la casa del dolor.

La calle está abandonada ;
quien por ella cruza, reza,
y por triste y por odiada
es por el pueblo llamada
de la *Perpetua Tristeza*.

Hasta en nuestra alegre edad
como triste le da fama
su constante soledad,
y el pueblo en nuestra ciudad,
de la *Perpetua* le llama.

En ella surge y domina
la inolvidable mansión
que hoy el saber ilumina...
¡ Se tornó la Inquisición
Escuela de Medicina !

LA FUENTE ENSANGRENTADA

LEYENDA DE LA CALLE DE LA PILA SECA

Cuando una mujer se goza
en dar tormento á las almas
burlando á los que por ella
viven en perpetuas ansias;

cuando miente amor y dicha
al que rendido á sus plantas
como á un dios sobre la tierra
con devoción la idolatra:

cuando promete venturas
y da tristezas amargas,
y las flores que le ofrecen
emponzoña y desbarata,

son tan intensos los males,
son tan hondas las desgracias
que con su conducta aleve
á cada momento causa,

que á su paso sobre el mundo,
como una huella que espanta,
deja una estela de sangre
por su calpa derramada.

Los celos son una fiebre
que ningún remedio calma,

su influjo conduce al crimen
sin medir muro ni vallas.

¡ Ay del que les da cabida !
¡ Ay del amante ó la amada
en quien la negra serpiente
filtra su asquerosa baba !

No hay poder que lo contenga ;
la virtud más firme y alta
no resistirá á su impulso
que toda nobleza empaña ;

áspid escondido, artero,
que devora las entrañas,
lo mismo al rey que al esclavo
en desaciertos iguala.

Cuentan que una linda moza,
verdadero sol de gracias,
que hará menos de dos siglos
fué una perla en Nueva España,

cautivó con su hermosura
á las gentes de prosapia
pues el pueblo ni siquiera
osó de frente mirarla.

Era rica y orgullosa ;
para su tiempo ilustrada ;
hechicera por su trato ;
por su beldad, soberana.

Voluble como las olas,
ninguna llegó á igualarla
en dominar corazones
que de duros blasonaban.

Amáronla á un tiempo mismo
dos donceles de gran fama,
el uno por su linaje,
el otro por sus hazañas.

Uno fué de regia estirpe,
aunque del trono lejana,
el otro allegado á un duque
de gran renombre en España.

Cada cual á doña Elvira
le ofreció un amor sin mancha,
y á los dos, al mismo tiempo,
lisonjeó en sus esperanzas,

Creyóse don Luis amado,
y don Enrique soñaba
ser el único á quien diera
su amor, doncella tan casta.

Una noche á igual instante,
ya con sospechas fundadas,
llegaron ambos amantes
debajo de una ventana.

Retiróse con cautela
don Luis á cierta distancia,
y allí sin ser sorprendido
vió lo que nunca esperara.

Elvira habló con Enrique,
tierna, amable, alegre y franca,
y él la dió un beso en la mano,
y ella acarició su barba.

No bien los vió despedirse
acercóse con audacia,
y al sorprenderlos, la joven
se puso trémula y pálida.

« Juzgué — dijo — noble y pura
á quien es torpe y liviana... »
Iba á seguir, mas no pudo,
que le ahogaron las palabras.

Don Enrique ardiendo en ira
le volvió tal bofetada

que á no ser don Luis tan fuerte
cayera como una estatua.

Buscóse bañado en sangre
y ciego y loco la espada,
y no hallándola, del cinto
sacó florentina daga.

Sobre el rival arrojóse
como una pantera hircana,
dió rienda suelta á sus celos
y le cosió á puñaladas.

Cayó al suelo don Enrique,
y don Luis tuvo la infamia
de rematarlo tendido,
de los celos con la rabia.

Al lado de aquel cadáver
con tristeza murmuraba
la fuente que en la calleja
daba á los vecinos agua.

Lavóse en ella las manos
el matador con gran calma,
sin advertir que la sangre
era tan espesa y tanta.

que al despuntar en oriente
los rayos de la alborada
el líquido estaba rojo
dando susto y repugnancia.

La justicia inquirió al punto
del negro crimen la causa,
que cuentan terminó en breve,
no cual todos anhelaban.

sino dejando á la víctima
en una tumba olvidada,
á don Luis en su palacio
y á la doncella en su casa.

Contáronse mil consejas
terror de la gente baja
acerca de los espantos
de la fuente ensangrentada.

diciendo que por las noches,
como purpurina lava,
mirábase hervir en ella,
dando terror, sangre humana.

No volvió ningún vecino
á tomar en ella el agua,
ni á consentir que ninguno
la sacara para nada.

La conseja pudo tanto,
que la autoridad fué blanda
y cortó las cañerías
dejando la fuente exhausta,

Hoy ya ni memoria existe
del lugar de aquella infamia,
se sabe que en él alzaron
con el tiempo nuevas casas.

Queda la calle que entonces
fué una obscura encrucijada
y que de « la Pila Seca »
en nuestro tiempo se llama.

LA CAJA MILAGROSA

LEYENDA DEL EX-CONVENTO DE LA CONCEPCIÓN

I

Para honrar la siempre limpia
Concepción inmaculada
en la hermosa y opulenta
capital de Nueva España,

un vecino muy devoto
y de riquezas muy vastas,
trató de hacer un convento
digno de gloria tan alta;

y comprando unos solares,
y al rey demandando gracia,
logró dar cima á su anhelo
sin medir riesgos ni vallas.

Llamábase aquel buen hombre
Juan Aguirre de Suasnaba,
pródigo en las caridades,
y en las costumbres, sin tacha.

Cuando con gran regocijo
miró su obra comenzada
y dió fin á los cimientos
y forma á sus esperanzas,

la segur, que no respeta
glorias y dichas mundanas,

cortó el hilo de su vida,
por cierto envidiable y grata.

Tocó á sus más allegados
heredar cuanto dejara,
y ya ricos, no quisieron
proseguir obra tan santa.

Quedó en punible abandono
la nueva y costosa fábrica,
sin que de ponerle término
se dijera una palabra.

Los dueños de la fortuna
fuéronse á tierras extrañas,
y nadie creyó que hubiese
quien á Aguirre reemplazara.

Apagáronse de un soplo
las ilusiones doradas
de cuantos vieron seguía
del nuevo templo la fábrica.

Y en las más nobles familias
con dolor se comentaba
la conducta de los deudos
del propio interés avara.

Las pudorosas doncellas
que con delicia y con ansia
soñaron en vestir pronto
manto azul, túnica blanca,

y habitar del nuevo claustro
la quieta y feliz morada,
al saber la triste nueva
vertieron secretas lágrimas.

En esos tiempos remotos
del mundo en la mar sin playas,
para encaminarse al cielo
era el convento la barca;

la celda, puerto y refugio
de la vida en las borrascas ;
y la fe, radiante estrella,
nuncio y galardón del alba.

En los tristes desengaños,
en las dudas más amargas,
en la orfandad sin apoyo
y el amor sin esperanza,

cuando todos los dolores
á un tiempo el ánimo embargan
y la razón obscurece
y las virtudes desmayan,

el claustro fué la piscina,
el Jordán de frescas aguas
en que encontraron alivio
los hondos males del alma.

Y las vírgenes más bellas,
las azucenas más castas,
en sus floridos abriles,
en su edad más dulce y grata,

encerrábanse en las celdas
como en tumbas solitarias,
viviendo en completo olvido
sin ambiciones bastardas ;

y allí, sin decir á nadie
la historia de sus desgracias,
era su ilusión la muerte
y el martirio su enseñanza.

Tarde por tarde, iban muchos
á ver en desierta plaza,
frente á la modesta ermita
que á nuestros tiempos alcanza.

los comenzados cimientos
de la nueva mansión sacra

que iba á honrar la siempre limpia
Concepción inmaculada ;
y para excitar el celo
de gentes ricas y santas
que con su cuantiosa hacienda
el monasterio acabaran,
una fiesta organizóse
invitando á la más alta
sociedad de la opulenta
capital de Nueva España.

II

En medio de gran gentío
un viejo orador sagrado
dice así con voz sonora
y con inmenso entusiasmo :

— « No es cierto que nadie quiera
esta obra llevar á cabo,
que hay alguien á quien le sobran
elementos para el caso.

» Allí escondido entre muchos
acierto á ver á mi hermano ;
le conocéis casi todos,
le llaman Simón de Haro ;

» es un minero muy rico,
y es además buen cristiano,
y va á encargarse de todo
lo que otros abandonaron.

» ¿ Que habrá que gastar dinero
¡ nada importa ! ¡ tiene tanto !
y además pueden sus minas
darle cuanto es necesario.

» Él terminará el convento,
él lo hará, puedo jurarlo,
y tal vez desde mañana
ocupe aquí muchos brazos ».

Volvieron todos el rostro
á don Simón, contemplando
que estaba absorto y confuso
con un sermón tan extraño.

Y prodigándole encomios,
y apretándole la mano,
por su decisión tan noble
todos le felicitaron.

Sin dar á nadie respuesta,
confuso, atónito, pálido,
al ver ya fuera del púlpito
á quien movió tal escándalo,
fuése saliendo á su encuentro
de esta guisa á interpelarlo :
— Si sabes que soy muy pobre,
pues muy exiguo es mi erario,

¿ por qué de erigir conventos
me impones el duro encargo
cuando en mi caja no quedan
más que muy pocos ducados ?

— Yo no he dicho una palabra.
— ¡ Estás loco ! te escucharon
todos los que aquí han venido
y que no son muy escasos.

— Pues te juro que no dije
ni una frase...
— Has dicho tanto
que todos me reconocen
como un rico nada avaro
que va á construir el convento.

— En esto pienso que hay algo
misterioso, incomprensible.

— Lo que dijeron tus labios
todo el mundo lo comprende.

— Yo no lo he dicho.
— Habla claro.
— Sospecho que las palabras
que oyeron todos, hermano,
las ha dicho por mi boca
el mismo Espíritu Santo.
— ¿ Será posible ?
— No dudes,
porque yo ni lo he pensado,
y al decir que nada dije
con esta verdad me salvo.

Dios será quien te proteja.
— Yo estoy muy pobre y no guardo
en caja sino muy poco,
ven á ver mi caja.
— Vamos.

De don Simón á la casa
bien pronto se encaminaron,
y abriendo una tosca puerta
entraron á húmedo cuarto.

Vieron los dos una caja
abandonada en un ángulo,
forrada en vetusto cuero
y llena de toscos clavos.

La abrió don Simón, y al punto
saca con su propia mano
cerca de catorce duros
que allí estaban encerrados.

— ¿ Basta para un monasterio
este pequeño puñado ?
Y antes de que á tal pregunta
diera respuesta su hermano,

dentro de la antigua caja
oyeron un ruido extraño

y los espantados ojos
á un tiempo volvieron ambos.

De escudos limpios y hermosos
halláronla rebosando,
y postráronse de hinojos
absortos de aquel milagro.

Vaciáronla varias veces,
y en cada vez la encontraron
llena de nuevas monedas
que arrojaba ignota mano.

— Con esto se hará el convento.
— Y la obra llevaré á cabo.
— Alabemos á la Virgen,
— Y al Señor tres veces santo.

Con lágrimas en los ojos
y trémulos y rezando,
el clérigo y el minero
salieron al fin del cuarto.

Se dió principio á las obras,
y en menos de quince años
se alzó el templo y el convento
de la Concepción llamado.

Y en el espléndido coro,
las monjas siempre guardaron,
como caja milagrosa,
portento admirable y raro,

la que durante las obras
sola se estuvo llenando
hasta que la última piedra
se puso en el templo santo.

Y esta conseja la citan
haciendo mención del caso
autores que en nuestro tiempos
pasan por doctos y sabios.

LA ALAMEDA

AL ERUDITO Y GALANO
ESCRITOR JESÚS GALINDO Y VILLA

El veintisiete de enero
de mil quinientos noventa,
amaneció engalanada
la ciudad de los aztecas.

En ventanas y en almenas
en cornisas y balcones,
el viento agitaba alegre
gallardetes y banderas.

Las artísticas vajillas
formaban marco á las puertas
sobre crujientes y largas
cortinas de roja seda.

Y como toldo fragante
que embalsama y refrigera,
arcos de palma y de tule
sembrados de flores frescas.

Vibrando en todas las torres
las campanas vocingleras
y poblando los espacios
los tronadoras centellas ;
en las plazas y en las calles,
en árboles y azoteas,

los curiosos agrupados
un cuadro raro presentan.
Y se escucha en todas partes
ese rumor que semeja
en las gentes y en las olas
vida, movimiento y fuerza.
Tanto alborozo en el pueblo,
tanta dicha en la nobleza,
estribaba en un motivo
digno en verdad de tal fiesta.
Iba á entrar un Virrey nuevo
y nacido en esta tierra,
circunstancia en aquel siglo
tan rara como estupenda.
Hijo de un Virrey ilustre,
tocóle por grata herencia
el llevar su mismo nombre,
blasón de intachables prendas ;
Luis de Velasco, el segundo,
vino creyendo insurrecta
la Nueva España y por grandes
conspiraciones revuelta.
Por orden del soberano
su nave no fué derecha
á la Veracruz, temiendo
ser de los indianos presa.
Llegó al Pánuco, allí supo
que era una invención la guerra
y que toda la colonia
estaba tranquila y quieta.
Quiso á Veracruz volverse,
mas lo impidió una tormenta,
y desembarcó en la costa
más lejana y más desierta.
Sufriendo las amarguras
de que en sus cartas se queja,

llegó en dilatado plazo
de la ciudad á las puertas.

La encontró llena de galas,
rica, tranquila, contenta,
feliz, porque un hijo suyo
iba á darle dichas nuevas.

De Méjico por las calles
pasó don Luis entre inmensa
multitud, que lo aclamaba
orgullosa y satisfecha.

De su arrogante caballo
á pie llevaban las riendas,
junto á Leonel de Cervantes,
Pablo Torres y Luis Sesma.

Alcaldes y licenciados
sus palafreneros eran,
y á su paso, le regaban
flores las damas más bellas.

En verdad que don Luis supo
pagar á tan claras muestras
de distinción, con sus obras
honradas, justas y rectas.

Él hizo en muy breve tiempo
la paz con los chichimecas,
y la justicia á los indios
normó con leyes severas.

Grato á Felipe Segundo
que estaba en terribles guerras
y sin cesar le obligaba
á que engrosara su hacienda,

dobló, por obedecerle,
los tributos, sin que fuera
ningún influjo bastante
para impedir tal gabela.

A conquistar Nuevo Méjico
mandó con oro y con fuerzas
á su adicto Juan de Oñate
que salió bien en la empresa.

Y amando, como ninguno
esta ciudad, do naciera
buscó por todos los medios
darle renombre y belleza.

« Quiero que los habitantes
de Méjico — dijo — tengan
un sitio de desahogos
que á la ciudad ennoblezca ».

Y una tarde (once de enero
de noventa y dos) aprueba
sus proyectos el cabildo
y el Virrey contento queda.

El *Tianguis de San Hipólito,*
mercado que estuvo fuera
de la *Traza* y destinado
á gente pobre y plebeya ;

lugar que en tiempos obscuros
alumbró la luz siniestra
que en él vertió el santo oficio
con sus terribles hogueras,

fué entonces el escogido
para realizar la idea
del buen Virrey que anhelada
embellecer á su tierra.

De la mitad del terreno
pronto la ciudad fué dueña,
y don Luis al punto quiso
dar de sus alientos prueba.

Alzó en su torno un cercado
con zanjones y con puertas,

mandó luego que en sus centros
hermosas fuentes se abrieran.

Sembráronse dos mil álamos
para darle sombra fresca
y saúces que esparcieran
su romántica tristeza.

Cien años después el noble
marqués de Croix, que gobierna,
con la otra mitad del Tianguis
jardín tan bello completa.

Y dicen los que lo vieron
que en mil setecientos treinta
semejaba aquel paraje
la más encantada selva.

Duplicáronse los álamos
al sol de las primaveras,
y eran tantos, que á aquel sitio
llamó el pueblo la Alameda.

Allí los hijos dolientes
de la capital azteca
daban sus primeros pasos
y sus miradas postreras.

¡Oh vergel de nuestros padres!
¡cuantos recuerdos encierras!
¡cuántas memorias escondes
en tus floridas callejas!

El soñador estudiante,
la recatada doncella,
el octogenario enfermo,
la anciana que orando tiembla,
el niño que con sus juegos
á sus padres embelesa,
el doncel enamorado
y la moza coquetuela;

lo mismo el que nada quiere
como el que rendido espera ;
y el que del tiempo pasado
las veleidades recuerda.

en ti buscan grata sombra,
bajo tus fresnos se sientan
mirando alegres ó tristes
tus hoy mustias arboledas.

Cuando la callada noche
te envuelve en sus sombras densas,
parece que en tu recinto
un fantasma se pasea.

Es un recuerdo que surge,
una memoria que llega
del que fundó el ancho parque
para gala de su tierra.

Don Luis Velasco, el segundo,
que de su rey mereciera
ser al Perú trasladado
por sus relevantes prendas.

¡ Oh parque de mis mayores
los hados benignos quieran
que lejos de ti no acaben
las horas de mi existencia !

Ya en tu derredor se escuchan
los dulces himnos que elevan
la paz, la unión y el trabajo
á la ciudad que tú alegras.

Nada interrumpa ese coro,
nada esos himnos suspenda
y cántenlos nuestros bardos
á tu sombra dulce y fresca !

DEL PATÍBULO Á SU CASA

LEYENDA DE LA CALLE DE SAN JUAN NEPOMUCENO

I

Todo el que vuelva los ojos
hacia los tiempos pasados,
y busque en la Nueva España
de ciencia y progreso rastros,

hallará entre muchas sombras
llenas de dolor y llanto,
la hoguera á cuyos reflejos
calla el pensamiento humano.

Es la inquisición; su nombre
infunde terror y pasmo,
porque á nobles y plebeyos
por igual lleva á sus antros.

Del décimo sexto siglo
á los setenta y un años,
Pedro Moya de Contreras
ese tribunal nos trajo.

Lo instaló en Santo Domingo
con gran pompa y aparato,
y para mengua del pueblo
duró allí dos siglos largos.

Muy frecuentes y terribles
eran los famosos autos
contándose por millares
los tristes penitenciados ;
ni edad, ni sexo, ni méritos
allí jamás se estimaron,
sufriendo iguales torturas
los mozos y los ancianos ;
las vírgenes más hermosas,
los donceles más bizarros,
fueron por el santo oficio
de igual manera humillados ;
y aun hubo inocentes niños
que por delitos extraños
á la cárcel ó al destierro
sin piedad los condenaron.
Leonor Martínez, chicuela
de nueve abriles escasos,
por ser sus padres judíos
pagó tal culpa muy caro.
Sentenciáronla los jueces
á destierro ilimitado,
y oyó tan dura sentencia
con vela verde en las manos ;
montada sobre una mula,
con los breves pies descalzos,
vestida con sambenito,
y amordazada y llorando.
También Gaspar de los Reyes,
fray Gaspar de Alfar llamado,
que por ser demente, dijo
que era inmortal y era santo,
en tribunal tan terrible
como hereje lo juzgaron,
y pereció entre las llamas
sin defensa y sin amparo.

Así muchos, sin delito,
á tan odioso cadalso
subieron sin que pudiesen
por nadie ser libertados.
Desde el humilde pechero
á los próceres más altos,
al nombrar al santo oficio
se estremecieron de espanto.
Y entre los muchos que fueron
á la hoguera por relapsos,
se cuenta de alguien que pudo
salir de allí sano y salvo.
Es tan célebre por único,
y es tan especial el caso,
que sin trama de novela
me atrevo aquí á relatarlo.
Famosos historiadores
como cierto lo contaron,
y como cierto lo digo
sin difusos comentarios.
En la cátedra sagrada
alguna vez lo han citado,
y yo á mis rudos romances
para el pueblo lo traslado.

II

En mil setecientos treinta,
á fines del mes de mayo,
hubo en la ciudad de Méjico
un incidente muy raro.
Al clérigo Juan Aciber,
hombre bueno, docto y sabio,
por los ricos y los pobres
con tierno amor venerado,
lo sentenció el santo oficio
á que perdiera los hábitos

en público, degradándole
por sus enormes pecados.

á recibir cien azotes
por sus constantes escándalos,
y á ser presa de las llamas
por hereje y por relapso.

En la societad entera
la sentencia causó espanto,
pues el clérigo era un justo
y en caridades preclaro ;

nadie creyó en los delitos
que sus jueces le achacaron,
pero ninguno se expuso
á ser indiscreto y franco.

Su crimen — según se dijo
en un edicto muy largo, —
era rezar noche á noche,
á un ser cual todos humano ;

encomendarse devoto
á un clérigo, á que un malvado
le mandó arrancar la lengua
que calló ajenos pecados.

Aquel mártir del secreto
que supo morir callándolo,
era el culto favorito
del clérigo mejicano.

Ya en Roma, por justo premio,
lo declaraban beato,
y señalaban su muerte
como el ejemplo más alto,

á todos los confesores
que tiene el mundo cristiano.
Nuestro clérigo no hallaba
culto de mayor agrado,

y le rezaba contrito
su excelsa muerte admirando,
y así lo dijo á los jueces
sin temor de haber pecado.

— ¡ Hereje ! — gritó al oírlo
uno que estaba juzgándolo —
¡ Adorar á un hombre !
— ¡ Á un hombre !
que es divino por sus actos !

— ¡ Blasfemo !
— Muerte en las llamas
— Que lo quemen por relapso.
— ¡ Que ya no vista sotana !
— ¡ Si, que le quiten los grados !

Y en obscuro calabozo
mucho tiempo lo encerraron,
hasta que llegó el instante
de conducirlo al cadalso.

Iba en medio de la gente
en una mula montado
con el sambenito puesto,
sucio, harapiento y descalzo.

Pero con la frente erguida,
risueño el semblante franco,
y oyendo llorar á todos
los que encontraba á su paso.

Ya cerca del quemadero
corriendo en ágil caballo
llegó un hombre, y le dió á alguno
un pliego que oculto trajo.

Al momento al pobre reo
de la mula desmontaron,
quitáronle el sambenito,
vistiéronlo con sus hábitos,

dijéronle que se fuera
á su casa sin retardo,
y cuantos le custodiaban
quisieron besar su mano.

Las gentes, sin darse cuenta
de lo que estaba pasando,
rezaban gritando el Credo
entre sollozos y llantos.

Y el clérigo, muy humilde,
la frente y los ojos bajos,
á la iglesia más cercana
se dirigió paso á paso.

Era que al ir á la hoguera,
la Mitra supo, entretanto,
que ya Juan Nepomuceno
estaba canonizado ;

que el pontífice decía
que á Dios causaban agrado
los que á tan augusto mártir
dieran culto sin descanso ;

que se enseñara su ejemplo,
y en altares y en claustros
se venerara su imagen
como grande entre los santos.

El santo oficio, confuso
y absorto ante aquel milagro,
colmó de satisfacciones
al clérigo sentenciado.

Y á la calle solitaria
donde fué á acabar sus años,
de « San Juan Nepomuceno »
en recuerdo le llamaron.

LA CARTA DE ULTRA-TUMBA

LEYENDA DE LA CAPILLA DE SAN ANTONIO EN EL EX CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Dentro de los toscos muros
del más famoso convento
que en Nueva España fundaron
ejemplares misioneros,

en amplia y austera casa
de hombres piadosos y buenos,
hermanos de san Francisco
y de Jesucristo siervos,

noche á noche se rezaba
congregados en el templo,
cuando sonaban las ocho
la plegaria por los muertos.

No dejaba un religioso
en tan solemnes momentos
de asistir á aquella cita
obligatoria en su gremio,

en una obscura capilla,
con altar de paños negros,
sustentando un crucifijo
de marfil, clavado en ébano,

al resplandor amarillo
de cuatro cirios ardiendo

y en dos filas los sitiales
simétricamente puestos.

Á tan lúgubre recinto
entraban frailes y legos
semejando entre las sombras
larga procesión de espectros ;

con un libro en una mano,
con una cruz sobre el pecho
y en la otra mano el rosario
enredado entre los dedos.

Se escuchaban las pisadas
en el duro pavimento
poblando las altas bóvedas
los acompasados ecos.

Un sitial sobresalía
de la capilla en el centro
que del fraile de más rango
era el jerárquico asiento.

Un órgano allá en un ángulo
por las tinieblas envuelto,
como voces de otros mundos
lanzaba tristes acentos.

Y como rumor de abejas,
ronco, monótono, seco,
á compás, siempre lo mismo
se comenzaban los rezos.

Sonaban ilustres nombres
de religiosos egregios
que aceptaron el martirio
para conquistar el cielo ;

de esforzados paladines
que entre réprobos murieron
en apartadas regiones
predicando el Evangelio ;

de apóstoles admirables
que de Dios el santo reino
mostraron á los infieles
con su palabra y su ejemplo;
de los ínclitos varones

que á Nueva España vinieron
y que cruzaron descalzos
desde Veracruz á Méjico.

Valencia, las Casas, Gante,
Sahagún, Benavente, Olmedo
y tantos otros, que gloria
y vida dieran al pueblo,

eran allí recordados
y con unción y respeto
para sus almas pedían
la luz y el descanso eterno.

Una noche, cuando estaban
los frailes en tales rezos,
lanzaron de pronto un grito,
palmaria expresión de miedo.

La diestra huesosa y trémula
alzaron todos á un tiempo
señalando en el espacio
algo, flotante y siniestro.

Era la mano de un hombre
con manga de hábito viejo
y sin que nadie acertara
á mirar tras ella un cuerpo.

Sólo un brazo con su mano
flotaba en el aposento
y en esa mano una carta
sellada con lacre negro.

El prior, disimulando
su temor, habló el primero,

y estas concisas palabras
sus hermanos recogieron :

« Esa carta es de ultratumba
y nos la manda algún muerto ;
acercaos uno tras otro
y recójala su dueño ».

Descendió el brazo flotante
y ya en la mitad del templo,
junto á él fueron pasando
todos los frailes aquellos.

Cada cual al acercarse
trataba con raro esfuerzo
de recoger esa carta
venida con tal misterio ;
mas al ir uno tras otro
á tomarla con respeto
el brazo se retiraba
con pausado movimiento.

Ninguno de los presentes
miró su afán satisfecho
y el prior ordenó entonces
que fuera un hermano lego.
á llamar á dos que estaban
en sus celdas por enfermos,
pues pudiera ser que alguno
tuviera que ver en esto.

Pronto los dos religiosos
á la capilla vinieron,
y la mano dió la carta
con rapidez al más viejo.

Arrodilláronse al punto
los frailes de asombro llenos,
y el elegido, entre tanto,
leyó la carta en silencio.

Cuando acabó, dijo á todos :
— « Hermanos : perdón si os dejo ;
voy á hacer un largo viaje
ignorando rumbo y término.

« Rezad por mí, con el mismo
fervor que por todos rezo,
pero rezad al instante,
pues tardaré mucho en veros ».

Y al decir estas palabras
cayó inerte como muerto,
y para prestarle auxilio
todos á verle acudieron.

¡ Con qué asombro no verían
que sólo en el pavimento
el fraile dejó los hábitos
y despareció su cuerpo !

Pasmados y confundidos
los que tal prodigio vieron,
con lágrimas en los ojos,
temblando ante tal misterio,

sin explicarse el milagro,
quedaron en aquel templo
con el espanto en el alma
y las frentes en el suelo.

EL VIRREY EN LA INQUISICIÓN

LEYENDA DE LA PLAZUELA DE SANTO DOMINGO

En los más favorecidos
y más populosos centros
de la muy rica, famosa
y noble ciudad de Méjico,

corren ya de boca en boca
los más infundados cuentos
que á pisaverdes y ociosos
están de pasto sirviendo;

en los portales, de noche,
por la mañana en los templos
y por la tarde en las calles
del Refugio y los Plateros,

escúchanse las consejas,
las fábulas, los enredos
que componen y entretejen
al par los nobles y el pueblo.

Con razón á tales sitios,
la gente que tiene seso,
en toda ocasión les llama
corrales del mentidero.

Gobierna con gran pericia,
de la Nueva España el reino,
un militar aguerrido,
inteligente y enérgico.

El marqués de Croix, famoso,
hombre de origen flamenco,
y que brilla y sobresale
por elegante y apuesto,

el año sesenta y seis,
del siglo anterior al nuestro,
tomó el veintitrés de agosto
en Otompan el Gobierno.

Y con previsión y tacto
quiso imponer desde luego
la disciplina que entonces
faltaba tanto al ejército.

Enemigo de la leva,
pronto decretó el sorteo
y señaló los jornales
debidos á los mineros.

Oponiéndose á esas leyes
nuevos disturbios surgieron
y en Valladolid y Pátzcuaro
hubo motines muy serios.

Quejóse el Virrey al trono
con humildad exponiendo,
que necesitaba tropas
para no mirarse en riesgo.

Ya en el Mineral del Monte
un alboroto tremendo
había orillado á la muerte
á don Pedro de Terreros.

Á rico tan bondadoso,
tan filántropo y tan tierno,

que cifraba su ventura
en curar males ajenos,

salió don Ramón de Coca
á defenderle, y fué muerto,
causando luto á Pachuca
donde era alcalde primero.

El Rey, sabedor de todo,
del Marqués cedió al deseo
y mandó en respuesta infantes
y dragones y artilleros.

Guadalajara y Castilla,
Granada y Zamora dieron
lo más útil de sus tropas
para guarnecer á Méjico.

La expulsión de los jesuítas,
preparada en el misterio,
y en toda la Nueva España
hecha en un mismo momento.

inquietó todos los ánimos,
encendió todos los pechos
y al Marqués le fué preciso
ser con todos muy discreto.

Al comentarse en el vulgo
tan alarmante suceso,
no faltó quien acusara
de hereje á Carlos Tercero,

ni quien sin temor dijera
que por Dios, pedazos hecho,
iba á derrumbarse el trono
en que tanto ofendió al cielo.

Mas nada pasó al monarca,
quedó en paz su vasto imperio
y al marqués de Croix ninguno
lo vió débil y con miedo.

Entretanto, de este modo
se hablaba en el mentidero
por los ricos y los pobres,
los nobles y los plebeyos :
— Ya tiene muchos soldados
el desalmado extranjero.
— Quien no respeta á la iglesia,
no ha de respetar al pueblo.
— Dicen que su soberano
le tiene cariño inmenso.
— Como que ha de acompañarle
alguna vez al infierno.
— Eso es tan claro y seguro
somo el sol.
— Ya lo veremos
si no llama á los jesuítas
llegando á su último extremo.
— Pero señor, quién diría,
y todos lo estamos viendo,
que se mandara á un hereje
á gobernarnos en Méjico.
— En san Luis y en Guanajuato
están las cosas ardiendo.
— Hubo un motín en Uruápam.
— Y en Valladolid no menos.
San Luis de la Paz ya tiene
sobre las armas...
— ¡ Silencio !
allí vienen dos esbirros
que también irán al fuego.
— Dicen que el Marqués no gusta
de hacer visitas al templo,
— Con razón ; se le aparece
en cada altar un espectro.

Ojalá lo trasladaran
á otra parte...
— No está lejos
el instante de ordenarle
que á alguno le deje el puesto.
— Un gran escándolo ha habido
en el palacio.
— Sabremos.
— Hoy, miércoles de ceniza
temprano al palacio fueron
¿dos canónigos llevando
á su excelencia el memento.
— Y bien...
— Los tuvo dos horas
esperando...
— ¿ Será cierto ?
— Dos horas lo han esperado
como si fueran dos legos.
— Algún asunto muy grave.
— ¡ Qué asunto ni niño muerto !
— ¿ No recibió la ceniza ?
— De mal talante y mal gesto.
— Pero ya lo han castigado.
— ¿ Lo han castigado ?
— Y bien presto.
— Ya lo citó el Santo Oficio.
Y hoy mismo allí lo veremos.
. . . . . .
. . . . . .

Con semejantes rumores
de que el Virrey era un reo
que la Inquisición llamaba
como al más triste pechero,
acudió en masa la gente
llenando en muy poco tiempo

la plaza y calles vecinas
del edificio siniestro.

No se dejó esperar mucho
el Virrey ; todos oyeron
los toques que eran anuncio
de su salida, y contentos

se dijeron en voz baja :
— « ¡ Ya viene ! lo pondrán preso
ó tal vaz arda en la hoguera
de sus pecados en premio ».

Llegó el Marqués escoltado
por dragones y artilleros,
que abocaron los cañones
en determinados puestos ;

y entró el de Croix al edificio,
alegre, altivo, sereno,
y subió á la obscura sala
do juzgaban á los reos.

Halló en torno de una mesa
á los oídores severos,
con dos velas frente á un Cristo,
y todo entre paños negros.

— Señores, vengo á la cita
y no he de robaros tiempo,
pues bastarán diez minutos
para que todo arreglemos.

— Es que es largo...

— Nada importa ;
diez minutos... ya he dispuesto
que si al pasar ese plazo
á mi palacio no he vuelto,

los cañones que he traído,
sobre esta casa hagan fuego

hasta derribar los muros
y sepultarnos en ellos.
— Su Excelencia obró con juicio.
— ¿ Qué me queréis ?
— Gran acierto
tiene en todo Su Excelencia...
— Hablad...
— Os agradecemos
que hayáis venido, y sois libre
de retiraros...
— Yo tengo
que saber á qué me llaman.
— Pues... por el gusto de veros.
— Es decir, que ha terminado
la audiencia...
— Desde el momento,
señor, en que habéis venido
con abogados tan buenos.

Les volvió el Marqués la espalda,
ganó la calle ligero
y se regresó á palacio
tranquilo, sano y risueño.

Cuentan que al subir al coche
encontró á sus artilleros
con las mechas preparadas
para comenzar el fuego.

Tanta burla al Santo Oficio
llenó de placer al pueblo,
que vió al Marqués desde entonces
con cariño y con respeto.

Y que más tarde su nombre
repitió con leal afecto,
pues el de Croix fué tan hábil
como honrado y como enérgico.

LA CALLE DE LA ENCARNACIÓN

I

Está la noche serena;
el viento apacible y grato
calma al agitar sus alas
los rigores del verano.
La corte de Nueva España
celebra un suceso fausto
que alegra lo mismo al pueblo
que á los próceres más altos.
Tras inminentes peligros,
la salud recobró al cabo
la Virreina, dama hermosa,
todo bondad y recato.
Médicos y confesores
creyeron tan grave el caso,
que su incomprensible alivio
les fué patente milagro.
Diéronse al cielo las gracias
con triduos y con trisagios
á que asistieron los nobles
en Catedral y el Sagrario.
No bien acabó la iglesia
dió principio lo profano,
y fueron los regocijos
tan generales y tantos,

que el Virrey y su consorte
viéronse al fin obligados
á pagar tantas finezas
con un brillante *sarao*.
Era de verse el conjunto
soberbio, artístico y raro
que en tal fiesta presentaban
los salones de palacio.
La corte del rey Felipe
hubiéralos envidiado
por la pompa y por el lujo
de damas y cortesanos.
Ricos hubo en Nueva España
que gran renombre alcanzaron,
sin que igualarles pudieran
en Madrid los de más rango.
Á los dueños de las minas
de Fresnillo y Guanajuato
y á los de las opulentas
del Real del Monte y de Taxco,
gustábales hacer gala
de su fortuna en los casos
más propios para lucirla,
que en vanidad no eran parcos
En damas y en caballeros
brillaban como los astros,
esmeraldas y diamantes,
amatistas y topacios.
Costosas telas de seda
en calzas, vestes y mantos;
y perfumando el ambiente
los abanicos de sándalo.

Entre todos los galanes
era el mejor por su garbo,
por su arrogante apostura
y por su exquisito trato,

su excelencia chica, un joven
del Virrey, hijo mimado
á quien todos le decían
familiarmente « don Carlos ».
— Miradlo bien — murmuraba
con otros un corrutaco : —
no deja de hablar con ella.
— Y le habla con entusiasmo.
— ¿ Y quien es ella ?
— La niña
más hermosa que ha pisado
este salón.
— ¡ Es muy linda !
— ¡ Qué cutis tiene tan blanco !
— ¿ Y los ojos ?
— Son dos soles.
— ¿ Y la boca ?
— Ni el granado
tiene capullos más rojos
que tan hechiceros labios.
— Cuentan que no le disgusta
el mozo que le está hablando.
— Mienten, porque ama en secreto.
— ¿ Á quién ?
— Eso me lo callo.
— ¡ A ti !
— ¡ Ojalá ! tanta dicha
ni cuando sueño la alcanzo.
— Pero ¡ con cuánta insistencia
conversa con ella ufano
su excelencia chica !
— ¡ Un tonto !
— ¡ Un relamido !
— Un...
— Más bajo,
que nos oyen.
— Nada importa ;

tenemos los convidados
derecho á ser como siempre
justos, imparciales, francos.
— Don Carlos está en su casa.
— Es de todos el palacio.
— Pero el Virrey es su padre.
— Es que si medimos rangos
puedo ganarle en abuelos
y en nietos, si á cuentas vamos.
— Estás celoso.
— ¿ Celoso ?
— Mira cuán vivo es don Carlos,
ya sale á bailar con ella,
y no la suelta del brazo.
— Ella está como muy triste.
— Es verdad... sus ojos bajos,
su silencio ; ese semblante
como de mujer de mármol
revelan que sufre.
— Y sufre
pues todo en ella es amargo.
— ¿ Y cuál es su nombre ?
— Clara !
— Es muy breve.
— Y es muy diáfano.
— ¿ Y dónde vive ?
— Muy cerca,
á tres calles de palacio,
en la Encarnación, esquina
á Santa...
— Basta, ya caigo.
Alguna vez yo la he visto
en su balcón, y he pasado
por la noche, y os lo juro,
la sorprendí conversando
con alguno.
— Con su novio,

— No tiene nada de extraño.
Pero mira, acabó el baile.
Don Carlos va paso á paso
conduciéndola á su asiento.
— ¿ Hay alguien más descarado ?
— ¿ Qué pasa ?
— ¿ No ves la rosa
que Carlos tiene en la mano ?
Se la arrebató...
— Bien dicho,
porque ella no se la ha dado.
— Es príncipe y se aprovecha.
— Pero esto ya es un escándalo.
— ¡ Qué tiempos, señor, qué tiempos !
— Se van los músicos.
— Vámonos.

Y mientras se retiraban
los más de los convidados
por las anchas escaleras,
bajó galante don Carlos
á Clara, cuya familia
agradecida á tal rasgo
ensalzaba la finura,
la amabilidad y el trato
del hijo de quien entonces
era en Méjico el más alto.
Clara con frialdad notoria
tendió á su galán la mano,
y éste, al partir el carruaje,
dijo lleno de entusiasmo :
— « Mía serás, ó de nadie ;
juro ante Dios que me caso
y si mi padre se opone
tan ciego estoy, que me mato ».

Y cuando á pocos instantes
estaba todo apagado,

sin que nada interrumpiera
el silencio en el palacio
inquieto y como con fiebre
salió de nuevo don Carlos
y á la casa de su dama
se dirigió cabizbajo.
En las pulidas baldosas
bien resonaban sus pasos ;
y al resplandor de la luna
lanzaba argentados rayos
saliéndose de la capa
el estoque toledano.

II

No bien llegó de la fiesta,
á su balcón salió Clara,
y habló con un caballero
con temor y en voz muy baja.
— Mucho esperaste Gonzalo.
— Mis horas sin ti son largas,
mas si estuviste dichosa
ni en cuenta habré de tomarlas..
— ¡ Dichosa sin verte ! ¡ nunca !
— ¿ Me extrañaste ?
— Con el alma,
porque ni aliento ni vivo
sin tu voz ni tus miradas...
— Eres tú tan hechicera.
— ¡ Adulador !
— Son tus gracias
de tal modo irresistibles,
que á donde quiera que vayas
tendrás mil adoradores...
— Ni los tengo, ni me agradan,
tuya soy en pensamiento

y mi fe nunca te falta.
— Lo sé bien y lo que digo
no es un reproche. Esperaba
pensando cómo estarías
en palacio cortejada.
Seguro estoy de que ha sido
tu galán, ese á quien llaman
su excelencia chica ; juro
que con melosas palabras
y maneras y...
— Celoso.
— Ese don Carlos se basta
para hacer de enamorado
dentro y fuera de su casa.
— Es verdad, bailó conmigo ;
algo me habló, pero nada
obtuvo como respuesta ;
pues puede el mismo monarca
venir á pedir mi mano
dejando el trono en España
y al Rey diré lo que á todos :
tengo un amor en el alma.
y ese, será hasta la muerte
para Gonzalo de Tapia !
— Gracias, hechicera mía ;
de rodillas te doy gracias.
Y no le temo á este Carlos
ni á otro mejor que más valga.
— Gonzalo, si tú supieras
que en esta noche me alarma
un triste presentimiento ;
estoy inquieta, turbada,
como si esta ocasión fuera
la última en que nuestras almas
se dicen sus sentimientos.
— ¿ Pero á que temes ?
— ¡ Hay tantas

gentes que son tan nocivas !
Pero alguien se acerca... aguarda.
. . . . . .
. . . . . .
Como esquivando testigos
cerró su balcón la dama.
Gonzalo de pie en la acera
vió sereno al que llegaba.
— ¿ Quién sois ? — el recién
venido le preguntó.
— Pues me extraña
la pregunta, ¿ qué os importa ?
— Supongo que usáis espada.
— Soy hidalgo y caballero
y nunca gasto otras armas.
— Seguidme si sois hidalgo
Y ambos de prisa y con rabia
fuéronse á la obscura calle
que San Ildefonso llaman,
y cabe los negros muros
del colegio, cruzan raudas
las hojas de sus aceros
y á las pocas estocadas
uno cayó en las baldosas
bañado en sangre y sin alma.
El matador, encubierto
con negra y flotante capa
en dirección de palacio
siguió violento la marcha,
con terror, volviendo á veces
atrás la incierta mirada,
como si alguien lo siguiera
trasformado en un fantasma.
Y á los pálidos reflejos
de la luna ya nublada
y al resonar de los pasos
de la calle solitaria

surgir mirábanse tristes
tenues y brillantes ráfagas
de la punta del estoque
ya empapado en sangre humana.

III

Á la mañana siguiente
en su espléndida carroza
á la habitación de Clara
llegó el Virrey en persona.
Con la madre de la joven
abló cerca de una hora
pidiendo para don Carlos
la doncella por esposa.
La madre llamó á su hija,
conversó con ella á solas
diciéndole que esperaba
que consintiese en tal boda ;
que el hijo del Virrey, era
de cualidades notorias
y que el enlace era bueno
para la familia toda.
Dadme un plazo — agregó Clara.
— La respuesta ha de ser pronta
— Con media semana tengo
para pensarlo...
— Y si es corta,
tomad la semana entera ;
dijo el Virrey — estas cosas
deben de ser bien pensadas.
Volveré cuando conozca
que el plazo ya está cumplido,
pues no daña la demora.
Y no bien se hubo alejado,
hija y madre estando solas,
oyeron unas campanas
tañer lentas y sonoras.

— ¡ Doblan en San Ildefonso !
— Es verdad.
— ¿ Y por quién doblan ?
— No sabes Clara que ha muerto
un colegial ; esta historia
pica en tragedia ; me cuentan
que anoche anduvo á deshoras
escapado del colegio
en contiendas amorosas,
y que cuando ya tornaba
cerca de lucir la aurora
á su celda, lo mataron ;
y por fortuna, la ronda
no pasó por esa calle ;
y al verlo, alguna persona
avisó al colegio y pudo
tener una cama honrosa
su cadaver.
— ¿ Y quién arera ?
— Un chico de buena ropa.
y de buen aspecto ; dicen,
que su familia es de nota,
era hijo de Alonso Tapia.
— ¿ Su nombre ?
— ¿ Tanto te importa ?
Has palidecido y tiemblas.
— Su nombre, madre...
— ¡ Te ahogas !
me han dicho que se llamaba
Gonzalo...
— ¡ Gonzalo !
— Toma,
¿ donde vas ? espera, niña,
¿ qué te pasa ? ven... no corras.
Y llegando á la escalera
Clara cayó en las baldosas
lívida como un cadáver

y con semblante de loca.
— Era al que yo amaba — dijo
era mi pasión, señora,
y al matarlo han dado muerte
á mi ilusión más hermosa.
La madre mirando á Clara
en una aflicción tan honda
con lágrimas y con besos
la consuela y la conforta.
La doncella llora y grita,
y en sus quejas dolorosas
dice : « ¡ Conzalo ! ¡ Gonzalo !
¡ Te amé con el alma toda
y juro por mi ternura
que para honrar tu memoria
ninguno será mi dueño
pues seré de Dios esposa ! ».

IV

Como no hay en este mundo
en los dolores supremos
para lograr aliviarlos
mejor bálsamo que el tiempo,
cuando Clara estuvo en calma
dijo á su madre : — Yo quiero
para encontrar la ventura
tomar en el claustro el velo.
¿ En donde ?... para que nunca
de esta casa viva lejos
la Encarnación he elegido.
— Y yo tu elección apruebo.
Como desde que profeses
sola en el mundo me quedo
ni necesito esta casa
ni vivir en ella quiero.
Voy á cederla á las monjas
como condición poniendo

que tú la habites, cerrando
para siempre, por supuesto.
las puertas y los balcones
con unos muros eternos.
— Gracias, madre, no esperaba
de tu amor otro consuelo,
dile al Virrey, lo que sabes,
que mi corazón ha muerto.
. . . . . .

Y se agregó aquella casa,
por voluntad de su dueño,
al santo asilo en que pronto
encontró Clara el sosiego.
Y cuando tornó don Carlos,
que estaba fuera de Méjico,
buscando á la hermosa niña
causa de un lance funesto,
halló *z*aguán y balcones
cual nichos de cementerio
cerrados ya para siempre
y para siempre de duelo.
Don Carlos aprendió entonces
que el amor es niño ciego
á quien nunca lo deslumbra
el oro ni el valimiento.

El amor nunca se compra
cuando es amor verdadero,
y querer arrebatarle
de sus ansias al objeto,
es sólo abrir un abismo
insondable, horrible, eterno,
donde el suspiro es alivio
y las lágrimas consuelo.

LA CALLE DEL TOMPAETE

I

Don Antonio Casa Abad
nació en Castilla la Vieja
en heredad vasta y propia
con grandes trabajos hecha.

Y sabiendo que las Indias
lugar de ganancias era,
se vino á la Nueva España
en pos de ricas empresas.

Muchos á mal le tuvieron
tan aventurada idea,
mas él buscó sin temores
otra gente y otra tierra.

Ya en Méjico radicado,
abrió magnífica tienda
que fué en la calle del Águila
la más grande y la primera.

Buen cristiano don Antonio
y de relevantes prendas,
con caritativa mano
siempre alivió la miseria.

Y era de verse agolpados
los sábados, en sus puertas,

más de cien pobres que siempre
calmaron sus hondas penas.

Amigos del castellano,
dueños de sus confidencias
fueron tres paisanos suyos
cuyos nombres se conservan.

Muñetón era el más joven,
Duñeto el de edad provecta
y López el que frisaba
muy cerca de los cuarenta.

Costumbre no interrumpida
en ellos, y muy añeja,
era quedar cada noche,
cuando cerraban la tienda,

con el dueño conversando
en derredor de una mesa
y jugando á la malilla
pasarse las horas muertas.

Cada cual manifestaba
sobre distintas materias
su parecer, respetando
las opiniones ajenas;

y así del gobierno hablaban
lo mismo que de la Iglesia,
cortando al Rey y al Obispo
con unas mismas tijeras.

Casa Abad era un buen hombre
y no concibió sospechas
de que sus tres compañeros
eran malos como hienas.

Cada noche al despedirse,
ellos sin grandes reservas
de su dolo y su perfidia
daban con sus frases pruebas.

— Di, Muñetón, ¿ si el tesoro
de Casa Abad lo tuvieras ?...
— Calla ; entonces no estaría
vendiendo sal y pimienta.
— Mucho dinero escondido
ha de tener este hortera.
— Y que no le sirve á nadie
porque es hijo de las hierbas.
— Tendrá en Castilla familia.
— La de las malvas, babieca,
¿ no ves que nadie lo busca
ni le escriben una letra ?
— Pues si de un instante al otro
don Antonio se muriera...
— Entre curas y alguaciles
se disputarán la herencia.
— No le hace falta á ninguno.
— ¡ Vamos hombre ! ¡ ni á las piedras !
— Y no pierde en la malilla,
ya lo veis, ni una peseta.
— Ni nos da un trago de vino.
— Ni un bollo.
— Ni una ciruela.
— Es mentecato.
— Y avaro.
— Y usurero...
— Y yo quisiera...
— ¿ Qué cosa ? dilo sin miedo.
— Es grave.
— Mueve la lengua.
— Pero después...
— No vaciles.
— Y si al fin...
— Larga la prenda.
— Pues bien, dijo López, quiero,
si tenéis valor...
— Y á prueba

de golpes muy repetidos.
— Es cosa de gran reserva.
— No sigas con más ambajes.
— Hombre, al decirlo me tiembla
el corazón, ¿ seréis mudo ?
— De igual modo que las piedras.
— Vamos sin ningún escrúpulo
en alguna noche de estas,
torciéndole á Antonio el cuello
y á ser ricos por su cuenta !
— ¡ Hombre !
— ¿ Qué dices ?
— Es chanza
y tembláis como unas hembras
— La cosa no es para menos ;
pero en fin, si bien se piensa.
— No le sirve á Dios ni al diablo.
— Es la verdad.
— No remedia
el hambre de ningún pobre
ni ampara viudas y huérfanas.
— Y el pan que reparte...
— Es duro.
capaz de romper las muelas.
— ¿ Y el dinero ?
— El que da es falso,
pues de no ser no lo diera.
— Si no hace falta, ni sirve,
ni deudos que sufran deja,
podremos torcerle el cuello.
— Y aun cortarle la cabeza.
— Hay que no dejar que corra
el tiempo ; en tales empresas
lo mejor es lo más pronto
y el retardo caro cuesta.
— ¿ Mañana ?
— Si se pudiere...

— Bien, pues guardemos reserva
y á dormir, pronto seremos
dueños de muchas talegas.
— Discreción.
— No hay que encargarla,
que en ocasiones como esta
bien puede decirse, amigos :
¡ la vida guarda la lengua !

Y los tres se despidieron
tomando distintas sendas
y pintando en sus semblantes
sus intenciones siniestras.

II

No habían brillado dos soles
después de aquellas palabras,
cuando hallaron los vecinos
la rica tienda cerrada.

Muchas gentes que acudieron
á la compra en la mañana,
volviéronse sorprendidas
de no hallarlo que buscaban.

Jamás en los muchos años
que acreditaron su fama,
le dió á nadie en tales horas
con las puertas en la cara.

Absortas de la clausura
las gentes se preguntaban :
— « ¿ Don Antonio estará en quiebra ?
¿ Estará enfermo ? ¿ Qué pasa ?

Y no faltaron curiosos
que por inquirir la causa
de tan extraño suceso
de allí no se separaran.

Por fin logró la noticia
llegar á regiones altas
y los guardianes del orden
tomaron en ello cartas.

Para abrir aquellas puertas
les fué preciso forzarlas,
poniendo un dique á la plebe
con buen número de guardias.

Al crujir los duros goznes
que un quejido remedaban
reflejóse en los semblantes
curiosidad, miedo y ansia.

Y en un instante surgieron
con esplendores de llama
de los espantados ojos
indagadoras miradas.

Alguaciles y corchetes
penetraron en la casa
hallando en el pavimento
un charco de sangre humana.

Escondrijos y rincones
exploraron sin tardanza
hasta quedar cerciorados
de que nadie oculto estaba.

Y después de las pesquisas
en tal caso necesarias
y de mil consultas hechas
con misterio y en voz baja,

del ensangrentado piso
alzaron las toscas tablas
manifestando en sus rostros
la sorpresa más extraña ;

como que en el negro fondo
entre el fango y entre el agua,

de un cuerpo humano esparcidos
los yertos miembros estaban.

Tan espantosa noticia
por la ciudad cundió rápida
que para todo lo triste
los heraldos tienen alas.

Del mutilado cadáver
en tan espaciosa estancia,
no se encontró la cabeza
por más que fué bien buscada.

Y fueron vanos intentos
encontrar cual se anhelaba
á los que el pueblo supuso
autores de tal infamia.

Dice una crónica antigua
que un rapaz una mañana
por las calles de Mesones
vió en la acequia que la traza,

flotar un bulto pendiente
de una cuerda muy delgada,
y que lo sacó, seguro
de que algo bueno encerraba.

Era una cesta flexible
de esas tejidas de palma
cuyo nombre se deriva
de la lengua mejicana.

Cuando la tuvo en las manos
y la desató con ansia
con inexplicable susto
halló una cabeza humana.

Un curioso acudió á verla
y dijo aquestas palabras :
« Esa es la de don Antonio
el de la calle del Águila ».

III

Pronto logró la justicia,
que trabajó con gran celo,
aprisionar en sus redes
á los principales reos.

Pronto á la cárcel de corte
Muñetón y López fueron,
librándose por milagro
de la indignación del pueblo.

El otro marchó á esconderse
en el hermoso convento
que fué con los Carmelitas
Oasis en el Desierto.

No faltó quien descubriera
al alcalde este secreto
y á sacarlo de aquel claustro
marcharon con grande empeño.

Y cuentan las tradiciones
que cuando entraron á verlo
y supo que lo buscaban
para conducirlo á Méjico

se abrazó de una columna
con tanta fuerza y denuedo
que apartarlo de aquel sitio
ni entre muchos consiguieron.

Entonces los religiosos
con lágrimas y con ruegos
y considerando el caso
como un extraño portento,

negáronse á que saliera
de aquel recinto, diciendo
que estaba en lugar sagrado
donde lo amparaba el cielo.

Atendiendo á estas razones
logró salvarse Duñeto
sentenciándolo á que nunca
dejara el claustro ni el templo.

Para Muñetón y López
de salvación no hubo medio
y ahorcáronlos en la plaza
con satisfacción del pueblo.

Con hopa y capucha negras
al patíbulo subieron,
quedando á vista de todos
hasta que el sol se hubo puesto.

Y agregan los narradores
de tan horribles sucesos
que nunca la rica tienda
se volvió á abrir al comercio.

Y que entre muchas consejas
hubo en tan remotos tiempos
la de que ambos asesinos
de la noche en el silencio

rondaban, andando en pena,
el lugar triste y siniestro
donde por artes del diablo
un gran crimen cometieron.

Y que rumbo á Cuajimalpa
iban en pos del convento,
para presentarse juntos
á su antiguo compañero.

Y así lo dice la fama
y así al lector se lo cuento,
diciéndole como siempre :
« Ni lo afirmo, ni lo niego ».

LA VIRGEN DE LA PIEDAD

(2 DE FEBRERO DE 1652).

TRADICIÓN DE LA IGLESIA DE LA PIEDAD

I

Un religioso dominico
varón noble, humilde y sabio
á quien con amor llamaban
el *piadoso* sus hermanos,
salió de Méjico á Roma
con el especial encargo
de hallar un pintor de fama
para encomendarle un cuadro.

Tratábase de una imagen
que inspirase fervor santo,
la Virgen inmaculada
con Jesucristo en los brazos.

Era aquel fraile devoto
de la Piedad, y lo enviaron
para que hiciese á su gusto
la elección de tal trabajo.

Á tan venerable Virgen
con oro y con entusiasmo
los dominicos estaban
erigiéndole un santuario.

Escogieron como sitio
más propicio para el caso,
por su natural belleza
su posición y su espacio,

uno, junto á la calzada
que hizo en mil seiscientos cuatro
don Juan de Mendoza y Luna,
el marqués de Montes Claros,

y que Torquemada y Zárate
con destreza nivelaron,
pues eran en esas obras,
en su tiempo, los más sabios.

El sitio fué en sus principios
un miserable pantano,
y más tarde convirtióse
en ventorrillo ignorado.

Allí levantóse el templo
y contiguo al templo el claustro,
con gran número de celdas,
de corredores y patios.

Para engrosar los recursos
en obra de tal tamaño
y que no la interrumpieran
por falta de numerario,

el Virrey dió fuertes sumas,
los mineros le ayudaron
y así se acabó el convento
al correr de pocos años.

Artistas de limpios nombres
las bóvedas decoraron

y á los muros laterales
dieron con su genio ornato.

Sólo en el altar del fondo
quedaba desnudo un claro
mientras llegaba de Roma
el principal de los cuadros.

Como en todas las edades,
las obras de los extraños
juzgábanse las mejores
y las de precio más alto ;

por esto esperaban todos
que cruzara el Oceano,
viniendo á nuestros verjeles
á causar asombro y pasmo,

la más hermosa pintura
que vieron ojos humanos
digna y acabada imagen
de la Reina de los Santos.

Tardábase el religioso
por los fiedes esperado
y sin él no se podía
abrir el nuevo santuario.

Temiendo que hubiera muerto
ó que algún desastre amargo
le impidiera de algún modo
su misión llevar á cabo,

hiciéronse en su convento
rogativas y sufragios
y entraron en ejercicios
los frailes dominicanos.

Alzábase el nuevo templo
entre pintorescos álamos
como un alcázar de nieve
en esmeralda engarzado.

Ya coronaba sus muros
un esbelto campanario,
con la cruz que muestra el cielo
y al dolor abre los brazos.

Ya los altares tenían
para el culto sacrosanto
lo que la liturgia pide
y los cánones marcaron.

Sólo para abrir las puertas
y llamar á los cristianos
y bendecir el recinto
y empezar rezos y cantos,
se esperaba al sacerdote
trayendo en sus nobles manos,
de la Virgen y el Dios vivo
los más hermosos retratos.

¿ Qué pasaba allá á distancia,
tras de los mares revueltos,
con aquel comisionado
esperado tanto tiempo ?

Llegó el religioso á Roma,
y como sabio y discreto,
para hallar un buen artista
siguió prudentes consejos.

Buscó ai que le señalaban
como el mejor de aquel tiempo
y al que los de más renombre
reputaban el primero.

Hablaron de su propósito
y bien pronto convinieron
en la condición del cuadro,
en su símbolo y su precio.

El artista, con la ruda
franqueza que tiene el genio,

dicen que habló al religioso
con estos claros conceptos :

— El cuadro que se me encarga
lo haré como os lo pidieron,
mas no me exijáis un plazo
ni me limitéis el tiempo.

— Es que precisa que vaya
á entregarlo, cuando menos
á los seis meses contados
desde este mismo momento.

— Yo así no trazo una línea,
pues sólo á pintar me atrevo
si la inspiración me empuja,
sin darme cuenta, hacia el lienzo.

— ¡ Pero en seis meses !

— Ignoro
si estaré inspirado en ellos.
— ¿ Cuándo acabaréis entonces ?
— Señalar plazo no puedo.

— Bien — dijo el fraile, — es posible
que Dios que impulsa lo bueno
os inspire antes de mucho
y me vaya pronto á Méjico.

— Es posible...

— Á vuestro cargo
dejo todo...

— Lo agradezco.
— Pintad pensando que pronto
se tiene que abrir el templo.

— Ábranlo sin mi pintura.
— Es imposible.

— No acierto.
— El altar mayor espera,
para consagrarse, el lienzo.

Y se separaron ambos
y los seis meses corrieron
y el artista con angustia
solicitó plazo nuevo.

Y trascurrió el nuevo plazo
y otro más, y al año y medio
el religioso le dijo
de pena y tristeza enfermo :

— Nada tenéis ; os perdono :
¿ qué dirán el ver que llego
sin dar á mi encargo fácil
el debido cumplimiento ?

— Algo he pintado aunque es poco.
— Dádmelo, porque así al menos
probaré que no es mi culpa
volver así como vuelvo.

— Es un boceto muy débil.
— Bien está, dadme el boceto,
y allá buscaré un artista
que lo acabe en poco tiempo.

— ¡ Allá un artista ! ¡ estáis loco !
¡ Artistas allá ! es un sueño ;
¡ Nadie me corrige en Roma,
pues soy en Roma el primero !

— Pero Dios está con todos,
y en Dios descanso y espero.
— ¿ Mas contáis con un artista ?
— ¡ Y no contáis con el cielo !

— Los ojos del religioso
al decir tales conceptos
brillaban como dos soles
irradiando vivo fuego.

Lo halló el pintor tan hermoso,
tan sublime, tan angélico,

que temblando y de rodillas
le entregó al punto el boceto.

Y ya con él en las manos
salió de aquel aposento
dejando brillante estela
como un bólido en los cielos,

Y un mes después de esta escena
se embarcó con rumbo á Méjico
y en alta mar sorprendióle
el equinoccio de invierno.

Una tempestad horrible
azotó cual frágil leño
la barca en que navegaba,
de morir estando en riesgo.

En la Estrella del mar pura,
los ojos y el alma puestos,
salvando de aquel naufragio
de Veracruz llegó al puerto.

Y cuentan los narradores
que cuando volvió al convento
cohibido y avergonzado
mostró á los frailes el lienzo.

Y con asombro de todos
él y sus hermanos vieron
la más hermosa pintura
de la Reina de los Cielos.

Un pincel desconocido
le dió vida á aquel boceto
y nada faltaba al cuadro
que deslumbraba por bello.

Pronto adornó aquella imagen
el altar mayor del templo,
y al saberse aquel milagro,
aquel extraño portento,

con grande fervor llegaban
á pedirle amparo eterno
los pobres, los delincuentes,
los desvalidos, los huérfanos.

Y admiraban los hechizos
del cuadro, humildes creyendo
que lo pintó sin ser visto
el Artífice Supremo.

DEL ESCENARIO Á LA CELDA

LEYENDAS DE LA CALLE DE LAS DAMAS
(1726)

I

Hermosa como la estrella
de la alborada de mayo
fué en Méjico hará dos siglos
doña Ana Maria de Castro.

Ninguna logró excederle
en la elegancia y el garbo
ni en los muchos atractivos
de su afable y fino trato.

Sus maneras insinuantes,
su genio jovial y franco,
su lenguaje, clara muestra
de su instrucción y su rango :

su talle esbelto y flexible,
sus ojos como dos astros
y las riquísimas joyas,
con que esmaltó sus encantos,

la hicieron en todo tiempo
la más bella en el teatro,

la mejor por sus hechizos,
la primera en los aplausos.

Los atronadores vivas,
los gritos del entusiasmo
siempre oyó, noche por noche
al pisar el escenario.

En canciones, en comedias,
en sacramentales autos,
ninguna le excedió en gracia,
ni le disputó los lauros.

Doña Ana entre bastidores
era de orgullo tan alto,
que á todos sus compañeros
trató como á sus lacayos.

Las maliciosas hablillas,
los terribles comentarios,
los epigramas agudos
y los rumores más falsos,

siempre tuvieron origen
según el vulgo, en su cuarto,
centro fijo en cada noche
de los jóvenes más guapos.

Allí en torno de una mesa
se charlaba sin descanso,
sin escrúpulos ni coto
de lo bueno y de lo malo.

Si la gazmoña chicuela
del marqués, ama á Fulano,
y si éste le guiña el ojo
escondido en algún palco ;

si la esposa de un marino
mira con afán extraño
al alabardero Azunza
que de algún noble está al lado ;

si el Virrey fijó sus ojos
con interés en el patio
como en busca de un amigo
que subiera á acompañarlo ;

sobre el último alboroto
de tal calle y de tal barrio
con alguaciles, corchetes,
mujerzuelas y soldados.

La actriz risueña y festiva
oyendo tales relatos
á todos daba respuestas
como experta en cada caso.

Algunos por conquistarse
su pasión más que su agrado,
sin lograr sus esperanzas
grandes sumas se gastaron ;

otros con menos fortuna
sólo anhelaban su trato
viviendo como satélites
en derredor de aquel astro.

Ana, radiante de gloria,
miraba con desenfado
á los opulentos nobles
que eclipsara con su encanto.

Y en la sociedad más alta
censuraban su descaro
creyéndola una perdida
foco de vicios y escándalos.

Mas no hay crónica que ponga
tan duros juicios en claro,
ni nos diga que á ninguno
se rindió por los regalos.

Ella protegió conquistas
de sus amigos más frances;

y quizá empujó al abismo
á los galanes incautos.
Astuta é inteligente
guardó en su amor tal recato
que tan valioso secreto
no han descubierto los años.
Se habla de un Virrey que estuvo
de doña Ana enamorado,
mas la historia no lo afirma
ni puedo yo asegurarlo.
Mujer hermosa y ardiente,
de genio y en el teatro
por la calumnia y la envidia
tuvo medidos sus pasos.

II

Por sabias disposiciones
dictadas con gran acierto
las actrices habitaban
muy cerca del coliseo.
Éste se alzó por entonces
entre el callejón estrecho
que del Espiritu Santo
llamanos en nuestro tiempo.
y la calle de la Acequia,
en los solares extensos
que hoy las gentes denominan
calle del Coliseo Viejo.
Y cerca en vecina calle
que por tener un colegio
destinado á las doncellas
« de las niñas » llama el pueblo,
las artistas del teatro
buscaron sus aposentos,

y de « las Damas » llamóse
á tal motivo aludiendo.

Una noche gran tumulto
turbó del barrio el sosiego,
á los más graves vecinos
levantando de sus lechos ;

los jóvenes elegantes
formando corrillo inmenso,
seguidos de gente alegre
y poco amiga del sueño,

á la puerta de una casa
su carrera detuvieron
acompañando sus trovas
con sonoros instrumentos.

— « Serenata á la de Castro »,
dijo al mirarlos un viejo.
— ¿ Y por qué así la celebran ?
preguntó un mozo indiscreto.

— ¡ Cómo por qué ! dijo alguno ;
el Virrey loco se ha vuelto
y prendado de la dama
ordena tales festejos.

— ¿ El Virrey?
— Así lo dicen.
— ¡ El Virrey !
— Ni más ni menos ;
y allí cantan edecanes,
corchetes y alabarderos.

— ¿ Será posible ?
— Miradlos...
— ¡ Qué locuras !
— ¡ Y qué tiempos !
— Los oidores están sordos.
— Al menos están durmiendo.

— ¡ Turbar en tan altas horàs
la soledad y el silencio !
— Y alarmar á los que viven
con recato en los conventos.
— ¡ Y por una mujerzuela !
— ¡ Una farsanta que ha puesto
como á Job á tantos ricos
que están limosna pidiendo !
— ¿ Y la Inquisición ?
— Se calla.
— ¿ Y la mitra ?...
— ¿ Y el Gobierno ?
— Doña Ana domina á todos
con su horrible desenfreno.
— ¿ Y es hermosa ?
— Cual ninguna.
— ¿ Joven ?
— ¡ Y de gran talento !
— Y con dos ojos que vierten
las llamas del mismo infierno.
— Con razón con sus hechizos
vuelve locos á los viejos.
— El Virrey no es un anciano.
— Ni tampoco un arrapiezo.
— Pero escuchad lo que dicen
cantando esos bullangueros.
— Es el descaro más grande
tal cosa decir en verso.

Y al compás de la guitarra
vibraba claro el acento
de un doncel que así decía
en obscura capa envuelto :

— « Sal á tu balcón señora
que por mirarte me muero,

piensa en que por ver tus gracias
el trono y la corte dejo ».
— Más claro no canta un gallo.
— Y todos lo estáis oyendo.
El Virrey deja su trono
por buscar á la...
— Silencio.
— ¡ Cómo está la Nueva España !
— ¡ Pobre colonia !
— Me atrevo
á decir que no se ha visto
cosa igual en todo el reino.
Y los del corro cantaban,
y al fin todos aplaudieron
al mirar que la de Castro
á su balcón salió luego.
— ¡ Vivan la luz y la gracia,
la sandunga y el salero !
— Ya asomó el sol en oriente.
— ¡ Ya el alba tiñó los cielos !
Y doña Ana agradecida
buscando á todos un premio,
llevó la mano á los labios
y al grupo le arrojó un beso.
Creció el escándalo entonces ;
rayó en locura el contento
y volaron por los aires
las capas y los sombreros.
Cerró su balcón la dama,
apagáronse los ecos,
dispersáronse las gentes
y todo quedó en silencio

III

Con grande asombro se supo,
trascurridas dos semanas

desde aquella escandalosa
aunque alegre serenata,

que las glorias de la escena,
los laureles de la fama,
el brillo y los oropeles
de la carrera dramática,

por inexplicable cambio,
por repentina mudanza,
sin reserva y sin esfuerzo
todo dejaba doña Ana.

Y alguno de los que saben
cuanto en los hogares pasa
y que exploran con cautela
los secretos de las almas,

dijo á todos los amigos
de artista tan celebrada
que un sermón del Viernes Santo
era de todo la causa.

El padre Matías Conchoso,
cuya elocuente palabra
los más duros corazones
convirtiera en cera blanda,

al ver entre su auditorio
á tan arrogante dama
atrayéndose en el templo
de los hombres los miradas,

habló de lo falso y breves
que son las glorias mundanas;
de los mortales pecados
de los que viven en farsas;

de los escándalos graves
que á la sociedad alarma
cuando una actriz sin recato
incautos pechos inflama;

y con tan vivos colores
pintó la muerte y sus ansias
y al infierno perdurable
que al pecador se prepara ;

que la de Castro, temblando,
cayó al punto desmayada
con el hechicero rostro
bañado en ardientes lágrimas.

Sacáronla de aquel templo,
condujéronla á su casa,
y temiendo que muriera
fueron á sacramentarla.

Cuando cesaron sus males
y estuvo en su juicio y sana,
en señal de penitencia
resolvió dejar las tablas ;

y vendió trajes y joyas ;
y las sumas que dejaran
se las entregó á la Iglesia
de su nuevo voto en aras.

Entró después de novicia,
y su conducta sin mancha
y su piedad y su empeño
por vivir estando en gracia,

abreviaron sus afanes,
la dieron consuelo y calma
y tomó el hábito y nunca
el mundo volvió á mirarla.

Fueron tales sus virtudes
y sus hechos de enclaustrada,
que cuentan los que lo saben
que murió en olor de santa.

Por muchos años miróse
la celda pequeña y blanca

que ocupó en Regina Cexli
la memorable doña Ana ;

Y aun se conservan los muros
de la antigua estrecha casa
en que vivió aquella artista
en la calle de las Damas.

Pasó, dejando animosa
riqueza, aplausos y fama,
del escenario á la celda
por la salvación del alma !

LA CONSPIRACIÓN DE «LOS MACHETES»

LEYENDA DEL CALLEJÓN DE GACHUPINES

Ya en los últimos albores
del siglo décimo octavo,
pues para extinguir su vida
sólo le faltaba un año,

germinaba en el misterio,
en la sombra, en el recato,
el afán de ver un día
libre al suelo mejicano.

El rey don Carlos Tercero,
de las Indias soberano,
gran protector de las artes
y de corazón magnánimo,

había ya reconocido
sin duda, mal de su grado,
la epopeya que con gloria
Wáshington llevara á cabo.

Y al Rey, el conde de Aranda,
que fué quien firmó el tratado,
le aconsejó gran prudencia
después de dar este paso.

« Señor — le dijo — los reinos
tan ricos y dilatados
que forman vuestros dominios
y que son vuestros vasallos,

» pueden seguir el ejemplo,
que en vuestro nombre he aprobado
de los audaces y fuertes
hijos de los Puritanos ;

» cuidad vuestras posesiones,
y como os sirvo y os amo,
á proponer un remedio
atrevido me adelanto ;

» dadle forma á los dominios,
capaz en cualquiera caso,
de resistir los embates
de igual peligro y tamaño.

» El Perú, Nueva Granada
y Méjico, están muy aptos
para erigirles sus tronos
que al vuestro queden ligados.

» Ocúpenlos tres infantes
de vuestra sangre, tomando
vos, de emperador el nombre
y siendo siempre el más alto.

» Y así por los intereses
mantendréis siempre compactos
los reinos que son de España
y pueden tornarse extraños ».

No paró mientes ni un punto
en tal propuesta el rey Carlos,
y tan prudentes consejos
nunca fueron escuchados.

No anduvo torpe el ministro
en hablar al Rey tan claro,

que al ver la nueva República
libre de opresores lazos,

obedeciendo á su influjo
con vigor se despertaron
lo mismo en Nueva Granada
que en Venezuela, los ánimos.

Y cundió hasta nuestra tierra
aquel ardor sacrosanto
que llegó á mover á un tiempo
el pensamiento y los brazos.

En Méjico persiguióse
sin distinción ni descanso
á los franceses que habían
á Nueva España arribado.

La Inquisición miró á muchos
prisioneros en sus antros,
y á los demás obligóse
á vivir en suelo extraño.

Extendiéronse las iras,
los sospechas, los amagos,
contra algunos españoles
y no pocos mejicanos.

Fué don José Antonio Rojas,
víctima de tales daños,
y en Nueva Orleáns refugióse
de persecusiones harto.

De allí, sin miedo ni embozo
mandó un extenso relato
que en Méjico lo leyeron
de la cabaña al palacio.

Daba cuenta en él de todos
sus sufrimientos amargos,
y así acabada diciendo
con franqueza á sus paisanos :

« Ya los Estados Unidos
son libres : ved este cuadro
de ventura que os ofrecen
y procurad imitarlo ».

Un edicto fulminante
por la Inquisición lanzado
excomulgó al que leyese
escrito tan incendiario.

Mas á pesar del edicto
cundió el fuego y no pasaron
seis meses sin que se vieran
los primeros resultados.

Don Juan Guerrero, venido
de Filipinas, contando
con hombres de valimiento
como Valencia y Tamayo,

ya próximo á alzarse en armas
el año noventa y cuatro,
para quedar con el reino
y de España libertarlo,

fué vendido en sus secretos
ante el platero Caamaño,
quien obligó al padre Vara,
hombre timido y fanático,

á comunicar los planes
al arzobispo de Haro,
que á Guerrero y á sus cómplices
pronto puso á buen recaudo.

Tanto tiempo en las prisiones
por su desgracia duraron,
que unos murieron en ellas
y otros fueron desterrados.

Al poco tiempo un marino
aventurero y muy bravo,

don Francisco Antonio Vásquez,
de linaje castellano,

al conde de Pérez Gálvez
denunció un motín, tramado
entre los nobles del reino
para á los ingleses darlo.

Y luego, en noventa y nueve
en secreto se asociaron
con don Pedro de Portilla
trece altivos mejicanos.

Su fin era apoderarse
del Virrey, cortar los lazos
con España y ser ya libres,
de sí mismos soberanos.

Expulsar ó dar la muerte
á cuantos fueran contrarios
á los fines y á las miras
de todos los conjurados.

Descubierta aquella trama
los esbirros encontraron
lo que para dar el golpe
se preparó de antemano.

En un callejón estrecho
y en casa de estrecho patio,
machetes de punta y filo
en gran número agrupados ;

la Virgen de Guadalupe
en medallas y en retablos
y en unos y otros un mote
espantoso y sanguinario :

« Si la España nos da muerte
con un gobierno tirano,
matemos aquí á sus hijos
y sin sus hijos vivamos ».

Presos los conspiradores
fué uno de ellos preguntado
si era verdad el intento
de matar á los hispanos.

« Y tan verdad — respondióles, -
que hubiéramos empedrado
el callejón de cabezas
como lo está con guijarros. »

Lo supo el virrey Azanza
y prorrumpió con sarcasmo :
« Tortillas de Gachupines
iban á hacer estos zánganos ».

Y ya quedó desde entonces
de Gachupines llamado,
el callejón que fué un día
de sus ensueños teatro.

ÍNDICE

PRÔLOGO V
El Indio Triste 1
La Cruz Verde 6
La Calle del Niño Perdido 14
El Altar del Perdón. — Tradición del siglo XVI . . . 25
La Calle del Calvario. — Leyenda del Clavo. 30
El Callejôn del Ave María. 40
El Señor del Rebozo. — Leyenda de la Calle de Santa Catalina de Sena. 49
El Primer Mártir. — Leyenda de la Calle Cerrada de Santa Teresa. 58
El Callejón del Beso. — Leyenda de la primera calle de Plateros 65
En el monte está quien el monte quema. — Leyenda histórica del Convento de la Profesa. 73
El Reloj de Palacio. — Leyenda de las Calles del Reloj. 79
El Callejón de la Puñalada. — Leyenda del ex colegio de San Ildefonso, hoy Escuela Normal Preparatoria. 87
La Calle del Esclavo 96
El Cacahuatal de San Pablo. — Echen más leña que mi dinero me cuesta. — Leyenda histórica. 103
La Calle de la Cadena. 112
La Calle de Xicotencatl 117
El Callejón de Sal si puedes. 125
El Callejôn de la Danza 131
Juan Carbonero 138
Calle de la Machincuepa 144
Calle de la Canoa 152
El Callejôn del Garrotte 160
La Calle de los Donceles 168
La Calle de Tiburcio 179
La Sombra de Cuauthemoc. — Leyenda Popular. . . . 190
El Callejón de Lôpez 199
La Princesa Azteca 206
Los Rebeldes (1.ª y 2.ª parte). 214
El Hospicio de Pobres. 248

La Fundaciôn de la Cuna. 254
La Ermita de Juan Garrido 262
La Escondida. Relato Histórico 270
La Calle de la Amargura 279
La Calle de la Buena Muerte. 290
El Odio de un gran Señor. — Leyenda histórica de la Esquina de Palacio 300
La Calle de las Moras. 307
El Señor del Buen Despacho. — Leyenda histórica de la Calle de las Escalerillas 314
La Calle de San Francisco. 323
La Calle de San Sebastián. 331
El Callejón del Monstruo 336
Los Siete Príncipes. — Historia de un Cuento. 345
La Vela de Piedra. — Tradición de la Villa de Guadalupe. 352
El Callejón del Pinto 359
La Calle de Manrique 365
La Calle de la Misericordia 372
El Sello del Infierno. — Calle de Balvanera 381
La Calle de la Independencia. 388
El Callejón de los Misterios 394
La Calle de la Perpetua 400
La Fuente Ensangrentada. — Leyenda de la Calle de la Pila Seca 402
La Caja Milagrosa. — Ex convento de la Concepción. . 407
La Alameda 414
Del Patíbulo á su casa. — Calle de San Juan Nepomuceno 420
La Carta de Ultratumba 426
El Virrey en la Inquisición. — Plazuela de Santo Domingo 431
La Calle de la Encarnación 438
La Calle del Tompeate. 450
La Virgen de la Piedad. — Tradición de la Iglesia de la Piedad 459
Del escenario á la celda. — Leyenda de la Calle de las Damas. 467
La Conspiración de los machetes. — Leyenda del Callejón de Gachupines 477

Paris-Lille, Typ. A. Taffin-Lefort. — 07-57 — 08.